

LA
REDENCIÓN
Y LA MUERTE
LENA SVENSSON

• EL PRIMER CASO DE GRETA LINDBERG •

se

Greta Lindberg regresa a Mora, su ciudad natal, en la región central de Suecia, para hacerse cargo de una librería. Decide llamarla Némesis y dedicarla, exclusivamente, a los libros de misterio que la apasionan. Establece un club de lectura en el que se inscriben varias mujeres de la ciudad. Pronto, una de ellas muere inesperadamente. Donde la policía — incluido el padre de Greta, el inspector Karl Lindberg— ve una muerte natural, ella supone un asesinato: la letra se ha hecho carne, la tinta sangre, ha brotado de los libros que leen en el club y se ha instalado entre ellas.

Con una secuencia que va de la premeditación asesina a la violencia y la tortura, la novela se construye con los irrespirables secretos de un pequeño pueblo. Habitada por personajes memorables como el atormentado y mujeriego teniente Stevic, la pragmática sargento Nina Wallström, la fotógrafa Hanna Windfel o la chismosa local, Pernilla Apelgren; la trama se articula con precisión y no exenta de cierto humor.

Lena Svensson ha creado con Greta Lindberg un personaje que pasará a la historia: sagaz, osada, seductora y llena de guiños a otros detectives de la novela negra.



Lena Svensson

La redención y la muerte

Greta Lindberg - 1

ePub r1.3
Titivillus 12.07.15

Título original: *La redención y la muerte*
Lena Svensson, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*El remordimiento es el castigo del crimen;
el arrepentimiento, su expiación.
El primero pertenece a una conciencia atormentada;
El segundo, a un alma que cambió para bien.*

JOSEPH JOUBERT

CAPÍTULO 1

La muchacha intentó moverse, pero no pudo hacerlo. Parecía estar atrapada en su propio cuerpo. Una agobiante sensación de opresión en el pecho le impedía respirar. Se estaba quedando sin aire: iba a morir.

Miró a su alrededor, no lograba ver nada; solo sombras que parecían moverse lentamente junto a ella. El único sonido que retumbaba en sus oídos era el de su agitada respiración y el fuerte golpeteo de su corazón. Quiso gritar, pero de su garganta solo salió un sonido gutural, casi animal. Sabía que llegar hasta el teléfono sería su única posibilidad de vivir. Estiró el brazo derecho y lo sintió pesado, como muerto. Logró alcanzar el cable, pero cuando sus dedos temblorosos tocaron el teléfono, el aparato se desplomó al suelo, lejos de su alcance. Desesperada, lo intentó de nuevo, pero fue inútil. De pronto, la visión se tornó difusa; todo se borró a su alrededor convirtiéndose en un monstruo oscuro dispuesto a devorarla.

Nunca antes había sentido tanto frío. Podía sentir el aliento fétido y gélido de la muerte junto a su cuello. Acechándola, formando un cerco a su alrededor, colándose lentamente por los rincones de su cuerpo.

Implacable y victoriosa.

Rampante como un cazador detrás de su presa.

Iba a morir y ni siquiera podía entender por qué.

* * *

Dos meses antes

Greta redujo la velocidad cuando su Mini Cabrio giró a la derecha en dirección a Brädgårdsgatan. Había salido de Söderhamn a las once de la mañana con apenas un café y una tostada en el estómago, y estaba famélica. Llevaba veinte minutos de viaje y le esperaba un largo tramo hasta Mora. El reporte favorable del servicio meteorológico la había convencido de armar sus maletas y emprender el regreso a la ciudad que la había visto nacer. Aún no había caído la primera nevada —y eso que estaban a principios de noviembre—; sin embargo, las bajas temperaturas, que no superaban los diez grados centígrados, habían comenzado a sentirse mucho antes en toda la región media de Suecia.

Por desgracia, el sistema de calefacción de su auto se había averiado y no había tenido tiempo de llevarlo a arreglar. No quiso pensar demasiado en aquel incómodo detalle, ya que todavía le restaban dos horas y media de viaje hasta Mora. Observó la jaula ubicada sobre el asiento del acompañante. *Miss Marple* se mecía hacia un lado y hacia el otro mientras comenzaba a golpetear su pico contra el trapecio de madera.

—¿Qué sucede, cariño? —le preguntó a su lora de raza gris africana de nueve años de edad.

—Casa, casa, casa —repitió el ave sin dejar de moverse.

—Ya falta menos para que lleguemos. —Aminoró la marcha para ofrecerle una almendra; eso siempre lograba calmarla, pero el ave tomó la fruta seca con el pico y la arrojó al piso de la jaula.

—¿Te gustaría un poco de música? —Encendió la radio y sintonizó una estación. Observó de reojo a *Miss Marple*. La lora, lentamente, comenzó a tranquilizarse. Subió el volumen cuando *The Quiet Place* de In Flames comenzó a sonar. Era su grupo predilecto, el que había marcado su etapa de adolescente rebelde. Incluso había asistido a uno de sus conciertos en Uppsala a los dieciséis años. Sonrió al recordar la expresión de horror en el rostro de sus padres cuando había llegado a altas horas de la madrugada acompañada de un chico melencólico que había conocido en el concierto y que se había ofrecido a llevarla hasta su casa. Recordó que se llamaba Arne, que tenía un tatuaje bastante extraño en el brazo derecho. El colmo había sido que su padre le había pedido al muchacho una identificación. Faltó poco para que el joven saliera huyendo al darse cuenta de que Karl Lindberg era policía. Aquella escena ahora le causaba gracia, pero, en su momento, se había enfadado y mucho. Por supuesto, nunca más había vuelto a verlo. Había bastado una mirada iracunda de su padre y una posible investigación de antecedentes criminales para que no supiera más de él.

La canción terminó. Cuando el locutor de turno comenzó a hablar de deportes, apagó la radio. No sabía dónde había metido su cd de ABBA, el grupo favorito de

Miss Marple, así que tendría que aguantar el mal humor de su lora hasta llegar a destino. Al menos, el golpeteo constante de su pico contra los finos barrotes de la jaula le hacía recordar que no estaba sola; de ese modo, el trayecto le pareció menos abrumador. Observó la carretera casi desierta a esa hora de la mañana. Miró el reloj, hacía tan solo media hora que había dejado atrás su casa en Söderhamn: la ciudad donde había pasado los últimos cuatro años de su vida. Allí, había trabajado como profesora de Literatura en un colegio privado y, también, se había enamorado. Sonrió con amargura. Durante los primeros meses de relación con Stefan, se había sentido la mujer más dichosa del mundo. Sin embargo, después, cuando decidieron irse a vivir juntos al apartamento de él, en el centro de la ciudad, las cosas empezaron a ir de mal en peor. Stefan la celaba sin motivos y se había vuelto demasiado posesivo con ella, al punto de atosigarla con llamadas y visitas inesperadas en el colegio donde daba clases. Después de una relación tumultuosa de casi tres años, Greta había decidido cortar por lo sano. Enfrentó a Stefan una noche y le dijo que ya no podía seguir con él. Fueron patéticos los ruegos y las promesas de que iba a cambiar. Las primeras semanas tras la ruptura no fueron fáciles para ninguno de los dos. Ella, en vez de sentirse más aliviada, vivía en un constante desasosiego. Su ex insistía en regresar, la esperaba a la salida del trabajo y la llamaba por las noches. Su vida en Söderhamn se había vuelto un verdadero infierno. Por eso, cuando le contó a su padre que había terminado con él, Karl Lindberg le propuso regresar a Mora. No le costó mucho decidirse. Necesitaba un cambio de aire con urgencia, pero, sobre todo, necesitaba alejarse de Stefan para poder vivir tranquila. Renunció a su empleo y se despidió de sus amigos.

Esperaba encontrar su sitio en Mora y conseguir un trabajo para poder salir adelante. Lo cierto era que no la tenía fácil; mucho menos en aquella época del año, con el ciclo lectivo ya empezado. Recordó la conversación que había tenido con Karl unos días atrás.

—Papá, es casi imposible que pueda conseguir un puesto de profesora cuando hace más de dos meses que comenzaron las clases —le había dicho con un claro tono de resignación en la voz—. ¿De qué otra cosa puedo trabajar? Podría preguntar a los Hallman; no sé, quizá necesiten ayuda con la librería. —Se le ocurrió. Había trabajado con ellos cuando era una adolescente y, entre aquellas paredes cubiertas de estantes llenos de libros, había pasado los mejores momentos de su vida.

—A propósito de los Hallman, me enteré de que han puesto la librería a la venta —mencionó Karl.

—¿De verdad?

—Sí. Planean mudarse a algún lugar cálido en la Costa Azul. Como no tienen

hijos, no tuvieron más remedio que intentar vender.

Esa noticia había sido la que la había impulsado a armar las maletas y, finalmente, dejar Söderhamn. Había hablado antes con la señora Hallman por teléfono para manifestarle su interés en comprar la librería. Matilda Hallman de inmediato le hizo saber que la idea de venderle la librería a ella, de cierta manera, la tranquilizaba, porque sabía el cariño que guardaba Greta por aquel lugar. Pero, obviamente, los sentimientos nada tenían que ver con los negocios, y había que acordar un precio. Ella escuchó la cifra que le mencionó la señora Hallman. De inmediato, empezó a sacar cuentas mentalmente. No alcanzaba a cubrir toda la cantidad. Se lo hizo saber a Matilda. La anciana le respondió que era mejor tratar el asunto personalmente. Aquellas palabras le dieron cierta esperanza. Quizá pudieran llegar a un acuerdo y concretar la operación. Realmente, deseaba quedarse con la librería; no pudo evitar hacerse ilusiones.

Divisó la rotonda que conducía a Söderhamnsporten unos cuantos metros adelante. Aminoró la velocidad. Viró hacia la derecha hacia un local de McDonald's. Necesitaba almorzar, además de calentar su cuerpo con una buena taza de café. Colocó la jaula de *Miss Marple* en el piso del coche y se bajó del Mini Cabrio. Hacía un frío que calaba los huesos: se puso un par de guantes de lana, se subió el cuello de su chaqueta. Activó la alarma; luego, se dirigió al local de comidas rápidas.

Con el estómago lleno y a una sonrisa en los labios, salió un cuarto de hora más tarde, dispuesta a continuar con su viaje. *Miss Marple* movió las alas cuando ella entró al auto.

—¡Greta, vamos a casa! ¡Greta, vamos a casa!

Ella metió el dedo a través de los barrotes de la jaula y acarició el pico del ave, que entrecerró los ojos como respuesta al mimo de su dueña. Se puso en marcha. Unos metros más adelante, se acopló a la autopista 301 que conducía a Falun y continuó por la E4 durante los siguientes cuarenta minutos.

El trayecto hasta la carretera 70 fue tranquilo. Cerca de las tres de la tarde, finalmente, llegó a destino. Atravesó el puente sobre el lago Siljan y no pudo evitar sentirse embargada por la emoción. La última vez que había estado en Mora había sido la Navidad anterior, casi un año atrás. Karl los había invitado a Stefan y a ella para pasar Nochebuena junto a él. Aunque la cena había transcurrido en paz, ella había percibido de inmediato que a su padre no le agradaba Stefan. Claro que, en muy pocas oportunidades, a Karl Lindberg le caían bien los chicos que ella elegía para salir. De todos modos, después de esa noche, no había querido regresar a Mora. A veces, le parecía que solo lo había hecho para evitar un posible enfrentamiento entre su padre y su novio.

Detuvo su auto a un lado de la carretera, justo después de pasar la estación de trenes, y se bajó. Poco le importó el frío o la brisa helada que se había levantado. Siempre le había gustado aquel sitio en particular. Descendió por uno de los senderos. Dio un paseo por la orilla del lago, mientras decenas de recuerdos se agolpaban en su mente. Cuando era niña, le encantaba participar durante el último fin de semana de junio de una de las festividades más tradicionales de la región de Dalarna: el solsticio del verano de San Juan. El lago se vestía de gala, y la pequeña ciudad de Mora se llenaba de turistas en «el día que nunca termina». Sabía que su padre conservaba una fotografía de ella ataviada con el típico faldón verde, el delantal blanco y la chaquetilla bordada de color rojo; traje que emulaba a aquellos usados en la época precristiana y que su madre había confeccionado especialmente para ella. Obviamente, al atuendo no podía faltarle la corona hecha de flores en la cabeza y la pañoleta al cuello. No debía de tener más de cinco años en aquella foto, y Karl Lindberg se había encargado de mostrarla con orgullo a todo aquel que visitaba su casa desde entonces.

Dejó escapar un suspiro. Se estaba tornando demasiado melancólica. Contempló el lago por última vez y regresó al auto. Le costó encender el motor. Por un segundo, pensó que su adorado Mini Cabrio la dejaría varada allí, pero, por fortuna, luego de que le dijo unas cuantas palabras cariñosas, arrancó.

Se desvió hacia la derecha por Vasagatan. Siguió hasta llegar al coqueto barrio residencial donde había crecido. El tráfico allí se hacía un poco más pesado, sobre todo debido a la gran cantidad de adolescentes que circulaban en sus bicicletas y que asistían a la escuela Sanktmikael, la misma a la que había concurrido ella. Siguió hasta la calle Älvkatan. Su corazón se movió inquieto dentro del pecho a medida que se iba acercando a la que había sido su casa por más dos décadas. Le había dolido irse cuatro años atrás, dejando familia y amigos, pero mudarse a Söderhamn la había ayudado a madurar. Se había forjado una carrera como profesora de Literatura y había aprendido a desenvolverse sola sin mayores inconvenientes.

Sin embargo, allí estaba, volviendo a sus raíces, con la esperanza de iniciar una nueva vida al lado de las personas que más amaba.

Detuvo el auto y apretó sus ateridos dedos alrededor del volante. Contempló la casa por un largo rato, tratando de adivinar si algo había cambiado desde la última vez que había visitado a su padre. De sus labios brotó un suspiro cuando comprobó que, en apariencia, todo seguía igual. Solo faltaba el columpio de madera en la terraza en donde solía recostarse las tardes de verano a leer sus novelas. Por lo demás, era como si el tiempo no hubiera pasado. Condujo hasta la entrada de la cochera y apagó el motor. Descendió del auto. Esperó: nadie salió a recibirla. Le pareció extraño. Su

padre sabía que llegaba esa tarde; había hablado con él la noche anterior y le había asegurado que estaría esperándola. Echó un vistazo a la casa de enfrente. Notó que una de las cortinas se había movido. Al parecer, la señora Apelgren conservaba la costumbre de espiar a sus vecinos. Greta alzó la mano para saludarla. Al verse descubierta, la mujer no tuvo más remedio que asomarse para devolverle el saludo.

Con una sonrisa, se dirigió a la puerta de entrada. Esperaba que su padre siguiera guardando la llave de repuesto debajo del tapete. Se agachó y lo levantó. Allí estaba, metida entre una de las grietas de la tabla. Abrió la puerta. Entró a la casa. Al hacerlo, las luces se encendieron: una decena de personas se arremolinó a su alrededor y comenzó a abrazarla efusivamente.

Se vio rodeada por sus tíos y primos a los cuales no veía desde hacía tiempo.

—¡Cariño, casi ni ti reconozco! —le dijo su tía Ebba, abrazándola tan fuerte que apenas si podía respirar.

—¡Estás hermosa! —la elogió su tío Pontus, dándole unas palmaditas en la cabeza y desordenando su cabello debajo de la gorra de lana.

Las dos hijas de Ebba, Julia y Tammi, también se acercaron a abrazarla. Greta percibió que las dos muchachas, que estaban apenas saliendo de la adolescencia, se dedicaron a observar atentamente su atuendo. Su hermano mayor, Lasse, en cambio, se quedó apartado y la saludó con una sonrisa. Ella recordó lo tímido y callado que solía ser; por su actitud, era evidente que no había cambiado desde la última vez que lo había visto. También estaba Joakim, el primo de Karl, con su flamante y jovencísima novia, llamada Amanda.

Una vez que hubo saludado a todos, Greta buscó afanosamente a su padre. Sus tíos se hicieron a un lado y entonces lo vio: de pie junto al quicio de la puerta que daba a la cocina. Corrió y se arrojó a sus brazos.

—Pequeña, al fin —dijo Karl acariciando la melena rojiza de su hija que se asomaba por debajo del gorro de lana.

Se apartó y le sonrió. Descubrió que había subido un poco de peso y que continuaba con su manía de disimular su incipiente calvicie acomodando unos cuantos mechones de cabello sobre su frente.

—Hola, papá.

Karl tomó su rostro entre ambas manos y apretó sus mejillas con suavidad.

—Bienvenida a casa, Greta.

La tarde transcurrió entre anécdotas, risas y varios dulces que hicieron la delicia de todos y que su tía Ebba había preparado para la ocasión. Hasta que no los probó, Greta no se había dado cuenta de lo mucho que había extrañado los famosos pastelillos de pasta de almendra y los bollos de aceite. Incluso *Miss Marple* parecía

haberse calmado a pesar de la algarabía que reinaba en la casa.

Los tíos y primos se marcharon antes de que anocheciera. Ebba consiguió arrancarle la promesa de que pasaría a visitarla apenas se instalara, y Greta agradeció cuando la casa se quedó en silencio.

Se arrodilló frente a la chimenea y atizó el fuego. En la cocina, Karl se encontraba preparando café. Cuando ella se puso de pie, sus ojos azules recorrieron la media docena de retratos que adornaban la repisa ubicada encima de la chimenea. Estaba, por supuesto, la foto de la fiesta del solsticio de verano de San Juan. Sonrió al verse a sí misma: le faltaban un par de dientes y tenía las mejillas coloradas. Tan solo unos segundos después, se topó con una imagen de su madre: Sue Ellen Carlisle, inglesa de nacimiento y sueca por adopción. Lucía radiante en aquella fotografía. Había sido tomada en la casa de veraneo de los Carlisle, en Ipswich, unos meses antes de casarse. Aún le costaba creer que ella no estaba: había muerto la víspera de su cumpleaños número cuarenta de una manera terrible. Había salido a dar un paseo y nunca más había regresado. Un conductor que se había dado a la fuga le había arrebatado a su madre cuando Greta apenas tenía dieciocho años y aún le dolía la pérdida.

—Ten. —Karl le entregó una taza de café.

No lo había escuchado acercarse. Tomó la taza y dejó que el calor de la porcelana se traspasara a sus manos; de repente, había comenzado a sentir frío.

Él se sentó en el sofá; después la miró a los ojos.

—Ahora que estamos solos, dime: ¿cómo estás?

Se dejó caer a su lado en el sillón y, antes de hablar, respiró profundamente:

—Bien, no fue sencillo tomar la decisión. —Hizo una pausa para beber un sorbo—. Pero creo que hice lo correcto.

—Estoy seguro de que sí. —Lo tranquilizaba saber que ella no lamentaba haber dejado su vida en Söderhamn—. Todos se han alegrado de verte; es bueno tenerte de regreso, hija. —Acarició su mano y le sonrió.

Ella lo contempló en silencio. Era consciente de que su padre nunca había estado demasiado de acuerdo con que se marchara de Mora. Tampoco le había gustado mucho que eligiera estudiar Literatura. Sabía que, en el fondo, Karl deseaba que ella siguiera sus pasos, pero convertirse en policía no había entrado nunca en sus planes. Él no se lo había dicho abiertamente. Sin embargo, al no haber tenido un hijo varón que continuara con la tradición de los Lindberg de ser policías que se remontaba a casi medio siglo atrás, el inspector había puesto todas sus esperanzas en que fuera su hija la que ingresara a la Escuela Superior de Policía.

Pero ella había heredado de su madre la pasión por los libros. Sue Ellen Carlisle había sido una maravillosa poetisa y había puesto un libro en manos de su pequeña

hija, aun cuando ni siquiera sabía leer. Greta se había convertido en una ávida lectora, sobre todo de novelas de misterio. Su madre le había enseñado a amar la poesía de William Wordsworth, John Donne y John Keats, pero también la había sumergido en los libros de Stevenson, Conan Doyle y, sobre todo, en las novelas de su admirada Agatha Christie. Greta amaba resolver misterios, aunque por su sangre no corría la pasión de ser policía.

—Mañana me reúno con la señora Hallman —comentó Greta.

El hombre notó preocupación en el semblante de la joven.

—¿Han llegado a un acuerdo con respecto al precio?

—No exactamente. Juntando mis ahorros y el dinero que me pagaron en la escuela no llego a la cifra que piden por la librería, pero me dijo que habláramos en persona, que tal vez podíamos llegar a un acuerdo.

Karl frunció el ceño.

—¿Es mucho lo que te falta?

—No. Es por eso que pienso ofrecerles a los Hallman un trato: darles un anticipo de un ochenta por ciento del precio que quieren, más o menos, y pagarles el resto en cuotas. ¿Crees que aceptarán?

—No lo sé, hija, pero no pierdes nada con intentarlo.

—También deberé conseguir un lugar donde vivir.

—Nada de eso —la interrumpió Karl—, te puedes quedar conmigo el tiempo que sea necesario.

Ella dejó la taza de café vacía sobre la mesa y miró a su padre. No estaba segura de si aquello era realmente lo que quería. Su idea de regresar a Mora poco tenía que ver con quedarse a vivir en la casa paterna. Sin embargo, no tuvo el valor de decírselo en ese momento. Además, antes necesitaba encontrar un sitio donde vivir. Cuando lo hiciera, se armaría de valor y se lo comunicaría.

Se despidió de su padre con la excusa de que estaba exhausta por el viaje y subió a su antigua habitación con Miss Marple. Sonrió. Por primera vez desde que había abandonado Söderhamn, vio para sí misma un futuro prometedor. La reunión con los Hallman la tenía un poco nerviosa, pero contaba con que la suerte estuviese de su lado.

* * *

Pernilla Apelgren regresó a la sala para continuar con su labor de punto. Dejó caer su

obeso cuerpo en el sillón y se volvió a colocar las gafas. Le había sorprendido ver que la hija de Karl Lindberg había regresado a la ciudad. La había visto por última vez durante las fiestas navideñas del año anterior acompañada por un joven apuesto que, según supo después, era su novio. También se había enterado de que Greta vivía con él en Söderhamn y de que no tenía planes de pasar por el altar. Por supuesto, había sabido todo eso casi por casualidad. El tendero se lo había dicho al vendedor de pescado, y este, a su vez, se lo había contado a su esposa Agnetta, quien se había encargado de difundir la noticia por toda la ciudad. Pernilla no era devota de andar esparciendo el chisme, aunque era divertido enterarse de la vida y obra de sus vecinos; mucho más, para alguien como ella. A su edad, le quedaban pocas cosas con las cuales entretenerse. Por otro lado, creía que no le hacía daño a nadie. Dejó la labor por un instante, cuando su esposo, Oscar, entró a la sala.

—Pernilla, ¿has visto el pegamento nuevo que compré ayer? —le preguntó mientras sostenía en su mano derecha una de sus piezas de aeromodelismo.

Ella pareció no escucharlo.

—¿Has oído lo que te dije? —insistió Oscar.

Ella se bajó las gafas hasta la punta de la nariz y lo miró.

—Sí, creo que está en el segundo cajón del armario... Donde siempre está —le recordó, forzando una sonrisa.

Él hizo caso omiso a su comentario.

—¿En qué estabas pensando?

—¿Sabes quién ha regresado?

Negó con la cabeza. No tardaría en saberlo: su esposa se encargaba siempre de ponerlo al tanto de lo que sucedía y dejaba de suceder en Mora.

—Greta Lindberg. La he visto esta tarde. Venía con maletas y traía a su lora: parece que viene para quedarse.

—Siempre me ha caído bien esa muchacha —comentó él con una sonrisa.

—Es un poco liberal para mi gusto —adujo Pernilla sin ningún reparo—. Se marchó hace cuatro años, sola, para vivir en una ciudad extraña. Además, se enredó con un hombre allí e incluso se mudó con él.

Oscar no dijo nada. Cuando su esposa salía con aquella perorata sobre la moral y las buenas costumbres, se tornaba insoportable. Por esa razón, prefería guardar silencio. La lengua de Pernilla Apelgren se movía más rápido que sus agujas de tejer cuando de chismes se trataba.

—¿Qué habrá sido del muchacho?

—¿A quién te refieres? —preguntó el hombre con fingido interés.

—A su novio. No ha venido con ella; ¿crees que lo abandonó? ¿Habrá sido él

quien la dejó?

—No lo sé, Pernilla —respondió con cierto aire de hastío—. No debería importarnos la vida sentimental de nuestra vecina.

—Pienso que la muchacha se descarrió tras la muerte de su madre. ¡Pobre mujer! Terminar así, de una manera tan trágica. —Se llevó una mano al pecho, impresionada, cuando recordó vívidamente el momento en el cual se había enterado del accidente que había acabado con la vida de Sue Ellen Carlisle.

—Eso ocurrió hace muchos años. La muchacha ya lo debe de haber superado —acotó Oscar dispuesto a regresar a su estudio para continuar con el armado de su última pieza: un Fairey Swordfish. Un amigo, que sabía de su afición por los aviones de guerra se lo había regalado. Pensaba ponerlo en la vitrina de la sala después de terminar de armarlo. No todos los días se conseguía un modelo como aquel, un biplano de las tropas aliadas que había cumplido un papel fundamental en la Segunda Guerra Mundial.

—No lo creo, sobre todo si el culpable de la muerte de su madre nunca fue hallado.

—Recuerdo que la policía estableció que el conductor huyó. Todo el mundo supuso entonces que se trataba de un borracho.

—Todos creyeron lo del borracho que había huido, pero tú y yo sabemos que presunción no es lo mismo que certeza.

Oscar, por enésima vez, hizo caso omiso a las palabras de su esposa y regresó a su estudio. Ella retomó su tejido de punto. Mientras movía las agujas, no pudo dejar de pensar en Greta Lindberg y en el trágico final de su madre.

CAPÍTULO 2

Hanna Windfel le ordenó por cuarta vez a la pequeña Eva que se quedara quieta. La madre también le pedía que no se moviera, pero era inútil: parecía que la niña tenía un ejército de hormigas en el cuerpo. Se dio cuenta de que sería prácticamente imposible tomarle una fotografía decente. Solo en contadas ocasiones perdía la paciencia con sus clientes. Sin embargo, aquella niña caprichosa e inquieta había terminado por sacarla de las casillas. En ese momento, poco le importó la buena reputación que se había ganado como una de las fotógrafas más prometedoras de la región. De nada le valía un equipo de última generación o la lente más sofisticada, si su objetivo insistía en salirse de foco. Era imposible trabajar de ese modo. La niña estaba sacando lo peor de Hanna, que prefería dejarlo para otra oportunidad. Colocó el trípode a un costado y se dirigió al rincón, donde la madre de Eva esperaba.

—Señora Sälen, hoy es imposible tomarle una foto a su hija. Si le parece, regrese el lunes a la mañana. No tarda en llegar mi próximo cliente. —Miró a la mujer detenidamente por primera vez desde que había entrado al estudio. No debía de tener más de veinticinco años y, según le había contado, Eva era la menor de sus tres hijos. Tenía una mancha de comida en el abrigo y ojeras en el rostro. Hanna la compadeció en silencio, siempre había pensado que lidiar con un hijo era una tarea difícil para cualquier mujer. No se imaginaba cómo se las arreglaría ella con tres, mucho menos si eran inquietos como Eva. La mujer la miró con mala cara y fue a buscar a su hija. La alzó en brazos, y la fotógrafa fue testigo de cómo de repente la pequeña Eva se quedaba quieta. Ya ni siquiera movía los brazos hacia arriba y hacia abajo como lo había estado haciendo los últimos veinte minutos. Rápidamente, buscó su cámara y le tomó una fotografía, sorprendiendo a la madre de la niña.

—Sé que deseaba una foto de su hija en solitario, pero se veía tan tierna que no

pude contenerme. —Aprovechó para tomar una segunda fotografía de Eva aferrada al cuello de su madre—. Creo que por fin hemos logrado captar su verdadera esencia. —La niña metió un dedo en la oreja de su madre—. Eso es, perfecto. —Les sonrió mientras hacía una última toma.

La señora Sälen miró a Hanna de modo extraño: ella quería una bonita foto de su hija para mandarla a sus abuelos que vivían en Estocolmo. Lo último que deseaba era que sus suegros la vieran a ella con unas enormes ojeras en el rostro y manchas de papilla en el abrigo.

—Puede regresar el lunes si no está conforme con las fotos que tomé —le dijo viendo el desconcierto en los ojos de la joven madre—. Le haré un descuento especial si le parece.

La mujer negó con la cabeza.

—Muchas gracias, pero creo que llevaré a mi niña con otro fotógrafo. Adiós, que tenga buen día. —Apretó a la niña contra su pecho y abandonó el estudio a toda prisa.

Hanna soltó una carcajada a pesar de que acababa de perder a un cliente. Al menos, conservaría las fotos. Quizás algún día podría usarlas para montar su propia exposición.

Sacó el rollo de la cámara y lo metió dentro de una cajita de plástico. Lo revelaría esa misma tarde junto con los demás trabajos que tenía atrasados. Últimamente, no daba abasto, pero no podía quejarse: desde que había abierto el estudio, dos años atrás, le estaba yendo bastante bien. No era la única fotógrafa de la ciudad, aunque, seguramente, sí una de las más solicitadas.

La campanilla de la puerta sonó. Hanna buscó en su agenda el nombre del cliente que tenía cita a esa hora.

—Pase y póngase cómodo, por favor —dijo sin voltearse.

Cuando giró sobre sus talones, se llevó una gran sorpresa.

—¡Greta! ¿Eres tú?

La muchacha extendió los brazos. Con una sonrisa de oreja a oreja, le dijo:

—La misma que viste y calza.

Las amigas se fundieron en un abrazo que parecía no terminar jamás.

—¡Qué bueno verte! Me encontré con tu padre la semana pasada y no me dijo que vendrías.

Ella suspiró. Hacía una semana, ni siquiera sabía que regresaría a Mora.

—Fue una decisión de último momento; llegué ayer por la tarde.

La fotógrafa la miró seriamente.

—¿Qué hay de Stefan?

—Rompimos.

—¡Oh, Greta, cuánto lo siento! —se lamentó Hanna mientras acomodaba un mechón de cabello de su amiga tras la oreja.

—No tuve opción. Él no me dejó otra salida.

—Ven, mi próximo cliente no ha llegado aún. —La llevó de la mano hasta el sector donde se encontraba su escritorio y la invitó a sentarse—. Cuéntame qué pasó.

Le relató a su amiga cómo los últimos meses la convivencia con Stefan se había convertido en un infierno. La fotógrafa la miraba horrorizada, incapaz de creer que le estuviera hablando del mismo hombre que había conocido el invierno anterior.

—Debió de ser muy difícil para ti tomar la decisión de dejar todo —dijo comprensivamente Hanna.

—Sí, lo fue, pero no me arrepiento. La relación con Stefan se estaba tornando enfermiza. Me celaba sin ningún motivo. Antes de marcharme de Söderhamn, tuve que cambiar mi número de teléfono; me llamaba cada diez minutos para saber qué estaba haciendo, si estaba con alguien. Fue terrible, me di cuenta de que debía alejarme de él el día que se atrevió a cruzar el límite. —Se detuvo: de inmediato comprendió que, quizás, estaba hablando de más.

Hanna apretó su mano.

—Vamos, cuéntamelo, necesitas desahogarte con alguien —la instó a que continuara hablando.

—Una tarde se presentó en mi trabajo, sin previo aviso, como solía hacer en los últimos tiempos. Me vio conversando con uno de los profesores y se volvió loco. Me acusó de estar engañándolo a la vista de todos. —Hizo una pausa para respirar—. Me llevó hasta su auto por la fuerza y... y me arrojó contra el parabrisas. En ese momento, supe que ya no había vuelta atrás. —Se mordió el labio inferior cuando comprendió que estaba temblando.

La fotógrafa guardó silencio y apretó la mano de su amiga con más fuerza.

—No tiene caso seguir hablando de ese maldito; gracias a Dios has sabido salirte de esa relación a tiempo. Mejor dime qué piensas hacer ahora.

Greta experimentó un gran alivio. No le había contado sobre ese incidente a nadie, se lo había tragado todo ella sola. Creía que, con el tiempo, lo olvidaría, pero descubrió que contárselo a su amiga había evitado que el dolor siguiera creciendo dentro de ella hasta devorarla. Se sintió, de alguna manera, liberada.

—Por lo pronto, me quedaré con mi padre —respondió tratando de sonreír—. Está encantado de tenerme de regreso.

—¿Piensas trabajar de profesora?

—Lamentablemente, no será posible: las clases ya comenzaron hace bastante, y no hay ninguna plaza vacante hasta el próximo año.

—¿Qué harás entonces?

—Pues hay grandes posibilidades de que pueda hacerme cargo de la librería de los Hallman —respondió Greta.

—Supe que estaba en venta. Al parecer, los viejitos planean mudarse a Francia o algún lugar similar.

—Así es. La verdad es que me entusiasma mucho la idea de quedarme con la librería, aunque no hay nada concreto aún. Debo reunirme con ellos mañana para ver si cerramos el trato o no —dejó escapar un suspiro—. Sabes de mi pasión por los libros y cuánto aprecio esa librería en particular.

—¿Que si lo sé? Aún recuerdo las veces que me dejabas tirada porque preferías quedarte en casa leyendo una de tus novelas de misterio.

—Lo siento mucho, amiga —dijo Greta que sabía que Hanna, de cierta manera, había sufrido cuando ella la relegaba a un segundo plano para abocarse a la lectura.

—No te preocupes —respondió restándole importancia al asunto—. Estoy segura de que te venderán la librería a ti: no podría caer en mejores manos.

—Ojalá.

Ambas amigas cruzaron los dedos.

—Si compras la librería, tendrás que organizar una gran fiesta de reapertura para que todo el mundo sepa que tú eres la dueña ahora. Lo importante será retener a los clientes.

Greta asintió a pesar de que la adquisición de la librería no era más que un sueño por el momento. Percibió el entusiasmo de su amiga, pero no podía pensar en una gran fiesta de inauguración todavía. No solo porque la compra no se había concretado, sino porque todo su capital se evaporaría una vez que la librería fuera suya.

—No veo la hora de que llegue mañana para poder reunirme con los Hallman —dijo incapaz de ocultar su ansiedad.

—Todo saldrá bien, ya verás —respondió la fotógrafa, dándole la seguridad que a ella le faltaba.

Lamentablemente, no pudieron seguir conversando mucho más, porque el cliente, que se había retrasado, llegó y esperaba ser atendido.

Greta se marchó, le había hecho bien la charla con su amiga que siempre había sido una mujer divertida y alocada. Se habían conocido en el *kindergarten* y rápidamente se habían convertido en amigas inseparables. Greta solía ser un poco tímida de niña, sin embargo, habían convertido al carácter extrovertido de Hanna, había sabido dejar la timidez atrás. Incluso se había atrevido a cometer algunas travesuras con ella. Recordaba una en particular. Había sido durante el receso de verano, cuando Greta había pasado una temporada en casa de los Windfel. Ambas

tenían catorce años y, juntas, se sentían invencibles. Una tarde, aprovechando la ausencia de la familia de Hanna, las chicas habían invitado a la casa a uno de sus vecinos para mirar una película. Peter era un muchacho muy poco agraciado que, por si fuera poco, tenía fama de fisgón. Por supuesto, se había sorprendido al recibir una invitación de las muchachas a las que solo se atrevía a mirar de lejos. Tanto Hanna como Greta sabían de la afición del muchacho a espiarlas mientras ellas tomaban sol en la terraza, por lo que decidieron darle una lección. La idea había sido de Hanna, pero Greta estuvo de acuerdo desde el principio. El pobre de Peter se quedó paralizado cuando, en mitad de la película, Hanna apagó el televisor y se levantó la camisa para mostrarle los pechos. Unos segundos después, Greta hizo lo mismo. El rostro cubierto de acné de Peter Levanger se tiñó de un rojo intenso y solo pudo balbucear un par de palabras antes de huir despavorido. Aquella había sido solo una de las tantas travesuras que habían tramado juntas, y la recordaba con mucho cariño.

Al abandonar el estudio de Hanna, decidió que iría a dar un paseo por el centro de la ciudad. La temperatura había caído considerablemente. Se esperaba la primera nevada para los siguientes días. Atravesó la calle principal y, al pasar por el restaurante de Claras, volvió a invadirla la nostalgia. Cuando era niña, solía ir allí a cenar con sus padres religiosamente cada viernes por la noche. En muchas ocasiones, Sue Ellen y ella terminaban cenando solas, porque Karl había recibido alguna llamada de la comisaría. Ese era precisamente uno de los motivos que habían alejado a Greta del sueño de su padre de que se convirtiera en mujer policía. Las largas horas fuera de casa, las imprevistas ausencias y la incertidumbre de no saber qué podría llegar a suceder cada vez que había que investigar algún caso habían contribuido notablemente para que eligiera una carrera menos movida. Sin contar, por supuesto, que odiaba usar uniforme y quedarse hasta tarde escribiendo tediosos reportes como solía hacer Karl cuando aún era agente.

Continuó con su recorrido. Algunas de las personas con las que se cruzaba la saludaban con un ligero movimiento de cabeza y una sonrisa afable. Apenas recordaba a la mayoría de ellas, pero ya tendría tiempo para socializar. De vez en cuando, miraba por encima de su hombro; temía, quizá, que Stefan se hubiera atrevido a seguirla hasta allí. Ya no podía llamarla, pero nada le impedía intentar buscarla. Había regresado a Mora procurando tranquilidad y esperaba encontrarla.

Decidió que, antes de volver a la casa, subiría hasta el mirador para contemplar la ciudad desde las alturas. Hacia allí se dirigió a paso acelerado para paliar el frío.

* * *

El teniente Mikael Stevic llamó a la puerta de su jefe y, tras esperar prudentemente unos segundos, entró. Guardó silencio mientras escuchaba atentamente la conversación que estaba sosteniendo Karl Lindberg con alguien de Estocolmo. La división de Delincuencia Organizada estaba detrás de un pez gordo, y los habían contactado a ellos, porque tenían información de que el sujeto manejaba una red de tráfico de armas en toda la zona central del país. Se sospechaba que Mora estaba dentro de su rango de acción. Por tal motivo, habían pedido la intervención de las fuerzas locales.

—Bien, Martin, mantenme informado. Adiós y gracias. —Karl dejó el móvil sobre el escritorio y observó a Stevic.

—¿Alguna novedad? —preguntó y se sentó en la silla frente a él.

—Los de Delincuencia Organizada han pedido que actuemos con cautela, que investiguemos y mantengamos vigilado al sospechoso. No podemos hacer nada más al respecto. Ellos mandan —comentó con cierto aire de fastidio.

—Me dijo Nina que querías hablar conmigo.

—Quiero pedirte un favor y no tiene nada que ver con el caso que tenemos entre manos. Necesito que te pongas en contacto con la policía de Söderhamn y preguntes por un sujeto llamado Stefan Bringholm. Quiero saber todo de él, si tiene antecedentes criminales, alguna denuncia en su contra, cualquier cosa.

A Mikael el nombre ni le sonaba, pero sospechaba que se trataba de algún asunto personal.

—¿De qué se trata, Karl?

El hombre se recostó en la silla y observó a su interlocutor. Conocía a Mikael desde hacía dos años, cuando se había incorporado a la comisaría, recomendado por un amigo suyo de Gotemburgo. Al principio, no le había caído nada bien el hecho de que hubiera sido enviado porque tenía conocidos en la fuerza. Sin embargo, pronto tuvo que cambiar de idea: era eficiente como pocos y se había ganado a pulso un nombre dentro de la policía. Lamentaba que en el ámbito personal no se manejara de la misma manera.

—¿Puedo pedirte absoluta reserva?

—Por supuesto —respondió cruzándose de brazos.

—Es el ex de mi hija. Greta acaba de romper con él. El sujeto siempre me dio mala espina, y no quiero llevarme una sorpresa.

El teniente se quedó mudo. Sabía quién era Greta. Muchas veces se había quedado mirando la fotografía que Karl tenía sobre el escritorio: una muchachita de cabello rojo y pecas en el rostro. Nina le había dicho que era la hija del jefe y que vivía en Söderhamn.

—Me ocuparé del tema hoy mismo —le aseguró.

—Gracias, Mikael. Y recuerda que esto es extraoficial: nadie en la comisaría tiene por qué saberlo.

Asintió. Él no tenía hijos, pero podía comprender la preocupación de Karl. Al salir de la oficina, se dirigió a su escritorio y lo primero que hizo fue ponerse en contacto con la policía de Söderhamn.

* * *

Llegó a la cita con los Hallman diez minutos antes de lo pautado. Estaba ansiosa; no podía disimularlo. Matilda Hallman la hizo pasar a su casa y le ofreció una taza de café. Greta solo aceptó un vaso de agua. Después, apareció su esposo, acompañado por un hombre que vestía un traje algo anticuado y movía las manos debido a un tic nervioso.

—El señor Hägglund nos acompañará —le informó Leif Hallman con una sonrisa en los labios—. Es nuestro abogado.

Greta trató de no inmutarse ante la mención de la palabra «abogado», pero le fue imposible. Ella pensaba discutir la venta de la librería con los Hallman en un plan menos formal.

—Señorita Lindberg —dijo Henning Hägglund con su voz de barítono—, mis clientes me han comentado que usted no cuenta con el capital completo para afrontar la compra de la librería.

Ella tragó saliva; sin embargo, no se iba a dejar amilanar: lucharía por cumplir su sueño.

—Así es; le dije a la señora Hallman, cuando hablamos por teléfono, que solo puedo cubrir el ochenta por ciento del dinero. Ella me dio a entender que existía la posibilidad de llegar a un acuerdo para saldar el resto. —Miró a Matilda y la mujer le sonrió.

—Comprendo —dijo el abogado sin siquiera mover una pestaña.

Se preguntó si los Hallman iban a abrir la boca alguna vez; al parecer, preferían dejar todo en manos de su representante.

—¿Hay algún inconveniente? —Quiso saber a lo que se estaba enfrentando.

—Nosotros no lo llamaríamos «inconveniente» —repuso el abogado—. La verdad, señorita Lindberg, es que ha aparecido otro comprador que ofrece pagar la totalidad de la suma para quedarse con la librería.

No contaba con eso. Las palabras del antipático hombre barrieron con sus ilusiones en un solo instante. Miró nuevamente a la señora Hallman.

—Matilda, pensé que habíamos llegado a un acuerdo. Usted misma me dijo que prefería venderme la librería a mí —le recordó.

—Es verdad, querida; si fuera por mí, te entregaría las llaves hoy mismo. Pero negocios son negocios.

Greta sabía que la mujer hablaba por su esposo. Leif Hallman siempre había tenido una visión de ave rapaz para los negocios, el dinero había sido una de sus máximas prioridades en la vida y, por supuesto, no iba a desaprovechar la ocasión de hacerse con una buena cantidad. Nada que ver con su esposa, quien ponía siempre los sentimientos por delante.

—¿Podría pedirles un plazo de, al menos, veinticuatro horas para poder conseguir el resto del dinero? —preguntó en un último intento por quedarse con la librería. Ignoraba de dónde iba a sacarlo, pero necesitaba ganar tiempo.

Matilda y su esposo se miraron a los ojos durante unos segundos. Greta se mentalizó para recibir una negativa, cuando Leif le consultó algo al oído a su abogado.

—Está bien, señorita Lindberg. Mis clientes aceptan darle veinticuatro horas para presentarse con la totalidad del dinero de la venta —le comunicó Henning Hägglund con un rictus en los labios.

Se marchó de la casa de los Hallman con una disyuntiva entre manos. Había logrado que, por lo menos, la esperaran antes de vender la librería al otro comprador interesado. Sin embargo, ¿cómo conseguiría el resto que le faltaba?

La única solución que se le ocurría era pedir un préstamo. No tenía tiempo que perder, así que regresó nuevamente a la zona comercial. Llegó a la intersección de Köpmangatan y Kyrkogatan, donde se erigía el moderno edificio de unas de las sucursales del Swedbank y se apeó del automóvil. Esperaba reunir las condiciones para que le otorgaran el préstamo.

Treinta minutos más tarde, salió del banco con una expresión de bronca en el rostro. Su solicitud había sido rechazada. Según las propias palabras del gerente, ella no era solvente para afrontar un crédito de esas características. Y lo peor era que sabía que tenía razón: sin un empleo y nada que ofrecer como garantía, se había tenido que marchar con el rabo entre las piernas.

Se había levantado un fuerte viento. De un manotazo, se enrolló la bufanda alrededor del cuello. Se acercó al auto y lo observó. Se mordió los labios. No tenía otra salida. Se subió al Mini Cabrio. Sacó el móvil del bolso. Buscó entre su lista de contactos; estaba segura de que entre todos aquellos números aún conservaba el de

Leo Nilssen. Habían estudiado juntos en Sanktmikael, y él regenteaba el taller mecánico que había sido de su padre. Leo se sorprendió con la llamada. Acordaron verse de inmediato. Greta era plenamente consciente de que no sería nada fácil conseguir vender el auto en menos de veinticuatro horas, pero debía hacer el intento.

Cuando cerca del mediodía llegó a su casa en taxi, Karl se sorprendió.

—¿Qué le ha sucedido a tu coche? —le preguntó mientras se ponía el delantal de cocina.

Ella le contó lo sucedido. En menos de cinco minutos, Karl se enteró del acuerdo con los Hallman, de la visita al banco y de que había decidido vender el auto para juntar el dinero que le hacía falta.

Greta no esperaba que él se quedara callado después de escuchar su relato. Sin embargo, no se inquietó cuando su padre permaneció en silencio.

—Leo prometió hacer todo lo posible para tratar de vender el coche hoy mismo, pero debo ser realista: es casi como esperar un milagro.

Karl le sonrió y le arrojó a su hija un delantal de cocina.

—No pienses en ese asunto, ahora, mejor ayúdame a preparar el almuerzo.

Mientras condimentaba las albóndigas, ella no pudo dejar de pensar que el reloj corría y que tenía tan solo unas cuantas horas por delante para conseguir cumplir su sueño.

CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente, cuando su móvil sonó, se sintió esperanzada. Mucho más porque vio en la pantalla que quien llamaba era Leo.

—Hola, Leo. ¿Tienes alguna buena noticia para mí?

Su interlocutor tardó unos segundos en responder.

—Lo siento, Greta. No ha habido suerte. Han pasado un par de clientes para mirar el coche, pero cuando les dije que necesitabas, al menos, la mitad del dinero para desprenderte de él, se iban sin decir nada.

Ella se hundió en la silla donde estaba sentada. Aun sabiendo que vender el coche en tan poco tiempo era casi una misión imposible, había conservado la ilusión de poder lograrlo hasta el último minuto.

Le dio las gracias a Leo después de que él le dijo que había reparado la calefacción, y acordó pasar esa misma mañana a recoger el coche; ya no tenía caso venderlo.

Con parsimonia, se puso de pie y bajó a la cocina. Mientras calentaba agua para un café, cortó un poco de fruta para la lora. Su padre se había marchado temprano, había escuchado el auto salir de la cochera cerca de las ocho.

Buscó a *Miss Marple* y la llevó a la cocina: no tenía ganas de desayunar sola esa mañana. La sacó de la jaula, se la puso encima del hombro. El ave comenzó a jugar con su cabello, lo que logró arrancarle una sonrisa a Greta. La dejó sobre la mesa para colocar frente a la lora un plato con trocitos de manzana, melocotón y nueces.

Se preparó un abundante desayuno para sí misma consistente en café, exprimido de naranjas, pan crujiente y huevos revueltos. Se dio cuenta, sin embargo, de que no tenía demasiado apetito, por lo que solo bebió el café y comió una pieza de pan.

Miss Marple, en cambio, no tardó en vaciar el plato.

—Parece que tenías hambre hoy —le dijo acariciando el plumaje blanquecino de su pequeña cabeza. El primer día en Mora apenas había comido: cada vez que Greta revisaba el cuenco de semillas, lo encontraba lleno. Sin embargo, al parecer, el ave se estaba habituando a su nueva vida, quizá más rápidamente que ella.

Miss Marple pareció hacer caso omiso al comentario y comenzó a limpiarse el pico contra el borde del plato.

El teléfono sonó, y la lora alzó la cabeza.

—¡Hola! ¡Hola!

Ella se levantó de un salto y corrió hasta la sala.

—¿Sí?

—¿Greta?

Reconoció la voz de Matilda Hallman de inmediato. Se le hizo un nudo a la garganta.

—Sí, señora Hallman, soy yo.

—Te llamaba para decirte que te espero esta tarde para cerrar el trato y entregarte las llaves de la librería.

Tuvo que sentarse en el sillón. ¿Había escuchado bien?

—¿Sigues ahí? —le preguntó la señora desde el otro lado de la línea ante la falta de respuesta.

—Sí; es solo que me sorprende esta llamada. Su abogado fue muy tajante ayer con respecto a la venta y, lamentablemente, no pude conseguir el resto del dinero —le explicó.

—Ya no tienes que preocuparte por eso.

Greta se pasó una mano por el cabello. Una mezcla de sensaciones la invadieron: nerviosismo, alegría, pero, sobre todo, una gran confusión.

—¿Podría explicarme qué fue lo que ocurrió?

—Tu padre acaba de pasar por aquí y nos dio un anticipo que cubre la suma que a ti te faltaba. Con la entrega del resto del dinero, la librería pasará finalmente a tus manos.

Greta notó cuán feliz estaba Matilda Hallman; ella también quería estarlo. Sin embargo, no podía evitar sentirse un tanto molesta con su padre por la decisión que había tomado a sus espaldas. Cuando colgó, se quedó un rato largo sentada sopesando la situación. ¿Debía agradecerle a Karl por lo que había hecho o enojarse con él?

Había logrado quedarse con la librería. Quizás ese hecho fuera lo único que debería importarle, pero no podía pasar por alto que no le hubiese consultado. Por un instante, pensó que tal vez su intención había sido darle una sorpresa.

Se puso de pie y regresó a la cocina. Encontró a *Miss Marple* jugando con una de

las espátulas que colgaban de la pared. Se acercó y se sentó en una de las banquetas. Apoyó ambas manos en el mentón; se quedó en silencio.

Miss Marple dejó de lado la espátula para acercarse a su dueña. Comenzó a picotearle la manga del *sweater* para llamarle la atención.

—No puedo jugar ahora, cariño —le dijo rascándole el pico—. Debo ir al taller de Leo a retirar el coche. ¿Te gustaría dar un paseo cuando regrese?

El ave se balanceó de un lado a otro como si estuviera danzando al ritmo de su propia música.

—¡Paseo, paseo, paseo!

Buscó un abrigo. Cuando fue por la jaula, vio que la lora ya se había metido dentro y se balanceaba inquieta sobre el trapecio de madera.

—Hasta luego, cariño.

Mientras ponía el cerrojo a la puerta, podía escuchar el parloteo de *Miss Marple* que la despedía con su habitual «¡hasta pronto, hasta pronto!».

* * *

Por la tarde, Greta fue a la casa de los Hallman y finiquitó la compra de la librería. Entregó el dinero que faltaba. Recibió las llaves y todos los documentos pertinentes que la acreditaban como dueña del comercio. Matilda Hallman sugirió que sería propicio cerrar el negocio con un brindis, y Greta no pudo negarse. Bebió una copa de *punsch*; al fin y al cabo, aquel acontecimiento lo ameritaba.

Regresó a su casa cerca de las cuatro y vio el auto de su padre estacionado en la entrada de la cochera. No habían tenido ocasión de hablar o verse durante el día. Agradeció la copa de licor que le habían ofrecido, porque la hizo sentirse con más valor para enfrentarlo.

Dejó el coche junto al de Karl y entró por la puerta que daba a la cocina. Había una cacerola con comida cocinándose; sonaba el estéreo. Su padre era fanático de los Beatles: adoraba cocinar escuchando sus temas. Pasó a saludar a *Miss Marple*; luego, se dirigió a la sala.

Encontró a su padre cómodamente tirado en el sofá: llevaba su delantal y tenía los ojos cerrados. Así, en aquella posición, se hacían más evidentes los kilos de más que se habían acumulado en su barriga.

Greta tosió con fuerza para que notara su presencia. Él abrió los ojos y le sonrió.

—La cena estará lista en un momento —le dijo incorporándose lentamente del

sillón.

Ella, en cambio, no se movió de su sitio. Se cruzó de brazos y lo miró a los ojos.

—¿No tienes nada que contarme?

Karl también se quedó mirándola. La conocía demasiado bien como para percibir que ella estaba enfadada.

—Supongo que ya has hablado con los Hallman...

Avanzó hacia él, puso los brazos en jarra y lanzó un bufido.

—¡No tenías derecho a hacer una cosa así a mis espaldas! —le recriminó.

Karl se puso de pie y, al acercársele, notó el alcohol en su aliento.

—¿Has bebido?

—No me cambies de tema. ¿Por qué me ocultaste que les diste un anticipo del veinte por ciento para cubrir la cantidad que me faltaba para comprar la librería?

—Quise darte una sorpresa, cielo.

—Sabes que no me gusta que nadie se meta en mi vida; mucho menos cuando se trata de dinero. No debiste hacerlo, papá.

—¿Y dejar que perdieras esa oportunidad?

—Habría encontrado alguna otra salida —replicó, a pesar de saber que habría sido casi imposible, sobre todo cuando los Hallman tenían otro comprador en la mira.

—Sabes que eso no es así. —La tomó con suavidad por los hombros—. Dime, ¿qué es lo que realmente te molesta? ¿Que lo haya hecho o que no te lo contara?

No supo qué responderle en ese momento. La verdad era que, a esas alturas, le daba lo mismo.

—Me habría gustado haberlo sabido por ti, en vez de enterarme por Matilda Hallman —respondió—. Papá, ya no soy una niña. No necesito que salgas en mi rescate cada vez que las cosas no resultan como quiero.

Karl le sonrió.

—¿Te quedarías más tranquila si te digo que hice todo esto porque quiero ser tu socio?

Greta abrió la boca, dispuesta a decir algo, pero él no la dejó seguir hablando.

—No me vendría mal un ingreso extra. Cada vez falta menos para mi retiro, y me parece una excelente oportunidad. Eso sí, como socio minoritario, exigiré mi cheque cada fin de mes con el veinte por ciento de las ganancias —alegó mientras se ponía más serio.

—Papá...

—¿No te parece lo más justo? Seremos socios y compartiremos las ganancias; yo, en menor porcentaje, por supuesto.

Sabía que su padre estaba haciendo aquello para congraciarse con ella, para que

no sintiera que le estaba facilitando las cosas, sirviéndole todo en bandeja de plata. Aun así, le complacía la idea. Ella sería la accionista mayoritaria con el ochenta por ciento de la sociedad y, por lo tanto, quien tomaría todas las decisiones.

No iba a permitir que él se metiera en el gerenciamiento de la librería. Depositaría cada mes un cheque con su dinero, pero jamás lo dejaría meter mano en el negocio. Primero, muerta.

* * *

—¿Cuándo crees que puedes tener todo listo para la reapertura?

—No lo sé, en dos semanas, con suerte. Por fortuna, conozco el manejo del negocio bastante bien. Sin dudas, los dos años que trabajé en la librería me ayudarán a sacarla adelante sin mayores problemas. Solo debo organizarme un poco, ponerme al día.

Greta y Hanna se habían encontrado para almorzar y comentar las últimas novedades.

—Perfecto. Yo puedo encargarme de la promoción y de confeccionar las tarjetas de invitación. Puedo tomar una fotografía de la fachada de la librería para ilustrarlas, ¿qué te parece?

A Greta le gustaba el entusiasmo de su amiga; sin embargo, no podía olvidarse de que una buena campaña de publicidad iba a costar mucho dinero.

—No quiero agobiarte con tantas tareas; sé que tienes mucho trabajo en el estudio. Puedes tomar la fotografía de la librería, porque en eso tú eres la experta, pero con respecto al trabajo de promoción, seré yo quien se haga cargo. Tengo un par de ideas rondando en mi cabeza.

Se las comentó a su amiga. Finalmente, decidieron que trabajarían juntas en la publicidad. Hanna se encargaría de todo lo que tuviera que ver con la imagen, y Greta, de la parte que más le concernía: las letras. La creación de un eslogan, el diseño de la campaña y demás.

La fotógrafa había insistido en no cobrarle ni una corona por su trabajo, pero ella se negó rotundamente.

—Hagamos un trato —propuso su amiga—: me pagarás solo por la fotografía y la impresión de los volantes; lo demás será mi regalo de bienvenida.

—No puedo permitir eso.

—¡Por supuesto que lo permitirás! ¡Greta Lindberg, ni te atrevas a decirme que

no! —Alzó una mano y le apuntó con el dedo índice en un gesto amenazador.

Sabía que llevaba las de perder; a tozuda, nadie le ganaba a la fotógrafa.

—¿Has pensado en un nombre? Ya no podrá llamarse «Librería Hallman».

Lo había estado pensando la noche anterior mientras trataba de conciliar el sueño y había hallado el nombre perfecto.

—Sí, se llamará Némesis.

Hanna sonrió.

—Es el título de uno de los libros de Agatha Christie, ¿verdad?

—Es una de sus últimas novelas publicadas —respondió—. Creo que el nombre le quedará como anillo al dedo. Mi idea es convertir a Némesis en una librería temática.

—Me parece estupendo. —Alzó su copa de vino y la chocó con la de su amiga—. ¡Por Némesis!

—¡Por Némesis! —repitió Greta con una sonrisa en los labios.

* * *

Greta trascurrió los siguientes días entre la casa de su padre y el local. Su decisión de convertir Némesis en una librería temática no había resultado tan sencilla como había imaginado, y temía no llegar a tiempo para la reinauguración que había sido pautada para el veintinueve de ese mes. Uno de los proveedores que trabajaba con los Hallman le había prometido conseguirle un contacto que le proveería una importante colección de novelas de misterio, cosa que había acelerado un poco las tareas. Por fortuna, también había logrado reubicar todo el *stock* de libros de otros géneros en varias librerías de la región.

Igualmente, después venía todo lo demás: armar el catálogo, elegir los libros que se expondrían en el escaparate, hacer un nuevo inventario y muchas cosas más. Por otro lado, rondaba en su mente la idea de organizar un club de lectura para mujeres; pensaba que sería una buena manera de promocionar la librería y de asegurarse una venta mensual de ejemplares. Cuando trabajaba para los Hallman, había ayudado a organizar un par y se creía capaz de llevar adelante un club de lectura por su propia cuenta. Por eso, sabía que lo mejor era mudarse al pequeño apartamento ubicado encima de la librería. Había hecho las averiguaciones pertinentes y sabía que estaba desocupado, que hacía bastante tiempo que los Hallman no se lo rentaban a nadie. Les preguntaría si estaban dispuestos a arrendárselo a ella. La idea no le caería bien a su padre, que estaba encantado de tenerla en casa, pero debía ser práctica. No podía estar

yendo y viniendo varias veces al día de una punta a otra de la ciudad; no tenía sentido cuando estaba disponible el apartamento sobre la librería. Se comunicó con Matilda. Rápidamente, llegaron a un acuerdo. Esa misma noche le daría la noticia a su padre; le prepararía su plato favorito con la esperanza de que él entendiera el por qué de su decisión.

Sin embargo, como había previsto, Karl no tomó muy bien el hecho de que se marchara de la casa. Ni siquiera un succulento plato de guiso de pescado había logrado sacarle una sonrisa durante la cena.

—Papá, es lo mejor. Tengo que preparar todo para el día de la reapertura y me resultaría mucho más cómodo si no tengo que regresar por las noches aquí —le explicó tratando de que él comprendiera.

—Me había acostumbrado a tenerte de nuevo en casa, cielo —le dijo tomando su mano por encima de la mesa—. ¡Incluso me acostumbré al parloteo de *Miss Marple*!

—Esta vez es diferente: me mudo solo a la otra punta de la ciudad. Nos veremos todos los días —le aseguró con una sonrisa en los labios.

Karl se llevó una mano a la barbilla y contempló a su hija. Le gustaba el entusiasmo que se le reflejaba en los ojos azules, tan parecidos a los de su madre. Le pesaba la idea de que ya no viviría con él, pero, al menos, tenía la certeza de que Greta había encontrado en Mora la serenidad que había perdido.

—Lo sé, hija, y me hace feliz que estés llevando tan bien todo el asunto de la librería. Me siento un inútil por no poder ayudarte. Es que, en la comisaría, no tenemos un minuto de respiro.

—No te preocupes, Hanna me ha dado una mano enorme. No sé que habría hecho sin ella —dijo mientras se servía un poco más de vino blanco en la copa.

—Némesis será todo un éxito, ya lo verás. Yo he corrido la voz en la comisaría y la mayoría de mis colegas me ha prometido que asistirá a la fiesta de inauguración.

—Gracias, papá. Es muy importante para mí contar con tu apoyo.

Tras la cena, ambos lavaron la vajilla. Mientras Greta secaba los platos, le contaba a su padre sobre su idea de crear un club de lectura en la librería, iniciativa que Karl aprobó de inmediato. Una hora después, ella subió a su habitación. Era tarde y estaba agotada, pero, aun así, encendió la *laptop* y trabajó un par de horas hasta que el sueño la venció.

* * *

El día veintinueve llegó tan rápido que Greta apenas tuvo tiempo para comprarse un vestido nuevo y un par de zapatos que hicieran juego. Hanna le había dicho que tenía que estar radiante, y, en su guardarropa, no había nada que entrara en esa categoría. La inauguración de Némesis había estado en boca de todos los últimos días.

Eso era gracias a la campaña de publicidad que había llevado adelante junto a su amiga y a los elogios que había esparcido Karl entre sus allegados que, debido a su trabajo, conformaban más de la mitad de la ciudad. No había nadie en Mora que no conociera al inspector Karl Lindberg. Ahora, a través de las recomendaciones de su padre y de los elogios de Hanna, Greta también se había hecho conocida. La publicidad extra era más que bienvenida; sin embargo, le generaba cierta incomodidad saber que estaba en boca de todos.

Fue hasta la ventana y echó un vistazo al exterior. Había estado lloviendo desde temprano en la tarde. Esperaba que eso no afectara la asistencia del público a la fiesta que estaba pautada para las cinco y media. Se puso el vestido de punto que había comprado para la ocasión y se sentó en el tocador para peinarse el cabello. Se tomó un respiro antes de maquillarse: contempló su imagen en el espejo. La vida había pasado demasiado rápido para ella los últimos días, pero haberse mantenido ocupada había sido una bendición. Aún no podía relajarse; lo haría después de esa noche.

Se calzó los zapatos nuevos; se dirigió a la sala para beber un vaso de *aquavit*, porque los nervios le habían resecaído la garganta. Le gustaba su nuevo hogar. Era un apartamento pequeño, con pisos y muros de madera que le daban un aire acogedor. Se había mudado hacía apenas unos días, pero ya lo había decorado a su manera para sentirlo más suyo. *Miss Marple* también parecía sentirse a gusto. No chillaba tanto por las mañanas, le gustaba recorrer toda la casa cuando Greta la sacaba de la jaula apenas llegaba de la librería.

Miró su reloj, aún tenía un poco de tiempo, así que lo dedicó a repasar su discurso. Había sido Hanna quien había insistido con que debía dar uno; sobre todo, para anunciar oficialmente la creación del Club de Lectura: acontecimiento que, según su amiga, sería todo un éxito. La noticia todavía no se había dado a conocer, y Hanna ya había conseguido al menos media docena de posibles candidatas para que se inscribieran al club.

Estaba tan concentrada que se sobresaltó al oír unos golpes en la puerta. Se había puesto de acuerdo con la fotógrafa para aparecer juntas, ya que su padre iría acompañado por algunos de sus colegas, directamente desde la comisaría.

Se acercó a la jaula de *Miss Marple* y le rozó el pico.

—Deséame suerte, cariño.

—¡Suerte, Greta; suerte, Greta!

Apagó las luces —menos la de la sala para que la lora no se sintiera tan sola—, luego se dirigió hacia la puerta. Allí se encontró con Hanna y su madre. A Greta le dio mucho gusto saludar a Monika Windfel después de tanto tiempo.

Mientras bajaban a la librería, se enteró de que Monika planeaba inscribirse en el Club de Lectura junto con su hija. Además, un par de sus amigas también pensaban hacerlo.

Miró nerviosamente el reloj. Faltaban quince minutos para las cinco y media. Contempló el resultado de su obra con placer. Némesis parecía cobrar vida propia frente a sus ojos, poco y nada quedaba del estilo que había caracterizado a la librería de los Hallman por más de tres décadas. Greta había empezado por cambiar el amarillo de los muros por un color menos chillón, algo más acorde al ambiente que quería que los clientes disfrutaran cuando fuesen a adquirir un buen libro de misterio. Había organizado los estantes de manera que fuera más sencillo dar con un ejemplar en particular y, en un sector apartado, había mandado a colocar tres sillones Chesterfield color tabaco para que los lectores se sentaran a disfrutar de la lectura. Un enorme candelabro de principios del siglo xx que había conseguido en un mercado de pulgas pendía del techo y ayudaba a crear toda aquella atmósfera de misterio. Era justo lo que quería, lo que había soñado desde que se había enterado de que la librería estaba a la venta.

Había encargado un pequeño *buffet* para agasajar a los concurrentes, que estaba distribuido en cuatro mesas en la parte central del amplio local.

Greta se acercó a la ventana que daba a la calle y contempló las gruesas gotas de lluvia golpeando contra el cristal. Pegó un salto cuando una joven se asomó desde el exterior y dio unos golpecitos en la ventana.

Corrió hacia la puerta y le abrió.

—Sé que es temprano aún, pero acabo de cerrar el puesto de artesanías que tengo a unos pocos metros de aquí y no me quería perder la reapertura de la librería —explicó la muchacha mientras se sacudía el cabello mojado—. Mi nombre es Annete Nyborg —se presentó, extendiendo su brazo hacia ella.

La correspondió con un apretón de manos y una sonrisa. Había pasado varias veces por el puesto de artesanías las últimas semanas, pero nunca se había detenido para conocerlo. La muchacha no parecía tener más de veinticinco años y poseía una belleza bastante particular: cabello oscuro y ojos color avellana. Cuando se quitó el abrigo, un collar con una pequeña y brillante esmeralda engarzada alumbró el lugar. A simple vista, parecía real, pero no creía factible que una vendedora de artesanías pudiera comprarse una joya de aquella envergadura. Seguramente, se trataba de una pieza de fantasía, aunque la muchacha parecía orgullosa de portarla.

—Pasa, mi nombre es Greta Lindberg y soy la dueña de Némesis.

—Sé quién eres, tu primo Lasse me ha hablado mucho de ti.

—¿Conoces a Lasse?

—Sí, trabaja conmigo. Me dijo que quizá venga más tarde.

Greta esperaba que, si Lasse asistía con sus padres, su tía Ebba no le reclamara que no la hubiese ido a visitar. Condujo a la recién llegada hacia la parte trasera y le presentó a Hanna y a Monika.

Annete le contó que había asistido a aquella fiesta porque quería inscribirse al Club de Lectura. Le preguntó si aún quedaban vacantes. Greta creyó percibir que la muchacha sonreía con cierto alivio cuando le respondió que había un sitio para ella en el club.

CAPÍTULO 4

Todo había salido a pedir de boca. Más de un centenar de personas habían asistido a la reinauguración de la librería, mostrándole así su apoyo al emprendimiento y a su dueña. Sus tíos y primos fueron de los primeros en llegar; Greta se reencontró con varios excompañeros de la escuela que parecía que habían ido más para ver qué tal le estaba yendo, cosa que, de todos modos, no le importó. Karl llegó cerca de las seis en compañía de una mujer, lo que la sorprendió. Se la presentó. Entonces, supo que se llamaba Nina Wallström, que trabajaba con él en la comisaría y que ostentaba el cargo de sargento. Greta vio algo más que la inquietó: el modo en que la mujer se quedaba mirando a su padre. ¿Tendrían algo que ver? Desde la muerte de su madre, nueve años atrás, jamás lo había visto interesado en nadie. Trató de hacerse a la idea de que no había nada de malo en que Karl rehiciera su vida —era un hombre joven aún y de muy buen ver—, pero fue imposible. En su corazón, estaba demasiado vivo el recuerdo de Sue Ellen, y le costaba ver a otra mujer cerca de su padre.

Los observó durante toda la noche, parecían llevarse bien. Karl hablaba y hacía gestos con la mano, mientras ella sonreía a su lado. Greta se dio cuenta de que la mujer, de vez en cuando, se quedaba, en completo silencio, mirando al inspector Lindberg, quien, en cambio, no le prestaba mucha atención. Era una mujer hermosa, capaz de atraer muchas miradas masculinas. Sin embargo, su padre apenas la miraba a los ojos mientras hablaba. Buscó a la persona que, estaba segura, podría darle un poco de información.

—Señora Apelgren, me alegra que haya podido venir —dijo parándose junto a la anciana—. ¿Dónde está su esposo?

Pernilla se acomodó las gafas y sonrió.

—Debe de estar por ahí, alardeando de su nuevo modelo de avión —le dijo con

cierto aire de fastidio.

Greta conocía perfectamente la afición de Oscar por el aeromodelismo. También sabía de la inclinación al chisme de la mujer y usaría eso a su favor.

—Señora Apelgren, ¿conoce usted a la mujer que ha venido con mi padre? —preguntó bajando el tono de voz considerablemente.

Pernilla se dio cuenta de que no quería que la escucharan, por lo tanto también le respondió en voz baja.

—Si lo que quieres saber es si la he visto en casa de Karl, la respuesta es no.

Alabó su capacidad de deducción.

—Es policía, trabaja con tu padre.

—Sí, lo sé. Acaba de presentármela.

—¿Y lo que quieres saber es si son algo más que colegas, verdad? —Pernilla nunca pensó que asistir a la reinauguración de una librería iba a resultar tan provechoso, aunque sabía muy bien que cualquier cosa podía ocurrir si se metía a un montón de personas que se conocían entre sí en un espacio reducido. De situaciones como esa, solían surgir los chismes más sabrosos.

—¿Qué cree usted? —retrucó Greta, ansiosa.

Pernilla desvió la mirada hacia donde se encontraban Karl y Nina hablando con un grupo de cuatro personas.

—No sabría qué decirte, querida. No soy muy propensa a los chismes, pero, si supiera algo, créeme que serías una de las primeras personas en saberlo.

Greta sonrió aliviada. Si de verdad hubiera un romance entre su padre y la tal Nina, ya se habría enterado. Es más, todos en Mora lo sabrían si estaba de por medio la afilada lengua de Pernilla. La anciana le recordaba mucho a Jane Marple, la protagonista de las novelas de Agatha Christie; personaje que Greta adoraba. Era en honor a ella que había bautizado a su lora.

—¿Qué me dices de ti, muchacha? —preguntó de repente la mujer posando sus vivaces ojos azules en ella.

Sabía que no tardaría en apuntarle.

—Estoy muy contenta con la librería.

—¿Y dónde ha quedado ese novio tuyo? ¿Por qué no está hoy aquí, acompañándote?

No quería ser descortés con la anciana, por eso agradeció infinitamente cuando Hanna la tomó de un brazo y se la llevó lejos.

—No me digas nada; por la expresión en tu cara deduzco que aparecí en el momento justo —dijo la fotógrafa sirviendo un poco de *aquavit* para su amiga.

—Nunca habías sido tan oportuna —respondió con una sonrisa en los labios.

Después de ese pequeño respiro que se había tomado gracias a la fotógrafa, muchos de los invitados se acercaron para saludarla y felicitarla. Cerca de las ocho, cuando Greta pensó que ya nadie más asistiría a la fiesta, apareció un hombre joven íntegramente vestido de negro que, de inmediato, se puso a buscar a alguien con la mirada. Nina Wallström alzó una mano y le hizo señas de que se acercara. Greta supuso, entonces, que debía de tratarse de uno de los colegas de su padre. No lo conocía, era la primera vez que lo veía. En el tiempo que ella había estado ausente, seguramente, se habían sumado nuevos elementos en la comisaría.

Dejó la copa vacía encima de la mesa y se dirigió hacia el rincón donde el pequeño grupo se había acomodado.

Karl le sonrió cuando Greta se ubicó a su lado.

—La reinauguración es todo un éxito —comentó el inspector Lindberg pasando orgullosamente su brazo por encima del hombro de su hija.

Ella sonrió y, de pronto, cruzó la mirada con el recién llegado.

—No nos han presentado, pero es como si te conociera desde hace tiempo. Karl siempre está hablando de ti en la comisaría. Además, he visto tu fotografía en su escritorio. Me llamo Mikael Stevic, y es un placer conocerte por fin —dijo extendiendo su brazo hacia ella.

Greta le sonrió. Mientras sostenía su mano, trataba de recordar a cuál foto se refería. Solo esperaba que no fuera una de las que su padre solía tomarle en verano cuando ella aún era adolescente y en donde salía muy poco favorecida, con el rostro cubierto de acné y las mejillas coloradas.

—El placer es mío, Mikael.

No pudo continuar hablando con ellos, ya que Hanna se la llevó para que anunciara por fin y de manera oficial la creación del Club de Lectura. A Greta le costó dominar la ansiedad, pero, una vez que se plantó delante de todos para leer su discurso, los nervios se esfumaron como por arte de magia.

Para cuando la fiesta estaba terminando, se había inscripto al club una docena de mujeres. Hanna y su madre Monika estaban primeras en la lista; también Annete Nyborg, la vendedora de artesanías. Se sumaron Linda Malmgren, la esposa del alcalde; Mia Magnusson, esposa de Lars Magnusson, amigo de Karl; Mary Johansson, una mujer a la que Greta no conocía, ya que era nueva en la ciudad; Britta Erikssen, la esposa del pastor de la iglesia que se encontraba a dos cuadras de la librería; Selma Steinkjer, enfermera y según sus propias palabras «adicta a las novelas de misterio»; y una reportera de la televisión que conducía su propio programa en TV5, de nombre Camilla Lindman. También estaban su tía Ebba y sus dos primas.

No era un grupo extremadamente numeroso, pero no se podía quejar. Lo

importante era que conocía a la mayoría de las integrantes, y eso era un punto a favor. Se reunió con ellas luego de que la fiesta terminó. Acordaron el horario de la primera reunión del Club de Lectura. El primer encuentro se haría en la librería, pero se planteó la posibilidad de organizar los siguientes en las casas de las inscriptas, decisión que todas aprobaron.

Greta subió a su vivienda cerca de las nueve, después de que todos se fueron. Ya no llovía. Cuando miró al exterior a través de su ventana, descubrió que había comenzado a nevar. Sonrió pensando que aquella primera nevada de la temporada solo podía augurar algo bueno. Fue hasta la sala y le echó un vistazo a *Miss Marple* antes de irse a la cama. Apenas apoyó su cabeza en la almohada se quedó profundamente dormida.

* * *

Greta observó impacientemente su reloj. De todas las mujeres que se habían inscripto al Club de Lectura, solo una no había llegado aún. Se trataba de Annete Nyborg, la vendedora de artesanías. No sabía si esperarla o no. Percibió cierto fastidio en el rostro de alguna de las concurrentes y comprendió que no tenía caso hacer esperar a las demás. Seguramente, habría surgido un imprevisto que le impediría a la muchacha asistir a aquella primera reunión. Observó a través de la ventana. La nieve había dado un poco de tregua las últimas horas, pero las temperaturas habían descendido bruscamente. El negocio de la vendedora de artesanías estaba a tan solo unos pocos metros de la librería. Por otro lado, el inicio del Club de Lectura se había pautado precisamente fuera del horario comercial para no interferir con la atención al público. Sería mejor llamarla y salir de dudas. Buscó en su ficha de inscripción el número de teléfono de la muchacha y lo marcó. No respondía, y estaba a punto de desistir cuando por fin atendieron.

—¿Sí?

—Annete, soy Greta Lindberg. Te llamaba para preguntarte si vas a venir a la reunión. Las demás integrantes ya han llegado, solo faltas tú.

—Greta, lo siento, se me hizo tarde. Salgo para allá en un par de minutos. Pueden empezar sin mí, si quieres.

—Está bien, no tardes, te espero. —Regresó a su sitio y se sentó en la silla—. Acabo de hablar con Annete, les pido disculpas en su nombre por el retraso. Podemos empezar mientras ella llega —les dijo con una sonrisa.

Sobre la mesita ubicada en el centro, había dejado una docena de ejemplares de la primera novela que leerían en el club. Invitó a las integrantes a que cada una tomara un ejemplar de *Extraños en un tren*, de Patricia Highsmith.

—Comenzaremos con un clásico dentro de las novelas de misterio —dijo cruzándose de piernas—. Como nuestro club es netamente femenino, me pareció divertido que leyéramos solamente autoras de novelas de misterio, pero, si alguna de ustedes quiere proponer a algún autor, podemos hacer una excepción.

Ninguna hizo comentarios, por lo que dedujo que su idea había sido bien recibida. Hanna le sonrió, brindándole su apoyo una vez más.

—Para aquellas que no han leído nada de Patricia Highsmith antes, les diré que *Extraños en un tren* fue su primera novela, publicada hace más de sesenta años.

—Yo he visto la película —acotó Mia Magnusson al tiempo que alzaba la mano derecha.

—Así es, Hitchcock la filmó un año después de que la autora publicara la novela. —Greta hizo una pausa para tomar aire—. La obra de Patricia Highsmith se caracteriza principalmente por un estilo sutil e ingenioso; en sus novelas no importa tanto la identidad del autor del crimen, sino las motivaciones psicológicas que lo llevaron a cometerlo; en esta novela en particular...

Fue interrumpida por el sonido de las campanillas que colgaban de la puerta de la librería y que anunciaba que alguien había llegado. Sonrió cuando comprobó que se trataba de la vendedora de artesanías.

—Disculpen la tardanza. Es que me entretuve más de lo esperado con un amigo y ni cuenta me di de la hora —dijo a modo de excusa, mientras se quitaba el abrigo y se sentaba en la única silla vacía que quedaba.

—Estuvimos esperándola por más de quince minutos —se quejó Linda Malmgren y observó a muchacha de arriba abajo detrás de sus modernas gafas de carey.

—La puntualidad es una virtud que muy pocos valoran —repuso Britta Erikssen, mientras se atusaba el cabello discretamente.

La mayoría de las asistentes también observó a la jovencita con cierto desdén, gesto al que ella respondió con una sonrisa.

Greta le hizo saber a la recién llegada cuál era el libro que habían elegido como primera lectura del club y, luego, volvió a dirigirse a las demás para continuar con su exposición. Una hora más tarde, incluso a pesar de que la charla se había vuelto amena, decidieron dar por terminada la primera reunión. La última en llegar fue una de las primeras en marcharse. Apenas puso un pie fuera de la librería, las demás comenzaron a hablar por lo bajo.

Hanna se acercó a Greta para decirle que pasaría al día siguiente a visitarla, lo que

le impidió escuchar bien lo que estaban cuchicheando Selma Steinkjer y Britta Erikssen, aunque, sin dudas, estaban refiriéndose a la vendedora de artesanías. Le entregó su ejemplar de *Extraños en un tren* a la esposa del reverendo, y la mujer apenas le sonrió.

—La veré la próxima semana, Britta —le dijo guio hacia la puerta.

Se puso un elegante sombrero de fieltro y respiró profundamente.

—Espero que la próxima reunión termine a horario. Mi esposo seguramente no verá con buenos ojos que no esté todo en orden cuando llegue a casa —repuso con desagrado.

—No se preocupe, no volverá a haber retrasos.

Britta estuvo a punto de decir algo, pero Linda Malmgren se acercó a ellas y se metió en la conversación.

—¿Quién puede asegurarlo? ¿Usted? Yo no pondría las manos en el fuego por esa muchacha. —Sin dudas, no escatimaba nada a la hora de expresar su opinión—. Todos sabemos que anda en muy malos pasos. Desde que ha llegado a la ciudad, se ha ganado la fama de ser una coqueta y de meterse con hombres casados —dijo lo último en un tono más bajo de voz, como si temiera que alguna de las mujeres presentes la oyera.

—Linda, no debemos hablar mal del prójimo —terció Britta mientras apretaba con su mano derecha la cruz de plata que colgaba de su cuello.

Pero ella hizo oídos sordos al sermón de su amiga. Por su parte, Greta estaba segura de que, si no la despedía en ese preciso momento, seguiría hablando pestes de la pobre muchacha. A ella no le interesaba la vida personal de la vendedora de artesanías y creía que tampoco debería interesarles a las demás, pero, desafortunadamente, era algo que no podía controlar. Lo único que podía hacer era llamarle la atención a Annete si volvía a llegar tarde.

Despidió a la última de las mujeres y cerró con llave la librería. Le había prometido a su padre que cenaría con él esa noche y aún le quedaba toda la tarde de trabajo por delante.

* * *

—De verdad, creo que deberías hacerme caso.

Greta había estado escuchando la perorata de su amiga por más de media hora y se estaba cansando: que si no sales a ningún lado, que si te pasas todo el día metida en la

librería, que te acuestas y te levantas demasiado temprano. Y la lista seguía.

—Hanna, entre la librería y el Club de Lectura no tengo mucho tiempo libre para hacer vida social —le dijo forzando una sonrisa. Esperaba que su amiga desistiera de su idea de llevarla de paseo. Sin embargo, sabía que, cuando Hanna se proponía algo, era difícil hacerla cambiar de idea.

—¿No has pensado en contratar a alguien para que te ayude?

Greta negó con la cabeza. Era imposible, ella no podía permitirse el lujo de contratar personal para la librería, debía arreglárselas como pudiera, al menos hasta que todo marchara sobre ruedas. Hacía un mes y medio que Némesis había abierto sus puertas, y sabía que no iba a ser sencillo ganarse la confianza de los clientes desde el primer día. Muchos en Mora aún parecían guardarle respeto o, quizá, fidelidad a los Hallman. Ella era joven y, aunque era bien sabido por todos que había nacido y que se había criado en Mora, la veían casi como si fuera una extraña. También era consciente de que convertir a Némesis en una librería temática y vender solo libros de misterio había sido una apuesta realmente arriesgada; aun así, estaba dispuesta a sacar su negocio adelante.

—Sabes bien que no puedo, amiga, quizá más adelante.

Hanna tomó un libro que estaba sobre el mostrador y comenzó a hojearlo.

—Me gustaría que pasaras el poco tiempo que tienes libre en algo más divertido que esto —dijo señalando el libro que sostenía en la mano.

Greta no iba a discutir con ella sobre ese asunto. Desde que tenía uso de razón, un buen libro siempre había sido su mejor compañía, por eso las pocas horas del día en las que podía descansar y relajarse, prefería pasarlas enfrascada en una buena historia de misterio y le molestaba que Hanna no pudiera entenderlo. Además, no se sentía con ganas de salir a socializar. Las pocas veces que abandonaba el calor de su pequeño hogar era para visitar a su padre o a sus tíos. Ese año, Karl y ella habían pasado la Navidad en casa de su tía Ebba. A pesar de haber estado rodeada por más de veinte personas, Greta no había podido evitar sentirse sola y no supo si atribuirlo a la ruptura con Stefan o al invierno que siempre la ponía de mal humor.

—Tal vez te alegre saber que estaba pensando en hacerle una visita a mi padre a la comisaría esta tarde. Quiero darle una sorpresa; prepararé algo rico y se lo llevaré.

El rostro de Hanna se iluminó.

—Bueno, algo es algo.

Un cliente entró en la librería, y Greta agradeció su oportuna aparición. No tenía deseos de seguir escuchando a su amiga enumerar las razones por las cuales debía trabajar menos y divertirse más. Hanna se marchó pocos minutos más tarde porque tenía una cita en su estudio de fotografía.

A la una de la tarde, Greta cerró *Némesis* y subió a la casa. Colocó una buena porción de semillas en el cuenco de *Miss Marple* y puso manos a la obra. Su desempeño en la cocina dejaba mucho que desear, pero haría su mejor esfuerzo para prepararle a su padre unos deliciosos panecillos dulces de hojaldre rellenos de crema de vainilla. Era una receta que le había enseñado su madre y la recordaba de memoria a pesar de que hacía tiempo que no la preparaba.

Una hora y media después, tenía, al menos, una docena de pastelillos recién horneados. Les puso la crema por encima y los colocó dentro de un *tupperware*. Debía darse prisa si quería regresar a tiempo para abrir la librería, por lo que se dio una ducha rápida. Se vistió con unos abrigados pantalones de pana color verde musgo y un *sweater* de cuello alto color rojo que resaltaba el tono cobrizo de su cabello. Un par de guantes de lana, una bufanda de punto y una gorra completaban su atuendo. Se despidió de *Miss Marple* con una caricia en el pico y abandonó su apartamento cerca de las tres de la tarde.

Afuera, se había levantado una fuerte ventisca; había estado nevando toda la semana y los gruesos copos de nieve dificultaban la visión. Se subió a su Mini Cabrio; una vez dentro, encendió la calefacción. Se frotó las manos enérgicamente para entrar en calor mientras rezaba para que su auto arrancara. Metió la llave en el encendido: de inmediato escuchó el suave rugido del motor. Sonrió complacida. Avanzó lentamente por Millåkersgatan y dobló en Vasagatan, para abandonar la zona comercial de Mora. Continuó unas pocas cuadras más hasta llegar a Kyrkogatan. Estacionó su auto en uno de los espacios libres frente a la comisaría y permaneció unos segundos dentro del vehículo contemplando el viejo edificio de muros de ladrillo y tejado color terracota. Experimentó cierta nostalgia a medida que avanzaba por la enorme playa de estacionamiento. Hacía por lo menos cinco años que no pisaba aquel lugar. Subió la escalinata con el recipiente de dulces en la mano. Un oficial con uniforme azul salió en ese momento y abrió la puerta para ella. El hombre la saludó con un ligero movimiento de cabeza antes de irse; Greta le respondió con una sonrisa. Cuando entró a la recepción, la recibió un silencio casi sepulcral. Atravesó el largo pasillo y observó que no había nadie detrás del mostrador. Si no recordaba mal, la recepcionista, que se llamaba Ingrid, leía novelas románticas a escondidas cuando nadie la veía. La buscó por todos lados, pero no había señales de ella.

—¡Mira a quién tenemos aquí!

Se dio media vuelta de inmediato. Reconocería esa voz en cualquier parte.

—Doctor Grahn, ¿cómo está?

Frederic Grahn era el jefe del laboratorio forense y trabajaba en aquella comisaría desde que ella era una niña. Se acercó y la abrazó mientras que, con disimulo, miraba

los dulces que la muchacha llevaba en su mano derecha.

—Supe por Karl que has abierto una librería. Lamento no haber podido ir a la fiesta de inauguración, pero no me encontraba en la ciudad en ese momento.

—No te preocupes.

—¿Y qué tal te está yendo? —preguntó.

—Bastante bien; la gente de Mora ha sido muy amable conmigo. Némesis, por suerte, está creciendo día a día.

—Veo que la afición por Agatha Christie no te abandona; a propósito, ¿tienes todavía a esa lora parlanchina? ¿Cómo se llamaba?

Greta sonrió.

—*Miss Marple*. Sí, todavía la tengo, cumple diez años el próximo verano —le informó.

Frederic soltó una carcajada y recordó una anécdota que había protagonizado *Miss Marple* unos años atrás durante una visita a la casa de Karl. Greta escuchó con atención el relato y, cuando el forense le preguntó qué era eso tan oloroso que llevaba en la mano, no tuvo más remedio que ofrecerle uno de los pastelillos. Él alabó sus dotes culinarias, lo que le valió otro pastelillo más antes de regresar a la morgue. Un par de oficiales entraron a la comisaría. Estaba a punto de preguntarles por su padre, cuando la puerta de una de las tantas oficinas que ocupaban el extenso pasillo se abrió.

Mikael Stevic avanzó hacia ella dando grandes zancadas, llevaba unos papeles en la mano y se detuvo junto a la joven.

—Hola, Greta, es bueno verte de nuevo —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Ella no supo por qué se puso nerviosa de repente. Le devolvió la sonrisa y le preguntó por su padre.

—No se encuentra, pero no debe de tardar en regresar. ¿Te gustaría esperarlo en su oficina?

Ella asintió en silencio y dejó que él la acompañara. Descubrió que su padre ya no ocupaba la oficina del fondo, sino otra más cerca al área de interrogatorios. Cuando Mikael le abrió la puerta, se encontró con un espacio bastante diferente al que solía ocupar Karl en el pasado. La nueva oficina era más grande. A diferencia de la anterior, tenía dos enormes ventanales por donde se colaba algo de luz. El mobiliario consistía en un escritorio de roble, dos sillas forradas en cuero negro y un mueble repleto de carpetas y archivos empotrado en uno de los muros. Lo primero que hizo al acercarse al escritorio fue echarle un vistazo a la fotografía que Karl tenía de ella. Como había temido, se trataba de una imagen poco agraciada de cuando tenía trece años. Se sentó en un sillón, dejó el *tupperware* sobre del escritorio. Entonces se dio cuenta de que no

le había ofrecido un pastelillo al teniente Stevic.

—¿Te apetece probar uno? —Abrió el recipiente. En seguida, el aroma a vainilla inundó el lugar.

Mikael no lo dudó. Tenían muy buen aspecto; además, los dulces eran una de sus debilidades. Ella lo observó detenidamente mientras él comía. Era de contextura fuerte: mucho más alto que ella. En realidad, muchos hombres lo eran, ya que ella no alcanzaba el metro sesenta y cinco de estatura. Él tenía el cabello rubio perfectamente recortado y ojos claros. Calculó que no superaría los treinta y cinco años. Vestía de manera informal, no llevaba el típico uniforme azul que usaban los oficiales de menos rango, por lo que supuso que no era solo un agente. Cuando terminó el bocado, él la miró a los ojos, y Greta desvió su atención hacia otro lado.

—No puedo creer que mi padre tenga esta fotografía mía aquí, a la vista de todos —comentó mientras daba vuelta el retrato hacia ella.

Mikael sonrió y se sentó encima del escritorio, en uno de sus extremos.

—Yo creo que es una imagen muy tierna. ¿Qué edad tenías?

—Trece —respondió con un gran esfuerzo por sonar serena. No le gustaba mucho hablar de sí misma, mucho menos con un extraño.

—Pues permíteme decirte que eras encantadora; has cambiado mucho desde entonces, pero el encanto sigue intacto. —Le sonrió y la miró directamente a los ojos.

Greta tragó saliva. Si le disgustaba hablar de ella con extraños, más le incomodaba ser halagada por uno. Su vida social y el contacto con el género masculino habían sido prácticamente nulos los últimos meses. No estaba acostumbrada a recibir la lisonja de los hombres, excepto de su padre y de su tío Pontus, por supuesto.

Mikael se dio cuenta de que la hija de Karl se había puesto nerviosa; incluso percibió el rubor en sus mejillas. Lucía realmente adorable y poco quedaba de la muchachita de la fotografía, desgarbada y con el rostro cubierto de pecas y de acné. Había crecido; los años habían sido benévolos con ella. El cabello rojo seguía igual, las pecas ya no se notaban demasiado y el acné solo había dejado un par de cicatrices en el mentón. Pero, sin dudas, lo que resaltaba de ella eran sus ojos, de una tonalidad azul oscura, enmarcados por espesas y largas pestañas.

Se habría quedado toda la tarde contemplándola, pero, cuando escuchó la voz de Karl proveniente del pasillo, se levantó de un golpe del escritorio y se sacudió las migas del pastelillo de los pantalones.

El inspector Lindberg abrió la puerta del despacho y se sorprendió al encontrar a su hija sentada en su silla y a Stevic de pie junto al escritorio.

—Papá, estaba esperándote. —Greta se puso de pie y fue hasta su padre para saludarlo con un beso en la mejilla—. Te he traído unos pastelillos.

—Están deliciosos —intervino Mikael.

Karl le lanzó una mirada reprobatoria; luego, abrazó a su hija.

—Me alegra que te hayas decidido a venir por fin. —La soltó para ir a ocupar su silla, después se dirigió al teniente—. ¿No tienes nada que hacer? ¿Qué hay de la investigación que te encomendé?

—Me estoy ocupando —respondió él. Era más que evidente que al jefe no le había caído en gracia haberlo encontrado a solas con su hija. No tuvo más remedio que despedirse de la muchacha y regresar a su oficina.

—Papá, me parece que fuiste un poco duro con él —opinó Greta.

Karl frunció el entrecejo.

—Stevic está de servicio y le encomendé una tarea importante. Si quería comer pastelillos, podría haber ido a la cafetería de enfrente. —Metió la mano dentro del *tupperware* y comió, a su vez, uno—. ¡Mmmm! ¡Iguales a los que hacía tu madre!

Ella hizo caso omiso al severo comentario sobre Mikael y agradeció que hubiera comparado sus pastelillos con los que horneaba Sue Ellen.

Karl era respetado y admirado dentro de la fuerza policial. Había comenzado como un simple agente y, después de muchos años de sacrificio y con varias medallas en su haber, lo habían ascendido a inspector. Desde ese glorioso momento, que había compartido con su esposa y su única hija, habían pasado ya más de quince años.

El inspector recibió una llamada desde Estocolmo, y Greta aprovechó para despedirse. Al salir de la oficina, se encontró con Ingrid, la recepcionista, quien la retuvo durante unos minutos más. Finalmente, pasadas las tres de la tarde, atravesó corriendo el estacionamiento y se subió a su Mini Cabrio en dirección a la zona comercial. Condujo con cuidado, porque las calles estaban cubiertas de nieve, y, aunque ella llevaba cadenas en los neumáticos, no estaba de más ser precavida. De vez en cuando observaba el reloj. El horario de apertura de la librería era a las cuatro, por lo que estaba bien de tiempo. Cuando dobló en Millåkersgatan, le sorprendió ver a su primo Lasse de pie junto a la puerta de la tienda de artesanías. Estaba debajo del toldo para cubrirse de la nieve y balanceaba el cuerpo de un lado a otro seguramente para paliar el frío.

Estacionó el coche justo frente a la tienda. Se acercó a su primo y le tocó el hombro. Lasse se dio vuelta de inmediato, sorprendido de verla.

—¿Qué haces aquí?

—Hace más de media hora que estoy intentando entrar a la tienda, y Annete no responde.

—¿La has llamado a su casa?

—Ella vive aquí al lado —le indicó señalando una vivienda de dos plantas

ubicada junto a la tienda.

—Supongo que habrás golpeado a la puerta.

—Por supuesto, fue lo primero que hice cuando vi que no me abría.

—¿Suele retrasarse? —preguntó Greta; recordaba las veces que la muchacha había llegado tarde a las reuniones del Club de Lectura.

—Jamás, siempre es puntual. Yo llego un rato antes. Ella me abre la puerta, pero hoy no lo ha hecho...

—Ven, probemos en la casa a ver si responde.

Lasse siguió a su prima. Después de golpear a la puerta durante cinco minutos, no obtuvieron respuesta.

—¿Estará enferma?

Él negó con la cabeza.

—Esta mañana estaba perfectamente bien. Debió de pasarle algo.

—No pienses eso, a lo mejor se echó a dormir una siesta y se quedó dormida.

—Conozco a Annete, nunca dejaría su negocio; se preocupa demasiado por él. A esta hora ya habría venido a abrirme.

—¿Tú no tienes llave?

—Nunca quiso dárme la.

No sabía qué pensar. En su opinión, la muchacha simplemente se había quedado dormida o se había entretenido con alguien, pero su primo parecía estar realmente preocupado por ella.

—No sé qué decirte, primo. Creo que deberías irte a casa; ella seguramente se pondrá en contacto contigo más tarde para darte una explicación.

Lasse la miró vacilante. Parecía no estar dispuesto a marcharse.

—Lamentablemente, no puedo quedarme más: tengo que abrir la librería. Podemos llamar a un taxi si quieres.

—No quiero irme a casa, Greta. Prefiero esperar.

—Está bien, pero no puedes quedarte aquí con este frío. Ven conmigo.

Finalmente, logró convencer a su primo de que no tenía caso esperar a la intemperie y se lo llevó con ella. Abrió la librería justo a tiempo. Le dijo a Lasse que podía subir a la casa para tomar algo caliente, si lo deseaba; sin embargo, él rechazó la invitación.

Las horas pasaban. Cada cinco minutos, el muchacho marcaba el número de su jefa sin obtener respuesta. Cuando Greta cerró Némesis, aún no se sabía nada de ella. No quería preocuparse, pero no podía evitarlo, sobre todo después de escuchar repetir a su primo por enésima vez que Annete nunca habría dejado abandonada la tienda, que no era de ella ausentarse durante tanto tiempo sin avisarle.

Por eso, decidió que lo mejor sería llamar a la policía. Quizá fuera una falsa alarma, pero necesitaba quitarse la duda. Además, estaba segura de que a Lasse le iba a dar algo si no actuaba pronto.

Hizo la llamada y pidió hablar con su padre. Una voz femenina le anunció que ya se había retirado; entonces, preguntó por Mikael. Él sí estaba. Cuando le explicó el motivo por el que llamaba, Greta creyó que no le iba a hacer caso. Lo más probable era que se estuviera precipitando, pero no podía dejar las cosas así. Se preparó para una respuesta negativa; después de todo, estaba segura de que la policía tenía mejores cosas en las que ocuparse. Sonrió complacida cuando el teniente le dijo que, en unos minutos, estaría allí.

Y así fue. Él pasó por la librería, y, luego, se dirigieron hacia la tienda de artesanías en compañía de Lasse.

—No tienes la llave, ¿verdad?

El muchacho negó con la cabeza. Mikael se acercó a la casa y llamó a la puerta. Nadie respondió. Giró sobre los talones y se subió el cuello de la chaqueta. La nieve caía en ese momento con menos intensidad, pero hacía un frío de mil demonios. Dejó escapar un suspiro que se condensó en el aire.

—Oficialmente, no hay nada que yo pueda hacer. Si vine hasta aquí, es porque noté que estabas intranquila —dijo mirando a Greta.

—Lasse dice que Annete jamás dejaría tirada la tienda. Llámalo intuición u olfato, pero creo que algo no anda bien.

El policía frunció el ceño. De verdad quería ayudarla, pero sabía que podía meterse en problemas si lo hacía. No había una denuncia formal de desaparición ni tampoco tenía una orden de allanamiento para echar un vistazo al interior de la casa.

—¿De verdad no hay nada que se pueda hacer? —insistió ella cruzándose de brazos. Se le estaban congelando los pies, quería irse de allí, pero, al mismo tiempo, algo se lo impedía.

—Si actúo, estaría quebrantando la ley. Deberías ir a la comisaría y presentar una denuncia por desaparición.

—No tiene caso, ambos sabemos que no empezarán a buscarla hasta que no pasasen al menos veinticuatro horas.

—Algo le ha sucedido a Annete, estoy seguro —terció Lasse al borde de la desesperación.

—Está bien. Solo espero que esto no tenga consecuencias graves.

Greta sabía que se refería a la posibilidad de recibir una sanción por lo que estaba a punto de hacer, pero ella estaba dispuesta a hablar con su padre para abogar por él, llegado el caso.

Mikael asió el pomo de la puerta. Se sorprendió cuando giró sin ningún problema.

—Está abierto. —Por precaución sacó un arma y entró. Los primos lo siguieron a una corta distancia.

Mikael encendió la luz del pasillo y avanzó hacia el interior de la casa. Todo parecía estar en orden. Subió a la planta alta, antes les pidió a los otros que se quedaran en la sala. Unos minutos después, Mikael bajó las escaleras con paso cansino: ya no llevaba la pistola en la mano. Greta vio la expresión de su rostro y comprendió que sus temores no habían sido infundados después de todo.

—¿Qué sucede?

—Annete Nyborg está muerta.

CAPÍTULO 5

Cerca de las siete, finalmente, Greta logró convencer a Lasse de que se fuera a su casa. No había nada que él pudiera hacer ya por Annete. Después del hallazgo del cuerpo, Mikael había llamado a la comisaría, y, rápidamente, el lugar se había llenado de policías. Frederic Grahn había sido uno de los primeros en llegar, saludó a la muchacha con una tensa sonrisa y se dispuso a subir a la segunda planta para ocuparse del cadáver de la vendedora de artesanías. Ella no había querido irse, a pesar de la insistencia del teniente para que lo hiciera. Primero, se había quedado a consolar a su primo, quien parecía bastante afectado por la muerte de su jefa; después, cuando él se marchó a su casa en compañía de un oficial, se sentó en el sofá de la sala a esperar. Aún le parecía increíble que la muchacha estuviera muerta; había estado con ella en la última reunión del Club de Lectura y nada hacía presagiar que tan solo unos días más tarde acabaría muriendo en el piso de su habitación. Observó al teniente Stevic, quien estaba hablando con uno de los peritos; notó que él fruncía el ceño mientras escuchaba atentamente a su interlocutor. Luego, los ojos de Greta se desviaron hacia la puerta de entrada. Nina Wallström apareció en ese momento y avanzó hacia ella.

—Hola. Me acaban de informar que tú y tu primo estaban presentes cuando Mikael encontró el cuerpo de la occisa.

Ella asintió. Le pareció que el término «occisa» era muy frío para referirse a una muchacha tan joven y bonita como Annete Nyborg.

Mikael se acercó a ambas y se llevó una mano a la cintura; Greta vio asomar su pistola reglamentaria por debajo de la chaqueta de cuero.

—Uno de los peritos me acaba de informar que no forzaron la entrada; tampoco hay señales de lucha. El teléfono de la habitación está en el suelo, probablemente

intentó pedir ayuda —señaló.

Nina lo miró.

—¿Sabemos ya la causa de la muerte?

—Según Frederic, es demasiado pronto para hacer conjeturas. Prefiere esperar a hacerle la autopsia; lo que sí aseguró es que no hay marcas ni magulladuras en su cuerpo. Ninguna señal de violencia visible, nada que nos haga presumir que fue asesinada. De todos modos, solo sabremos más después de la autopsia. —Se dirigió luego a Greta—: Tengo entendido que la fallecida asistía al Club de Lectura en tu librería, ¿cuándo fue la última vez que la viste?

—Hace apenas unos días, precisamente en una de las reuniones del club.

—¿Notaste algo extraño en ella? —Esta vez fue Nina quien preguntó.

—No, estaba como siempre.

—¿Vivía sola?

—No sabría decirlo, creo que sí. —Se dio cuenta, entonces, de que sabía muy poco de la vida de Annete Nyborg, a no ser por los chismes que corrían entre las demás integrantes del Club de Lectura.

La sargento se pasó una mano por la cabeza y dijo:

—Debemos ponernos en contacto con algún familiar.

—Quizá mi primo Lasse pueda ayudarlos con eso; él trabajaba en la tienda de artesanías con Annete.

—Lo buscaremos y le preguntaremos —repuso Mikael—. Creo que ahora debes marcharte, Greta. No hay nada más que puedas hacer aquí.

Se puso de pie. Él tenía razón; ya no había razón alguna para que continuara en aquella casa, aunque sabía que por más que se marchara no conseguiría pegar un ojo esa noche. No podía dejar de pensar en Annete, una muchacha joven y llena de vida que había sido alcanzada por la muerte demasiado pronto. Le preguntó a Mikael por su padre, y fue Nina quien le respondió.

—Estaba en una reunión importante con los de Asuntos Internos cuando salí de la comisaría, por eso me envió a mí en su lugar.

Greta no dijo nada, solo asintió con un leve movimiento de cabeza. Se despidió de ambos; luego, se marchó a su casa. Apenas llegó, se paró delante del radiador y acercó las manos. Estaban heladas. Durante el corto trayecto que había desde la tienda de artesanías hasta la librería se había imaginado de una y mil maneras la muerte de Annete. Según había dicho Mikael, no había evidencias de un crimen; sin embargo, en su mente, la había visto brutalmente golpeada, ferozmente apuñalada o con el cuerpo lleno de plomo. Sin dudas, había leído demasiados libros de misterio, y eso había contribuido a que tuviera esos atroces pensamientos. Pensamientos que

afortunadamente se desvanecieron gracias al canturreo escandaloso de *Miss Marple*.

—¡*Gimme, gimme, gimme!*

Greta sabía exactamente qué quería su lora cada vez que entonaba aquella canción de ABBA. Fue hasta la cocina, abrió una de las alacenas y sacó un paquete de almendras. Le ofreció una. *Miss Marple* la tomó con el pico; mientras devoraba el fruto, observaba a su dueña con ojos saltones.

—Qué injusta es la vida a veces, cariño —le dijo ella mientras introducía el dedo índice para acariciar la cabeza de *Miss Marple*—. Annete era tan joven... —dejó escapar un suspiro y se apoyó sobre la mesada. Escondió la cabeza entre los brazos y permaneció allí hasta que la lora reclamó nuevamente su atención. Jugó solo un rato con ella porque no tenía ánimos de nada. Se dio una ducha y se metió en la cama temprano. Pensó en llamar a su padre, pero decidió que hablaría con él a la mañana siguiente. Después de dar vueltas entre las sábanas tuvo que levantarse para buscar un somnífero. Solía tomarlos en su época de estudiante universitaria cuando se quedaba hasta la madrugada preparando algún examen, lo que la desvelaba y la obligaba a forzar el descanso. Luego, los había abandonado, pero esa noche realmente necesitaba uno para poder conciliar el sueño.

* * *

A la mañana siguiente, Greta se despertó más tarde de lo habitual. Se levantó de un salto de la cama y se dio una ducha rápida. Le quedaban apenas quince minutos para abrir Némesis, así que no tuvo tiempo para llamar a su padre. Quizás era mejor que pasara esa tarde por su casa a verlo. Le sirvió rápidamente el desayuno a *Miss Marple* y bebió solo una taza de café para despejarse y terminar de despertarse. Había dormido como un lirón a causa de las dos pastillas que se había tomado. Se recogió el cabello aún húmedo en una trenza y bajó rumbo a la librería.

Algunos clientes ya se habían apostado en la puerta y aguardaban que ella abriera. Los recibió con una sonrisa y los atendió con la mejor predisposición. Cuando se quedó sola, tomó el teléfono que tenía encima del mostrador y marcó el número de su amiga.

—Hanna, ¿te has enterado?

—Sí, Greta, no se habla de otra cosa en la ciudad. Pobre Annete, no puedo creer que esté muerta.

—Lasse y yo estuvimos en su casa anoche —anunció enroscando el dedo en el

cable del teléfono—. Mi primo estaba preocupado porque ella no había abierto la tienda aún; insistía en que no era normal que no apareciera. No tuve más remedio que llamar a la policía.

—¿Se sabe de qué murió? —Después de una pausa que duró unos cuantos segundos, la fotógrafa cambió la pregunta—: No habrá sido asesinada, ¿no?

—El doctor Grahn no se aventuró a establecer la causa de la muerte hasta no hacer la autopsia. Mikael dijo que la puerta no había sido violentada; es más, estaba abierta cuando nosotros entramos. Tampoco se encontraron señales de lucha.

—¿Mikael?

—Sí, es policía, trabaja con mi padre. Estuvo en la inauguración de Némesis, allí fue donde me lo presentaron.

—No lo recuerdo, pero, bueno, esa noche andaba de aquí para allá, incluso estuve conversando largo y tendido con Annete. Me parece increíble que esté muerta.

Greta experimentaba la misma sensación de incredulidad. Uno siempre se negaba a comprender o aceptar la muerte de una persona joven.

—Apuesto cien coronas a que a más de una le alegra la noticia —comentó Hanna de repente.

—¿Qué dices?

—Sabes tan bien como yo que Annete tenía cierta reputación. Se rumoreaba que salía con un tipo casado. ¿Nunca te has preguntado de dónde salían las joyas finísimas y la ropa de marca? No creo que le fuera tan bien en la tienda como para darse esos gustos.

Por supuesto que se había hecho esa misma pregunta muchas veces. Las joyas que lucía Annete —y que Greta creía que eran de fantasía— resultaron auténticas. Ni hablar de los costosos perfumes y los abrigos de diseño exclusivo con los cuales solía presentarse en las reuniones del Club de Lectura. La verdad era que el estilo de vida de la muchacha se prestaba a suspicacias, pero, de allí a imaginar que alguien pudiera alegrarse por su muerte, había un abismo.

—Hanna, debo dejarte, acaba de entrar alguien. —Se despidió de su amiga y atendió a una jovencita que no debía de tener más de quince años y que quería comprar un libro de Elizabeth George. Tuvo que ir a buscarlo al depósito porque aún no había abierto las tres cajas nuevas que le habían llegado esa semana. Al rato, regresó con la novela. Se reservó un ejemplar para sí misma porque, desde que había leído el primer libro de la autora protagonizado por el inspector Thomas Lynley, se había vuelto una fan incondicional.

Por suerte, hubo bastante movimiento en la librería esa mañana a pesar del mal tiempo. Cerró quince minutos más tarde de lo habitual, porque, a último momento,

había llegado una pareja joven que había venido desde Älvdalen. Se habían enterado de que en Mora existía una librería que solo vendía libros de misterio. Se quedó charlando un buen rato con ellos y ni cuenta se dio de que ya era hora de cerrar. Subió a la casa solo para ponerse algo más abrigado. Iría a visitar a su padre acompañada por *Miss Marple* y, de paso, trataría de enterarse algo más sobre la muerte de Annete.

Cuando llegó, Karl acababa de almorzar. Le reprochó el hecho de que no le hubiera avisado que iría para poder esperarla. Lo ayudó a lavar los platos, mientras hablaban de cosas triviales. Greta percibió el cansancio en el semblante de su padre y se preocupó.

—Papá, ¿cuánto hace que no ves a un doctor?

Él la miró, parecía sorprendido por su pregunta.

—¿A qué viene eso? ¿Acaso me veo tan mal?

—No, pero estás algo pálido, y sabemos que tu presión arterial no es la misma de hace unos años.

—¡Me estás llamando viejo! —Soltó una carcajada. Sin embargo, Greta se dio cuenta de que lo hacía solamente para restarle importancia a la situación. Su padre tenía cincuenta y ocho años, el único deporte que practicaba era el ajedrez y, además, a Greta le preocupaba su corazón. Su abuelo había muerto de un infarto. Por otro lado, estaba el asunto de la presión.

—Ya no eres un jovencito, papá. Por si fuera poco, hace años que no te tomas unas vacaciones. ¿Cuándo fue la última vez?

Él se encogió de hombros.

—Si no recuerdo mal, creo que fue hace como unos siete años, cuando te fuiste con Lars de pesca al lago Vänern. Y solo estuviste allí un fin de semana. —Greta puso la mano en el hombro de su padre—. Te haría bien tomarte un descanso.

—Es imposible en este momento, los de Asuntos Internos me están presionando por un caso de indisciplina de uno de mis hombres. Además, tenemos entre manos la investigación de una red de tráfico de armas que llevamos a cabo en conjunto con la división de Delincuencia Organizada.

—¿No puedes delegarlo en alguien más?

—No. —Karl soltó la cacerola que tenía en la mano y se dio vuelta para mirar a su hija a los ojos—. Estoy bien, cariño, no te preocupes por mí.

Ella solo le sonrió. Sabía que nada de lo que dijese podría convencerlo de que, al menos, se tomara unos días para descansar. Se extrañó de que no le mencionara nada sobre la muerte de la vendedora de artesanías entre los asuntos pendientes que tenía en el trabajo; así que, cuando se sentaron en la sala para degustar un café, Greta se lo preguntó directamente.

—¿Hay alguna novedad en el caso de Annete?

Él cruzó una pierna encima de la otra y se pasó la mano por el cabello. No era la primera vez que su hija le preguntaba por alguno de sus casos: poseía una curiosidad innata y, sobre todo, una gran afición por los misterios.

—La autopsia reveló que Annete Nyborg murió a causa de una arritmia ventricular.

Ella no esperaba escuchar eso.

—¿Una falla cardíaca? ¿A su edad?

—Frederic también se sorprendió. La muchacha apenas tenía veinticinco años y, según los testimonios que hemos podido recoger, no había dado señales de que estuviera enferma; sin embargo, la evidencia es más que contundente. Nina habló con su hermana que vive en Hagfors; ella desconocía que la muchacha sufriera del corazón, pero también dijo que hacía, al menos, dos años que no la visitaba. Llegará esta noche para identificar oficialmente a su hermana. Fue un caso cerrado aun antes de que se abriera —alegó Karl antes de beber un poco de café—. Hay algo más... Frederic confirmó que tenía tres meses de embarazo. ¿Tú sabías algo al respecto?

Greta dejó la taza encima de la mesita cuando escuchó lo que su padre acababa de contarle. ¿Annete, embarazada? Jamás lo habría imaginado.

—No, no lo sabía.

—Supongo que no le hacía mucha gracia ser madre soltera. Lasse nos dijo que hace un tiempo salía con un muchacho llamado August. Tu primo no recuerda el apellido, pero asegura que no lo ha visto en los últimos meses.

Greta no sabía nada de ningún novio, solo había oído rumores de que Annete salía con un sujeto que estaba casado. ¿Y si el hijo que estaba esperando era de ese hombre y no del tal August? Era una posibilidad. Si la muerte de la joven le había parecido absurda e injusta antes de enterarse de su embarazo, ahora pensaba que era una grotesca burla del destino. Tenía toda una vida por delante, esperaba un hijo y, seguramente, estaba feliz. Volvió a recordar los chismes que circulaban sobre ella: algunos eran maliciosos, por lo que Greta dudaba de que fueran ciertos. De todos modos, se encontró preguntándose a sí misma si, detrás de todos esos rumores, no había algo de verdad. Quiso comentárselo a su padre, aunque desistió en seguida: él tenía demasiados asuntos entre manos como para preocuparse por escuchar sus teorías. Había sido muy claro al respecto; la muerte de Annete Nyborg se había tratado solo de una fatalidad.

Se quedó un rato más y, cuando Karl tuvo que regresar a la comisaría, ella y *Miss Marple* también se marcharon.

* * *

Al día siguiente, supo por su primo Lasse que Astrid, la hermana de Annete, se haría cargo de la tienda de artesanías de ahora en adelante. Se alegró cuando él le dijo que la nueva dueña le había permitido conservar su puesto como ayudante. Aprovechando las primeras horas de la tarde, Greta decidió acercarse a la tienda para saludarla. La verdad era que no había podido apartar de su mente la posibilidad de que la vendedora de artesanías hubiera tenido un romance con un hombre casado y que, de esa historia clandestina, ella habría quedado embarazada. Pero otra idea más terrible rondaba en su mente y no había permitido que durmiera con tranquilidad. ¿Y si no hubiera muerto por causas naturales? Su fama de coqueta era bien conocida por todos; si se había metido con un hombre casado, lo más probable era que hubiese, en algún lado, una esposa enfadada y despechada dispuesta a cobrar venganza, o un novio celoso que no estaba dispuesto a perder a su chica.

Se detuvo en seco: no le gustaba el rumbo que estaban tomando sus pensamientos. Siempre se había jactado de poseer cierto conocimiento de la naturaleza humana, trataba a diario con mucha gente y, por eso, sabía que los chismes muchas veces nacían de una verdad que alguien se empeñaba en ocultar. Su pasión por resolver misterios le había enseñado a ser observadora y atenta, a analizar las situaciones y a desmenuzarlas hasta hallar una respuesta. No en vano había crecido leyendo novelas de misterio. Recordó, en ese momento, uno de los primeros libros que había leído de Agatha Christie. Se trataba de *Muerte en la vicaría* y lo había comprado en uno de los tantos viajes a Inglaterra que había hecho con sus padres. La trama giraba en torno al asesinato de un personaje indeseable, poco querido por sus vecinos. Había una frase que había quedado grabada en su memoria. La había dicho uno de los personajes de la novela: el pastor Leonard Clement: «Quien mate al coronel Protheroe estará dando un servicio al mundo». Hanna le había hecho un comentario similar con respecto a Annete y, a pesar de que Greta era plenamente consciente de que lo de Agatha Christie solo se trataba de una obra de ficción, le inquietaban las similitudes.

Se peinó el cabello rápidamente con las manos y se puso un gorro de lana. Se abrigó bien, porque esa mañana el presentador del clima había anunciado una fuerte nevada; por consiguiente, las temperaturas volverían a estar bajo cero. Salió por la puerta lateral para no pasar por la librería. Se subió el cuello del *sweater* mientras bajaba las escaleras. Los copos volaban en el aire por efecto del viento, y observó el patio lindero: una capa de, al menos, veinte centímetros de nieve lo cubría casi todo. Suspiró y pensó para sí que todavía tenían por delante un poco más de dos meses para

que terminara el invierno; en aquella zona del país, debían soportar las fuertes nevadas incluso hasta mediados de abril.

Atravesó los pocos metros que separaban Némesis de la tienda de artesanías en apenas un par de minutos. Después, llamó a la puerta de la casa de Annete. Una mujer regordeta y poco agraciada le abrió. Astrid Nyborg no se parecía en nada a su hermana.

—¿Sí?

—Hola, mi nombre es Greta Lindberg, soy la dueña de la librería que está en esta misma calle. Tu hermana asistía al Club de Lectura y quise venir a ofrecerte en caso de que necesites ayuda. Siento mucho lo que le sucedió.

La mujer la observó de arriba abajo con cierto aire de desconfianza. Todavía no la había invitado a entrar, a pesar de que estaba helando afuera.

—Eres la prima de Lasse, ¿verdad?

Ella asintió. Solo entonces, Astrid la invitó a entrar. El interior de la casa no había cambiado mucho desde que había estado allí la fatídica noche en la que Annete había sido hallada muerta. Había unas cuantas cajas esparcidas por el suelo de la sala con diferentes rótulos y varios libros encima de los sillones.

—Como verás, acabo de mudarme. Tendré que hacerme cargo de la tienda ahora. A mi hermana no le hubiera gustado que la vendiera.

Greta percibió la angustia en su voz. No debía de ser sencillo para ella afrontar lo que había sucedido.

—La policía me dijo que mañana podré disponer por fin del cuerpo. Debo realizar todo el papeleo aún y organizar el funeral.

—Me ofrezco a ayudarte en lo que necesites.

Astrid sonrió por primera vez.

—Muchas gracias. ¿Eras amiga de Annete? —Greta asintió—. No tuve mucho contacto con ella en los últimos tiempos. Estaba demasiado ocupada con la tienda; y yo, con mi trabajo.

—¿Qué hacías en Hagfors?

—Trabajaba en una residencia para ancianos. Será un cambio muy grande ocuparme ahora de la tienda, pero se lo debo a mi hermana. Abrió su negocio con mucho esfuerzo, y no puedo defraudarla —dijo con la voz quebrada.

—Comprendo. ¿Quieres que te dé una mano aquí? —se ofreció al ver el desorden que había en la casa.

—La verdad es que te lo agradecería mucho. Tengo que acercarme a la comisaría para firmar unos papeles. Luego debo hablar con los de la funeraria. —Se quitó el pañuelo que traía en la cabeza y se sacudió el polvillo de la ropa—. ¿Te importa

quedarte sola mientras regreso?

—En lo absoluto, ve tranquila.

Astrid fue hasta el vestidor, se puso una chaqueta de piel y se marchó. El silencio de la casa se hizo demasiado abrumador de repente. Los ojos de Greta se desviaron hacia la planta alta. Titubeó antes de poner un pie en el peldaño de la escalera, pero su terquedad la instó a subir. Se detuvo frente a la habitación. La puerta estaba cerrada. Cuando apoyó la mano en el pomo, sintió que su corazón se detenía por una milésima de segundo.

Estaba a punto de ingresar al lugar donde Annete había encontrado la muerte. Ni siquiera sabía por qué tenía la urgente necesidad de hacerlo; solo abrió la puerta con lentitud y entró.

La habitación estaba tenuemente iluminada; apenas un poco de luz se filtraba a través de una de las cortinas abiertas. Observó el lugar detenidamente, y trató de imaginar exactamente el punto en el que habían encontrado el cuerpo sin vida de Annete. Recordó que Mikael le había mencionado que el teléfono había sido hallado en el suelo. Se acercó, se paró al lado de la mesita, agachó la vista y posó sus ojos en la alfombra donde seguramente había muerto la joven. Apartó la mirada y contempló la cama: estaba perfectamente ordenada, cubierta con una manta de lana azul. En la cabecera, había unos cuantos cojines y, en el medio, descansaba, como olvidada, una muñeca de porcelana con el cabello rubio y los ojos azules. Greta observó el vestido de seda color rojo y el moño que adornaba su cabeza. Parecía una pieza de colección, como esas antiguas muñecas que había visto en la casa de su abuela en Ipswich. La volvió a dejar junto a los cojines y se acercó al secreter. Abrió uno de los cajones, no sabía qué esperaba encontrar. De todos modos, algo en su interior le decía que siguiera buscando. Había adornos para el cabello, joyas. Hurgó en el cajón que estaba más abajo. Le costó mucho abrirlo, parecía que algo lo estaba atascando. Se inclinó para ver qué era lo que no permitía que se abriera y descubrió unos sobres sujetos a la parte superior. Evidentemente, estaban ocultos allí. Lanzó una fugaz mirada hacia la puerta. Estaba sola, Astrid tardaría en llegar. Aprovecharía la oportunidad. Quitó el cajón completamente para, luego, despegar los sobres con cuidado. Eran tres cartas dirigidas a Annete. No tenían sello ni remitente, por lo que dedujo que alguien se las había entregado en persona. Abrió una de ellas y leyó la fecha: siete de agosto. Un poco más de cinco meses antes. Se dio cuenta de inmediato, por la caligrafía, de que el autor era un hombre. Se mordió los labios antes de seguir leyendo. Sabía que lo que estaba haciendo no estaba bien, aunque eso no la detuvo.

Sus ojos se posaron en el primer párrafo; no se había equivocado. La carta se la había enviado un hombre, alguien que decía amarla con locura. El texto era de alto

contenido erótico.

Annete, no puedes imaginar cuánto ansío volver a verte. No he podido apartar de mi mente los momentos que vivimos anoche. Me excito como un adolescente cuando pienso en la humedad de tu piel o en el sabor de tu boca. Sé que lo nuestro es un juego prohibido, pero te deseo tanto, amor mío.

¿Nos veremos hoy? Si la respuesta es un sí, coloca una cinta roja en el escaparate de la tienda y sabré que tú también ansías estar entre mis brazos. Ya no puedo esperar.

Cuando terminó de leerla, Greta esperó encontrar un nombre, alguna pista que le dijese quién la escribía. Tal vez en alguna de las otras dos cartas encontrase algún indicio. Abrió la que tenía una fecha más reciente y se dio cuenta de que poco tenía que ver con lo que acababa de leer. El tono era completamente diferente, ya no había pasión en aquellas palabras que parecían estar escritas a la ligera. Leyó con atención.

Annete, estuve esperándote en el hotel y nunca llegaste. Te he llamado una docena de veces y no respondes al maldito teléfono. No voy a permitir que juegues conmigo ni que me dejes. Si no veo la cinta roja esta tarde... Te vas a arrepentir.

El amante de la vendedora de artesanías había perdido el control. Greta percibió una gran ira en sus palabras. Volvió a mirar la fecha en la esquina derecha del papel. La había amenazado solo unos pocos días antes de que la muchacha fuera hallada muerta. Con cuidado, colocó las cartas en su sitio y cerró el cajón. Luego, una vez en el piso de abajo, comenzó a sacar las pertenencias de Astrid de una de las cajas. Mientras lo hacía, no podía dejar de pensar en lo que acababa de descubrir. En primer lugar, ya no era un rumor o un chisme malintencionado: Annete de verdad había tenido un amante. Lo segundo, y más perturbador: él la había amenazado justo antes de que ella muriera.

CAPÍTULO 6

Mikael estiró las piernas encima del escritorio y abrió la carpeta que acababa de enviarle la policía de Söderhamn. El encargo que le había encomendado Karl ya estaba hecho. Había conseguido información sobre el tal Stefan Bringholm: a no ser por un par de infracciones de tránsito, el sujeto estaba limpio. Quizás el jefe había exagerado cuando le había pedido que investigara al ex de Greta. Consideró, entonces, la posibilidad de que Karl fuera de esos padres sobreprotectores que se preocupaban en demasía por sus hijas y por los pretendientes que las rodeaban. Cerró la carpeta; la dejó a mano para llevársela luego al inspector. Ingrid le avisó que la hermana de Annete Nyborg había llegado. Como el caso de su muerte se lo habían asignado a él, fue el encargado de recibirla.

Le informó que, una vez que firmara un par de documentos, podría disponer del cuerpo. Astrid se quedó mirándolo, y Mikael se sintió algo incómodo.

—Supongo que el caso se cerró.

—La autopsia demuestra que su hermana murió por una falla cardíaca.

La mujer se quedó meditando durante unos cuantos segundos.

—Nunca imaginé que estuviera tan enferma. Solía ser una muchacha sana y fuerte.

—Tengo entendido que estuvieron mucho tiempo sin verse —alegó el teniente y se aflojó el nudo de la corbata. Odiaba usarlas, pero Karl les había pedido tanto a los oficiales de rango como a los cadetes que vistieran con sus uniformes, porque esperaban la visita de unos inspectores del Ministerio de Seguridad que, como cada año, venían a meter las narices en sus asuntos.

—Sí, Annete se mudó a Mora hace dos años, y, desde entonces, no habíamos vuelto a vernos. Nos hablábamos por teléfono, nada más.

Mikael se dio cuenta de que la relación entre las hermanas Nyborg no era muy estrecha. La ciudad donde vivía Astrid estaba a menos de doscientos kilómetros de Mora. Le parecía extraño que no se hubieran visitado durante todo ese tiempo.

—¿Conoció a su novio? —preguntó.

—No, ni siquiera sabía que tuviera uno. Por eso, me quedé anonadada cuando me dijeron que estaba embarazada.

El teniente Stevic no insistió con su improvisado interrogatorio porque sabía que no iba a obtener mucha información de Astrid Nyborg. Despidió a la mujer; luego, regresó a su oficina. Buscó en el archivo el expediente de la muerte de Annete y lo leyó una vez más. No le quedaba más que cerrar el caso. Todo indicaba que se trataba de una muerte natural. El embarazo era solo un hecho fortuito; nada hacía sospechar que estaban ante la presencia de un crimen. Cerró la carpeta, la volvió a colocar en su sitio dentro del archivador. Caminó hacia la puerta y, cuando se asomó al pasillo, se acomodó la corbata lo mejor que pudo. El inspector Lindberg y dos hombres vestidos con trajes oscuros venían hacia él.

* * *

Esa noche, Greta invitó a Karl a cenar con ella, cuando pasó por su casa tras una dura jornada en la comisaría. Según le había contado, habían recibido la visita de dos inspectores. Cada vez que eso sucedía, él y sus compañeros sentían que debían superar una prueba de fuego. Ella notó el estrés en el semblante de su padre y no pudo evitar volver a preocuparse. Le preparó, con mucho esfuerzo, uno de sus platos preferidos. De inmediato, se dio cuenta de que, cuando su padre la halagó, solo estaba siendo condescendiente. La carne había salido pasada; y el puré de patatas, demasiado aguado. Aun así, él disfrutó de la cena como si fuera el más exquisito de los manjares.

Mientras comían, Greta no había podido dejar de pensar en las cartas que había encontrado en la habitación de Annete. ¿Qué diría su padre si le comentaba lo que había hecho? Lo más probable era que la reprendiese por haber metido sus narices donde no debía. De todos modos, tenía que comunicarle sus sospechas.

—Papá, esta tarde visité a la hermana de Annete y creo que encontré algo importante.

Dejó el tenedor sobre el plato y miró fijamente a su hija.

—¿A qué has ido a esa casa?

—Fui a ver si se le ofrecía algo; la pobre mujer acaba de sufrir la pérdida de su

hermana: solo traté de ser amable con ella —se justificó.

Sabía que le estaba mintiendo; la conocía demasiado bien como para no adivinar el verdadero motivo que se escondía detrás de aquella visita.

—¿Y qué es eso tan importante que has encontrado? —preguntó fingiendo interés. Greta se mojó los labios con un poco de vino antes de seguir hablando.

—Unas cartas que le escribió su amante. Las encontré en su habitación, ocultas en el secreter...

—¿Subiste a hurgar en su habitación?

Trató de ignorar el tono acusatorio y asintió con la cabeza.

—He oído ciertos rumores sobre Annete. Se dice que andaba con un hombre casado, quizás el padre del hijo que estaba esperando.

—¿Y qué hay con eso? La muchacha murió por una falla cardíaca; el patólogo lo confirmó. Además, no había señales de que alguien hubiera estado con ella esa noche o de que hubieran entrado por la fuerza.

—La puerta de la calle estaba sin llave.

—Pudo olvidarse de cerrarla —expuso Karl de acuerdo al informe que había leído—. El hecho de que saliera con un hombre casado no quiere decir que haya sido asesinada. Deja de elucubrar teorías sin fundamentos en esa cabecita tuya, hija.

—Papá, en una de las cartas, el amante claramente la amenazaba —insistió Greta, sin querer terminar con aquel asunto.

—¿La amenazó de muerte? —inquirió él alzando las cejas.

—No exactamente, sin embargo...

—Hija, mira, seguramente tuvieron una riña y se enfadó con ella, pero eso no significa que la haya asesinado. Supongo que tampoco sabes quién es el dichoso amante.

—No, las cartas eran anónimas. Al parecer, ella ya no quería verlo, y él no estaba dispuesto a perderla.

—Lees demasiadas novelas de misterio. —Acarició su mano por encima de la mesa—. Yo me remito a las pruebas que dicen que Annete murió por causas naturales. Nadie la asesinó, mucho menos un amante anónimo y despechado. El caso se cerró —concluyó Karl.

Ella no estaba de acuerdo; sus sospechas no eran infundadas, podía presentirlo. Y no estaba influenciada por ninguna novela de misterio. La muerte de Annete era real y estaba más que convencida de que alguien la había asesinado. Comprendió que no tenía caso seguir hablando con su padre sobre aquel tema: solo lograría que se burlase de ella y de su afición por las novelas de detectives. Jugaron una partida de ajedrez antes de que Karl se marchara a su casa; por enésima vez, él fue el vencedor. Greta

apenas se había concentrado en el juego, solo podía pensar en la vendedora de artesanías y en su trágico final.

El lunes por la mañana, colocó un cartel en la puerta de la librería anunciando que abriría más tarde. El funeral estaba pautado para las nueve y no quería dejar de asistir. Revolvió en el armario durante varios minutos. No solía vestir de negro, por lo que no fue sencillo hallar algo adecuado para la ocasión. Por fortuna, aún conservaba unos viejos pantalones vaqueros que había comprado en una feria en Söderhamn. Completó su atuendo con un jersey de cuello alto en un tono menos oscuro y se colocó una chaqueta encima. Cuando miró su reloj, se dio cuenta de que, si no se daba prisa, no llegaría al inicio de la ceremonia. Abandonó el apartamento bajo una tenue nevada matutina en dirección al cementerio. Llegó puntualmente, a pesar de que el tráfico esa mañana estaba fatal. Saludó primero a Astrid y, luego, se reunió con las chicas del Club de Lectura que también habían asistido a darle el último adiós a Annete. Las que estaban casadas permanecían aparte, con sus respectivos esposos. Por lo tanto, Greta se quedó junto a Hanna y Mary, las dos solteras del grupo, además de ella. Camilla Lindman también se acercó, ya que su marido trabajaba fuera de la ciudad y no había podido acompañarla.

Greta se dedicó, sobre todo, a observar con atención a los concurrentes masculinos. Tenía la certeza de que entre ellos estaba el amante de Annete. Los contempló uno a uno. Era, sin embargo, como buscar una aguja en un pajar. Podía ser cualquiera: desde el muchacho pelirrojo que prefirió quedarse apartado de los demás hasta el esposo de alguna de las mujeres presentes. Se concentró en las integrantes del Club de Lectura. Descartó de inmediato al reverendo Erikssen, no lo imaginaba como un amante fogoso. Sus ojos luego se posaron en Lars Magnusson, marido de Mia y amigo de su padre. Conocía a Lars desde hacía mucho tiempo y no lo creía capaz de enredarse con una muchacha tan joven. Además, por la manera en que miraba a su mujer, era evidente que la adoraba. Luego se enfocó en el alcalde Malmgren, casado con Linda. Era un hombre de unos cuarenta años, vestía elegantemente y, a pesar de que tenía unos kilos de más, no dejaba de ser guapo. Podría ser él. ¿Cómo saberlo? Por último, se detuvo en el esposo de Selma. No recordaba su nombre, solo sabía que se dedicaba a restaurar y vender propiedades. Unas enormes gafas cubrían sus ojos y no le permitían ver bien su rostro. Greta calculó que tendría unos treinta y cinco años más o menos, llevaba el cabello oscuro peinado prolijamente hacia atrás y unas hebras plateadas se asomaban por sus sienes. Sostenía con fuerza la mano de su mujer, quien no parecía demasiado afectada por la muerte de Annete. Él, en cambio, no dejaba de observar el féretro. Se llevó una mano al mentón, y Greta distinguió una cinta de color rojo en su muñeca izquierda. De inmediato, recordó una de las frases de la primera

carta que había encontrado en el secreter.

¿Nos veremos hoy? Si la respuesta es un sí, coloca una cinta roja en el escaparate de la tienda y sabré que tú también ansías estar entre mis brazos.

¿Acaso sería él el amante de Annete? No era descabellado pensarlo. Por el abrigo que llevaba, se podía percibir que tenía dinero. Tal vez, el suficiente como para cumplir los caprichos de una muchacha joven y coqueta. Además, el detalle de la cinta roja no dejaba de carcomerle el cerebro. ¿Era demasiada casualidad o, como decía su padre, estaba dejándose llevar por la devoción por las novelas de misterio? Observó a Selma, la mujer no mostraba emoción alguna. Si bien ninguna de las integrantes del Club de Lectura había establecido un lazo demasiado fuerte con la vendedora de artesanías, su muerte las había afectado a todas de una manera u otra. ¿Sus suposiciones serían acertadas? ¿Selma se habría enterado del romance que tenía su esposo con Annete?

El reverendo pronunció un sentido sermón. Ella trató de concentrarse en las palabras, pero, cuando desviaba su mirada hacia el esposo de Selma y lo veía tan afectado, se daba cuenta de que sus sospechas no eran erradas. Trató de pensar quién tendría un motivo realmente importante para asesinar a Annete y los únicos nombres que le venían a la mente eran el de Selma y su marido. Quizás, ella se había enterado de que la vendedora de artesanías estaba esperando un hijo de su esposo y no pudo soportarlo; o, tal vez, Annete quería dejar a su amante, que no se resignaba a perderla. Las dos posibilidades eran más que válidas; claro que no se trataba más que de presunciones. Y, con simples teorías, no se llegaba a ningún lado, mucho menos a convencer a la policía de que no cerrara el caso.

Cuando la ceremonia terminó, abandonó el cementerio en compañía de Hanna, quien de inmediato la invitó a dar un paseo. Hacía rato que había dejado de nevar. Aunque el frío calaba los huesos, una caminata no les vendría mal a ninguna de las dos. Dejaron sus autos estacionados fuera del cementerio, salieron rumbo al norte por Kittvågen. Greta le advirtió, de todos modos, que no podía quedarse mucho tiempo porque quería abrir la librería un rato esa mañana.

La fotógrafa se abrazó a su amiga y metió ambas manos dentro de los bolsillos de su gabardina.

—Fue una bonita ceremonia, ¿no crees?

Greta asintió.

—Pensé que iba a asistir más gente —comentó Hanna mientras se detenía para mirar un escaparate.

—Creo que fue mejor así, algo íntimo, solo para aquellos que eran más cercanos a

Annete. Su novio no vino y me parece bastante extraño. La autopsia reveló que Annete estaba embarazada.

—¿Qué has dicho? ¿Embarazada?

—Así es.

—Pero es imposible que ese hijo sea de su exnovio —repuso Hanna quien parecía estar segura de lo que decía.

—¿Por qué lo dices?

—Annete rompió con él hace tiempo. Recuerdo que vinieron al estudio a tomarse una fotografía. Unos días después, ella vino a retirar la foto y me contó que su novio —se llamaba August si no me equivoco— se había largado y que no había sabido nada más de él.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó con interés.

—Hace unos cinco meses más o menos.

—¿Y el tal August nunca regresó?

—Que yo sepa, no.

—Entonces no era el padre del hijo que ella estaba esperando. Cuando murió, tenía tres meses de embarazo.

—No, no dan los tiempos. ¿Quién crees que era el padre entonces?

—Tengo mi teoría.

Hanna volvió a detenerse y miró a su amiga a los ojos.

—¡Cuéntamela ya!

* * *

Greta alzó la cabeza cuando la campanilla de la puerta comenzó a sonar. Cerró de golpe el libro que estaba hojeando y se acomodó el cabello. En ese momento, deseó tener un espejo cerca para revisar su aspecto.

Observó a Mikael Stevic, que avanzaba hacia el mostrador con su peculiar modo de andar.

—Hola —la saludó mientras se desenroscaba la bufanda del cuello.

—Hola —respondió con la voz queda. Estaba sorprendida por su visita. ¿A qué habría ido? Bueno, ella tenía una librería: lo más probable era que solo quisiera comprar algún libro—. ¿Qué te trae por aquí?

Él se dedicó a contemplar a la hija de su jefe durante unos cuantos segundos antes de responder.

—Es mi día libre, y me preguntaba si te gustaría tomar un café conmigo —le soltó despreocupadamente.

Tragó saliva, realmente no esperaba aquello.

—La verdad es que no puedo. —Miró el reloj—. Faltan dos horas aún para cerrar.

—Lo sé, yo me refería a salir después de que terminaras aquí —adujo al tiempo que se inclinaba sobre el mostrador.

Instintivamente, ella se echó hacia atrás; sonrió para tratar de ocultar su nerviosismo.

—No creo que pueda, tengo mucho trabajo atrasado. Ya sabes, libros que catalogar, otros que devolver. Además, todavía no he hecho el balance del mes pasado.

—¿Haces todo tú sola?

Asintió.

—Deberías conseguir a alguien que te ayude —sugirió Mikael con una sonrisa.

—Quisiera, pero, en este momento, no puedo.

—Comprendo. —Hizo una pausa y respiró profundamente—. Creo que deberé resignarme entonces a que no tomarás ese café conmigo.

—Lo siento, pero no. —Sabía que podría salir con él en cualquier otro momento. La verdad era que prefería no hacerlo. Las tareas pendientes en la librería le habían servido de excusa para negarse.

—Espero que tu padre no tenga nada que ver con tu decisión —dijo él de repente.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

Él carraspeó. Descubrió, tardíamente, que, tal vez, había metido la pata.

—Por nada en especial.

Greta no le creyó.

—Lo has dicho por algo y quiero saber por qué —le exigió.

Se pasó una mano nerviosamente por el pelo; ya había abierto su bocota, ahora no tenía caso quedarse callado.

—Tengo la sensación de que Karl te cuida demasiado, que es muy celoso de los hombres que puedan acercarse a ti.

Ella se cruzó de brazos.

—Es posible que lo sea, pero ¿en qué te basas tú para afirmar semejante cosa? —Estaba más que dispuesta a escuchar su explicación.

—Está bien. Te lo voy a decir, aunque sé que puedo recibir una reprimenda por parte de Karl. Él me pidió que investigara a tu exnovio, supongo que no lo sabías.

Greta negó con la cabeza. Por supuesto que no lo sabía, y podía apostar cualquier

cosa a que su padre no pensaba decírselo nunca.

—Me dijo que el sujeto le daba mala espina. Creo que, en el fondo, solo quería asegurarse de que tú estuvieras bien —se apresuró a agregar como si estuviera tratando de justificar el accionar de su jefe.

Ella guardó silencio. No le sorprendía lo que su padre había hecho. Siempre había tenido la fuerte sospecha de que averiguaba los antecedentes de cada uno de los muchachos que habían salido con ella. ¿Debería enfadarse con él? En realidad, comprendió que no valía la pena; después de todo, solo se había preocupado por su bienestar. Por otro lado, hacía tiempo que Stefan había salido de su mente; en los más de dos meses que llevaba en Mora, apenas había pensado en él.

—Tienes razón, mi padre sigue creyendo que soy una niña, y solo por eso trato de no enfadarme cuando actúa de esta manera. Se niega a aceptar que crecí, que debo vivir mi vida y aprender de mis propias experiencias. —Sonrió y miró a Mikael a los ojos—. Lamento que te haya involucrado en todo este asunto.

—No te preocupes. Lo que sí te voy a pedir es que no le digas que te lo conté. No sé lo que sería capaz de hacerme si se entera —le dijo en son de broma.

—No se lo diré, puedes quedarte tranquilo.

—Gracias. Lamento que no podamos tomarnos ese café —dijo él bajando el tono de voz.

Ella no pudo evitar sentirse aturdida. Miró hacia la puerta, esperando en vano que alguien apareciera. ¿Dónde estaban los clientes cuando más los necesitaba?

—Será en otra ocasión —le respondió mientras trataba de concentrarse en la pantalla del sistema informático en el que había registrado los títulos que acababan de enviarle desde una importante editorial de Estocolmo. Era una lista que conocía casi de memoria, pero necesitaba enfocar su atención en algo que no fuera Mikael Stevic y su seductora sonrisa. Finalmente, al ver que era en vano conseguir una cita con ella, decidió marcharse, por lo que Greta dejó escapar un suspiro de alivio. Sabía, sin embargo, que debía prepararse para la próxima vez, porque estaba segura de que él volvería a insistir. Como casi toda mujer, se daba cuenta de cuándo un hombre se interesaba en ella y creyó percibir en los ojos de Mikael algo más que mero interés.

* * *

Se metió un par de mechones de cabello dentro del gorro de lana y se subió el cuello del abrigo. Se quedó dentro del auto durante unos cuantos segundos contemplando la

propiedad de los Steinkjer, ubicada a tan solo unos metros del museo dedicado al pintor Anders Zorn. Recordaba que, cuando eran niñas, con Hanna solían ir hasta el parque en donde se erigía una estatua del artista para espiar a los chicos que se reunían allí por las tardes. Miró el reloj; el inicio de la reunión del Club de Lectura estaba pactado para las dos y media. Faltaban aún quince minutos, pero decidió que lo mejor sería presentarse en la casa de Selma cuanto antes. Habían establecido la semana anterior que se reunirían en la de Britta, pero Greta había hecho un cambio de planes casi a último momento. Llamó por teléfono a la enfermera y le preguntó si podían usar su casa, a lo que la enfermera accedió gustosa. Su intención era averiguar algo más del esposo de Selma, porque sentía que era la única manera de confirmar o refutar sus sospechas. Lo más probable era que Henrik Steinkjer no estuviera en casa, pero se las ingeniaría para tratar de saber un poco más de él. Observó a través del espejo retrovisor del Mini Cabrio y vio que Monika y Linda Malmgren se acercaban por el sendero que conducía a la casa. Descendió del coche y las alcanzó.

—Monika, ¿Hanna no viene? —preguntó después de saludar a ambas mujeres.

—No; tenía una sesión de fotos. De acuerdo a lo que entendí, una empresa muy importante de turismo de Estocolmo la contrató para fotografiar los paisajes de nuestra ciudad para un catálogo —le explicó.

Se alegró por su amiga; al parecer le estaba yendo muy bien en su profesión. Se lo merecía, ella más que nadie sabía del esfuerzo que había hecho para llegar a donde había llegado. El padre de Hanna, un metodista con fuertes convicciones religiosas, no había estado de acuerdo con que su hija se mudara de ciudad para estudiar una carrera, él quería una vida muy diferente para ella: la soñaba casada y con hijos, ocupándose del hogar como habían hecho su madre y su abuela. Había tenido que luchar mucho para convertirse en una mujer profesional e independiente y lo había logrado. A pesar de todo, Hanna había decidido regresar a Mora inmediatamente después de graduarse para ejercer su profesión en la ciudad que la había visto nacer. No hablaban mucho del tema, aunque Greta sabía que su padre seguía sin aprobar su elección.

—Será mejor que entremos —sugirió Linda mirando el cielo encapotado.

Las tres mujeres se dirigieron a través del sendero de ladrillos hacia la casa de los Steinkjer. Greta descubrió que alguien las estaba espiando desde una de las ventanas de la planta superior, pero no alcanzó a ver quién estaba detrás de las cortinas.

Selma las recibió con una sonrisa y, de inmediato, les ofreció una taza de chocolate caliente mientras esperaban a las demás mujeres. De vez en cuando, Greta miraba distraídamente hacia la puerta que daba a las escaleras con la esperanza de que el esposo de Selma apareciera, porque había supuesto que era él la persona que había

estado espiando su llegada. Pero nadie apareció. Quienes sí arribaron fueron Britta y Mia. Faltaban aún Mary Johansson, Camilla Lindman, Ebba y sus hijas. La camarera llegó unos minutos más tarde, junto con Julia, la prima de Greta, que le avisó que su hermana y su madre no podían asistir, porque ambas estaban con un fuerte resfriado. Camilla llamó y le avisó que tampoco iría.

A las tres y diez, finalmente, comenzó la reunión. Hablaron sobre el personaje principal de la novela que estaban leyendo para intercambiar opiniones. Cuando le tocó el turno a Mary, se escuchó un portazo que provocó que la camarera se quedara callada.

—Es Henrik que ha salido por la puerta trasera —explicó Selma con cierto nerviosismo.

Greta instó a Mary a que continuara con el relato, pero ya no podía concentrarse en lo que estaba diciendo. El señor Steinkjer se había marchado, quizá fuera la ocasión justa para entrar en acción. Esperó a que Mary terminara de hablar y, antes de que Britta hiciera lo mismo, le pidió a Selma si podía usar el tocador. La enfermera le indicó dónde estaba. Abandonó la sala mientras las demás continuaban hablando sobre Kinsey Millhone, la protagonista del libro.

Selma le había dicho que el tocador estaba en la planta alta, pero no era hacia allí a donde ella quería ir. Miró por encima del hombro para cerciorarse de que nadie la viera y se desvió hacia la derecha, esperando que Henrik Steinkjer tuviera un despacho. Había tres puertas y, por fortuna, estaban sin llave. Abrió la primera de ellas. Una sonrisita de triunfo se le dibujó en el rostro: lo había hallado. Cerró la puerta suavemente y entró. Avanzó hacia el escritorio; sabía exactamente lo que estaba buscando. Tomó una carpeta y sacó una hoja escrita a mano. Era lo único que necesitaba. La observó con cuidado y comprobó que era la misma caligrafía. Ya no había dudas, había sido Henrik Steinkjer quien le había escrito las cartas a Annete. El amante apasionado e iracundo ya no era un misterio: ahora tenía nombre y apellido. Se guardó el papel dentro del bolsillo de los pantalones y dejó la carpeta como estaba.

Abandonó el despacho, esperó un tiempo prudencial en el pasillo y luego se dirigió a la sala.

CAPÍTULO 7

De regreso a su casa, dado que aún faltaba media hora para abrir Némesis, Greta decidió pasar por una sucursal de ICA, porque ya era hora de abastecer la despensa. No podía olvidar el papel que llevaba en el bolsillo de los pantalones, parecía que estaba quemándose. Sabía que, por sí sola, aquella hoja escrita a mano robada del escritorio de Henrik Steinkjer no era prueba suficiente para demostrar que Annete no había muerto por causas naturales. De todos modos, si se la confrontaba con las cartas que había recibido la vendedora de artesanías antes de morir, sobre todo con la última, donde claramente su amante la amenazaba, podía ser suficiente para que, al menos, la policía considerara investigar su muerte.

Por desgracia, no podía acercarse a la comisaría hasta después de cerrar la librería, así que no tuvo más remedio que guardar el papel y seguir esperando.

Cuando llegó, apenas tuvo tiempo de subir a su casa y dejar las bolsas de la compra esparcidas encima de la mesa de la cocina, porque ya había gente esperando en la puerta de la librería. Las últimas semanas, las ventas habían aumentado, sobre todo después de la Navidad, fecha en la cual había obtenido muy buenos ingresos y, lo que era más importante aún, una buena cartera de clientes. Llegaban incluso desde ciudades vecinas. Poco a poco, Némesis iba ganando fama y prestigio. Le costaba todavía creer que las cosas le estuvieran saliendo tan bien; un par de meses atrás, jamás habría imaginado que regresaría a Mora y terminaría convirtiéndose en dueña de la librería donde había trascendido la adolescencia.

Cuando la hora de cierre se acercaba, no podía dejar de mirar el reloj que colgaba junto a la puerta, como si, al hacerlo, los minutos pudieran pasar más rápido. A esa altura, poco le importaba lo que dijera su padre una vez que se enterase de que se había metido a hurtadillas en el despacho de Henrik Steinkjer para robarle uno de sus

papeles.

Por fin, la campanada que anunciaba las ocho retumbó en el interior del local y corrió hasta la puerta para colgar el cartel de «cerrado». Apagó todo; ya continuaría al día siguiente con el balance: esa noche tenía otra cosa más importante que hacer. Subió a la casa y pasó como una tromba junto a la jaula de *Miss Marple* que, de inmediato, trató de llamar la atención. Desde la habitación, podía escuchar el golpeteo del pico de la lora contra los barrotes de la jaula. Lo sentía, pero tampoco tenía tiempo para jugar con ella esa noche. Se abrigó bien y salió por la parte lateral; ya hacía rato que había oscurecido, pero, al menos, no estaba nevando. Se subió al auto, encendió la calefacción primero y luego la radio para escuchar un poco de música durante el trayecto hasta la comisaría. Cuando llegó a Millåkersgatan aminoró la velocidad para darle paso a una patrulla y se estacionó junto a la parada de autobús. Se apeó del Mini Cabrio. Instantáneamente, se llevó las manos a los bolsillos de la chaqueta. Hurgó dentro hasta que los dedos enguantados rozaron el papel que había robado de la casa de Henrik y Selma Steinkjer. De sus labios ateridos por el frío, escapó un suspiro: ya no había marcha atrás, así que enfiló hacia la comisaría a paso firme.

Ingrid no estaba en la recepción, había otra mujer detrás del mostrador con la vista clavada en unos grandes y pesados libros. Se acercó y preguntó por su padre, sin decir que era su hija.

—El inspector Lindberg ya se retiró —le informó bajándose las gafas para contemplarla de arriba abajo.

—¿El oficial Stevic está?

La muchacha la miró ahora de manera un tanto displicente.

—El *teniente* Stevic se encuentra en su oficina. —Hizo énfasis especialmente en el rango que ostentaba Mikael.

Greta no sabía qué le molestaba más: si el hecho de que ella ignorara que Mikael no era un simple oficial o que estuviera preguntándole precisamente por él. Podría jurar incluso que se había puesto celosa. ¿Sería una conquista del teniente? Era una cuestión que tampoco revestía importancia en ese momento; lo único que quería era hablar con alguien sobre su hallazgo.

—¿Podrías decirle que Greta está aquí y ver si puede recibirme, por favor? —le pidió sonriéndole forzosamente.

La recepcionista tomó el intercomunicador de mala gana y le hizo saber al policía de su llegada.

—La está esperando en la oficina, señorita Lindberg —le informó mientras se volvía a colocar las gafas en su sitio. Después de que el teniente Stevic le hizo saber quién era Greta, la recepcionista contuvo su mal trato.

—Gracias. —Se alejó de la recepción a través del pasillo y buscó el nombre de Mikael en cada una de las puertas; finalmente lo halló. Se acomodó el cabello y golpeó suavemente.

—Adelante —le dijo él desde el interior.

Entró y descubrió que el teniente no estaba solo. Nina Wallström se hallaba de pie junto a la ventana. Cuando la vio entrar, giró y la saludó con una sonrisa.

—Greta, hace apenas unos minutos que tu padre se ha marchado —dijo alejándose de la ventana. La invitó a sentarse en un sofá ubicado a tan solo un par de metros del escritorio donde estaba sentado Mikael; aceptó el ofrecimiento.

—La verdad es que prefiero que él no esté —soltó Greta y sorprendió a ambos policías.

—¿Qué sucede? —él se inclinó hacia delante en la silla. Estaba intrigado por la repentina visita y, al mismo tiempo, encantado de volver a verla.

—Se trata de la muerte de Annete Nyborg.

Frunció el entrecejo. Las palabras de Greta lo sorprendieron.

—¿La muerte de Annete?

Ella asintió.

—Hemos decidido cerrar el caso, se trató solo de una muerte por causas naturales. Leí el reporte de la autopsia varias veces; nada me hizo dudar.

—Annete pudo haber sido asesinada —lo interrumpió Greta de repente.

—¿Por qué dices eso? —intervino Nina.

Miró a la sargento.

—Encontré unas cartas escondidas en su secreter. Se las escribió su amante. En la última carta, fechada unos pocos días antes de que muriera, le decía que no estaba dispuesto a perderla, que le pertenecía. Claramente, la estaba amenazando.

—Tengo entendido que la fallecida tenía un novio, pero nadie los había visto juntos en mucho tiempo —alegó Mikael. No sabía hacia dónde los estaba llevando aquella conversación.

—Sí, se llama August y desapareció de la vida de Annete hace varios meses. Él no es el autor de las cartas. Yo sé quién es —añadió mientras sacaba el papel que traía dentro del bolsillo de la chaqueta. Lo extendió y lo puso encima del escritorio.

Él lo miró, pero solo vio anotada una lista de direcciones.

—¿Qué es esto?

—Lo encontré en el despacho de Henrik Steinkjer; es la misma letra de las cartas, estoy segura. Él era su amante.

Los policías se miraron durante unos cuantos segundos después de escuchar atentamente lo que Greta acababa de contarles. Al parecer, la hija de Karl tenía su

propia teoría sobre la muerte de Annete Nyborg. Mikael no sabía qué pensar: conocía de la afición de Greta por las novelas de detectives; el propio inspector Lindberg le había comentado, en más de una ocasión, que la muchacha adoraba resolver misterios. Nina, en cambio, se mostró más abierta ante la posibilidad de que Greta tuviera razón. Le hizo señas a su compañero para que fuera con ella a un rincón de la oficina para hablar en privado. Él se puso de pie y, lánguidamente, se reunió con su colega junto a la puerta, lo suficientemente lejos como para que Greta no los oyera.

—¿Qué piensas? —quiso saber ella.

Él miró a la muchacha que seguía sentada en el sillón y movía los pies nerviosamente.

—No sé, yo mismo llevé adelante el caso: no hay dudas de que se trató de una muerte natural. Lo que ella plantea es que quizá su amante pudo asesinarla. El reporte de la autopsia fue contundente: falla cardíaca.

—Sí, pero ¿y las cartas?

—No prueban que alguien la mató —replicó el teniente tratando de ser razonable; era más que evidente que Nina se estaba dejando influenciar por las sospechas de la joven.

—Podemos hacer un cotejo entre las cartas y el papel que encontró Greta.

—No lo encontró, lo robó —la corrigió bajando considerablemente el tono de voz—. Por lo tanto, no sirve como evidencia. Ella cometió un delito al llevarse ese papel, y ambos lo sabemos.

—Sí, pero lo hizo por una buena causa. Realmente, parece convencida de que el tal Henrik tiene que ver con la muerte de Annete. Sé que cerraste el caso; sin embargo, yo podría buscar esas cartas para cotejarlas con el papel que Greta obtuvo en la casa de los Steinkjer. Sería algo extraoficial. No perdemos nada con intentarlo.

Mikael creía saber exactamente por qué su compañera se arriesgaba a apoyar la teoría de la muchacha. Buscaba ganarse su confianza, ya que no era secreto para nadie que estaba perdidamente enamorada de Karl Lindberg.

—¿Qué dices?

Tardó en responder. Estaba sopesando la situación. El caso de la muerte de la vendedora de artesanías se lo habían asignado a él y no había tenido ninguna duda cuando decidió cerrarlo. Miró a Nina y echó un rápido vistazo a Greta; esperaba no estar cometiendo un error cuando terminó por darle carta blanca a la sargento para que actuara. Ya después le explicaría al jefe por qué había cambiado de opinión. Y esperaba realmente que él lo comprendiera.

* * *

Nina salió del laboratorio forense con un sobre en la mano. Esa misma mañana había ido a visitar a Astrid Nyborg y le había pedido revisar la habitación de su hermana. La mujer, al principio, no pareció estar muy de acuerdo, pero, cuando le dijo que podía obtener una orden del juez en cuestión de horas, no tuvo otra opción y la dejó pasar. La sargento supo exactamente dónde buscar: Greta le había dicho que las cartas estaban ocultas en el último cajón del secreter, y fue allí donde las encontró. Cuando bajó a la sala le preguntó a Astrid si tenía conocimiento de que su hermana recibía cartas de un amante secreto. La mujer solo se limitó a encogerse de hombros. O no sabía mucho de la vida íntima de Annete o poco le importaba. Se llevó entonces las cartas. Lo primero que hizo apenas llegó a la comisaría fue llevárselas al forense para que hiciera una pericia caligráfica y las comparara con el papel escrito por Henrik Steinkjer.

Entró a la oficina, se dejó caer en la silla y leyó el resultado con atención. Las muestras coincidían. Henrik Steinkjer era el autor de las cartas. Sacó la que estaba fechada tan solo cuatro días antes de la muerte de la muchacha y la volvió a leer. Tenía que reconocer que la hija de Karl había hecho bien en sospechar: las palabras volcadas en aquel papel de un color amarillo oscuro hablaban de un hombre enfadado y que no estaba dispuesto a perder a la mujer que amaba. ¿Sería capaz de matar un hombre así? Ella conocía la respuesta a aquella pregunta. Por supuesto que sí. Se puso de pie y se dirigió hasta la oficina de Mikael. No le habían contado nada al inspector Lindberg aún, y era mejor así. No tenían nada en concreto para afirmar que la muerte de Annete Nyborg se hubiera tratado de un crimen. Sin embargo, confiaba en su experiencia y en la intuición de Greta.

Le comentó a Mikael las novedades, pero él no estaba muy convencido de que las sospechas de la joven los llevaran a algún lado.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le preguntó una vez que terminó de leer el resultado de la pericia caligráfica.

—Traer a Henrik Steinkjer para interrogarlo.

—Si lo haces, deberemos comunicárselo a Karl —adujo el teniente con un rictus en los labios.

—Yo me encargo de hablar con él.

—¿Le dirás que Greta tiene que ver con todo esto?

—Debo hacerlo.

—Está bien. Que sea lo que Dios quiera.

Nina salió de la oficina de Stevic y se dirigió a la de Karl. Asió el pomo de la puerta. Respiró profundamente antes de entrar. A pesar de que hacía más de cinco años que trabajaba con él, no podía evitar ponerse inquieta cada vez que lo tenía cerca. Todos en la comisaría sabían de su interés por él, quien, en cambio, todavía no se había dado cuenta de cuánto le gustaba.

Pasó a la oficina. Mientras se acercaba al escritorio, pensaba en la mejor manera de contarle lo que estaba sucediendo, sobre todo porque su hija estaba involucrada.

—¿Qué deseas? —Se quitó las gafas y se masajeó las sienes. Llevaba más de una hora leyendo unos documentos y podía sentir el cansancio.

—Vengo a pedirte autorización para interrogar a Henrik Steinkjer por la muerte de Annete Nyborg.

Karl se quedó de una pieza, la contempló durante unos cuantos segundos con sus perspicaces ojos azules y se volvió a colocar las gafas.

—Creí que el caso estaba cerrado. Mikael me dijo...

—Sí, lo sé, pero han surgido nuevos indicios y podemos estar frente a un homicidio.

—¿Y Henrik Steinkjer es el principal sospechoso? —Alzó las cejas y tuvo que esperar unos cuantos segundos antes de que Nina por fin le respondiera.

La mujer asintió.

Él tamborileó los dedos sobre el escritorio, luego volvió a mirar a la sargento a los ojos.

—¿Y de dónde han surgido esos indicios? El reporte de la autopsia habla de muerte natural; los peritos que investigaron la escena del crimen no hallaron nada que haga suponer que alguien entró y mató a la muchacha. No forzaron la entrada; la habitación donde fue hallada se encontraba en orden. Solo el teléfono estaba en el suelo, pero se confirmó que se le cayó a la fallecida cuando trató de pedir ayuda.

—Se hallaron unas cartas comprometedoras ocultas en el secreter de la muchacha.

El inspector Lindberg trató de no perder la paciencia cuando se dio cuenta de quién estaba detrás de todo aquel asunto.

—Han hablado con Greta.

Nina asintió, luego agregó:

—Ella sospecha que Annete pudo haber sido asesinada.

—¡Es increíble! ¡Les viene con una de sus tontas teorías y ustedes deciden hacerle caso! —Karl soltó una carcajada. Era inconcebible que una oficial de policía con tantos años de experiencia como Nina Wallström se hubiera dejado enredar por la inconsciente de su hija.

Ella esperaba aquella reacción, pero no le importó.

—Annete recibió una carta amenazante apenas cuatro días antes de su muerte.

—Y cuéntame, ¿cómo llegó Greta a la conclusión de que el supuesto amante era Henrik Steinkjer?

—Me dijo que lo notó demasiado afectado en el cementerio durante el funeral; también vio que él llevaba una cinta roja en la muñeca. En una de las cartas, le pedía que pusiera una cinta del mismo color en el escaparate de la tienda para que él supiera que se podían ver.

—Son solo hechos circunstanciales, y lo sabes. Eso no prueba que él era su amante —alegó el inspector poniéndose serio nuevamente.

—Te equivocas. —Hizo una pausa antes de continuar—. Greta consiguió un papel escrito por Henrik; lo mandamos a analizar y la letra concuerda. Él era, efectivamente, el amante de Annete Nyborg.

Karl trató de no perder la paciencia; apreciaba a la sargento Wallström y, además, no tenía ganas de discutir esa mañana.

—Henrik Steinkjer puede haber sido, efectivamente, su amante, pero eso no demuestra que la muchacha fuera asesinada. ¡Vamos, Nina! Sabes eso tanto como yo.

Se sentó en la silla frente a él.

—Hay algo raro en todo esto y no me baso solo en las sospechas de tu hija. Annete era una muchacha llena de vida, su hermana ignoraba que estuviera enferma. Por otro lado, está lo del embarazo. Según la última carta que recibió de su amante, ella parecía que ya no quería seguir viéndolo. Si estaba esperando un hijo suyo, ¿por qué haría eso?

—¿Insinúas que estaba embarazada de otro hombre?

—No lo sabremos hasta que hagamos una prueba de ADN —repuso Nina sabiendo lo que vendría a continuación.

—No voy a ordenar una exhumación basándome en meras conjeturas.

—No te estoy pidiendo que hagas eso, solo quiero que me dejes interrogar a Steinkjer.

Karl respiró con profundidad antes de darle una respuesta.

—¿Qué dice Mikael de todo esto?

—Él está de acuerdo.

—No sé por qué no me sorprende —dijo moviendo la cabeza hacia un lado y hacia el otro—. Está bien, puedes hacerlo, pero quiero estar al tanto de todo, ¿me oyes?

Nina sonrió.

—Gracias. Iré ahora mismo a la casa de los Steinkjer. —Se puso de pie y abandonó la oficina.

El inspector se recostó en la silla y cruzó los brazos detrás de la cabeza para estirarse. Era una vieja técnica que seguía funcionando cada vez que se sentía extenuado.

Miró la foto de su hija que tenía encima del escritorio. Si la hubiera tenido frente a él en ese momento, le habría dado un buen coscorrón.

* * *

Greta miraba el teléfono con insistencia. Desde que había hablado con Mikael y Nina, estaba esperando una llamada de su padre. Él se enteraría tarde o temprano de lo que había hecho. Tenía que enfrentarlo. Podía incluso imaginarse el sermón que le soltaría para hacerle ver que solo era una muchachita fantasiosa y ávida de encontrar un misterio que resolver fuera de las páginas de los libros que leía. Aun así, sabía que había hecho lo correcto. Jugó un rato con *Miss Marple*. Antes de irse a dormir, escucharon juntas un disco de ABBA, porque la lora había estado gritando el nombre del grupo durante el rato que duró la cena. Se llevó el teléfono a la habitación, en caso de que su padre llamase, pero, para fortuna de Greta, nunca llamó.

La buena suerte se le acabó a la mañana siguiente. Unos fuertes golpes la despertaron. Greta se puso rápidamente una bata y le abrió la puerta a Karl antes de que la tirara abajo.

—Buenos días, papá —lo saludó Greta con un beso en la mejilla. Notó de inmediato la frialdad en su mirada. Como había supuesto, su padre estaba enfadado.

Él entró a la casa, le echó un rápido vistazo a *Miss Marple*, que, al notar su presencia, comenzó a balancearse dentro de la jaula. Giró sobre los talones para mirar a su hija a los ojos.

—Sabía que esa locura tuya por los libros de misterio algún día me traería dolores de cabeza.

—La muerte de Annete nada tiene que ver con las novelas de misterio que leo —le aclaró cruzándose de brazos.

—¿No? A mí me parece que sí. Es gracias a esas historias que ahora ves muertes dudosas donde no las hay. Si te interesa tanto resolver casos, ¿por qué demonios no entraste a la Escuela de Policía entonces?

Sabía que el sermón de su padre tomaría aquel rumbo. Aún le reprochaba que no hubiera seguido sus pasos. No pensaba olvidarse del asunto, a pesar de que hacía rato que ella había decidido que no corría por sus venas el deseo de convertirse en policía.

—Sabes muy bien que mi vocación era la literatura y creí que lo habías aceptado.

—Lo acepté porque no tenía más remedio, hija, pero nunca me resigné —confesó y agachó los hombros.

Ella no dijo nada; el silencio entre ambos se volvió abrumador. De repente, tuvo la necesidad de acercarse a su padre, de darle un abrazo. Avanzó unos pasos, para luego toparse con la profunda mirada de Karl. Se paró frente a él y le posó las manos en los brazos.

—Papá, sé que quizá no soy la hija que deseabas tener.

Él negó con la cabeza.

—Déjame continuar. —Respiró hondamente—. Desde que tengo uso de razón, te he admirado. Sé que eres un policía maravilloso y que te mereces cada una de las condecoraciones que te has ganado en todos estos años. Conozco de tu sacrificio, de las largas horas que pasabas fuera de casa o de las noches en las que tenías que salir y dejarnos solas a mamá y a mí. Pero también fui testigo de las infinitas esperas, de las lágrimas de mamá cuando no aparecías y del miedo a que alguien llamara a nuestra puerta para decirnos que te habían herido o algo peor. Yo no deseaba esa vida para mí, no quería que nadie esperase mi llegada con angustia e incertidumbre, ¿puedes comprenderlo?

Asintió. Sus ojos azules estaban húmedos. Asió a su hija de la barbilla y le dijo:

—Cariño, no voy a negar que me decepcioné y mucho cuando supe que no seguirías con la tradición de los Lindberg, pero eso no quiere decir que no me sienta orgulloso de ti. Eres la mejor hija que un padre puede desear.

Greta reprimió las ganas de llorar y se arrojó a sus brazos.

—Perdóname, papá, ya sabes cómo soy...

—¡Vaya que si lo sé! ¡Tremendo revuelo has armado en la comisaría!

La tensión había dado paso a la calma. Cuando se separaron, ambos se echaron a reír.

—¡Comida, comida, comida!

—Parece que *Miss Marple* tiene hambre —comentó Karl acercándose a la jaula.

—¿Podrías alimentarla tú? Yo aún debo ducharme y desayunar antes de abrir la librería.

—No te preocupes, yo me encargo.

—¡No la consientas demasiado! —le gritó desde la habitación.

Él tomó un par de frutas y las cortó en pequeños trozos. Luego sacó unas cuantas pepitas de girasol del bolsillo de la camisa y se las dio una a una a *Miss Marple*. Siempre las llevaba encima porque sabía que eran uno de los alimentos favoritos del ave. Después quiso que comiera la fruta, pero la lora seguía pidiéndole más pepitas.

—No tengo más; además, si Greta se entera, me mata.

—¡Greta, Greta, Greta! —chilló la lora cuando escuchó el nombre de su dueña.

Karl se llevó un dedo a la boca y le hizo señas de que se callara, pero *Miss Marple* no lo obedeció.

CAPÍTULO 8

Nina observaba al hombre sentado al otro lado del cristal.
—¿Prefieres que lo haga yo? —preguntó.

—No, déjame a mí.

Mikael entró en la sala de interrogatorios y se sentó frente a Steinkjer. Dejó la carpeta que traía sobre de la mesa. Cruzó una pierna encima de la otra. Encendió la grabadora y se acomodó en su silla.

—Son las diez y cuarenta y cuatro. Es el teniente Mikael Stevic interrogando a Henrik Steinkjer.

Después del enunciado protocolar que debían seguir en cada uno de los interrogatorios se hizo un largo silencio.

—No entiendo qué hago aquí. Yo no tengo nada que ver con la muerte de esa muchacha. —Fueron las primeras palabras que salieron de la boca del empresario de bienes raíces.

—No está bien que comience mintiendo, Henrik —le advirtió Mikael y abrió la carpeta delante de sus ojos—. ¿La reconoce?

El hombre ni siquiera se atrevió a mirar el papel que el teniente había separado de los demás documentos. Era la última carta que le había escrito a Annete.

—Hemos leído las dos cartas anteriores, pero esta en particular llamó nuestra atención. —Tomó el papel y comenzó a leer—. «Annete, estuve esperándote en el hotel y nunca llegaste. Te he llamado una docena de veces y no respondes al maldito teléfono. No voy a permitir que juegues conmigo ni que me dejes. Si no veo la cinta roja esta tarde... Te vas a arrepentir».

El indagado alzó la vista: primero, miró al teniente; después, sus ojos castaños se posaron en la carta que él mismo había escrito.

—Yo... yo no la lastimé, jamás le habría hecho daño.

—Por el tono de la última carta que le mandó, se podría pensar todo lo contrario. Lo negó enérgicamente con la cabeza.

—No, usted no entiende. Estaba enfadado, lo reconozco, pero yo la amaba.

—¿Por qué se enojó con ella?

—Porque no asistió a nuestra cita de los martes. —Hizo una pausa y juntó las manos encima de la mesa—. Nos encontrábamos todos los martes en el mismo hotel, desde hacía casi cuatro meses. Sin embargo, la última vez que nos vimos, la noté extraña.

—¿Cuándo fue eso?

—Cinco días antes de su muerte; no atendía mis llamadas y, cuando iba a verla a su casa, ni siquiera me permitía entrar. Por eso le escribí esa carta: necesitaba una explicación, saber por qué me estaba apartando de su lado. Pero yo no le hice nada, la amaba demasiado como para lastimarla. —Hurgó en el bolsillo de la chaqueta y sacó un pañuelo para secarse las lágrimas.

Mikael había visto llorar a muchos sujetos en los años que llevaba como policía, pero no podía descifrar si el que tenía enfrente estaba realmente afligido o, simplemente, fingiendo. Tenía un as debajo de la manga y pensaba usarlo para salir de dudas.

—¿Era usted el padre del hijo que estaba esperando Annete?

El rostro desencajado de Steinkjer le demostró a Mikael que no sabía nada del embarazo de su amante.

—¿Estaba esperando un hijo?

—Así es.

—Yo nunca lo supe. —Se puso de pie de repente y caminó hacia el enorme espejo que colgaba de uno de los muros. Mikael lo observó con atención. Era evidente que había perdido peso, el pantalón que llevaba le sobraba por todas partes. A la palidez del rostro, se sumaban unas enormes ojeras que le daban el aspecto de un hombre cansado. Parecía más viejo de lo que en realidad era.

—No ha respondido a mi pregunta todavía. ¿Es o no el padre de ese niño?

El hombre se volteó y lo miró directamente a los ojos.

—¿Cuánto tiempo de embarazo tenía?

—Poco más de doce semanas.

El semblante de Henrik se entristeció aún más.

—Sí, el niño podría ser mío.

—¿Podría? ¿No está seguro?

—No. Annete era, lo que se dice, un espíritu libre. Cuando comenzamos a salir,

fue muy clara conmigo: ella no quería ataduras ni compromisos; por eso solía meterse con hombres casados que no le exigieran nada y que cumplieran todos sus caprichos.

—¿Sabe si se veía con alguien más mientras salía con usted?

—Lo ignoro.

El teniente notó cierta frialdad en la respuesta; ya no quedaba nada del amante desconsolado de minutos atrás.

—¿Qué me dice de su esposa? ¿Pudo enterarse del romance con Annete?

Steinkjer volvió a sentarse en la silla.

—No, ella no lo sabía. —Se detuvo cuando se dio cuenta de lo que el policía estaba insinuando—. ¿Acaso piensa que ella tiene que ver con su muerte? Fue precisamente Selma quien me contó que Annete había muerto por problemas cardíacos. Se enteró en el Club de Lectura al que asiste todas las semanas. Si su muerte fue accidental, ¿por qué están haciendo tantas preguntas?

—Porque contamos con fuertes indicios que apuntan hacia un crimen. Usted era su amante y, por si fuera poco, la amenazó solo cuatro días antes de su muerte.

—¡Pero yo no la maté!

—No se altere —le pidió—. Tal vez, usted no lo hizo, pero debemos considerar todas las posibilidades. ¿Está seguro de que su esposa nunca se enteró de su relación con la vendedora de artesanías?

—Annete y yo éramos muy cuidadosos. Nos veíamos en un hotel fuera de la ciudad. No me gustó mucho, cuando supe que se había inscripto al mismo Club de Lectura al que asistía mi esposa, pero no pude evitarlo. Como le dije, era una mujer que siempre se salía con la suya, nada la detenía.

—Alguien lo hizo, y terminó muerta —sentenció Mikael.

Henrik asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Muy bien, puede retirarse. Le aconsejo que no salga de Mora en caso de que necesitemos volver a interrogarlo.

—Entiendo. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Estaba por apagar la grabadora, pero se abstuvo.

—Adelante.

—Si dice que Annete fue asesinada, ¿cómo fue que la mataron?

—Eso no voy a discutirlo con usted —respondió Stevic levantándose de la silla—. Son las once y ocho minutos, y acaba de finalizar el interrogatorio a Henrik Steinkjer —dijo a la grabadora antes de apagarla.

Cuando abandonó la sala, el sargento le salió al paso.

—Tiene razón. Si, como sospechamos, la muchacha fue asesinada: ¿cómo la mataron? La autopsia no reveló nada.

—No lo sé —respondió rascándose la cabeza—. Henrik parece el sospechoso perfecto, pero dudo de que haya sido él.

Nina concordó con Mikael; sin embargo, el nombre de Selma comenzó a darle vueltas en la cabeza. Quizá era hora de hacerle una visita a Greta; ella conocía tanto a la enfermera como a la víctima. Además, había confiado en su intuición desde el primer momento. Se acercaría esa misma tarde a la librería y hablaría con ella.

* * *

Cerca de las siete se desató una intensa nevada, y hubo poco movimiento en la librería. Por eso, Greta decidió cerrar media hora antes. Se acercó hasta la puerta y casi le da un síncope cuando vio a Lasse del otro lado. Le abrió y lo invitó a pasar.

—Voy a cerrar, ¿quieres subir y tomar algo conmigo?

El muchacho asintió mientras se sacudía la nieve del cabello y del abrigo.

Subieron al apartamento en donde Greta puso a calentar el agua. Mientras preparaba el café, observaba de reojo cómo su primo se entretenía con *Miss Marple*. Siempre había sido extremadamente callado, pero parecía que, desde la muerte de la vendedora de artesanías, lo era aun más.

—¿Te apetecen unos bollos de aceite? No son como los que hace tu mamá, aunque no están nada mal. —Los había comprado en el supermercado, pero él no tenía por qué saberlo.

—Bueno.

Sirvió el café junto a unos cuantos bollos en una bandeja.

—Ven, vamos a la sala.

Lasse se sentó a su lado.

Greta bebió un poco de café y lo miró. No recordaba su edad, aunque no debía de tener más de veintidós años.

—¿Cómo estás llevando la muerte de Annete?

Él tomó un bollo y le dio un mordisco.

—La extraño; no es lo mismo ahora que ella no está. Su hermana... Bueno, la pobre trata de sacar la tienda adelante, pero no entiende mucho del negocio y me pide ayuda a mí para todo.

—Es bueno que puedas darle una mano. Seguramente, no es sencillo para ella ocupar el lugar de su hermana. Por suerte, cuenta contigo —dijo con una sonrisa.

Él solo asintió con un leve movimiento de cabeza.

Tenía la sensación de que el muchacho quería decirle algo, pero no se animaba.

—¿Cómo están tus papás? Supongo que tía Ebba aún está esperando que vaya a visitarla.

—Sí, siempre está hablando de ti.

—Dile que pasaré a verla el domingo, será después de ir a misa. Britta, una de las asistentes al Club de Lectura, está casada con el reverendo Erikssen y me ha estado insistiendo para que vaya a un oficio religioso. Creo que ya no puedo seguir escapando; sabes que nunca he sido muy devota que digamos, pero haré el esfuerzo. Además, la iglesia donde su esposo oficia misa está a tan solo dos cuadras de aquí.

Greta seguía hablando, aunque percibió, de inmediato, que el muchacho apenas le prestaba atención.

—¿Sucede algo?

Lasse dejó el bollo de aceite a medio comer encima de una servilleta y comenzó a jugar con los dedos. Ella lo observó con atención: estaba sumamente inquieto y, si había ido hasta allí, era porque necesitaba hablar con alguien.

—Se trata de Annete —dijo de repente.

Ella se apuró a terminar el café y luego subió una pierna encima del sillón.

—Te escucho.

Lasse alzó la cabeza y la miró fijo con sus enormes ojos verdes, tan parecidos a los de su tío Pontus.

—No creo que haya muerto por culpa del corazón. Yo convivía con ella a diario. Nunca se quejó de ningún malestar. Hacía una vida sana, no fumaba y bebía solo en reuniones sociales.

—Sabes, yo tampoco estoy convencida de que haya muerto por causas naturales.

—¿De verdad?

Greta asintió con la cabeza.

—He descu..., bueno la policía ha descubierto que Annete tenía un amante.

Él guardó silencio durante unos segundos. Por la expresión del rostro, era evidente que a su primo la noticia no lo tomaba desprevenido.

—Un hombre casado.

—Sí, sé perfectamente quién es. Ella dejaba una cinta roja en el escaparate de la tienda para avisarle que se verían en el lugar de siempre.

Se sorprendió de que su primo supiera tanto. También notó cierto rencor en su mirada; entonces, una sospecha se instaló en su mente: Lasse estaba interesado en Annete.

—¿Sabes si ella pensaba dejarlo? —Aprovecharía la relación cercana que el muchacho había tenido con la vendedora de artesanías, quizá conseguiría un poco de

información extra.

—No lo sé. Supongo que, después de la visita del otro día, ya no tenía muchas ganas de seguir con él.

—¿Visita? ¿A quién te refieres?

—La esposa de Henrik se apareció en la tienda una tarde. Estaba fuera de sí y casi golpea a Annete.

Greta frunció el entrecejo.

—¿Cuándo fue eso? ¿Lo recuerdas?

—Un par de días antes de que ella muriera.

—¿Qué se dijeron?

Lasse miró a su prima: parecía estar más que interesada en conocer los pormenores de aquel hecho que aún conservaba fresco en la memoria.

—La mujer le reclamó que se hubiera metido con su esposo. Mencionó que había hallado una carta entre las cosas de Henrik, que un día lo siguió y vio cómo ambos entraban en un hotel fuera de la ciudad.

—¿Qué dijo Annete? ¿Lo negó?

—No, era inútil hacerlo: la mujer los había visto entrando a un hotel con sus propios ojos.

—Comprendo. ¿Qué sucedió luego?

—Selma le exigió que se alejara de su esposo. Le dijo que se iba a arrepentir si no lo hacía. Pero solo vio cómo la otra se le reía en la cara. Fue entonces cuando se le acercó y la sujetó con fuerza de la muñeca. Creo que Annete se asustó.

—¿Dónde estabas tú mientras ocurría todo eso?

—En la parte trasera de la tienda, espiando. Cuando vi que aquella mujer se había puesto violenta, salí de mi escondite para que se detuviera —explicó conmovido mientras continuaba con el relato—. Selma se sorprendió de verme allí y se marchó inmediatamente.

Greta tenía que convencer a Lasse de que hablara con la policía: no era un hecho menor que la enfermera también hubiera amenazado a Annete un par de días antes de su muerte.

—Creo que la policía debe saber esto que acabas de contarme.

Él la miró asustado.

—¿La policía?

—Puedes hablar con papá si lo prefieres —le dijo para tranquilizarlo.

Asintió y terminó de comer el bollo de aceite que había dejado por la mitad. Greta tuvo la sensación de que su primo se había quitado un gran peso de encima después de haberle contado lo que había visto en la tienda entre ambas mujeres.

Veinte minutos después, lo despidió no sin antes recordarle que fuese a la comisaría al día siguiente para contarle a Karl lo que le había relatado a ella misma. Acababa de cerrar la puerta, cuando escuchó el ruido de un auto detenerse frente a la librería. Observó a través de la mirilla: era un sedán color verde que veía por primera vez. Una mujer enfundada en un grueso abrigo se bajó de él. Reconoció a Nina Wallström de inmediato. Abrió la puerta cuando la vio subir la escalera lateral.

La mujer alzó la cabeza y le sonrió.

—Buenas noches, Greta; espero no llegar en un mal momento.

La observó: Nina tenía la nariz y las mejillas coloradas por efecto de las bajas temperaturas. Había perdido un poco de su encanto natural, pero seguía siendo una mujer muy bella. Le resultaba difícil creer que su padre no le hiciera caso. La invitó a entrar cuando se dio cuenta de que la mujer policía se estaba congelando allí afuera.

—Me sorprende tu visita —le dijo yendo hacia la sala—. Siéntate, prepararé un poco más de café.

La sargento observó las dos tazas encima de la mesita y una bandeja con bollos de aceite.

—Mi primo Lasse acaba de irse —le informó Greta desde la cocina.

Nina se desabrochó el abrigo y se quitó la gorra de piel. Allí dentro la temperatura era más que agradable, sobre todo para ella que siempre había sido bastante friolenta.

La joven regresó con dos tazas de café y revisó que hubieran quedado algunos bollos. Le ofreció uno, pero la mujer solo aceptó beberse el café.

—Le aconsejé a mi primo que hable con mi padre cuanto antes.

La policía miró por encima de la taza humeante y le preguntó:

—¿Por qué?

—Presenció una fuerte discusión entre Annete y Selma un par de días antes de su muerte. Al parecer, la enfermera se enteró de la infidelidad de su esposo y fue a reclamarle; Lasse me dijo que incluso estuvo a punto de golpearla.

Nina se quedó pensativa durante unos segundos.

—Interesante, sin dudas. Yo venía precisamente a preguntarte por la esposa de Henrik Steinkjer, en vistas de que la mujer asiste al Club de Lectura. Esta tarde lo interrogamos a él y no tuvo más remedio que confesar que tenía un romance con Annete. Obviamente, negó tener algo que ver con su muerte, y, la verdad, no lo creo capaz de haberlo hecho.

—¿Dijo si su mujer sabía del romance? —preguntó Greta con interés.

—Él insistió en que ella lo ignoraba, pero ahora sabemos que no era así. Inclusive el propio Henrik desconocía el hecho de que Annete estuviera embarazada —repuso Nina mientras dejaba la taza encima de la mesita.

—¿Es posible que él no fuera el padre de ese niño?

—Dijo que Annete era una mujer bastante liberal y despreocupada. También dejó entrever la posibilidad de que ella se estuviera viendo con otro hombre. ¿Tú no sabes nada al respecto? La veías, al menos, una vez por semana en el Club de Lectura.

No supo por qué, en ese momento, pensó en su primo Lasse. Acababa de descubrir que la vendedora de artesanías le gustaba, pero no lo creía capaz de enredarse con tantos requerimientos. Sospechaba que lo que sentía por ella era solo una fuerte atracción. La muchacha había sido hermosa y seductora: seguramente, para un joven como él, tímido y algo apocado, no le sería difícil sentirse atraído por una mujer así.

—En realidad, no conocía demasiado a Annete. Mi amiga Hanna me comentó que hace un tiempo ella y su novio habían ido a su estudio para tomarse unas fotos y que, cuando ella pasó a retirarlas, le dijo que él se había largado. Esto fue hace como cinco meses, lo que lo descarta como el padre de esa criatura. —Hizo una pausa y respiró hondamente—. Lo que sí era moneda corriente entre las demás integrantes del Club de Lectura eran los chismes. Me temo que Annete era la principal víctima. Se rumoreaba que salía con un hombre casado que le cumplía todos sus caprichos. Yo misma la he visto lucir con orgullo joyas caras y ropa de diseño exclusivo.

—¿Selma también formaba parte de esos rumores? —quiso saber Nina.

—No lo sé, supongo que sí. No tengo que decirte lo rápido que se esparcen los chismes en una ciudad pequeña como esta. Yo trataba de ignorarlos, pero, aunque no quieras, terminas enterándote de todos modos. Más allá de las habladurías, Selma, según me contó Lasse, había encontrado una de las cartas que Henrik le escribía a Annete y lo siguió al hotel donde se encontraban. Así descubrió la verdad.

—Después de que tu primo se presente y preste su declaración, podremos interrogarla. Selma tenía una razón muy poderosa para querer lastimar a Annete, aunque si, como sospechamos, estamos ante la posibilidad de un homicidio, no sabemos aún qué la mató.

—¿No sería posible hacer una segunda autopsia?

—Tu padre no está muy convencido de ordenar una exhumación aún. Esperemos que la declaración de la señora Steinkjer termine de persuadirlo.

—Papá siempre ha sido de la vieja escuela —comentó Greta sonriendo—. Él necesita tener las evidencias delante de las narices para actuar en consecuencia.

—Lo sé. Llevo trabajando a su lado más de cinco años, conozco sus manías y sus defectos, pero también admiro su temple y su profesionalidad. —Se detuvo de repente cuando se dio cuenta de que la conversación estaba tomando otro rumbo.

La sonrisa se borró del rostro de la más joven.

—Papá tiene una carrera intachable y se ha ganado a pulso el respeto y la admiración de sus colegas —manifestó con orgullo.

Nina asintió. Luego se hizo un silencio más que incómodo entre ambas. Por fortuna, *Miss Marple* empezó con su parloteo y le dio la excusa perfecta a Greta para ponerse de pie y alejarse de la sargento.

—Creo que será mejor que me marche —dijo la sargento poniéndose de pie también.

—*Miss Marple* a veces se vuelve demasiado demandante —le explicó Greta mientras sacaba a la lora fuera de la jaula para posarla encima de su hombro.

La mayor de las dos se acercó.

—Es muy bonita. ¿Cuánto hace que la tienes?

—Se cumplirán diez años en julio. Me la regaló papá después de la muerte de mi madre.

—La debes de querer mucho entonces.

—Sí, es muy especial para mí, llegó en un momento muy triste de mi vida.

Nina sonrió comprensivamente y se abstuvo de tocar a la lora que no dejaba de tironearle el cabello a Greta.

—Me marchó; muchas gracias por el café, estaba delicioso.

—No fue nada. —Greta habría querido decirle que le agradecía que viniese a comentarle las novedades del caso, pero la sola mención de su madre había impedido que lo hiciera, sobre todo cuando sabía que Nina estaba interesada en Karl.

Cuando se quedó sola, se dejó caer en el sillón y puso a la lora encima de uno de los cojines.

—¿Qué crees, cariño? ¿Hago mal en no querer que papá conozca a otra mujer?

Miss Marple no le prestó atención, estaba más que entretenida acicalándose el plumaje de las alas.

Ella dejó que un profundo suspiro se escapara de sus labios. No conseguía nada en desahogarse con su lora, lo mejor sería que hablara de aquel asunto con una amiga de carne y hueso. Tomó el teléfono y marcó el número de Hanna.

CAPÍTULO 9

Cuando Nina se presentó en la propiedad de los Steinkjer, se encontró con la novedad de que Selma estaba fuera de la ciudad visitando a su madre y no regresaba hasta el lunes. Le molestaba perder tiempo valioso en la investigación. Se lo comentó a Mikael, pero no había más remedio que aguardar el retorno de la enfermera. Mientras tanto, decidieron indagar más sobre el exnovio de Annete. Solo sabían que se llamaba August, pero Nina recordó que Greta le había dicho que su amiga Hanna le había tomado una foto antes de que el joven desapareciera. Esperaban que la fotógrafa aún conservase el negativo. Por eso, a media mañana, ambos policías decidieron hacerle una visita.

Llegaron al estudio de fotografía en el momento en que la fotógrafa estaba revelando unas copias en el cuarto oscuro. En la era de la fotografía digital, ella prefería seguir trabajando a la vieja usanza. Cuando salió, se sorprendió de verlos.

—Buenos días, Hanna. No sé si me recuerdas, soy la sargento Nina Wallström y él es el teniente Mikael Stevic —dijo señalando a su compañero.

—Sí, creo que coincidimos en la fiesta de reinauguración de Némesis —respondió.

Ambos asintieron.

—¿Podríamos hacerte unas preguntas? —Esta vez fue Mikael quien habló.

Ella lo observó durante un instante. Recordó que Greta se lo había mencionado en una ocasión, pero su amiga había olvidado decirle lo guapo que era.

—Ustedes dirán en qué puedo servirles.

Él se llevó una mano a la cintura. Cuando su chaqueta se movió, Hanna pudo distinguir la placa y el arma reglamentaria. Aquellos dos objetos solo lo volvían más atractivo.

—Tenemos entendido que hace unos meses les tomaste una fotografía a Annete y a su antiguo novio.

Ella asintió.

—¿Sería posible obtener los negativos de esa foto? —preguntó Nina que se dio cuenta de inmediato de que su compañero había causado una muy buena impresión en la fotógrafa.

—Por supuesto, los guardo por un período de un año antes de deshacerme de ellos —les explicó dirigiéndose a un archivero ubicado detrás del escritorio. Hurgó entre una enorme cantidad de sobres y sacó uno de ellos—. Aquí está. Puedo hacerles una copia, si lo desean —se ofreció.

—No hace falta —respondió Nina tomando el sobre—. Nuestros técnicos forenses se encargarán de hacerlo.

—¿Tuvo la oportunidad de conocer al muchacho?

Miró a Nina y negó con la cabeza.

—Solo lo vi en esa ocasión; por lo que pude enterarme, no vivía aquí sino en un pueblo cercano. Annete me dijo que venía a verla los fines de semana.

—¿No recuerda de dónde era? —Mikael insistió en saber, porque, basado en su experiencia, muchas veces la gente recordaba cosas que ni siquiera registraban conscientemente, pero que salían a la luz cuando se los interrogaba minuciosamente.

—Lo lamento, no. Como les dije, lo vi solo esa vez y lo único que sé es que se llamaba August.

—Está bien, muchas gracias por la colaboración. —El teniente no pudo evitar sentirse decepcionado ante su respuesta.

—Ha sido un placer colaborar con la policía. Greta me comentó que es muy probable que Annete haya sido asesinada —comentó Hanna mirando exclusivamente al hombre, olvidándose por un segundo de su compañera.

—Así es —terció Nina con una sonrisa disimulada mientras era testigo de cómo la fotógrafa se devoraba a Mikael con la mirada.

—Ya saben dónde encontrarme en caso de que necesiten algo de mí.

—Se lo agradecemos, señorita Windfel —dijo él devolviéndole la sonrisa a la rubia fotógrafa.

Se marcharon. Apenas salieron del estudio, Nina tosió con fuerza y miró de soslayo a su compañero.

—¿Qué? —preguntó al tiempo que se subía el cuello de la chaqueta para protegerse del frío.

—Nada, es que los hombres nunca terminan de sorprenderme.

—No sé a qué te refieres —respondió haciéndose el desentendido.

—Esa muchacha se estaba derritiendo por ti. ¿Vas a decirme que no te has dado cuenta? —Se detuvo y lo miró a la cara.

Él se encogió de hombros sin pronunciar palabra. Por supuesto que había notado la actitud de Hanna. La fotografía era bonita, no iba negarlo, pero no era su tipo.

Se dirigieron de regreso rápidamente a la comisaría. Tenían que revelar la foto del exnovio de Annete cuanto antes para tratar de descubrir su identidad y encontrarlo.

* * *

Greta estaba nerviosa, ¿para qué negarlo? Hacía mucho tiempo que no asistía a un oficio religioso. Recordaba exactamente cuándo había sido la última vez. Antes de perder a su madre. Su muerte, tan injusta, había provocado que se replantease seriamente su fe cristiana. Había culpado a Dios por habérsela llevado tan pronto y, desde ese trágico momento, no había puesto jamás un pie dentro de la iglesia. Ni siquiera comprendía por qué había accedido a ir aquel domingo; solo se había dejado convencer por Britta. La mujer sabía usar su lengua muy bien; seguramente, debido a los años que llevaba casada con el reverendo Erikssen. Le había hablado casi hasta el hartazgo de la caridad cristiana, del perdón de los pecados y de todas esas cosas que ella solo recordaba vagamente. Sospechaba que la verdadera intención de la esposa del pastor era acercarla nuevamente a la fe. Tal vez, veía en ella a una oveja descarriada que lo único que necesitaba era un empujoncito para regresar al buen camino.

Terminó de arreglarse y apartó de su mente las razones por las cuales estaba haciendo lo que estaba a punto de hacer. Ya no había marcha atrás, era tarde para arrepentirse. Además, estaba segura de que la mujer la habría buscado por cielo y tierra hasta llevarla con ella. Se había puesto una falda bastante discreta encima de unas calzas negras de lana que le servían perfectamente para paliar el frío. Estrenó un par de botas nuevas, se puso un abrigo de tela polar y un gorro haciendo juego.

Salió de su casa y vio a Britta que la esperaba al otro lado de la calle. La mujer la saludaba agitando la mano. Greta se dirigió hacia ella caminando pesadamente. Había estado nevando casi toda la noche del sábado, por lo que tenía que hacerlo con cuidado, aunque creía que la verdadera razón para no apresurar el paso era para retrasar su entrada a la iglesia lo más que se pudiera.

Para fortuna o desgracia, la iglesia donde ejercía el reverendo Erikssen estaba a tan solo dos calles de la librería.

Britta la recibió con una gran sonrisa en los labios.

—Pensé que no vendrías —comentó.

—Me retrasé solo un poco.

—No importa. —Miró el reloj que llevaba colgando en su cuello junto a una delicada cruz plateada—. Es temprano, Ville inicia la ceremonia puntualmente a las nueve desde hace más de veinte años.

—¿Siempre lo ha hecho en esta iglesia? —preguntó. Si no recordaba mal, el reverendo Ville Erikssen ya estaba cuando ella trabaja con los Hallman.

—Cuando yo llegué a Mora, hace más de veinticinco años atrás, él ya impartía misa aquí —le contó Britta con cierto aire de reminiscencia.

—Creí que usted era originaria de Mora.

—No, querida, me mudé siendo muy jovencita. En seguida conocí a Ville, y, seis meses después, estábamos casados.

Greta sonrió. Le costaba imaginarse a Britta como una jovencita apasionadamente enamorada o con unos cuantos años menos. Si bien no debía de tener más de cuarenta y cinco, aparentaba más edad. Era una mujer de buen porte, pero el poco encanto que tenía se desvanecía cuando se vestía con ropa sobria y de colores un tanto oscuros.

Cruzaron la avenida. La iglesia era un imponente edificio que mezclaba un estilo clásico con uno más moderno. Tenía los muros pintados de blanco y una torre cubierta de ladrillos de, al menos, diez metros de altura con un reloj antiguo en la cúspide.

Apenas entraron, la música que salía de uno de los órganos montados en el atrio les dio la bienvenida. Greta miró a su alrededor. Había muchos fieles reunidos, entonando una canción que hablaba de la Cuaresma. Britta se acercó a ella y le dijo al oído que se acomodara donde más le gustase, ya que ella debía ubicarse cerca del altar. Se quedó sola y no supo dónde ubicarse. Si bien había muchos rostros conocidos, la mayoría clientes de la librería o vecinos, no tenía confianza con ninguno. Por lo tanto, permaneció en la última fila, donde nadie notara su presencia.

La música se detuvo, y todos se sentaron. El reverendo Erikssen se paró delante del altar y alzó sus manos al cielo para pronunciar unas palabras de bienvenida. Ella prefirió prestar atención a su atuendo. Llevaba la típica sotana oscura, con una sobrepelliz blanca de mangas muy anchas y una estola amarilla por encima.

Se aburrió de inmediato. No sabía la letra de los salmos. Ante su mutismo, una señora le alcanzó un librito azul en donde estaban registrados todos los cánticos. Ella le sonrió y lo tomó solo por pura cortesía. La verdad era que no veía la hora de marcharse de aquel lugar cuanto antes.

De sus labios escapó un suspiro de alivio, cuando la ceremonia terminó unos cuantos minutos después. Trató de escabullirse, antes de que Britta la viese pero fue

inútil. La mujer la alcanzó y, además, insistió en que conociera a su esposo. El reverendo Ville Erikssen resultó ser un hombre agradable y de sonrisa fácil. Una incipiente calvicie y una espesa barba blanca le daban el aspecto de una especie de Santa Claus con sotana. Greta se despidió de ambos con la excusa de que tenía trabajo atrasado en la librería y de que quería aprovechar el domingo para ponerse al día. Se sintió algo mal mientras se marchaba por haberles mentado. En realidad, no tenía nada que hacer. Solo pasó por su casa para buscar a *Miss Marple* y se marchó hacia la casa de su padre porque había prometido almorzar con él.

* * *

El lunes por la tarde, Selma apareció en la librería veinte minutos antes de las tres. La reunión del Club de Lectura había sido pausada nuevamente en Némesis, porque Greta les había sugerido que revisaran las cajas de libros que acababan de llegarle para elegir el próximo título a leer. Se sorprendió de verla tan temprano, pero, cuando reparó en la expresión de preocupación en su rostro, supo que algo no andaba bien.

—Selma, ¿qué ocurre? —le preguntó al mismo tiempo que la llevaba al área de lectura para que se sentara en uno de los sillones. La enfermera se había puesto pálida de repente.

—¡Esta mañana vino la policía a buscarme al hospital! ¡Todo el mundo vio cómo me iba con ellos como si fuera una delincuente! —le contó indignada.

Comprendió finalmente por qué estaba en aquel estado. Nina le había dicho que la interrogarían y, al parecer, no habían tardado mucho en hacerlo.

—Me hicieron muchas preguntas sobre Annete y mi esposo —dijo bajando la mirada—. Fue muy humillante. La policía sabía que ellos tenían un romance, también me dijeron que Annete estaba embarazada cuando murió. —Levantó la cabeza y miró a Greta—. Ese bebé puede haber sido de mi esposo. Querían saber si yo estaba enterada del embarazo, pero les dije que no. Creo que no les bastó mi palabra. Fueron muy duros conmigo.

Se compadeció de la mujer. No creía que Mikael o Nina hubiesen sido duros con ella. Era su carácter débil el que le hacía decir aquello. Se sentó a su lado y le tomó la mano.

—Me imagino cómo te sientes. Si eres inocente, debes decirle a la policía toda la verdad.

Selma se soltó de inmediato: en sus ojos había ira.

—¿Tú también dudas de que sea inocente?

—No quise decir eso. Simplemente, creo que lo mejor que puedes hacer es no callar nada. Supongo que le habrás comentado a la policía de la pelea que tuviste con Annete antes de su muerte.

—La policía ya lo sabía. Fue lo primero que me echaron en cara. Por eso, están convencidos de que tuve motivos muy fuertes para matarla —manifestó y se puso de pie. Luego, repentinamente giró y miró a Greta con sorpresa—. ¿Cómo te enteraste tú de la pelea?

Ella se dio cuenta de que quizá se había precipitado al mencionar aquel incidente, pero ya no tenía caso ocultar que lo sabía. Decidió contarle la verdad.

—Lo supe por mi primo Lasse.

—Me imaginé que ese muchacho no se iba a quedar con la boca cerrada. No me extraña para nada que te fuera con el chisme. Sé que es tu primo, Greta, pero, si él no hubiese abierto la boca, la policía no se habría enterado de la pelea, y yo me habría ahorrado un terrible disgusto.

—El hecho de que hayas peleado con ella no prueba que tengas que ver con su muerte —le dijo para tranquilizarla. La verdad era que le costaba creer que la enfermera fuese una asesina. Se necesitaba tener la sangre fría para cometer un crimen. No parecía más que una mujer dolida por el engaño de su esposo.

—La ciudad entera sabrá que Henrik me ponía los cuernos. Seré el hazmerreír de todo el mundo a partir de ahora —se lamentó.

—No pienses en ello, la gente siempre habla por hablar. Lo importante es demostrar que eres inocente.

El semblante de la mujer cambió. Una tenue sonrisa le afloró en los labios.

—¿Tú crees en mí?

Greta asintió.

—¿Por qué?

—En realidad, no lo sé. Fui la primera persona que planteó la idea de que quizá Annete no había muerto por causas naturales. Mi padre no me hizo caso. Luego me enteré, por casualidad —se encargó de remarcar la palabra «casualidad»—, de que ella tenía un amante y que ese amante era tu esposo. Él parecía el culpable perfecto, sobre todo cuando era evidente que la muchacha ya no quería saber nada con la relación.

—Pero estaba esperando un hijo de Henrik.

—No lo sabemos; él tampoco. Es probable que haya sido de otro hombre. Annete tuvo un novio hace unos meses, desapareció tras la ruptura. Aunque nunca se sabe. También cabe la posibilidad de que se hubiera metido con alguien más. —Greta no

paraba de tejer teorías y comenzaba a pensar que había algo más detrás de la muerte de Annete.

—Gracias por creer en mí.

Le tomó la mano nuevamente y le sonrió, un poco más calmada.

—No sirve que yo crea en tu inocencia. Debemos conseguir que la policía lo haga —sentenció y le apretó la mano con fuerza.

La campanilla de la puerta sonó. Anunciaba la llegada de alguna otra de las integrantes del Club. Por lo que, tanto Greta como Selma, se pusieron de pie y se dirigieron a recibirla.

La reunión transcurrió tranquilamente, pero era evidente que ya todos en Mora conocían la noticia. Las demás mujeres del Club habían pasado el tiempo mirando a la pobre Selma que había vuelto a perder el color de la cara cuando comprendió que su buen nombre estaba en boca de toda la ciudad. Algunas la observaban con un gesto de lástima; otras, en cambio, le lanzaban miradas reprobatorias, como si ella hubiese sido la culpable de que su esposo se hubiera buscado una amante.

Greta despidió a todas cerca de las cuatro y se quedó un rato conversando con Selma, gesto que, sin dudas, sorprendió a las demás, aunque a ella poco le importó. La enfermera necesitaba de una mano amiga, de alguien que creyera en su inocencia, y ella estaba dispuesta a darle ese voto de confianza.

Esa misma noche, se enteró de que la policía había decidido exhumar los restos de Annete para practicarle una segunda autopsia. Fue Nina Wallström quien la llamó para comunicárselo. Aunque le costara aceptarlo, la sargento estaba tratando de congraciarse con ella. Solo que ignoraba si lo hacía para despertar el interés de su padre o para llegar a él a través de su hija.

Aquel pensamiento le estuvo rondando en la cabeza hasta que logró, por fin, dormirse.

* * *

Una pequeña multitud se había reunido en el cementerio ese lunes por la mañana. Mikael y Nina habían sido los que llegaron en primer lugar junto con un par de oficiales. También estaban presentes algunos funcionarios enviados desde el Ministerio de Justicia para supervisar las tareas. Dos empleados de la comuna que desempeñaban sus tareas en el cementerio habían sido los encargados de hacer el trabajo sucio. Las últimas nevadas no facilitaron las cosas: encima de la tumba donde

descansaban los restos de Annete Nyborg, se habían acumulado, al menos, unos veinte centímetros de nieve. Además, hacía un frío inhumano.

Nina dejó escapar un suspiro que rápidamente se condensó en el aire. A su lado, Mikael observaba todo con atención. Entre el gorro de lana y la bufanda enroscada alrededor del cuello, su rostro era apenas visible. Sin embargo, una sonrisa le afloró en los labios cuando finalmente el féretro fue extraído del hoyo donde había sido metido días atrás. Sabía que no era suyo el mérito de haber conseguido que Karl autorizara la exhumación. Él había cerrado el caso; había confiado en los resultados de la autopsia y se había basado en las circunstancias que habían rodeado a la muerte de la vendedora de artesanías. Habían sido las sospechas de Greta las que habían desencadenado toda aquella situación. Había escuchado de labios del propio inspector Lindberg que su hija era una muchacha adicta a las novelas de detectives y dueña de una imaginación demasiado fructífera. Esos dos factores habían contribuido a que, en un principio, no hiciera caso a sus teorías. Sin embargo, rápidamente, esas teorías se convirtieron en indicios, y allí estaban: en medio del cementerio, desenterrando los restos de Annete Nyborg para comprobar si efectivamente había sido víctima de un crimen.

El féretro fue depositado de inmediato dentro de una van que pertenecía al Ministerio de Justicia y trasladado luego a la comisaría donde se le realizaría una segunda autopsia. En esta ocasión, y debido a la falta de evidencias que indicaran que la muchacha había podido ser asesinada, los forenses harían exámenes más exhaustivos. Toda la investigación era vista ahora con nuevos ojos. Ya no partían de una muerte natural, sino de un supuesto asesinato.

Nina acompañó a Mikael hasta su Volvo y ambos abandonaron el cementerio. Querían estar presentes cuando el cuerpo llegase a la comisaría. Además, esperaban que Frederic les pudiera dar una respuesta lo antes posible.

Lamentablemente, la espera sería mucho más larga de lo que pensaban. El forense les comunicó, después de examinar el cuerpo, que, al igual que la primera vez, no habían encontrado evidencia de que la joven hubiera sido asesinada. Había una esperanza aún. Frederic les dijo que había extraído unas muestras del tejido hepático para mandarlas a analizar a un laboratorio de alta complejidad en Estocolmo. Cabía la posibilidad de que la víctima hubiese sido envenenada con alguna sustancia que no se hubiera detectado en la primera autopsia. Eso sí, los resultados estarían listos recién en unos días. Mikael también le pidió al forense que extrajera una muestra de ADN del feto para poder compararla con Henrik Steinkjer y saber, finalmente, si era el padre del hijo que estaba esperando la vendedora de artesanías. En vista de que los resultados del examen toxicológico tardarían en llegar, el teniente decidió

concentrarse en investigar al exnovio de Annete, a quien parecía habérselo tragado la tierra desde el mismo momento en que había roto con ella.

Gracias a la fotografía que les había suministrado Hanna, pudieron ingresarlo a una base de datos nacional. No contaban con un apellido: solo un nombre y una imagen, pero esperaban obtener resultados pronto.

* * *

Era miércoles al mediodía. Greta estaba saliendo del supermercado cuando se topó con Pernilla Apelgren. La mujer se detuvo de inmediato cuando la reconoció debajo del enorme cuello del abrigo y la gorra con orejeras.

—Muchacha, qué bueno verte —le dijo la anciana con una sonrisa en los labios.

—Buenos días, señora Apelgren. ¿Cómo está usted? —le devolvió la sonrisa. No le costaba nada ser amable con su antigua vecina a pesar de que se estaba congelando y deseaba llegar a su casa y quedarse, al menos, diez minutos parada junto al radiador para calentarse los huesos.

—Bien, querida, bien. Supe que te está yendo de maravillas en la librería. El otro día, me encontré con tu tía Ebba y me contó que el Club de Lectura también es un éxito.

—No me puedo quejar —respondió moviendo un poco los brazos para entrar en calor. Llevaba dos bolsas cargadas, pero no iba a dejarlas en el suelo. Lo mejor sería despedirse de la señora Apelgren amablemente y escapar de allí, pero los planes de la anciana eran muy diferentes.

—Es una tragedia que una de las muchachas que asistían a tu club muriera tan joven —dijo moviendo la cabeza hacia un lado y hacia al otro—. Aunque, aquí entre nosotras, de decente, la muchacha tenía muy poco.

—¿Conocía usted a Annete, señora Apelgren?

—Oh, solo de vista. Sin embargo, una mujer tiene oídos y, aunque muchas veces no quiera prestarle atención a los chismes, termina enterándose de todos modos.

A Greta le costó simular la sonrisa cuando escuchó a la anciana referirse a ella misma en tercera persona.

—Supongo que sí.

—Sara, una amiga mía, me contó que, unos días antes de que Annete muriera, la vio en compañía de un muchacho joven. Estaban dentro de un coche y parecían discutir.

Greta frunció el ceño. ¿Un hombre joven? No podía ser Henrik Steinkjer. ¿Acaso su exnovio había regresado a Mora para verla?

—¿Y su amiga Sara reconoció al muchacho que acompañaba a Annete?

Pernilla se quedó en silencio durante unos segundos. Parecía dudar si responder a la pregunta.

—Pues, sí, lo reconoció de inmediato.

—¿Quién era?

Los labios de la anciana se curvaron en una sonrisa comprensiva.

—Era Lasse, el hijo de Ebba.

CAPÍTULO 10

Mikael le entregó el reporte forense a su jefe. —Ya no quedan dudas. Annete fue asesinada. Se hallaron restos de adenosina en las vísceras. Los del laboratorio explicaron que es una sustancia que se metaboliza rápidamente y que provoca que el corazón de una persona se detenga. Afortunadamente, aún quedaban algunos vestigios en el hígado y podemos confirmar que fue envenenada. Hay algo más: después de que llegaron los resultados del examen toxicológico, Frederic se puso a buscar marcas de pinchazos y halló uno. La muchacha tenía una punción debajo del cabello, cerca del oído derecho.

Karl miró el informe solo por encima, le bastaba la explicación que acababa de darle el teniente.

—¿Qué hay del hijo que esperaba? ¿Se obtuvo un perfil de ADN del feto?

El más joven asintió.

—Apenas me des la orden, le tomaremos una muestra a Henrik Steinkjer para hacer una comparación.

—Sí, me parece bien. Sin embargo, hay algo más importante que debemos resolver primero: lo del envenenamiento. ¿Qué más te dijo Frederic? —No tenía ganas de ponerse a leer el reporte.

El otro se sentó y cruzó las piernas.

—La adenosina es una sustancia que se usa en medicina para tratamientos cardíacos. Según me dijo, es una droga bastante peligrosa si no se suministra adecuadamente. Se utiliza en los hospitales, pero solo bajo estricta supervisión médica. La cantidad que se encontró en el cuerpo de Annete supera altamente la dosis permitida.

El inspector Lindberg se llevó una mano al mentón, los ojos azules se le habían

fijado en un punto imaginario.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Stevic.

—Selma Steinkjer es enfermera. No solo tenía fácil acceso a la droga, también tenía un motivo muy poderoso para querer asesinar a Annete Nyborg.

—Un motivo más fuerte que su esposo, probablemente —adujo Mikael siguiendo el razonamiento de Karl.

—Sí, debemos averiguar dónde estaba en el momento en que Annete fue asesinada. —Hizo una pausa—. Hay otra cosa que necesitamos confirmar. Si efectivamente ella tuvo acceso a la adenosina. Si, como dices, se usa bajo estricta vigilancia médica, quizá no esté al alcance de todos como pensamos. ¿En qué hospital trabaja?

—En el Lassarets.

—Bien, creo que será mejor que tú mismo te encargues de investigar en el hospital. Yo enviaré a Nina a interrogar a Selma.

—Perfecto, iré ahora mismo.

Karl lo observó marcharse y luego posó su mirada sobre la fotografía de su hija. No podía creer que Greta hubiese tenido razón desde el principio. Sacudió la cabeza y tomó el retrato.

«Qué buena policía hubieras resultado, hija», pensó mientras de sus labios escapaba un suspiro lastimero.

* * *

Lasse giró cuando escuchó la puerta de entrada abrirse. Aún faltaban unos minutos para cerrar. Se sorprendió al ver a su prima en la tienda de artesanías. Ella lo observó mientras él hablaba por teléfono. Se dedicó a recorrer el lugar y, de inmediato, quedó encantada con una pequeña pieza en escala de un *dalahäst*, el famoso caballito de madera pintado y tallado en un rojo intenso que se fabricaba desde hacía siglos en la vecina aldea de Nüsnas. Miró el precio y, aunque le pareció un poco caro, decidió llevarse uno. Se acercó al mostrador. Cuando terminó de hablar por teléfono, se lo dio para que lo envolviera.

—¿Cómo estás? —le preguntó, mientras él buscaba un bonito y vistoso papel para su nueva adquisición.

—Bien; la tienda no es lo mismo sin Annete, pero, al menos, me mantengo ocupado. —Apartó la vista del caballito de madera y miró disimuladamente el reloj—.

¿Ya has cerrado la librería?

—No; dejé a mi amiga Hanna a cargo. De todos modos, con este temporal de nieve no viene mucha gente a esta hora.

—Sí, tienes razón.

—¿Y Astrid no está?

—Regresó a Hagfors a cobrar un dinero que le debían en su antiguo trabajo.

—Menos mal que te tiene a ti —dijo ella con una sonrisa.

Lasse solo asintió mientras terminaba de envolver la compra.

Greta también se había quedado callada de repente, sopesando mentalmente cómo haría para preguntarle sobre el encuentro con su jefa fuera del ámbito de la tienda y en el que se los había visto en medio de una discusión.

Le entregó el paquete que ella pagó. Ya no tenía una excusa valedera para quedarse, sobre todo cuando había dejado a Hanna sola en la librería.

—Lasse, esta mañana me he enterado de algo que tiene que ver contigo y con Annete.

El muchacho se puso rígido, apartó la mirada. Greta percibió su repentino nerviosismo.

—Alguien los vio unos días antes de su muerte discutiendo en un coche, ¿eso es verdad?

—¿Quién te lo dijo? —quiso saber él mirándola nuevamente a los ojos.

—Eso no importa; pero, dime, ¿es verdad? ¿Tuvieron una discusión?

—Sí —respondió por fin.

Greta no pudo evitar angustiarse ahora que lo había confirmado.

—¿Por qué no me lo mencionaste cuando fuiste a verme y me contaste lo de Selma?

Él titubeó unos segundos antes de contestar.

—Porque no tenía importancia. Discutimos por una tontería.

—¿Una tontería? ¿Qué hacían fuera de la tienda? Creí que no se frecuentaban fuera de aquí.

—Esa tarde, Annete me llevaba de regreso a casa. Yo le pedí que se detuviera porque quería hablarle. —Hizo una pausa y respiró hondamente—. Le confesé que la quería, pero ella solo se rio en mi cara. Me dijo que nunca se fijaría en alguien como yo. Me enfurecí: nadie antes me había humillado de esa manera. Sin embargo, luego comprendí que no era su culpa si no me quería. Ella tenía razón: yo soy un don nadie y, por si fuera poco, tampoco podía brindarle la vida que ella estaba acostumbrada a vivir. No te lo conté, porque fue un momento bastante desagradable que prefiero olvidar.

Greta descubrió entonces que los sentimientos de Lasse hacia Annete eran mucho más profundos que una simple atracción. Notó también que él aún no había superado el rechazo. Ella podía comprender su dolor, pero dudaba de que la policía lo hiciera.

—No tuve nada que ver con esa muerte si es lo que estás pensando. ¡Te lo juro! —dijo al verla demasiado tiempo callada.

Ella le tocó la mano y le sonrió.

—Lo sé, no tienes que jurarlo. Pero creo que debiste mencionárselo a mi padre cuando hablaste con él. La policía puede enterarse como me enteré yo, y a tu tío no le va a gustar saber que le has mentado.

—No le menté, solo guardé silencio sobre lo sucedido esa tarde —replicó un poco más calmado.

No quería asustarlo, pero, si la discusión con Annete llegaba a oídos de la policía, su primo podía pasarla muy mal. Aun así, no se sintió con el derecho de aconsejarle que dijera toda la verdad. Él ya era mayor de edad y sabía muy bien lo que hacía. Además, estaba segura de que no tenía nada que ver con la muerte de la muchacha. Solo había sufrido un desplante. Nada más.

Se despidió no sin antes pedirle que saludara a sus tíos y primas de su parte y corrió hasta la librería. Encontró a Hanna sentada en el sillón Chesterfield leyendo una de las tantas novelas de Agatha Christie que formaban parte de su colección privada. Greta le echó un vistazo a la portada para saber de cuál se trataba. Era *El caso de los anónimos*. Se quedó contemplando a su amiga un buen rato antes de abrir la boca. Parecía estar más que concentrada, aun cuando la campanilla de la puerta había sonado al entrar ella.

Hanna levantó la vista del libro y le sonrió.

—Interesante historia —comentó dejando la novela sobre el regazo.

Greta asintió.

—Es una de sus mejores novelas. —Se acercó a su amiga y se dejó caer en el sillón de al lado—. La trama es apasionante, y *Miss Marple* resuelve dos asesinatos de manera magistral. Una de sus frases es: «La mayoría de los crímenes son tan sencillos. Y este lo era... completamente cuerdo, natural y comprensible».

—¿Cómo haces para recordar esas cosas? Yo llevo leyendo la novela desde hace más de veinte minutos. Apenas recuerdo el nombre de la víctima.

—Cuando se tiene pasión por algo, todo es mucho más sencillo.

—¿Me lo prestas? Me han entrado ganas de saber quién es el asesino.

—Por supuesto, llévatelo. Puedes quedarte con él todo el tiempo que quieras, yo ya lo leí trece veces —le dijo resuelta mientras se levantaba del sillón para dirigirse al mostrador.

La fotógrafa abrió los ojos como platos.

—¿Trece veces? ¡Ahora entiendo por qué tienes tan poca vida social!

Greta se dio vuelta y la fulminó con la mirada.

—¡No empieces con ese asunto otra vez!

—¡Está bien, está bien! —Se recostó encima del mostrador y tomó uno de los señaladores con el logo de Némesis para marcar la página donde había dejado la lectura—. A propósito, el otro día vinieron a verme dos policías. Un hombre y una mujer. La verdad es que reparé más en él que en ella —dijo soltando una risotada.

Greta fingió hacer poco caso a las palabras de su amiga, aunque podía adivinar a quién se estaba refiriendo.

—Mikael es muy apuesto, no me lo habías mencionado. Aunque creo que lo olvidaste a propósito. —Hanna miró a su amiga y estudió su reacción.

—Si mal no recuerdo, te hablé de él solo en una ocasión y no tenía sentido mencionar si era apuesto o no —retrucó creyendo que saldría airosa de aquella situación. Pero la fotógrafa no pensaba desistir.

—A mí me encantó. Me conoces y sabes que él se adapta perfectamente a mi tipo de hombre ideal: rubio, alto, ojos claros, cuerpo atlético. ¡Ah, y no puedo olvidarme de que porta una placa y un arma! Siempre me atrajeron los hombres armados.

No podía adivinar si Hanna estaba hablando en serio o solo jugando con ella. Sin embargo, en ese momento, no tenía ganas de hablar de su hombre ideal. Mucho menos, si ese hombre ideal era Mikael Stevic.

La fotógrafa percibió la inquietud en su amiga y decidió cambiar de tema.

—¿Has tenido novedades sobre la muerte de Annete?

—Papá ordenó finalmente que exhumaran los restos para practicarle una segunda autopsia. No he estado con él aún, por lo que desconozco los resultados.

—Pero, conociéndote, supongo que no tardarás en ir a verlo para saber más.

—Iré esta misma noche. Con la excusa de cenar con él, le preguntaré sobre la investigación. No lo hago solo por la vendedora de artesanías, sino también por Selma. Creo en su inocencia y temo que la policía no. Es una mujer frágil. Me atrevería a decir incluso que de muy poco carácter. Aun cuando la infidelidad de su esposo le da un motivo fuerte para haberlo hecho, no la imagino como una criminal.

—Yo tampoco creo que haya sido capaz de asesinarla. ¿Sospechas de alguien más?

Por una milésima de segundo, la imagen de su primo le vino a la mente. Aunque no creía posible que él tuviera que ver con el crimen.

—Sé que la policía está investigando a August, su exnovio —comentó Hanna.

—Nadie lo ha visto en Mora después de la ruptura con su pareja. Su paradero

actual sigue siendo un gran misterio.

—Según lo que me dijo Annete el día que fue a retirar las fotos, él fue el que la abandonó.

—Y, después de eso, se volvió invisible. Creo que el tal August se cansó de los caprichos de Annete. Quizá, no podía satisfacer sus necesidades y decidió dejarla. Sabemos que ella no tardó en encontrar una solución a sus problemas. Sedujo a Henrik Steinkjer e hizo con él lo que quiso. Luego, seguramente, encontró a otro tonto a quien engatusar y dejó a Henrik. —Se detuvo cuando se dio cuenta de que estaba hablando mal de una muerta.

—¿No se sabe aún quién es el padre del hijo que Annete estaba esperando?

—Es algo que le preguntaré a papá esta noche cuando cene con él.

* * *

Nina tuvo que llamar a la puerta de los Steinkjer más de cuatro veces antes de que le abrieran. Se preguntó por qué habían tardado tanto en responder. A través de una de las ventanas, se podía ver el reflejo de las velas encendidas. La casa parecía estar en completo silencio. Había temido que su visita fuera en vano, pero, afortunadamente, se equivocó. Fue precisamente Selma quien le abrió y la invitó a pasar. Nina percibió de inmediato que su presencia no resultaba grata. Fue conducida hasta una pequeña habitación ubicada en la antesala, a la que la luz de las velas le daba un aspecto más bien tétrico. El mobiliario consistía en un par de sillones y vitrinas antiguas de diversos tamaños desperdigadas por todo el lugar. Parecían ser piezas de colección.

—Siéntese —le indicó la mujer con frialdad.

Nina se ubicó en donde le habían señalado.

—Creí que había hablado ya con la policía, que había quedado bien en claro que el incidente con Annete no había tenido nada que ver con su posterior muerte —dijo sin mostrar un ápice de emoción, aunque Nina percibió que, por dentro, se estaba muriendo de miedo.

—Han surgido nuevas pistas y por eso he venido a verla, Selma. La segunda autopsia realizada al cuerpo de Annete comprueba que fue asesinada.

La aludida emitió un tenue gemido que la sargento alcanzó a oír.

—¿Asesinada?

—Sí, alguien le inyectó adenosina. Supongo que, al ser usted enfermera, está familiarizada con el término —comentó Nina para estudiar su reacción.

—Por supuesto, sé lo que es y para qué se usa —respondió sin darse cuenta de que, con su respuesta, solo se estaba implicando.

—Debo presumir, entonces, que la sustancia está a su alcance en su lugar de trabajo.

La señora Steinkjer se quedó en silencio.

—Dígame, Selma. ¿Dónde estaba la noche del quince de enero?

—Estaba conmigo.

Henrik apareció en ese momento. Se acercó a su esposa, se sentó a su lado y le tomó la mano con fuerza. Nina notó que la mujer había estado a punto de quebrarse, pero que la oportuna llegada de su marido lo había evitado. Parecía irreal contemplar cómo la pareja se apoyaba mutuamente. Delante de aquella escena casi perfecta, era difícil imaginar que él había engañado a su esposa con una mujer más joven. Mucho menos, que ella hubiera tenido el coraje para ir a hacerle una escena a esa amante.

La policía miró a Henrik.

—¿Está seguro?

—Por supuesto, esa noche Selma y yo cenamos temprano para poder mirar *The Killing* en el Canal 4 —le informó.

La sargento Wallström desvió la mirada a la enfermera.

—¿Usted lo confirma?

La mujer asintió con un leve movimiento de cabeza. Nina se dio cuenta de que Selma estaba bajo la influencia de su esposo. Por lo tanto, sería difícil comprobar que la coartada fuera cierta. Se estaban cubriendo uno al otro, y no había nada que pudiera hacer al respecto. Además, la ley privilegiaba la relación conyugal: la declaración de un esposo en contra del otro no serviría de nada en una corte. Sintió, en ese momento, que la investigación se estancaba en un gran bache. Esperaba que Mikael tuviera más suerte en el hospital. Quizás alguien la había visto cerca del lugar donde se guardaba la adenosina. Eso si la fortuna estaba de su lado. Igualmente, todavía le quedaba algo por hacer. Para ello agradecía la oportuna aparición de Henrik.

—Señor Steinkjer, necesito su consentimiento para tomarle una muestra de ADN.

Soltó la mano de su esposa de inmediato y se agitó.

—¿Para qué?

—Para compararla con el ADN extraído del feto. Debemos comprobar o descartar que el hijo que estaba esperando Annete fuera suyo —respondió mientras sacaba del bolsillo de su chaqueta el kit de extracción de ADN que le había entregado Frederic esa misma tarde—. Será sencillo y no le dolerá; solo tiene que abrir su boca.

Henrik se puso de pie, parecía que no estaba dispuesto a colaborar.

—Puedo hacerlo por las buenas o por las malas. Le aconsejo lo primero. No

querrá que lo lleve hasta la comisaría cuando podemos hacerlo tranquilamente aquí — le advirtió Nina quitando el hisopo de algodón del recipiente de plástico que lo contenía.

—Está bien, adelante. Haga lo que quiera.

La policía se acercó a él y le pidió que abriera la boca. Luego, le pasó el hisopo por la parte interna de las mejillas y lo guardó en su sitio.

—Muchas gracias, señor Steinkjer.

No le dijo nada, solo regresó a sentarse junto a su esposa.

—¿Hay algo más que podamos hacer por usted? —preguntó Selma entonces.

—No, gracias. Debo retirarme ahora.

—¿Cuándo, cuándo podré saber si...?

—¿Si el hijo que esperaba la señorita Nyborg era suyo? —Nina terminó la pregunta por él—. En unos días, seguramente. No se preocupe, se le notificará el resultado.

Acto seguido, se marchó de la casa de los Steinkjer con un gesto de preocupación en el semblante. No había obtenido nada relevante que permitiera avanzar en la investigación. Solo quedaba analizar el ADN de Henrik. Una pregunta le surgió entonces: ¿qué sucedía si, efectivamente, el hijo era suyo? La pista de otro posible hombre en la vida de Annete podría perder peso, y les quedaría un solo rumbo por seguir.

Selma.

Si no podían desbaratar la coartada de la enfermera, sería muy complicado resolver el caso.

CAPÍTULO 11

Greta se sorprendió esa noche, mientras cenaban, porque su padre le comentó los pormenores de la investigación por la muerte de Annete sin que ella tuviera que sonsacarle nada. No supo si aquella generosidad informativa se debía al delicioso *barsac* que le había llevado de regalo o al plato succulento de arenque fermentado —preparado por Ebba—, sin embargo, no le importó por qué él le contaba lo que quería saber, simplemente lo escuchó con atención.

—No hay pruebas firmes en contra de Selma, aunque todas las sospechas apuntan hacia ella. —Karl se metió en la boca un trozo de pescado y lo saboreó bien antes de continuar hablando—. Tiene un motivo, y ambos sabemos muy bien cuál fue. También tiene acceso a la droga con la que fue envenenada Annete. Solo nos falta saber si tuvo la oportunidad de cometer el delito. Antes de que llegaras, hablé con Nina.

Greta lo observó detenidamente cuando nombró a su compañera; no notó nada fuera de lo normal al referirse a ella. Suspiró aliviada.

—¿Qué te dijo?

—Interrogó a Selma sobre la noche en la que Annete fue asesinada. Henrik le brindó la coartada perfecta: dijo que ambos estaban juntos en casa mirando televisión.

—Y eso es muy difícil de ser comprobado o refutado —aseveró ella, quien seguía creyendo en la inocencia de Selma, a pesar de las sospechas de la policía.

—Así es; además, no sabremos los resultados del ADN realizado al feto hasta dentro de un par de días. Apuré a los del laboratorio, pero es imposible obtenerlos antes. ¿Qué piensas tú, hija? ¿Crees que Henrik es el padre de ese niño?

—Lo dudo, realmente. Si él hubiera sido el padre, ¿por qué Annete deseaba alejarse de él?

—Quizá porque Selma se había enterado del romance que tenía con su esposo y la conminó a que se alejara de él —retrucó.

—No; la carta en donde Henrik le reclamaba a Annete que ella lo estaba evadiendo fue enviada antes de que Selma visitara a Annete en la tienda —adujo Greta frunciendo el ceño—. Debería de haber algo más que hizo que Annete deseara terminar la relación con él.

Karl sonrió: era increíble la capacidad de deducción que poseía su hija. Admiraba su inteligencia, pero, sobre todo, se sentía fascinado por sus razonamientos.

—¿Qué hay del exnovio? —preguntó Greta mientras se servía otra copa de vino.

—Conseguimos una fotografía suya gracias a Hanna y la introdujimos en la base de datos nacional. Sin embargo, si el sujeto no tiene antecedentes criminales, será difícil hallar información sobre él. Solo sabemos el nombre y que vivía en una aldea vecina, nada más.

—Quizás él sea el padre del niño que Annete esperaba. Sé que se marchó mucho tiempo antes y que los cálculos no dan, pero pudo haber regresado a verla. Ese pudo haber sido el motivo que la llevó a alejarse de Henrik, tal vez querían darse una segunda oportunidad.

—Y Henrik se enteró y por eso la mató. —Karl terminó la frase. De inmediato, se dio cuenta de que su hija no pensaba lo mismo.

—Papá, sé que vas a despotricar en mi contra y a decir que estoy obnubilada por los libros, pero, si el asesino hubiera sido Henrik, ¿crees que la habría matado de esa manera? Si el móvil eran los celos, si el amante despechado no podía aceptar el hecho de que ella lo dejara por otro, habría acabado con su vida de una manera más salvaje, más cruel. Habría habido odio y pasión al momento del ataque. En cambio, no hubo nada de eso; es más, el asesino se preocupó demasiado por cubrir sus huellas y en querer hacernos creer a todos que la víctima murió por culpa de un corazón enfermo.

Karl escuchó la teoría de su hija con interés. No estaba del todo equivocada; comenzaba a creer que tenía razón.

—Si no fue ni Selma, ni Henrik; entonces ¿quién? ¿Quién tenía un motivo para matar a Annete?

Ella guardó silencio. Lamentablemente, no había pensado una hipótesis, mucho menos una respuesta a la pregunta que acababa de plantearle su padre. Solo de una cosa estaba segura: Annete no había muerto víctima de un crimen pasional. El asesino había previsto hasta el último detalle, controlando la situación desde el primer momento. No había sido un crimen improvisado fruto de un arranque de ira; en esa muerte había habido premeditación y alevosía; y, sobre todo, una mente fría y calculadora.

Dos días después, se enteró por la misma Selma de que el padre del hijo que estaba esperando Annete no era Henrik. Las muestras de ADN no coincidían. Aquel importante descubrimiento le había devuelto la sonrisa a la enfermera. Greta podía entender su alivio: ya no era la esposa-engañada-cuyo-esposo-había-embarazado-a-otra sino solamente la esposa-engañada. La etiqueta seguía siendo igual de infame. Sin embargo, al parecer, Selma estaba más tranquila. De todos modos, ese nuevo vuelco en la investigación podía perjudicar a su marido. El hecho de que la vendedora de artesanías estuviera embarazada de otro hombre le daba un motivo muy fuerte para querer matarla. Claro que esa era la teoría que barajaba la policía, no Greta. Sabía que ahora no solo vigilarían a Henrik de cerca, sino que pondrían más empeño en encontrar al exnovio de Annete para comprobar si el hijo que esperaba era de él.

* * *

El jueves, Greta decidió aprovechar las tres horas que le quedaban libres por la tarde para hacer limpieza en la casa, ya que en la librería estaba todo en orden: el balance al día, los nuevos ejemplares ubicados en los estantes y los libros que debía devolver embalados en sus cajas. Colocó un disco de ABBA en el reproductor de cd para su propia delicia y la de *Miss Marple*, a quien había sacado de la jaula a fin de que hiciera un poco de ejercicio. Se puso un pañuelo en la cabeza con que cubrirse de la suciedad. Empezó por la alcoba; corrió la cama para quitar el polvo que se había acumulado debajo y retiró las sábanas para lavarlas. Mientras tanto, la lora se mecía alegremente encima de la cómoda bailando al ritmo de *Mamma Mia*.

Salió al pasillo y arrojó las sábanas al suelo; bajaría luego y las metería dentro de la lavadora. Llenó una cubeta con agua y detergente en el baño, y se dispuso a lavar los cristales de la ventana de la habitación. En primer lugar, quitó las cortinas. Las dejó en el suelo del pasillo junto a las sábanas sucias.

Media hora después, con la música que seguía retumbando por toda la casa, la algarabía se hizo más estridente cuando empezó a sonar la canción favorita de *Miss Marple*. Greta la encontró paseándose frente al espejo que tenía en el tocador. Se tomó un respiro y, rápidamente, convirtió la escoba que sostenía en la mano en un improvisado micrófono; entonó las estrofas de *Gimme, gimme, gimme* con pasión, acompañada por la lora, que hacía las veces de coro.

De repente, antes de que la canción terminara, se escuchó un fuerte golpe. Greta se detuvo de inmediato. Quizás, había sido solo el viento, pero, cuando escuchó el

estruendo por segunda vez, se dio cuenta de que alguien estaba llamando a la puerta. Miró el reloj: apenas habían pasado quince minutos de las dos. No esperaba a nadie o, al menos, eso recordaba. No apagó el reproductor de cd, solo bajó el volumen y salió de la habitación rumbo a la sala. Antes de abrir, espió discretamente a través de la ventana que daba a la calle; vio un Volvo estacionado junto a su coche: era una unidad móvil de los que usaba la policía.

Se acercó a la puerta. La persona que estaba del otro lado golpeó una vez más. Greta sabía de quién se trataba. La verdad era que, a pesar incluso de sí misma, había estado esperando que aquella visita tuviera lugar tarde o temprano. Podía no abrir, aunque quedaría como una tonta: la música había revelado que se encontraba en casa y no tenía más remedio que atender al visitante.

Respiró y puso la mano en el pomo de la puerta. Exactamente diez segundos después, abrió y se topó con un Mikael sonriente.

—Hola, ¿he venido en un mal momento? —preguntó al contemplar su atuendo.

Greta entonces se quitó de un manotazo el pañuelo que llevaba en la cabeza y se acomodó el cabello. Debía de estar hecha un desastre. Tenía la certeza de que era por eso que él se estaba riendo.

—Estaba haciendo un poco de limpieza general.

—En muy buena compañía, por lo que puedo escuchar —comentó en alusión a la música de ABBA que seguía sonando.

—Sí. En realidad, es el grupo favorito de *Miss Marple*, y, de vez en cuando, me gusta complacerla —le explicó. Cuando se dio cuenta de que Mikael seguía en el umbral de la puerta, le hizo señas para que entrara.

—¿*Miss Marple*?

—Sí; ella adora las canciones de ABBA. Su favorita es *Gimme, gimme, gimme* —le contó Greta con una sonrisa en los labios—. Me la canta siempre que tiene hambre.

Él, curioso, miró hacia la habitación de donde salía la música. No sabía que Greta viviera con una amiga; Karl solo le había comentado que se había mudado al apartamento ubicado encima de la librería.

—¿Te gustaría conocerla?

—Sí, por supuesto —respondió un tanto confundido. Observó a Greta alejarse hacia la habitación de donde provenía la música para regresar segundos después con un ave encima del hombro.

—Mikael, te presento a *Miss Marple* —le dijo conteniendo las ganas de reírse. Era evidente que él estaba sorprendido.

—Es un periquito.

—No, no la ofendas. *Miss Marple* es una lora gris africana. Es una raza

extremadamente inteligente, capaz de imitar la voz humana de manera extraordinaria. Muchas veces, usa las palabras y sonidos en cierto contexto. Por ejemplo, si cada vez que le das de comer una banana le dices antes: «No sacudas la cabeza», ella puede decirte lo mismo a ti cuando quieras comerte una banana.

Mikael escuchó atentamente la explicación de Greta, digna de un documental del Discovery Channel y, luego, le pidió disculpas por haber llamado «periquito» a su lora gris africana.

—¿Qué dices, cariño? ¿Lo perdonamos? —le preguntó Greta, fingiendo seriedad. Luego enroscó el dedo en la pata de *Miss Marple* y la posó lentamente sobre el hombro de Mikael. Él se puso nervioso, pero, cuando el ave comenzó a jugar con el cuello de su *sweater*, se tranquilizó.

—Parece que te perdonó —dijo Greta observando complacida la escena.

—¿Y qué hay de ti? ¿Me has perdonado?

Ella tardó en responderle.

—Supongo que, si *Miss Marple*, que fue la ofendida, lo hizo, yo también debo perdonarte.

—¡Estupendo! ¿Aceptas tomar un café conmigo entonces?

Greta no supo qué decirle o qué hacer. Podía contestarle simplemente que no podía porque debía terminar con el aseo, pero no guardaba esperanzas de que Mikael se conformase con esa respuesta.

—¿Qué dices? Creo que te mereces una pausa; además, se trata solo de salir a tomar un café —insistió él mientras trataba de evitar que *Miss Marple* diera con su oreja—. No te estoy pidiendo que seas mi novia o que te cases conmigo —agregó en son de broma.

Greta tragó saliva. Él tenía razón. Después de todo, era solo eso: salir a tomar un café. No tenía nada de malo si aceptaba; sin embargo, había algo que la frenaba, que le impedía decir que sí abiertamente. Por eso, creyó que era mejor aclarar las cosas antes de que se complicaran. Podía pecar de precavida o exagerada, pero debía hacerlo.

—Mikael, quizás te va a parecer insólito lo que te voy a decir, pero quiero ser franca contigo. —Se detuvo para respirar—. En este momento de mi vida, no deseo involucrarme con nadie; la relación con Stefan fue bastante difícil, y estoy bien así como estoy.

Listo, ya lo había dicho.

Mikael le sonrió.

—Greta, no te preocupes, mi intención es solo invitarte un café. Una salida de amigos, nada más —le dijo para tranquilizarla.

Ella se mordió el labio inferior mientras seguía pensando qué hacer. Mikael parecía ser sincero y, aunque le costara reconocerlo, tenía deseos de salir y beberse un café para variar. Por primera vez, comenzaba a tomar en cuenta los consejos de Hanna. Necesitaba hacer vida social. Desde que había llegado a Mora, la librería y el Club de Lectura ocupaban todo su tiempo. Sus salidas en calidad de visita se podían contar con los dedos de la mano.

—Está bien, acepto; pero necesito cambiarme antes. ¿Puedes quedarte con *Miss Marple* mientras tanto? Si molesta, solo la llevas a la jaula que está en la cocina.

—Ve tranquila, yo me quedo con ella —le respondió mirando de reojo a *Miss Marple*, que parecía encantada con el pequeño cierre metálico de su *sweater*.

Greta corrió hasta la habitación, se frenó de golpe cuando vio la cubeta con agua junto a la ventana y la cama fuera de sitio. Mientras buscaba en el armario qué ponerse, no pudo evitar sentirse un poco culpable por dejar todo tirado. Sabía que esa noche cuando entrase a su habitación y se encontrara con aquel desastre, lo primero que haría sería arrepentirse por haber accedido a salir con Mikael. Apartó aquellos pensamientos negativos de la mente. Había decidido seguir el consejo de su amiga; por una vez en la vida, dejaría el trabajo y las preocupaciones de lado.

Todo el mundo necesita divertirse de vez en cuando, se dijo al mismo tiempo que contemplaba su atuendo en el espejo. Recogió el abrigo y el bolso, y abandonó la habitación en dirección a la sala. No encontró a Mikael allí. Fue hasta la cocina porque estaba segura de que él no había tenido más remedio que colocar de regreso a *Miss Marple* en la jaula. Sin embargo, cuando entró a la cocina, se sorprendió de verlo inclinado encima de la mesada, tratando de enseñarle su nombre a la lora.

—Mi-ka-el, repite conmigo, Mi-ka-el.

Greta se quedó observando aquella tierna y divertida escena. El ave apenas parecía prestarle atención ahora; solo caminaba de un lado al otro de la mesada sin pronunciar palabra alguna.

Él se dio vuelta cuando se dio cuenta de que ya no estaba solo.

—Estaba intentando enseñarle a decir mi nombre —dijo un tanto desilusionado—, pero parece que no tiene interés en aprenderlo.

—No es eso, debes darle tiempo. Apenas te conoce —le explicó comprensivamente.

Mikael saludó por última vez a *Miss Marple*. Observó atentamente a Greta que la metió en la jaula y le dio una almendra.

—Regreso en un rato, cariño. —Se volteó y, con una sonrisa en los labios, preguntó a Mikael—. ¿Nos vamos?

El lugar elegido por el teniente Stevic para llevarla fue el coqueto resto-bar Lilla

Krogen. Ella se sorprendió cuando vio que él estacionaba el Volvo frente al distinguido local. Sabía de sobra que, si uno no tenía reserva, era muy difícil conseguir una mesa. Lo miró de soslayo y, luego, se atrevió a preguntarle:

—¿El Lilla Krogen? Será imposible encontrar una mesa.

—No te preocupes, la nuestra está reservada —le soltó con el rostro impassible.

Greta abrió la boca, estaba atónita. Al parecer, él estaba más que confiado de que ella aceptaría su invitación a salir.

Él prefirió sonreír y no decir nada.

Cerca de las dos y media, ingresaron al lugar. Como era de preverse, estaba lleno. Había desde adolescentes inquietos amontonados en las mesas más alejadas, hasta parejas de ancianos que elegían aquel tradicional sitio para pasar una tarde agradable. Mikael sorprendió a Greta al tomarla de la mano y conducirla hacia una de las mesas que estaban desocupadas. Un camarero se les acercó de inmediato y, cuando él le dijo su nombre y que tenía reserva, el muchacho los invitó a sentarse y les entregó el menú. Ella ni siquiera se molestó en hojearlo, solo pidió un capuchino con chocolate. Él ordenó solo café negro.

—¿Habías venido ya a este lugar? —le preguntó al ver que ella observaba a su alrededor con curiosidad.

—Solo en un par de ocasiones, antes de irme a vivir a Söderhamn. Mi restaurante favorito es el de Claras; solíamos cenar allí papá, mamá y yo. —Se le hizo un nudo en la garganta cuando recordó aquellas cenas en familia de su niñez—. ¿Y tú?

—Es mi sitio favorito después de Santaworld —respondió divertido.

Ella tuvo que reírse. ¿Santaworld?

—No te rías. De niño, me encantaba ir y visitar la casa de Santa, montarme encima de los renos...

—¡No sigas! ¡Te creo!

—Incluso, en una ocasión, cuando tenía siete años gané un concurso y me disfrazaron de duende.

Greta tomó la taza de capuchino caliente que acababa de dejar el camarero sobre la mesa y bebió un sorbo. No le era difícil imaginarse a Mikael como un tierno y encantador niño de rizos rubios vestido con el típico traje de duende de Santa. Ella había ido también en varias oportunidades, sobre todo en la época de Navidad, cuando el parque estaba en su máximo esplendor. En una ocasión, uno de los renos se había encabritado tanto que ella se asustó y salió corriendo a buscar a sus padres. Tardó unos cuantos minutos en encontrarlos. Aquel incidente fue uno de los más traumáticos de su infancia, hasta pesadillas con el reno tuvo después de ese día. Por supuesto, ese detalle peculiar y vergonzoso no se lo mencionó a Mikael. Tenía ganas, en cambio, de

hacerle algunas preguntas sobre la investigación por el asesinato de Annete; sobre todo, si habían encontrado finalmente al exnovio. Lo último que le había dicho su padre era que continuaban buscándolo. Estaba a punto de hacerlo cuando la puerta se abrió y vio entrar a Britta Erikssen y a Linda Malmgren. Greta alzó un brazo y las saludó con la mano. Sin embargo, ellas apenas le dirigieron la mirada. Se sorprendió por la actitud de las mujeres, era más que evidente que la habían visto. ¿Por qué motivo, entonces, la ignoraban de aquella manera, como si no la conocieran? Las siguió con la mirada, mientras se acercaban a una mesa cerca de la ventana. Britta se quitó el abrigo y se sentó de espaldas a Greta; a Linda, en cambio, podía verla de frente y no le gustó nada la expresión de su rostro. ¿Qué podía tener en su contra la esposa del alcalde? Se había portado siempre amablemente con ella en las reuniones del Club de Lectura. ¿Y Britta? ¡Si hasta se había dejado convencer y fue a la iglesia con ella! ¿Por qué ahora le hacían aquel desaire? Tuvo ganas de levantarse de la silla y acercarse a las dos mujeres para comprobar si tenían el coraje de ignorarla cuando la tuvieran cara a cara. ¿Acaso había hecho algo mal y no lo recordaba? Por más que le diera vueltas en la cabeza, no podía encontrar una sola razón para justificar la actitud de Britta y de Linda hacia ella. En un momento dado, la esposa del reverendo se dio vuelta disimuladamente y la miró: tenía una mirada amonestadora, cargada de reproches. Britta hizo un gesto con la mano mientras conversaba con Linda, que señaló hacia su mesa. Greta comprendió entonces que estaban hablando de ella.

—¿Sucede algo? —le preguntó Mikael al percibir la tensión en su rostro.

Ella volteó la cabeza y lo miró.

—Nada, solamente estaba un poco distraída.

Él no le creyó, desvió la vista en dirección hacia donde ella había estado mirando y descubrió a dos mujeres en una de las mesas. Sabía quiénes eran: Linda Malmgren, la esposa del alcalde; y Britta Erikssen, devota esposa del reverendo Erikssen además de jefa de voluntarias del hospital Lassarets. Sabía también que ambas mujeres pertenecían al Club de Lectura, ya que, al asistir al mismo club que Annete Nyborg, sus nombres habían surgido durante la investigación.

—¿Te molestaría que nos fuéramos? —Greta le echó un vistazo al reloj, aún faltaba para abrir Némesis, pero deseaba salir de allí cuanto antes. No porque la presencia de Mikael la inquietase; muy por el contrario, descubrió que le agradaba su compañía. Quería irse por una razón muy diferente: ya no soportaba las miradas subrepticias y acusatorias de Britta Erikssen y Linda Malmgren.

Él la complació y pidió la cuenta. Cuando enfilaron hacia la puerta, Greta decidió pasar por delante de la mesa que ocupaban las dos mujeres. Se detuvo adrede y, con una sonrisa de oreja a oreja, dijo:

—¡Britta, Linda: qué sorpresa!

Las dos se miraron una a la otra, luego volvieron a posar sus inquisidores ojos sobre la muchacha.

—Hola, Greta. ¿Cómo estás? —la saludó Linda sin esbozar siquiera una sonrisa.

—¡Estupendamente! —dijo y tomó al teniente Stevic del brazo—. Les presento a Mikael, un amigo.

—Señoras... —las saludó él haciendo un gesto con la cabeza.

—Ya nos conocemos —dijo Britta mientras se limpiaba la boca con una servilleta de papel.

—Así es.

—Bueno, solo quería saludarlas antes de marcharme. No se olviden que la próxima reunión es en casa de Mary Johansson, el lunes, a las tres.

—No lo olvidaremos. —Britta por fin le sonrió pero era obvio que solo lo hacía para no desentonar con su imagen perfecta de mujer devota y miembro respetado de la comunidad.

Greta entró al coche y se dejó caer en el asiento. Lanzó un bufido.

—¡Vaya par de arpías! —comentó Mikael mientras encendía el motor.

Asintió. Eso eran Britta y Linda exactamente.

Un par de arpías.

CAPÍTULO 12

Karl se llevó la jarra de cerveza a la boca y saboreó el primer trago como si fuera el último. Había poca gente esa noche en el *pub*, un ambiente ameno que disfrutaba cuando quería relajarse. Frecuentaba el Vantage Point desde hacía más de veinte años, cuando todavía era oficial raso y pesaban en su espalda menos problemas y responsabilidades. Ola, el dueño, lo conocía muy bien. Siempre reservaba para él la misma banqueta en un extremo de la barra. ¡Y que nadie osara sentarse en ella! Bastaba solo que Ola pusiera su cara de perro de riña para que alguien desistiera de ocupar el sitio del inspector Karl Lindberg.

La puerta se abrió y una gélida ráfaga de viento se coló dentro del Vantage Point; Karl alzó la mano en señal de saludo al ver que, quien había ingresado, era su amigo Lars Magnusson. Solían encontrarse allí de vez en cuando para disfrutar de un trago y charlar de los viejos tiempos. Sin duda, su tópico preferido era la pesca, ya que ambos se consideraban pescadores por naturaleza y de los buenos. A pesar de que ni Karl ni Lars tenían mucho tiempo libre para dedicarle a su *hobby*, siempre que se encontraban se pasaban el rato planeando jornadas de pesca para la época veraniega.

Lars se acercó y se sentó junto a su amigo.

—¡Cielos, está helando allí afuera! —se quejó mientras se restregaba las manos todavía con los guantes puestos.

—¿Cómo estás, Lars?

Lars Magnusson, abogado y ciudadano respetado de Mora, sonrió finalmente.

—Bien, Karl, bien. Hoy ha sido un día bastante cargado de trabajo. No veía la hora de escapar de la oficina para venir aquí y beberme un trago con mi viejo amigo. —Le hizo señas al barman de que le sirviera lo mismo que estaba tomando Karl—. ¿Sabes quién ha venido a verme hoy? Henrik Steinkjer.

Karl dejó la cerveza encima de la barra. Con una mano, acomodó el poco cabello que le cubría la frente hacia un costado. Luego miró a su amigo. No le sorprendía enterarse de que Henrik Steinkjer hubiera acudido a él. Seguramente, quería cubrirse las espaldas en caso de que volvieran a interrogarlo.

—Me ha dicho que sospechan que tiene algo que ver con la muerte de Annete Nyborg —comentó Lars con la intención de obtener información extra de su amigo.

Karl se dio cuenta de inmediato de lo que intentaba hacer el otro y fue bastante claro con él.

—No voy a discutir eso contigo, Lars, y lo sabes. ¿Has aceptado representarlo? —retrucó en cambio.

El abogado movió ligeramente la cabeza mientras bebía un trago.

—No todavía, pero es muy probable que lo haga. Según lo que me dijo, no tienen pruebas en su contra, solo suposiciones. Aun así, quiere contratar mis servicios.

—Me parece bien, está en todo su derecho de hacerlo. —Alzó la vista y miró hacia el reloj que colgaba detrás de la barra, era temprano para irse a casa—. Mejor hablemos de otro tema. Debemos volver al lago Vänern en primavera, mi hija me ha estado insistiendo en que debo tomarme unas vacaciones y creo que un fin de semana de pesca sería estupendo. ¿Qué dices?

—Cuenta conmigo. —Lars celebró la idea y brindó con él—. A propósito, ¿cómo está la pequeña Greta?

Karl lanzó una carcajada.

—¿Pequeña? ¡Si te oye te saca los ojos!

—Sí, sé que tiene su carácter. No la he visto desde el día de la inauguración de Némesis, pero he oído que le está yendo muy bien.

—Así es, se siente muy a gusto con la librería. Su pasión han sido siempre los libros, la heredó de su madre. —Karl hizo una pausa antes de continuar—. Lleva más de dos meses al frente del negocio, y nos está yendo muy bien.

—¡Cierto! Me habías comentado que eras su socio. Debo reconocer que tienes buen ojo para los negocios, amigo.

—En realidad, mi intención era ayudar a Greta sin que ella sintiera que estaba metiéndome en sus asuntos. De paso, puedo ahorrar un poco de dinero para cuando me retire.

—Aún falta mucho para eso —comentó Lars dándole una palmadita en el hombro a su amigo.

—No tanto, Lars. Tengo cincuenta y ocho años y cada vez está más cerca el día en que dejaré mi actividad —dijo sin poder evitar ponerse melancólico. Aquel era un asunto que evitaba tocar; no quería pensar en el retiro. Sin embargo, sabía que ese día

llegaría tarde o temprano. ¿Qué haría entonces? Había sido policía casi la mitad de su vida; no sabía hacer otra cosa. No se imaginaba a sí mismo como un jubilado ocupándose de su huerto o mirando televisión todo el día. Esa no era vida para él. Si bien tendría más tiempo para disfrutar de la pesca y de su hija, no podía hacerse a la idea de que ya no sería policía. Dejó escapar un suspiro.

—Nos llega a todos, amigo —le dijo Lars para darle ánimos—. Yo quisiera poder ejercer hasta el día que me muera, pero me consuela pensar que podré estar más tiempo con mi familia y visitar a mis nietos cuando lo desee.

Karl asintió.

—Supongo que para la época en que te retires, tú también ya serás abuelo —manifestó Lars con una sonrisa en los labios.

—No lo sé. Greta está tan ocupada con la librería que apenas tiene tiempo para hacer vida social. Si sigue así, dudo que pueda ver crecer a mis nietos —lo dijo en son de broma, pero, en el fondo, le pesaba el hecho de que su hija no hubiera rehecho su vida sentimental aún. Temía que la sombra de Stefan Bringholm se lo impidiera.

—Yo no estaría tan seguro —comentó Lars con cierto tono misterioso.

Karl lo percibió, por eso preguntó:

—¿Por qué dices eso? ¿Sabes algo que yo no sé?

Lars pidió otra cerveza y apoyó ambos brazos en la barra.

—Antes de venir aquí, Mia me llamó por teléfono, me contó que se encontró en el centro con Linda Malmgren, que le dijo que había visto a tu hija esta tarde en el Lilla Krogen acompañada por un hombre.

Karl se quedó estupefacto ante aquella novedad.

—¿Un hombre? ¿Quién? —Esperaba que el canalla de Stefan Bringholm no hubiera venido hasta Mora a buscar a su hija.

Lars tragó saliva, sabía que lo que estaba por decir no sería del agrado de su amigo.

—Era el teniente Stevic. Según Linda, ambos la estaban pasando muy bien.

Karl apretó los puños con fuerza. Debía habérselo imaginado: después de haber encontrado a Greta y a Mikael charlando animadamente en su oficina, tendría que haber previsto que algo así podría suceder. Llamó al barman y pagó la cuenta.

—Lars, me marchó. Tengo un asunto que atender.

El abogado observó atentamente a Karl Lindberg hasta que traspasó la puerta del Vantage Point. Iba echando humo. Sin dudas, saber que Mikael Stevic estaba rondando a su hija lo había puesto de muy mal humor.

* * *

Greta abrió los ojos, sobresaltada. Se sentó en la cama en medio de la oscuridad y se quedó un rato en silencio, tratando de dilucidar si efectivamente había escuchado algo o solo había sido un sueño. Miró el reloj que tenía encima de la mesita de noche; las agujas fluorescentes señalaban las diez y cincuenta. Ahora solo podía oír el intenso latido de su corazón alterado. Trató de serenarse: no había por qué preocuparse. Podría haber sido el viento o alguien que pasaba por la calle. Sin embargo, necesitaba salir de dudas. Se levantó de un salto de la cama y buscó un abrigo dentro del armario. Estaba a punto de salir de la habitación cuando vio su viejo paraguas en el rincón. Sin dudar, lo tomó y lo convirtió en un improvisado objeto de defensa personal.

A medida que avanzaba por la sala, Greta aguzó el oído y trató de captar cualquier sonido extraño que le indicara que el ruido que había escuchado no era fruto de su imaginación o del viento que soplaba afuera.

Decidió pasar por la librería, porque estaba segura de que el sonido había venido precisamente de allí. Avanzó a ciegas. No quería encender las luces para no exponerse. Cuando llegó hasta la puerta, espió a través de la cortina americana hacia el exterior. No había nadie. Solo una vieja camioneta estacionada en la casa de enfrente. No nevaba. Había viento. Echó otro vistazo, aunque, desde donde estaba, no podía ver mucho. Sabía que tenía que salir, pero no se animaba. Tomó coraje. Había dejado las llaves en la puerta; la abrió y se asomó sigilosamente. Cerró los ojos, cuando una fuerte ráfaga de viento la empujó hacia atrás. Se llevó una mano al pecho y apretó su abrigo con fuerza. Fue entonces que distinguió unas huellas en la nieve. Abrió un poco más la puerta y siguió las pisadas para ver hacia dónde la llevaban. Lo que descubrió cuando alzó la vista la dejó estupefacta. Alguien había escrito con tiza la palabra «puta» en la pared de Némesis.

Olvidándose del frío, Greta salió y se alejó un par de metros de la puerta para poder visualizar mejor el ofensivo *graffiti* que, sin dudas, iba dirigido a ella. ¿Putas? ¿Por qué alguien la insultaría llamándola así? Cruzó ambos brazos sobre el pecho para paliar el frío y observó a su alrededor. En una de sus manos, todavía sostenía el paraguas. No podía dejar eso escrito allí; todos lo verían a la mañana siguiente. Se acercó y con la manga del abrigo quitó la tiza de la pared. Cuando terminó, solo quedó una mancha blanca borroneada. Acababa de eliminar evidencia; Greta se dio cuenta de ello demasiado tarde. Entró rápidamente a la librería y cerró con llave. Podía tratarse solo de una broma de adolescentes. Sin embargo, y sin saber exactamente por qué, llamó a su padre y le preguntó si esa noche podía dormir en su

casa.

Karl las recibió a ella y a *Miss Marple* cerca de la medianoche. Greta no le había querido contar mucho por teléfono sobre su repentino pedido de cobijo; por tal motivo, fue imposible librarse de su interrogatorio. Karl empezó a acribillarla a preguntas apenas ella puso un pie dentro del salón.

—Lo más probable es que haya sido una travesura de algunos chicos ociosos —supuso Greta un poco más calmada. Estaba tratando de restarle importancia al asunto, sobre todo para no alarmar a su padre más de la cuenta.

Karl negó con la cabeza.

—No lo creo; si bien hemos tenido algunos actos de vandalismo, los mismos suelen ocurrir en la temporada alta, cuando Mora se llena de turistas. —Karl se sentó al lado de su hija y le apretó la mano con fuerza cuando se dio cuenta de que estaba temblando, y no de frío precisamente. La notó asustada—. Dime, ¿por qué alguien escribiría eso en la librería?

—No lo sé, realmente no lo sé...

Karl percibió que ella le estaba ocultando algo.

—¿Estás segura, hija?

Greta lo miró con sus enormes ojos azules. No dijo nada.

—¿No tendrá que ver con tu salida de esta tarde?

De repente, ella se puso demasiado nerviosa; quedó en evidencia frente a su padre.

—¿Cómo te enteraste? —se animó a preguntar.

—Mora es una ciudad demasiado pequeña como para que algunas cosas no se sepan, hija. Lamentablemente, hay mucha gente con la mente cerrada y, sobre todo, ávida por los chismes.

Greta lo sabía. No debería sorprenderle tanto que su padre hubiera escuchado sobre la salida con Mikael. Lo que no entendía era qué tenía que ver eso con el *graffiti* agravante que alguien había escrito en el muro de la librería.

—Mikael me invitó a tomar un café, nada más. No veo qué pueda tener de malo que lo haya hecho —se justificó Greta—. Tampoco creo que una inocente salida sea motivo para que alguien escriba semejante barbaridad...

—Hija —Karl se vio obligado a interrumpirla—, nada justifica lo que hicieron, pero no todos pueden ver con buenos ojos que salgas con él: es un hombre casado.

Greta soltó bruscamente la mano de su padre y se puso de pie. Hizo unos pasos y se detuvo delante de la chimenea. Contempló el fuego durante unos cuantos segundos en completo silencio. Fue Karl quien habló.

—Se casó hace poco más de tres años. Incluso conozco a su esposa: se llama Pia y es doctora.

Greta lo escuchaba atentamente, aunque no se atreviese a mirarlo a la cara. Seguía sin poder creer lo que acababa de decirle. ¿Casado? ¿Por qué demonios no se lo había dicho? Si lo hubiera hecho, jamás habría aceptado salir con él. Pero había actuado como una tonta. Se había dejado llevar por su encanto y sus propios deseos de salir para pasar un buen rato. Se había equivocado; en realidad, ambos lo habían hecho. Él, por no haber sido sincero desde el principio; y ella, por haber sido una estúpida ilusa. ¿Tenía que venir su padre y abrirle los ojos? ¿Tan ciega había estado con respecto a Mikael? Apretó los dientes y giró. No tenía caso lamentarse por algo que había terminado aun antes de que comenzara.

—Lo siento, cariño, pero tenías que saberlo. —Karl se acercó a ella y la asió por los hombros.

—No te preocupes, papá; has hecho bien en decírmelo.

—Debí contarte de inmediato que estaba casado. Sobre todo, después de que lo vi haciéndose el galán contigo en mi oficina. Él tiene fama de donjuán, tendría que haber supuesto que intentaría acercarse a ti. —Tomó el rostro de su hija por la barbilla y añadió—: por fortuna, has abierto los ojos a tiempo, cariño. Lo mejor que puedes hacer es alejarte de un hombre como él.

Greta asintió. Su padre tenía razón. Alejarse de Mikael Stevic era lo mejor que podía hacer de ahora en adelante.

Esa noche, se dejó contener por Karl. Él le preparó una taza de chocolate caliente y la arropó como cuando era una niña. Por primera vez en mucho tiempo, necesitaba sentirse cuidada y contenida.

No volvieron a mencionar el nombre de Mikael, tampoco hablaron del desagradable acontecimiento que la había llevado hasta allí.

Cerca de las dos de la madrugada, y bajo la atenta mirada de Karl, Greta logró conciliar el sueño por fin.

* * *

A la mañana siguiente, se despertó temprano. No supo si era por lo sucedido la noche anterior o porque había dormido en su vieja cama después de mucho tiempo, lo cierto era que, desde que había abierto los ojos, una terrible idea atormentaba su mente. Pensó en la muerte de Annete y en el mensaje que alguien le había dejado en el muro de la librería. Comenzó a tejer la posibilidad de que ambos hechos estuvieran relacionados de alguna manera. Aunque pareciera una locura, si lo meditaba con

calma, podía tener razón.

Se sentó en la cama, con ambas manos se cubrió el rostro. Luego miró hacia la ventana, a través de las cortinas corridas pudo ver los copos de nieve balanceándose por efecto del viento. Había vuelto a nevar, lo que significaba que las huellas de pisadas de quien se había atrevido a insultarla en medio de la noche, habían desaparecido. Por si fuera poco, ella se había encargado de borrar el mensaje para que nadie pudiera verlo. Ahora comprendía la magnitud de lo que había hecho. Ya no existía evidencia alguna para poder dar con el autor de semejante fechoría. Suspiró profundamente; cerró los ojos por un instante. Había algo más que la inquietaba, y era su teoría sobre el asesinato de Annete Nyborg. Estaba convencida de que la muerte de la muchacha no tenía nada que ver con un crimen pasional; su victimario no había sido un amante despechado o una esposa en busca de venganza. La vendedora de artesanías había sido asesinada por otro motivo más siniestro.

Greta se apoyó en el respaldo de la cama; se cruzó de brazos para cavilar sobre aquel asunto que la intrigaba. En su mente, comenzó a trazar una lista de ideas que, poco a poco, fueron tomando forma.

Annete tenía fama de ser una mujer fácil, le gustaba enredarse con hombres casados que satisfacían todos sus caprichos. Había tenido un novio que, de repente, la había dejado y había desaparecido. Greta creía saber el motivo de ese abandono; era muy probable que August se hubiera enterado de la clase de vida que llevaba su novia y no lo hubiera soportado. Después estaba el embarazo: Henrik Steinkjer, su amante de turno, no era el padre del hijo que estaba esperando, lo que significaba que la vendedora de artesanías se había metido con otro hombre. Seguramente, uno que también estaba casado y que podía brindarle los lujos a los que ella estaba acostumbrada. No supo exactamente por qué, pero pensó entonces en su primo Lasse: él estaba interesado en Annete, se lo había contado; sin embargo, también le había dicho que habían discutido cuando ella lo rechazó. Era previsible: Lasse estaba muy lejos de su *target*, ya que no contaba con los medios necesarios para mantener el extravagante estilo de vida de la joven. Greta seguía creyendo que Annete no había sido víctima de un crimen pasional. Ese razonamiento la llevó a descartar a los principales sospechosos con los cuales contaba la policía: Henrik y Selma, quienes, a simple vista, parecían ser los únicos con un motivo de índole pasional. Si, como pensaba, había un amante secreto involucrado en toda aquella trama, desconocer su identidad era un paso atrás en la hipótesis. Trató de ver todo el asunto desde otra perspectiva y, para ello, volvió a concentrarse en Annete: una mujer joven y seductora, carente de escrúpulos a los ojos de mucha gente por atreverse a relacionarse con hombres casados de la comunidad. Los habitantes de Mora,

especialmente las mujeres, seguramente la tildarían de «puta». El mensaje escrito en el muro de Némesis ahora cobraba mayor fuerza. Comenzó a creer realmente que ambos hechos podían estar relacionados: ella misma había sido vista en un bar tomando un café con un hombre casado. En ese momento, recordó las miradas cargadas de reproche de Britta Erikssen y Linda Malmgren. La actitud recriminadora de ambas mujeres al verla en compañía de un hombre casado cobraba sentido. Podía incluso ponerse en el pellejo de Annete: debía de haber recibido el mismo mal trato hasta el día de su muerte.

Britta y Linda la habían mirado con malos ojos, pero Greta podía jurar que no habían sido las únicas. Muchas personas habían sido testigo de su salida con Mikael. Todos probablemente conocían su estado civil. Cualquiera podía tener un motivo para asesinar a Annete y ensañarse con Greta.

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus cavilaciones.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo amaneciste? —Karl entró en la habitación y se acercó hasta la cama para darle un beso en la frente.

Ella cerró los ojos y sintió que, al menos, durante unos pocos segundos, el tiempo había retrocedido. Se vio a sí misma con diez años, con un padre cariñoso y protector quien la arropaba por las noches y la despertaba con un beso en las mañanas. Deseó con todas sus fuerzas quedarse en ese pasado en el que su madre aún vivía. Descubrió que solo era una quimera cuando abrió los ojos y vio el semblante preocupado de Karl.

—Buenos días, papá —lo saludó y trató de sonreír.

—El desayuno está listo. Vístete que te espero abajo.

—¿Qué hora es? —preguntó mirando en dirección a la ventana.

—Es temprano aún, tenemos tiempo de desayunar juntos antes de que abras la librería.

Greta asintió y se levantó de un salto de la cama.

—Hija —la detuvo Karl antes de que entrara en el cuarto de baño—, quiero que te quedes aquí, conmigo. No me gusta nada lo que sucedió anoche. Creo que, para mayor seguridad, deberías considerar la posibilidad de regresar aquí.

Greta rozó el brazo de Karl.

—Papá, no creo que sea necesario —lo tranquilizó. En ese momento, se dio cuenta de que comentarle lo que acababa de descubrir sería un gran error.

—No voy a estar tranquilo sabiendo que la persona que escribió eso en tu casa puede regresar y hacerte algo peor.

—No creo que esa sea realmente su intención; si hubiera querido hacerme daño, podría haberlo hecho sin ningún problema. Lo único que quería era que todo el

mundo viera su obra por la mañana. Quería que todos supieran que soy una puta.

—Ni siquiera menciones esa palabra, cariño. —Karl apretó los puños. Sentía mucha impotencia por haber permitido que su hija pasara por semejante experiencia.

—Es lo que esa persona cree que soy, papá —dijo Greta escondiendo la cabeza entre los hombros. Toda aquella situación la estaba abrumando.

—De todos modos, me gustaría que te quedaras. Al menos, hasta que todo esto termine.

—No, papá. Si tanto te preocupa mi seguridad, le puedo pedir a Hanna que se mude conmigo por unos días —le sugirió.

Karl asintió después de pensarlo durante unos segundos. Comprendió que sería imposible convencer a su hija de que regresara a vivir con él.

—Está bien, que Hanna se quede contigo. —Volvió a darle un beso en la mejilla —. Te espero abajo, cariño.

Greta se metió al cuarto de baño. Mientras se duchaba, no paraba de pensar. Estaba segura de que había descubierto el verdadero motivo que se escondía detrás del crimen de Annete. Solo le faltaba saber quién había sido capaz de acabar con su vida.

CAPÍTULO 13

Greta redujo la velocidad cuando vio el tumulto en el complejo habitacional donde vivía Mary Johansson, una de las integrantes del Club de Lectura. Se asustó porque divisó una patrulla estacionada frente a la vivienda de la mujer. Detuvo el coche y se bajó de inmediato. Después de la muerte de Annete y de la desagradable experiencia sufrida la noche anterior, debía prepararse para lo peor. Respiró aliviada: Mary conversaba en uno de los pasillos laterales del complejo. Estaba acompañada por un chico adolescente que parecía ser su hijo. Se acercó y la saludó.

—Mary, ¿qué sucedió?

La mujer sonrió nerviosamente mientras se llevaba un cigarrillo a los labios.

—Alguien arrojó unas piedras a mi ventana y rompió los cristales —respondió tras darle una intensa pitada a su cigarro.

—¿Cuándo fue eso?

—Anoche. Klaas y yo estábamos terminando de cenar cuando sentimos el estruendo desde la cocina. —Se asió con fuerza al muchacho.

Greta no se sorprendió en lo absoluto. Supuso que la persona que había roto los cristales del apartamento de Mary había sido la misma que había escrito la palabra «puta» en el muro de la librería. Podía incluso aventurarse a afirmar que, al igual que ella misma y que Annete, Mary había sido víctima de alguien que reprobaba su conducta. La mujer trabajaba como camarera en un bar de poca monta junto a la carretera que llevaba a Leksand y, además, cargaba con el estigma de ser madre soltera. Dos detalles que posiblemente jugaran en su contra. Trató de calmarla. Le dijo que, si no se sentía bien, podían suspender la reunión del Club de Lectura que se había pactado para dentro de unos días, en su casa.

—No, Greta, no es necesario. Después de que la policía revise todo y se marche,

llamaré a alguien para que arregle la ventana —le dijo Mary, sorprendiendo a Greta—. Estaré encantada de recibirte a ti y a las demás el lunes por la tarde.

—¿Estás segura? Podemos reunirnos en la librería.

—Sí, sí, no te preocupes. Esto no ha sido más que una travesura de algunos muchachos que no tienen otra cosa mejor que hacer. No son como mi Klaas —dijo pasando la mano por el cabello de su hijo.

Greta lo observó: era el vivo retrato de su madre. Cabello oscuro y ojos grandes almendrados. Parecía tranquilo, en vez de revoltoso y problemático como la mayoría de los chicos de su edad. Echó un vistazo a uno de los agentes que se encontraba junto a la ventana siniestrada. Greta tuvo la sensación de que el hombre estaba distraído, como si la denuncia por un cristal roto le importase muy poco. Reprimió el impulso de ir hasta él y decirle que no se trataba solo de un acto de vandalismo, pero no lo hizo. No conocía al oficial, aunque obviamente trabajaba en la misma estación de policía donde su padre era inspector, ya que era la única en la ciudad. No podía ir y hablarle de sus sospechas, no le haría caso. Por eso, se despidió de Mary y se marchó, porque se le hacía tarde para abrir la librería. En el trayecto habló por teléfono con Hanna; le pidió si podía quedarse a dormir con ella, al menos por un par de noches. Su amiga aceptó de muy buena gana, no solo para tranquilidad de su padre, sino también de la suya propia.

* * *

Mikael apartó la vista de la pantalla cuando vio a su jefe entrar a la oficina. Karl ni siquiera se había preocupado por llamar, y esa era una evidente señal de que estaba molesto con él. Se aclaró la garganta y se inclinó hacia atrás en la butaca.

—¿Qué necesitas?

Karl no le respondió. Avanzó hacia el escritorio y siguió de largo hasta la ventana que daba a la parte lateral de la comisaría. Metió ambas manos en los bolsillos de los pantalones en silencio.

Mikael no pudo evitar ponerse nervioso; sabía que la repentina y extraña presencia de Karl nada tenía que ver con el caso que estaban investigando, se trataba de algo más. Y creía saber lo que era.

—Karl...

El inspector Lindberg se volteó rápidamente y lo fulminó con la mirada.

—Dime una cosa, Stevic, ¿qué es lo que pretendes exactamente con mi hija?

Tragó saliva. Pensaba que iba a estar más preparado cuando ese momento llegase. No se sentía culpable por lo que había hecho; de todas maneras, sabía que iba a tener que rendirle cuentas al jefe.

—Karl, no pretendo absolutamente nada. Solamente invité a tu hija a tomar un café.

El inspector se alejó de la ventana y se plantó delante del escritorio.

—No me subestimes, muchacho. Te conozco demasiado bien a pesar de que solo llevas conmigo un par de años. Los rumores no te dejan muy bien parado. Sé que no pierdes oportunidad con cuanta muchacha se te ponga enfrente, pero no voy a permitir que Greta se convierta en un nombre más en tu lista de conquistas.

Mikael no iba a negarlo. Su fama de donjuán era bien sabida por todos; no era secreto para nadie que le era infiel a su esposa. Sin embargo, no lo hacía porque fuera una mala persona; simplemente, era un hombre débil, y esa debilidad, a veces, le costaba caro. Pia conocía su doble vida. Aun así, continuaba a su lado. Mikael ignoraba si lo hacía para guardar las apariencias o porque realmente lo amaba.

—Tuve ocasión de conocer a tu esposa. Me pareció una muchacha sensata e inteligente; por eso no entiendo qué hace con un tipo como tú. Eres un excelente policía, pero, como hombre, dejas mucho que desear —lo amonestó.

Karl le estaba hablando como un padre, no como un superior. Esa actitud, avergonzó más aun a Mikael.

—Reconozco que no soy el mejor de los sujetos, pero no voy a pedirte disculpas por haber salido con tu hija. Greta y yo solo somos amigos. Es más, ella se encargó de aclarármelo de inmediato —le explicó—. No tienes de qué preocuparte, no tiene ningún interés en enredarse con ningún hombre, mucho menos con uno como yo —añadió finalmente.

Karl le estudió el semblante. Quería creer en sus palabras, pero no podía confiar totalmente en él: Mikael estaba acostumbrado a tener a sus pies a la mujer que quisiera. Esperaba que su hija fuese lo suficientemente sensata como para no caer en la trampa. Karl sabía cómo separar los tantos: Stevic era uno de sus mejores elementos dentro de la policía y sentía aprecio por él; por otro lado, amaba a su hija y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para evitar que saliera lastimada.

—Mantente alejado de ella, y estaremos bien.

Mikael asintió.

—Hablemos mejor del caso: ¿hay alguna novedad del exnovio de Annete?

—No; la base de datos nacional no arrojó ningún resultado todavía —respondió más tranquilo, ahora que la conversación giraba en torno al trabajo—. Solo tenemos el nombre y una fotografía; esperemos que salte alguna información de un momento a

otro. —Karl se sentó en la silla y respiró profundo.

—Sucedió algo anoche; no creo que esté relacionado con el caso, pero tengo mis dudas.

—¿De qué se trata?

—Alguien pintó en uno de los muros de Némesis la palabra «puta».

Mikael se quedó pasmado.

—¿Greta está bien? —fue lo primero que preguntó.

—Sí, durmió en mi casa anoche. Al principio, creí que solo se trataba de un acto de vandalismo, pero no sé...

—¿Piensas que está relacionado con el crimen de Annete?

—No lo sé, pero hay algo que me dijo mi hija el otro día que no me deja de dar vueltas en la cabeza.

—¿Qué es?

—Ella no cree que la muerte de Annete haya sido un crimen pasional. Si te pones a pensar, puede que tenga razón. No hubo violencia ni saña en su contra; fue algo planeado minuciosamente y hasta el último detalle, no se debió a una reacción del momento.

—Parece tener sentido la teoría de Greta, lo que nos deja con más dudas aun. ¿Qué motivo se escondía entonces realmente detrás del crimen?

El inspector Lindberg movió la cabeza hacia un lado y hacia el otro para mostrar su desconcierto.

—No lo sé. Sin embargo, el mensaje en la librería y el ataque al apartamento de Mary Johansson no parecen hechos fortuitos. Debe de haber alguna relación con el caso, y es lo que debemos averiguar.

Mikael estuvo de acuerdo con él. Quizá debía hablar con Greta y escuchar atentamente sus teorías. La primera vez que ella lo había buscado para exponerle su hipótesis sobre la muerte de Annete, apenas le había prestado atención. Si no hubiera sido por Nina, quien sí estuvo dispuesta a oírla, el caso aún continuaría cerrado. Sin embargo, Karl no podía conocer sus intenciones; estaba seguro de que si lo veía una vez más cerca de su hija, se le echaría encima.

* * *

Hanna estaba encantada de pasar unos días junto a su amiga. De algún modo, aquella situación le traía muy buenos recuerdos de cuando solían quedarse en casa de alguna

de las dos a pasar la noche. Si bien el motivo que había llevado a Greta a pedirle a Hanna que se mudara con ella al menos por unos días, poco tenía de feliz.

Era la segunda noche que ambas amigas compartían, y, una vez más, se quedaron despiertas hasta las tantas. Greta, después de estornudar, se llevó un pañuelo desechable a la nariz. Hanna, recostada a su lado en la cama, la cubrió mejor con la manta y la contempló.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo un resfriado —respondió Greta arrebujándose debajo de las sábanas. Hacía un par de días que no se sentía bien. Hasta ahora venía sobrellevando la situación con descongestivos y té de jengibre. Arrojó el pañuelo usado al suelo; tomó uno nuevo.

Hanna se quedó en silencio durante unos cuantos segundos, la televisión estaba encendida, pero ninguna de las dos le prestaba atención. Greta tuvo el presentimiento de que su amiga quería preguntarle algo y que, si no lo hacía, iba a reventar.

—Adelante —la instó—. Lo que sea que quieras saber, pregunta.

Hanna se sentó en la cama, se peinó el cabello hacia atrás con las manos y miró a la otra a los ojos.

—¿No has vuelto a ver a Mikael?

Greta negó con la cabeza.

—¿No tienes deseos de verlo? —insistió con otra pregunta.

—No; creo que lo mejor que puedo hacer es mantenerme alejada de él. Nunca debió invitarme a tomar ese café.

—Pero me has dicho que solo fue una salida de amigos.

—Aun así, debió decírmelo, ¿no crees?

—Sí, supongo que sí —convino Hanna—. Es realmente una pena que sea casado, ¿no te parece? ¡Con lo atractivo que es!

Greta hizo caso omiso al comentario. Además, no quería seguir hablando de Mikael. Los dos días que llevaba sin verlo, había tratado de no pensar en él. Le había costado, hasta *Miss Marple* parecía haberse complotado en su contra. La lora se había aprendido su nombre y no se cansaba de repetirlo una y otra vez.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es dormir —dijo Greta girando en la cama y cubriéndose con la manta hasta la cabeza—. Buenas noches, Hanna.

La fotógrafa sonrió ante la actitud evasiva de su amiga: era más que evidente que no quería hablar. Apagó el televisor y luego la lámpara. Era tarde: a la mañana siguiente, debía estar antes de las ocho en el estudio para una sesión de fotos. Ya tendría tiempo más adelante para indagar en los sentimientos de su amiga.

El lunes, afortunadamente, Greta ya se sentía mucho mejor, por lo que la reunión

del Club de Lectura se llevó a cabo sin ningún contratiempo. Había hablado por la mañana con Mary para confirmar que su casa estaba disponible. La camarera volvió a insistirle en que estaba encantada de poder recibirlas. Antes de colgar, le preguntó a Mary si tenía alguna novedad sobre lo ocurrido.

—La policía me dijo que no debo preocuparme. Están seguros de que solo se trató de un acto de vandalismo al azar. Según tengo entendido, la policía de Orsa anda detrás de una pandilla de muchachos que se dedica a cometer fechorías por toda la región —le explicó restándole importancia al tema—. Solo tuve mala suerte, es todo. Por lo menos mi hijo y yo no salimos lastimados.

—Sí, es verdad, no fue más que un susto. —A Greta le costaba creer que los autores de semejante hazaña fueran unos pandilleros. Los dos ataques habían sucedido la misma noche. El de Némesis había sido demasiado personal como para que hubiese sido perpetrado por unos muchachos que ni siquiera la conocían. No le mencionó nada a Mary para no inquietarla y se despidió de ella hasta esa tarde.

Después de cerrar la librería, se dedicó a adelantar un poco el inventario. Le habían llegado media docena de cajas de libros nuevos y, apenas, había abierto cuatro de ellas. Una hora después, le dio de comer a *Miss Marple* antes de tomar una ducha rápida. Se vistió más rápido aún y salió a la calle. Caminó con cuidado hasta el auto, porque se había acumulado una buena cantidad de nieve durante los últimos días, pero, por fortuna, esa misma mañana el pronosticador de turno había anunciado que tendrían buen tiempo al menos durante el resto de la semana.

Se paró junto al auto y desactivó la alarma. Estaba a punto de meterse dentro del Mini Cabrio, cuando una mano la sujetó del brazo. El corazón le saltó dentro del pecho y, hasta que no se volteó para ver quién era la persona que la había sorprendido, no pudo respirar.

—Mikael, ¿qué haces aquí?

Él le sonrió como si no hubiera pasado nada entre ellos, como si el hecho de que la hubiese invitado a salir siendo un hombre casado pasase a un segundo plano.

—Quería verte y hablar contigo.

Ella volvió a darle la espalda y se dispuso a subir al coche.

—No puedo hablar ahora, se me hace tarde.

Esta vez, Mikael impidió que ella se fuera para lo que cerró la puerta del automóvil.

—¿Qué haces? —lo increpó bastante molesta.

—Ya te dije que necesito hablar contigo.

—¡Y yo te dije que no puedo!

—Sé que estás enojada conmigo por no haberte dicho la verdad desde un

principio, pero créeme que pensaba contarte que estoy casado; solo que no encontré el momento adecuado —se justificó.

—Tal vez, tenías que decirme algo así como: «Greta, no sé si lo sabes, pero tengo esposa». No es tan complicado, ¿no crees?

Mikael sabía que no sería sencillo acercarse a Greta para intentar hablarle.

—Lo siento, de verdad, pero, cuando salimos, lo hicimos como amigos.

—¿Y a una amiga no le dices que estás casado, que tu esposa se llama Pia y que es doctora?

Se sorprendió de que Greta supiera esas cosas de él, seguramente Karl se había encargado de ponerla al tanto de su vida.

—Iba a decírtelo.

En el rostro de Greta, se dibujó una sonrisa irónica.

—Apuesto a que sí. —Hizo una pausa y respiró resignada—. Mira, Mikael, dejemos las cosas así. Fue agradable tu compañía, la pasé bien y nada más. Sin embargo, muy a mi pesar, hay gente que piensa que cometí un pecado al salir contigo.

El teniente aprovechó que ella había sacado a relucir aquel tema para revelar el verdadero motivo por el que la había buscado en ese momento.

—Lo sé, tu padre me contó lo que sucedió. De eso quería hablarte precisamente. Ocurrió un hecho similar esa misma noche...

—Sí —lo interrumpió Greta—. Alguien arrojó unas piedras a la ventana de Mary Johansson, una de las integrantes del Club de Lectura.

Mikael asintió.

—Leí el reporte del agente que se presentó en el lugar y dice que fue un acto de vandalismo cometido quizá por una pandilla que está asolando la región. Sin embargo, tanto tu padre como yo, no estamos del todo convencidos.

Greta sintió cierto alivio de saber que alguien compartía sus mismas ideas.

—¿De verdad?

—Sí. —Los ojos del teniente se desviaron hacia la librería en ese momento. No había rastros de la barrabasada que se había cometido en uno de los muros noches atrás—. Debió de ser una experiencia muy desagradable para ti —le dijo volviéndola a mirar.

—Al principio, no comprendí por qué alguien podía haber escrito semejante barbaridad sobre mí. Luego, me enteré por papá que estabas casado y todo comenzó a cuadrar.

—Continúa.

Greta agradeció en silencio su interés por escucharla.

—¿Recuerdas a las dos mujeres que saludé cuando nos íbamos del Lilla Krogen?

—Sí; la esposa del alcalde y la esposa del reverendo Erikssen.

—Ambas me miraron con mala cara cuando me vieron contigo. En ese momento, desconocía el motivo, pero es evidente que reprobaban el hecho de que estuviera con un hombre casado.

—Tiene sentido.

—No estoy acusando directamente a Britta o a Linda, porque no fueron las únicas personas que nos vieron esa tarde.

—¿No lograste ver a nadie la noche en que te dejaron ese mensaje en la pared de la librería? —No se atrevía a decir la palabra que habían usado para insultar a Greta injustamente.

—No, cuando salí ya no había nadie. Había unas cuantas huellas en la nieve, pero, a la mañana siguiente, habían desaparecido.

—¿No recuerdas de qué tamaño eran? ¿Pequeñas, grandes?

Greta negó con la cabeza, la verdad era que ni siquiera se había fijado.

—Estaba tan aturdida que no les presté atención; lo único que quería era quitar esa palabra ofensiva de la pared. Lo siento, sé que eliminé pruebas.

—No te preocupes. Con la nevada que se desató luego habría sido muy difícil obtener algún rastro. Karl me dijo que la inscripción fue hecha con tiza, lo que dificulta aun más dar con el culpable. Si hubiera usado aerosol habríamos podido rastrearlo; solo hay un lugar en Mora donde conseguirlo. En cambio, prefirió usar tiza, un elemento que pudo obtener en cualquier lado. Al menos, no consiguió su objetivo. No contaba con que tú te despertaras en medio de la noche y borraras su *graffiti*, con lo que impediste que todo el pueblo lo viera a la mañana siguiente.

—Sí; me desperté porque escuché un ruido y decidí investigar. Por tal motivo, creo que no puede ser casualidad que esa misma noche alguien atacara la propiedad de Mary.

—Al parecer, no. ¿Cuál es tu teoría?

Ella lo miró en silencio durante unos cuantos segundos. Estaba sorprendida.

—¿Realmente te interesa oírla?

—Por supuesto.

—Bien, te la voy a decir. —Se ubicó a su lado y se apoyó también sobre su coche para seguir hablando—. Creo tener una idea de por qué mataron a Annete. Mi hipótesis es la siguiente: ella llevaba una vida desenfundada y, al parecer, eso ponía molesto a alguien. Si a eso le sumamos el *graffiti* que me dejaron después de haber sido vista contigo y el ataque que sufrió Mary Johansson, que trabaja de camarera en un bar de dudosa reputación y es madre soltera, no resulta descabellado pensar que el asesino mató a Annete para darle un castigo o algo parecido. Concuerdas conmigo en

que el crimen no es pasional, ¿verdad?

Mikael asintió.

—Quien mató a Annete se aseguró de que todos creyéramos que había muerto por causas naturales. Se preocupó por esconder el verdadero por qué de su muerte. También creo que debió de pasar tiempo con ella antes de que muriera.

—Eso puede ser. Le inyectaron adenosina, provocando que su cuerpo se paralizara. Según los expertos, Annete debió de haber estado plenamente consciente durante su agonía. Tuvo una muerte lenta y dolorosa.

—Y el asesino se quedó a contemplar su obra hasta el final —sentenció Greta perdida en sus propios pensamientos. No podía imaginarse siquiera lo que debía de haber padecido la muchacha a manos de su victimario. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Tu teoría tiene sentido, pero no podemos descartar aún a Selma y a su esposo de la lista de sospechosos. Ambos tenían un motivo para acabar con la vida de Annete y se procuraron una coartada casi imposible de refutar. Seguimos también tratando de dar con el paradero de su exnovio; parece que se lo ha tragado la tierra desde que la abandonó, cinco meses atrás. Nuestra lista es demasiado corta, lamentablemente.

Greta, por su parte, estaba segura de que ni Selma, ni Henrik tenían que ver con la muerte de la vendedora de artesanías. Incluso, se atrevía a afirmar que August, el exnovio, tampoco. Si bien cualquiera de los tres podía tener un móvil para el asesinato, no tenían nada en contra de Mary Johansson o de la propia Greta, que estaba convencida de que los tres hechos se relacionaban estrechamente. Eso implicaba que la lista de sospechosos se reducía a cero.

—¿En qué piensas tanto? —le preguntó Mikael de repente, cuando se quedó callada.

Lo miró, le habría gustado seguir hablando con él sobre el caso, pero, si no se marchaba, llegaría tarde a la reunión en casa de Mary.

—Debo irme, estoy atrasada.

Mikael se apartó del coche para permitirle entrar.

—Fue bueno tener este intercambio de ideas contigo, deberíamos hacerlo más a menudo —le dijo él con una sonrisa en los labios.

Greta encendió el motor, puso ambas manos en el volante y alzó la cabeza para mirarlo. Para ella también había sido grato lanzar conjeturas con él y compartir opiniones. Sin embargo, no estaba segura de que volverlo a ver fuera la mejor de las ideas.

—Sí, fue interesante —reconoció a su pesar. Luego levantó la ventanilla y se marchó.

CAPÍTULO 14

Lo primero que notó Greta apenas llegó a la casa de Mary fue que el cristal de la ventana ya estaba arreglado. También percibió que la mujer parecía haberse olvidado del hecho o que al menos le prestaba poco interés. Se preguntó qué diría Mary si le contara que, la misma noche que habían atacado su casa, alguien había escrito la palabra «puta» en el frente de la librería. Una vez más, prefirió quedarse callada para no alarmarla.

Sacó un ejemplar de la novela que habían empezado a leer la semana anterior. Se trataba de uno de los libros más reconocidos de la autora británica Lynda La Plante, cuyo título era *Más allá de las sospechas*. Había leído la novela un par de años atrás luego de comprarla en una pequeña librería perdida en los suburbios de Söderhamn y, de inmediato, se había dejado seducir por el estilo narrativo de la autora. Le gustaba el espacio del club como un lugar en el que compartir su gusto por determinados autores y, además, asegurarse una venta de ejemplares. Se sentó a esperar el café que Mary preparaba en la cocina después de haber rechazado toda ayuda. Luego, alguien llamó a la puerta. Esta vez, la dueña de casa aceptó ser auxiliada por Greta.

Se quedó muda durante unos cuantos segundos cuando se topó con Britta Erikssen. No la había visto desde el desagradable incidente —al menos para ella— en el Lilla Krogen, y no sabía qué actitud tendría la mujer de ahora en más.

—Buenas tardes. ¿Llego tarde? —preguntó espiando para ver si las demás ya se encontraban allí.

—No, Britta. Eres la primera, como siempre —le respondió con un dejo de sarcasmo en la voz, poco le importaba si la mujer se ofendía.

Britta entró en el recibidor, se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero.

—Supe que alguien arrojó unas piedras la otra noche y rompió los cristales de una

de las ventanas —comentó con cara de desconcierto—. Pobre Mary, debió de asustarse mucho.

—Por fortuna no fue más que eso, un susto.

—Lo más probable es que solo fuese una travesura de algunos niños descarriados, cuyos padres están demasiado ocupados como para hacerles caso. Después se lamentan cuando sus hijos caen presos o algo peor. Ville ve muchos casos similares en la iglesia; él trata de ayudarlos, pero es muy difícil ayudar a alguien cuando no lo desea realmente.

Greta no dijo nada, solo asintió ligeramente. El discurso de Britta amenazaba con provocarle una jaqueca. Agradeció en voz baja cuando llegaron sus primas acompañadas de Ebba, las que, sin siquiera sospecharlo, la salvaron de seguir escuchando a la esposa del reverendo. Minutos más tarde, después de que Mary hubiera servido el café, se sumaron Hanna y Monika, Mia Magnusson y Linda Malmgren que, al igual que Britta, actuó como si nada hubiera sucedido en el bar. Selma no apareció. Greta comprendió el motivo de la ausencia: después de las miradas acusatorias que había recibido en el último encuentro, era previsible que no quisiera regresar. Hablaría con ella más tarde para ver si lograba convencerla de que no abandonase el club. No habían empezado aún, porque faltaba llegar Camilla Lindman. La reportera trataba de no perderse ninguna de las reuniones y, cuando no podía asistir, siempre avisaba. Greta tomó el teléfono móvil y la llamó a su casa. Nadie respondió. Quizá ya estaba en camino, por lo que decidió dar comienzo a la reunión.

—Bien, ¿leyeron los dos capítulos que les pedí?

Todas asintieron.

—Perfecto. —Paseó la mirada por las mujeres sentadas a su alrededor y se detuvo adrede en Linda Malmgren—. Dime, Linda, ¿qué puedes decirme de Anna Travis, el personaje principal de la novela?

La mujer dejó el libro sobre el regazo y se llevó las gafas a la cabeza.

—Anna es una joven investigadora que debe ganarse un lugar dentro de la policía. Como hija de un exmiembro del cuerpo, siente que debe probar a los demás y a sí misma que está capacitada para trabajar en el caso al que fue asignada —explicó la esposa del alcalde casi sin inmutarse.

—Muy bien, Linda. A ver tú, Hanna, ¿cómo es...?

—Perdón, pero no pude leer mucho, solo unos cuantos párrafos —se excusó antes de que su amiga le hiciera una pregunta.

—Está bien, no te preocupes, procura leerlos para la próxima reunión.

Después de un par de preguntas más, se tomaron una pausa para un pequeño

refrigerio. Greta aprovechó para intentar comunicarse nuevamente con Camilla y preguntarle por qué no había asistido. No podía evitar sentirse inquieta: la reportera solía avisarle que no podía ir y en esa ocasión no lo había hecho. Ebba se le acercó apenas colgó el teléfono; parecía preocupada.

—Cariño, ¿tienes un minuto?

Greta le sonrió.

—Por supuesto, tía. ¿Qué sucede?

Ebba la apartó para que las demás mujeres no oyeran lo que tenía que decirle.

—Se trata de Lasse; me tiene bastante intranquila.

—¿Por qué?

—No es el mismo desde la muerte de Annete. Llega de la tienda y lo único que hace es encerrarse en su cuarto. ¡Ya ni con sus amigos sale!

—Tía, Lasse sentía un aprecio... especial por ella. Es normal que esté triste.

—Greta, sé exactamente lo que sentía mi hijo por ella. No soy ciega y lo conozco demasiado como para no darme cuenta de que estaba loco por esa muchacha. Pero hay algo más que lo tiene de esa manera. Incluso creo que está pensando en dejar la tienda. Me dijo que no le agrada Astrid, que no se siente cómodo con ella. Lo que yo creo es que ya no lo entusiasma trabajar allí porque no está Annete —aseveró Ebba angustiada—. La verdad, temo que mi hijo cometa una locura. Nunca antes lo había visto así, está deprimido y no sé qué hacer para sacarlo adelante, por eso me atreví a hablar contigo, cariño. ¿No cabría la posibilidad de que Lasse pueda trabajar para ti en la librería?

Greta no se sorprendió con el pedido, después de oír su relato tenía la ligera sospecha de que había acudido a ella no solo para desahogarse, sino también para requerir de su ayuda.

—Tía, la verdad es que me vendría de maravillas un par de manos extras en la librería, pero no puedo pagar mucho todavía. Apenas estoy recuperando el dinero que invertí y, por eso, no he contratado a nadie. —Tomó la mano de Ebba y le sonrió—. Sin embargo, y si Lasse acepta, me va a encantar tenerlo trabajando a mi lado.

Ebba la abrazó y la besó efusivamente en señal de agradecimiento.

—No te preocupes, yo lo convenceré. No creo que me cueste tanto, como te dije, ya no tiene interés en seguir trabajando en la tienda. Estoy absolutamente segura de que un cambio de aire le hará bien. Además, estará en familia y se sentirá contenido.

Greta esperaba que así fuera. Quería mucho a su tía y también sentía un gran afecto por Lasse.

—Dile que vaya a verme esta noche.

—Sí, cariño, lo haré. Muchas gracias de nuevo.

—De nada, tía.

Ambas se unieron a las demás para continuar debatiendo sobre la novela de Lynda La Plante hasta las tres y media de la tarde, hora en que estaba pautado el final del encuentro.

* * *

Lasse le dio la última pitada al cigarrillo y lo arrojó al suelo, sobre la nieve acumulada. Tenía que fumar afuera, porque dentro de la casa su madre se lo había prohibido terminantemente, aunque él ya no era un niño y muchas veces la desobedecía fumando en su habitación, cuando ella no estaba. Pero el olfato de Ebba resultaba casi infalible y siempre lo descubría. Por eso, había entendido que lo mejor era hacerlo en otro lado. Se subió el cuello de la chaqueta; luego, metió ambas manos en los bolsillos de los pantalones. Le había echado un vistazo al reloj apenas cinco minutos antes: aún era temprano. Sus ojos verdes se desviaron hacia la tienda de artesanías que ya había cerrado. Como todos los días, Astrid lo había saludado con cara agria y le había dicho que lo esperaba a la mañana siguiente puntualmente a las ocho. La mujercita, sin embargo, se llevaría una sorpresa: él no se presentaría. Ni siquiera le había dicho que ya no trabajaría para ella. Una sonrisa socarrona se dibujó en sus labios; se cansaría de esperarlo. Astrid no se merecía ni siquiera un poco de su consideración. Si lo había seguido teniendo a su servicio, había sido, simplemente, porque no tenía la más mínima idea de cómo manejar la tienda. Los primeros días lo había usado de muleta y ahora que sabía un poco más del negocio, podía darle una patada en el culo cuando le diera la gana. Eso él no iba a permitirlo. Prefería irse primero antes que pasar por semejante humillación. Su madre le había dicho que Greta podía darle trabajo en la librería y, aunque la idea no le agradase demasiado — pensaba que su prima hacía siempre demasiadas preguntas—, iba a aceptar la propuesta. Vio luces encendidas aún en la casa de Astrid; con certeza, estaría cenando sola en la cocina, mirando una novela por la televisión. Sin dudas, era patética, lo opuesto a su hermana. Dejó escapar un suspiro al recordar a Annete; no había un momento en el día en que no pensara en ella. La extrañaba demasiado. Sentía que su vida se había vuelto más gris de lo habitual desde que ella había muerto. Había perdido el interés por la tienda. Ya no tenía sentido seguir allí ahora que Annete no estaba más. Él la había amado profundamente y había tenido el privilegio de estar cerca de ella. Muchos en Mora pensaban que era un muchacho tímido, temeroso de

acercarse a una mujer, pero estaba seguro de que esas mismas personas se sorprenderían si se enteraban de la verdad.

Cuando vio que Astrid apagó todas las luces de la casa, se echó a andar. Greta lo estaba esperando, y no quería llegar tarde para no tener un disgusto con su madre.

Subió por la escalera lateral porque la librería ya estaba cerrada. Tuvo que golpear un par de veces antes de que su prima, por fin, le abriera.

—Pasa, Lasse. —Lo condujo hacia la cocina donde estaba preparando la cena—. ¿Me acompañas a cenar? Eso sí, debo advertirte que no soy buena cocinera —le dijo mientras metía coles dentro de una cacerola.

Lasse se encogió de hombros.

—Claro —fue lo único que dijo.

Greta percibió cierta apatía en el tono de voz. Ebba tenía razón, ya no era el mismo muchacho. Siempre había sido algo tímido y retraído, pero, indudablemente, había algo más que lo atormentaba. La muerte de Annete parecía que le había pegado con fuerza. Lo invitó a sentarse y puso un plato más en la mesa.

—La cena estará lista en unos minutos; te esperaba más temprano.

—Sí, perdón por la demora.

—¿Tenías mucho trabajo en la tienda? —le preguntó mientras retiraba las albóndigas del fuego. Probó un pedazo para cerciorarse de que no se había olvidado de ponerles la sal. No quería pasar un papelón con su primo, a pesar de que le había avisado que la cocina no era su fuerte.

—No, desde que murió Annete, ya no viene tanta gente. Astrid es un poco seca con los clientes, nada que ver con su hermana. No creo que la tienda progrese con ella al mando. Por fortuna, no estaré allí para ver cómo se viene abajo en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Tan mal está la cosa?

Lasse asintió.

—No sé si tía Ebba te lo comentó, pero, al principio, no podré pagarte mucho. Necesito primero recuperar el dinero que invertí en la librería. Por eso, mi propuesta es que solo trabajes medio día, por las tardes, que es cuando más gente viene, ¿qué te parece?

—Me parece bien. En cuanto al salario, no te preocupes, me las arreglaré con lo que quieras pagarme. —Esbozó apenas una sonrisa y miró a Greta a los ojos—. Te agradezco la oportunidad que me das, ya no quería seguir en la tienda. No sin Annete.

Greta se sentó a la mesa y sirvió el vino para ambos.

—Lo superarás, primo, ya verás.

Él asintió.

—Supongo que puedes empezar mañana mismo. Deberé explicarte cómo funciona todo, pero no es muy diferente a la tienda de artesanías. Precisamente, tengo que abrir unas cajas con libros que me llegaron hace un par de días. Ya sabes, inventariarlos, catalogarlos y demás.

—Sí, puedo hacer eso mañana si quieres. ¿A qué hora te parece que venga?

—A las tres y media, así tengo tiempo para mostrarte dónde están las cajas y todo lo demás. —Se puso de pie y regresó a la mesa con la bandeja de albóndigas y coles—. Ahora vamos a cenar, me muero de hambre, ¿y tú?

Lasse se quedó callado de repente, como si estuviera perdido en sus propios pensamientos. En ese momento, se escuchó el parloteo de *Miss Marple* quien reclamaba atención desde la sala.

—Disculpa, iré a ver lo que quiere.

Él apenas le prestó atención.

—*Miss Marple*, ¿qué es todo ese escándalo? —Se acercó a la jaula, el cuenco de semillas estaba lleno y aún había pedacitos de fruta que le había dado esa tarde. No estaba cantando *Gimme, gimme, gimme*, así que tampoco quería almendras.

—¡Greta, Greta, Greta! —la lora repetía su nombre una y otra vez, mientras se movía inquieta por todo el interior de la jaula. Abrió la puertita para que saliera. *Miss Marple* se subió en el respaldo del sofá. Ya no gritaba su nombre, pero era evidente que estaba nerviosa.

—¿Qué le pasa? —preguntó Lasse, parado en la puerta de la cocina.

Greta se volteó y se encogió de hombros.

—No lo sé, suele ponerse así de intranquila cuando hay algún desconocido o se avecina una tormenta. Descarto la primera opción, porque no es la primera vez que vienes a mi casa. —Miró a la lora nuevamente—. *Miss Marple*, cariño, ven aquí. —Estiró el brazo y lo dejó extendido para que ella se le subiera, pero el ave no le hizo el menor caso. Muy por el contrario, comenzó a andar por toda la sala sin detenerse—. Será mejor que la dejemos sola, ya se calmará —dijo finalmente resignada.

Cuando giró, se topó con su primo.

—Será mejor que me vaya; es tarde —le dijo al pasar junto a ella.

—Está bien, te espero mañana a las tres y media, entonces.

Él asintió con un leve movimiento de cabeza. Se dirigió hacia la puerta y se marchó.

Greta regresó a la cocina y vio que apenas había tocado la comida. Prefirió pensar que era porque no tenía apetito, y no, por su pésima reputación de cocinera.

Buscó a la lora y la encontró paseándose por el pasillo que conducía a la habitación. Se agachó, extendió el brazo y lo apoyó en el suelo. Esta vez, el ave sí se

le subió encima. Greta le acarició el pico; inexplicablemente, parecía más calmada.

Se acostó después de las nueve, *Miss Marple* no había querido entrar en la jaula, y Greta la dejó en la habitación para que se entretuviera jugando con la alfombra. No había trascurrido mucho desde que había apoyado la cabeza en la almohada, cuando el teléfono móvil comenzó a sonar. La lora reaccionó en seguida y se subió a la cama.

—¡Greta, teléfono! ¡Greta, teléfono!

Ella tomó el aparato y se llevó dos dedos a la boca, señal que usaba para transmitirle a *Miss Marple* que debía cerrar el pico.

—¿Sí?

—¿Greta? Soy Camilla Lindman. ¿Te he despertado?

Se alegró de escuchar la voz de la reportera.

—No, acabo de acostarme. Te llamé un par de veces hoy a la tarde, pero no contestaste.

—Sí, disculpa. Sé que debí avisarte que no podría ir a la reunión de hoy, pero estoy en medio de una investigación muy importante y se me pasó llamarte. Estuve fuera de la ciudad por cuestiones de trabajo. Por lo que hoy no tuve más remedio que quedarme en el canal hasta las tantas. Apenas vi en la contestadora que me habías llamado, te respondí de inmediato.

—No te preocupes, Camilla. Espero contar con tu presencia en la próxima reunión, aún no decidimos dónde hacerla, pero te avisaré apenas sepa algo.

—Estupendo, trataré de estar libre para entonces. Estas últimas semanas han sido bastante caóticas; estoy detrás de un caso que, cuando salga a la luz, dará mucho que hablar.

Greta percibió el entusiasmo en la voz de la reportera; era evidente que hacía su trabajo con verdadera pasión. Le llegó el murmullo de un timbre desde el otro lado de la línea.

—Disculpa, debo colgar ahora. Estoy esperando a una persona y parece que ya llegó. Nos vemos, adiós.

Camilla colgó tan rápidamente que Greta no tuvo ocasión de despedirse de ella.

* * *

Jakob Lindman entró al apartamento que compartía con su esposa cuando aún no había amanecido. El avión que lo traía de regreso a Mora había aterrizado en el aeropuerto de Siljan una hora más tarde de lo previsto, lo que lo había dejado

exhausto. Los viajes semanales que hacía a Arlanda se volvían cada vez más tediosos; lo único que deseaba era regresar a su hogar para compartir tiempo con Camilla. Últimamente, ella también estaba ocupada con una investigación que estaba llevando a cabo para su programa en TV5. Como solía suceder cada vez que trabajaba en un nuevo caso, se rodeaba de un gran hermetismo para preservar la información que obtenía. Ni siquiera a él, que era su esposo, le había contado qué estaba investigando exactamente.

«Te enterarás a su debido tiempo», le había dicho con aire de misterio; por lo que no tuvo más remedio que dejar de preguntarle. Arrojó la pequeña maleta de cuero encima del sofá y se aflojó el nudo de la corbata. El silencio que reinaba en el hogar —más allá de ser abrumador— resultaba reconfortante para él. Sobre todo, después de haber estado todo el día de reunión en reunión, moviéndose en taxi por Arlanda. Hacía tiempo que quería pedirle a su jefe que lo cambiara de sección. Ya estaba cansado de viajar y prefería trabajar detrás de un escritorio. Quizá le plantearía su petición en la próxima asamblea. Encendió la luz de una de las lámparas y fue hasta el minibar para servirse un trago. Lanzó una fugaz mirada hacia las escaleras; era extraño que Camilla no hubiera ido a recibirlo. Probablemente, aún estaría agotada por el viaje a Rättvik, donde había tenido que ir a causa de su investigación. Dejó el vaso vacío y se dispuso a subir hacia la habitación. Una mancha en la alfombra le llamó la atención. Se acercó y comprobó, aterrado, que era sangre. Siguió el rastro de las pequeñas gotas hasta la puerta de la cocina que estaba entreabierta. La empujó y entró.

La escena aparecía terrible: sobre el piso, yacía su esposa en medio de un charco de sangre. Corrió hasta ella con la esperanza de encontrarla aún con vida, pero ya estaba muerta. La tomó de los hombros y la estrechó contra el pecho.

—¡Camilla! —gritó desesperado mientras sus ojos eran testigo de la masacre que se había desatado en la cocina. Había salpicaduras de sangre por todas partes. Alguien se había ensañado mucho con su esposa. La apartó un poco para mirarla y le costó reconocer el bello rostro de Camilla debajo de la sangre y los hematomas. Volvió a abrazarla; lloró con el rostro hundido en su cabello.

Sabía que debía llamar a la policía, pero necesitaba un momento a solas con ella antes de que la apartaran definitivamente de su lado.

CAPÍTULO 15

La terrible noticia del asesinato de Camilla sembró rápidamente el pánico entre los habitantes de Mora. Después de la muerte de Annete Nyborg, las aguas parecían haberse calmado. Sin embargo, la tragedia los volvía a golpear. No había nadie en la ciudad que no hablara en las calles o murmurase en la iglesia sobre lo sucedido.

Camilla Lindman, una de las reporteras de TV5 había tenido una muerte horrenda. Alguien la había golpeado salvajemente con un objeto contundente hasta matarla. ¿Quién podría haberse ensañado con ella de semejante manera? Nadie podía hallar una explicación razonable, a no ser que su asesino fuese un loco. Claro que eso solamente acrecentaba el temor. En Mora, no estaban acostumbrados a hechos como aquellos y la gente no podía evitar sentir miedo.

Greta navegó el periódico en línea. Se detuvo en la sección de policiales. La muerte de la reportera la había golpeado profundamente, sobre todo porque había hablado por teléfono con ella la misma noche en que había sido asesinada. Aún retumbaban en su mente las últimas palabras que le había dicho la reportera.

«Estoy esperando a una persona, y parece que ya llegó».

¿Sería esa persona que Camilla estaba esperando quien luego acabaría con su vida? Un escalofrío subió por la espalda de Greta. La reportera le había abierto la puerta a su asesino.

Leyó la nota con atención, pero no decía nada nuevo. Karl le había contado solo un poco sobre el caso esa mañana temprano cuando la llamó por teléfono. No había querido que su hija se enterara por los diarios. La prensa no fue discreta: contó que la mujer había sido víctima de un asesino despiadado que la había golpeado hasta matarla. Incluso, el periodista que firmaba la nota explicó que la cocina de su vivienda parecía una carnicería. Además, añadió algunas palabras que, según él, había

mencionado el esposo, con las que confirmaba que el rostro de Camilla Lindman había sido destrozado a golpes.

Greta cerró la ventana del explorador. Hacía apenas unos cuantos minutos que había desayunado, y se le revolvía el estómago. Miró alrededor, el lugar le pareció más solitario y silencioso que nunca. Incluso *Miss Marple* estaba callada. Hanna ya no se quedaba a dormir por las noches. Seguía pensando que, si alguien hubiese querido hacerle daño, ya lo habría hecho. Quien había escrito «puta» en el muro de Némesis solo lo había hecho para enviarle un mensaje, el mismo que había recibido Mary Johansson. La policía no había relacionado oficialmente los dos hechos con la muerte de Annete; solamente tenían algunas sospechas, pero nada que pudiera probarse fehacientemente.

Miró el reloj y bajó a la librería porque era hora de abrir. Los primeros clientes llegaron casi de inmediato, se les adivinaba la consternación en los rostros. Les llevaría tiempo a los habitantes de Mora recuperarse del impacto que había supuesto el nuevo asesinato. La campanilla de la puerta volvió a sonar, y Greta sonrió al ver a Karl que se acercó a ella cuando el cliente que estaba atendiendo se marchó.

—Hola, cariño. —Pasó al otro lado del mostrador para abrazar a su hija—. ¿Cómo te encuentras?

De los labios de la muchacha brotó un suspiro lastimero.

—Sigo sin poder creer lo de Camilla. Hablé con ella justo antes de su muerte, papá.

—Sí, hija, lo sé. La autopsia revela que murió entre las diez y las once de la noche.

—Ella me llamó a las nueve y media. Se despidió pronto porque había llegado alguien a quien estaba esperando.

Karl asintió.

—Era su asesino, la hora de muerte coincide. ¿No te dijo algo más? —Quería evitarle a su hija el mal trago de ir hasta la comisaría a prestar declaración en calidad de testigo, por eso se había presentado en la librería esa mañana.

—Solamente me dijo que estaba investigando algo importante. También mencionó que había estado fuera de la ciudad por trabajo.

—Sí; su esposo nos confirmó que, el día anterior, Camilla había regresado de Rättvik, a donde había viajado precisamente a causa de la investigación que estaba llevando a cabo.

—Cuando hablé con ella, la noté algo extraña —recordó Greta de repente—. Al principio, pensé que era solo el entusiasmo con el cual hablaba de su trabajo, pero ahora que lo pienso, no sé, estaba como inquieta... nerviosa.

—Hemos inspeccionado la vivienda y, aunque su *laptop* ha desaparecido, descartamos que el móvil del crimen haya sido el robo.

—¿Su *laptop* ha desaparecido?

—Sí, su esposo nos dijo que allí Camilla tenía muchos documentos importantes, incluso los del caso que estaba investigando para su programa de televisión. Más tarde, vamos a interrogarlo oficialmente. El pobre está deshecho, tuvieron que llevarlo al hospital para que fuera atendido.

Greta asintió. No era para menos: de solo pensar en el terrible momento que debió de pasar el hombre al encontrar el cuerpo, se le helaba la sangre.

—Si el asesino se llevó la *laptop*, es porque estaba buscando algo. ¿Crees que la muerte de Camilla tenga que ver con la investigación que estaba llevando adelante?

—Es muy probable. Ojalá logremos sacar algo en claro cuando le tomemos declaración al esposo. —Karl echó un vistazo a la librería—. ¿Cómo va todo por aquí? —preguntó para cambiar de tema.

—Bien. Lasse empieza a trabajar hoy a la tarde.

—Sí, Ebba me lo comentó y me parece bien que tengas a alguien de confianza para ayudarte. Tu primo es un buen muchacho.

Greta estuvo tentada de contarle sobre la discusión que Lasse había tenido con Annete poco antes de su muerte, pero se abstuvo de hacerlo. Era mejor que el propio Lasse hablara con él.

—Supe que Hanna ya no duerme contigo por las noches.

—Así es. No puedo depender de ella eternamente, papá. Estaré bien; no ha sucedido nada extraño desde lo de la pintada, y no creo que vuelva a suceder —le dijo con la intención de tranquilizarlo.

—Me gustaría encontrar al maldito que lo hizo para meterlo en una celda oscura y fría durante varios días —manifestó Karl dejando aflorar su lado más visceral.

Greta sonrió. Podía comprender el enojo de su padre, pero no sería nada sencillo dar con el culpable. Estaba convencida de que la persona que la había insultado era la misma persona que había asesinado a Annete. No se trataba de un delincuente de poca monta; no, la persona que la policía buscaba era lo suficientemente inteligente como para haber perpetrado el crimen de la vendedora de artesanías y haberlo hecho pasar por una muerte natural.

Karl se marchó no sin antes escuchar cuando Greta le pidió que la tuviera al tanto de las novedades. Ella pasó la mayor parte de la mañana discutiendo con uno de sus proveedores, porque le había enviado una partida de libros defectuosos. Finalmente, había logrado que se los aceptara de regreso. Cerró Némesis. Se dispuso a embalar los libros que iba a devolver antes de almorzar. La verdad era que no tenía apetito y se

conformó con una fruta. *Miss Marple* comió lo mismo que ella sin chistar.

* * *

—Señor Lindman, soy el teniente Mikael Stevic; comprendo que no se encuentre en condiciones de declarar, pero debo hacerle algunas preguntas. —Mikael apartó la silla y se sentó frente al hombre. Estaban en una de las habitaciones del hospital Lassarets. Él habría preferido interrogarlo en la comisaría, pero, según el doctor que lo había atendido, Jakob Lindman debía permanecer internado en observación al menos durante veinticuatro horas más, debido al impacto emocional que había sufrido al hallar a su esposa asesinada.

Apenas asintió con un movimiento de cabeza.

—Antes que nada, quiero que sepa que siento mucho lo de su esposa. —Mikael se acomodó mejor en la silla y colocó una de sus manos sobre la rodilla izquierda. Ya había mostrado empatía con él, ahora debía dar inicio al interrogatorio—. ¿Podría decirme exactamente a qué hora llegó a su casa esta mañana?

No contestó de inmediato; no porque estuviera pensando una respuesta, sino porque no tenía deseo alguno de hablar sobre lo ocurrido.

—Señor Lindman, es fundamental que responda a mis preguntas. Queremos hallar al asesino de su esposa.

Jakob lo miró, cerró los ojos con fuerza, y, cuando los abrió, Mikael percibió que el hombre estaba haciendo un gran esfuerzo por no llorar.

—Debían de ser cerca de las cinco, aún estaba oscuro. El avión llegó con retraso; tomé un taxi desde el aeropuerto hasta mi casa.

Mikael sacó una pequeña libreta de cuero marrón y un lápiz para anotar aquel dato.

—¿Notó algo extraño cuando llegó?

—No. Supuse que, a esa hora, Camilla estaría durmiendo. Ella también había estado fuera de la ciudad el día anterior. Aprovechaba, cuando yo viajaba, para quedarse hasta tarde en la cama.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

Jakob dejó escapar un suspiro.

—Ayer por la tarde, me llamó por teléfono para decirme que su viaje a Rättvik había sido muy fructífero. La noté emocionada... feliz.

—Tengo entendido que su esposa hacía periodismo investigativo para el programa

en el cual trabajaba.

—Así es.

—¿Sabe qué estaba investigando?

—No. Camilla y yo estábamos muy unidos, pero a ella no le gustaba hablar sobre los casos en los que estaba metida. Yo me enteraba en qué había estado trabajando cuando presentaba sus informes en la televisión, nunca antes. Era muy celosa de su trabajo.

—Comprendo. —Mikael esperaba obtener algún indicio claro sobre qué estaba investigando la víctima al momento de morir, pero no contaba con aquel pequeño traspié—. Su *laptop* desapareció, por lo que inferimos que era allí donde precisamente guardaba los archivos más importantes.

—Sí, todo aquel que conocía a Camilla sabía que nunca salía sin ese endemoniado aparato. Desconozco si tenía copias de esos archivos en la oficina, pero, con lo precavida que era, lo dudo.

A Mikael le sorprendió saber que la reportera tomara con tanto celo su trabajo. El hecho de que ni siquiera comentara con su esposo sobre el caso que estaba investigando era, sin dudas, algo bastante inusual.

—Supongo que, con el trabajo que hacía su esposa, era posible que tuviera enemigos.

—No sabría qué decirle, Camilla era querida y admirada por sus colegas. Tenía una reputación intachable. Su programa era uno de los más vistos en el canal. Supongo que puede haber gente que se haya enojado con ella en algún momento, pero nada justifica la manera atroz en que la mataron.

El teniente Stevic asintió; casi podía jurar que la muerte de la reportera tenía que ver con alguna de sus investigaciones. Sabía cuál era el paso a seguir: iría al canal donde trabajaba y pediría sus archivos para echarles un vistazo.

—Bien, señor Lindman, es todo por ahora.

El hombre tomó a Mikael por la muñeca cuando él se levantó de la silla.

—Encuentre al que mató a mi Camilla...

Le respondió que sí con la cabeza, en silencio, y salió de la habitación. Atravesó el pasillo y una mujer joven, enfundada en un guardapolvo blanco le salió al paso.

—¿Mik, qué haces aquí?

Él alzó el brazo derecho y se pasó una mano por el cabello.

—Vine a interrogar al esposo de Camilla Lindman —respondió.

Pia observó a su esposo. Se le formaban unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos cuando estaba agotado.

—¿Estás bien? —Se acercó y le tocó la mano.

Él asintió.

—Sí, solo es que a veces quisiera haberme dedicado a otra cosa.

Pia sonrió. Era una mujer bajita de cabello negro y corto hasta los hombros. Tenía algunos kilos de más, que había ganado después de la boda. Sin embargo, ese sobrepeso no le quitaba un ápice de belleza. Era obstetra y, por una paradoja de la vida, no conseguía quedar embarazada. Lo deseaba mucho; es más, tener un hijo se había vuelto una obsesión para ella en el último tiempo.

—Mi turno termina en un par de horas, puedo prepararte pastel de patatas con crema —sugirió con una sonrisa en los labios.

La oferta era tentadora. Le hacía falta relajarse y compartir una cena decente en casa. Pia era una mujer estupenda, quizá demasiado buena para un hombre como él. No comprendía por qué lo seguía aguantando a pesar de su temperamento, de las horas que le dedicaba a su trabajo y, sobre todo, de sus infidelidades. Él sabía que estaba enterada, pero prefería no decirle nada, mucho menos reclamarle o pedirle que ya no la engañara. Muchas veces, Mikael se había preguntado la razón. Podía aventurarse a lanzar varias hipótesis como si de un caso de homicidio se tratase. Sin embargo, aun así, no había conseguido conocer el por qué de su actitud. Por lo pronto, el pastel de patatas con crema aparecía como una muy buena opción. Esa noche cenaría en casa con su esposa y haría un esfuerzo por no pensar en ninguna otra mujer.

Llegó a su casa cerca de las ocho, entró rápidamente y cerró la puerta. Venía calado hasta los huesos. Se quitó la chaqueta y la arrojó junto con las llaves del auto en una mesa. La sala estaba iluminada solamente por la luz de las velas; desde el equipo estereofónico le llegaba una suave melodía. Se pasó una mano por el cabello. Estaba exhausto. Para colmo de males, la investigación había llegado a un punto en el cual era difícil decir si estaban haciendo las cosas bien o mal. No había rastros aún del exnovio de Annete. Necesitaban encontrarlo, al menos para comprobar si era o no el padre del hijo que estaba esperando la vendedora de artesanías, porque, si las muestras de ADN no concordaban, se agregaría un nuevo misterio a la causa. Además, estaba el crimen de Camilla Lindman. Hablaría con Karl y pediría una orden para revisar su oficina lo antes posible, también interrogaría a sus colegas de TV5, alguien tenía que saber algo.

Escuchó ruido en la cocina. Al parecer, Pia había cumplido su promesa y, seguramente, estaba preparando la cena para él. Subió las escaleras corriendo en dirección al cuarto de baño. Necesitaba con urgencia una ducha caliente. Bajó veinte minutos después. Pia se había esmerado realmente. En la mesa ratona del living, había colocado el mantel de lino que le había regalado su madre y una de las tantas velas

perfumadas que coleccionaba y que compraba en Álhéns. Desde la cocina, le llegó el olor a arenque frito y el aroma dulzón del pastel. Fue hasta allí y descubrió que ella también se había esmerado en su aspecto. La contempló desde la puerta, mientras sazonaba el pescado. Llevaba una falda de lana negra que ayudaba a disimular el sobrepeso acumulado en sus caderas y una camisa roja ajustada al cuerpo. Se volteó y le sonrió. Mikael descubrió entonces que ella también había echado mano a su lencería más sexy, ya que una porción de encaje negro asomaba por debajo de la camisa.

—¿Cansado?

Mikael le devolvió la sonrisa.

—Sí, y con un hambre de oso —le dijo con un ojo en la bandeja que ella estaba preparando.

—Puedes servir el vino si quieres, mientras tanto. —Se acomodó el cabello detrás de la oreja—. En seguida llevo la comida.

Una vez en la sala, Mikael abrió la botella de vino blanco que su mujer había enfriado para la ocasión.

Ella se acercó un par de minutos después con la cena lista y dejó la bandeja sobre la mesa. Al hacerlo, la camisa se le abrió y él se dio cuenta de que Pia lo había hecho deliberadamente. Resultaba evidente que tenía la intención de seducirlo esa noche. Respiró hondamente; en el último tiempo, Mikael creía que la única razón por la que su esposa lo buscaba en la intimidad era porque quería quedar embarazada. Suponía que, después de haberse enterado de sus tantas infidelidades, ya no sería tan grato para ella hacer el amor con él.

Disfrutó la cena. Estaba famélico y se devoró el pescado y el pastel en apenas unos cuantos minutos. Pia, en cambio, apenas había tocado el plato. Eso sí, se había bebido dos copas de vino. Extendió el brazo por encima de la mesa y tocó la mano de Mikael. Le acarició suavemente los dedos, mientras que, con la otra mano, se abría un poco más el escote de la camisa.

—Dime, Mik, ¿aún me deseas? —le preguntó clavándole la mirada.

Él tragó saliva.

—Sé que, a pesar de todo, sigues queriéndome, pero necesito saber si aún te gusto, si te excito como antes.

No le sorprendió tanto su pregunta, sino más bien su actitud. Sin duda, el alcohol la había desinhibido.

—Pia, eres una mujer hermosa, siempre lo has sido —respondió él mientras le sonreía. La quería, pero al mismo tiempo la engañaba y ni siquiera sabía exactamente por qué lo hacía. Le era muy difícil resistirse cuando una mujer realmente le gustaba.

Si bien era cierto que, después de acostarse con otra, se sentía culpable, era algo que no podía evitar. Temía que, en cualquier momento, ella le echara en cara sus incesantes infidelidades y no tenía ánimos de discutir esa noche.

De repente, Pia se levantó del sillón y se acercó a su esposo. Lo empujó un poco hacia atrás y se montó encima de él, abriendo las piernas para ubicarse mejor en sus muslos.

—Tengamos un hijo, amor —le pidió.

—Pia... Ya hemos hablado del tema. —Le dolía que ella insistiera en quedar embarazada. Los especialistas le habían dicho que debía tomarse las cosas con calma, que el stress solo empeoraba la situación y hacía más difícil que pudiera concebir.

—Lo sé, pero hace tres años que estamos casados y lo deseo más que a nada en el mundo.

—Los médicos dijeron...

Ella no lo dejó continuar hablando. Levantó un poco sus caderas y le metió la mano dentro de los pantalones. Mikael sintió cómo su miembro reaccionó de inmediato ante aquel contacto, y, cuando Pia se acercó a su rostro y buscó sus labios, él la besó apasionadamente.

Unos minutos más tarde, la alzó en brazos y la llevó hasta la alcoba.

* * *

El primer día de trabajo de Lasse transcurrió tranquilamente. Greta le explicó el manejo del negocio, y no hubo necesidad de repetírselo. Había pensado en delegarle solamente tareas de inventario y catalogación, pero, ya que tenía experiencia como vendedor, decidió darle una oportunidad detrás del mostrador. Si se desempeñaba bien, Greta incluso podría tomarse, al menos, un par de tardes libres a la semana. La idea no le disgustaba en lo absoluto.

Al día siguiente, Lasse ya atendía a los clientes. Eso sí, bajo la atenta vigilancia de su prima que constataba que todo estuviese yendo sobre ruedas y que había tenido que reconocer que no lo hacía tan mal. Además, de a poco, el muchacho parecía dejar atrás la apatía en la que se había sumido desde la muerte de Annete. Incluso, Greta lo había visto echándole el ojo a una de sus clientes más regulares. Era una jovencita de unos veinte años aproximadamente; se llamaba Stella y le apasionaban los libros de misterio. Siempre visitaba la librería y buscaba las novedades. En el último tiempo, iba más seguido, exactamente desde que Lasse trabajaba en Némesis.

Una tarde, Stella entró a la librería acompañada de otra muchacha un poco mayor que ella y que vestía de manera casi escandalosa. La presentó como Karin, su hermana que, de inmediato, mostró interés por Lasse. Greta observaba todo desde un lugar apartado y le costaba mucho contener la risa. Resultaba evidente que las dos chicas habían puesto el ojo en el mismo hombre, aunque él parecía preferir a Stella. Después de bombardearlo a preguntas y comprar el último libro de Stieg Larsson, las hermanas se fueron.

Greta se acercó a su primo y no pudo evitar hacer un comentario al respecto.

—¿Simpáticas, verdad?

Él solo se encogió de hombros mientras ingresaba unos datos en el sistema informático.

—Stella está loca por ti, primo, pero parece que tiene una rival en su propia casa.

—¿Has visto cómo iba vestida su hermana? —preguntó de repente el muchacho.

—Sí, es bastante diferente a Stella, aunque creo que no es tan bonita como ella. ¿A ti cuál te gusta más?

—Nunca podría gustarme una mujer como Karin; se viste y actúa como una puta.

El comentario de Lasse dejó atónita a Greta. Era verdad que Karin usaba ropa provocativa y que parecía desenvolverse frente a los demás sin ningún problema, pero la manera en que su primo había llamado a la chica le pareció excesiva. Recordó el mensaje que le habían dejado en la pared de la librería. La palabra «puta» revoloteó en su mente durante unos cuantos segundos. Lasse se fue al depósito, porque tenía que reponer unos libros en el escaparate y la dejó sola, perdida en sus propios pensamientos.

CAPÍTULO 16

Greta se detuvo en seco apenas se bajó del coche. En uno de los puestos del estacionamiento de TV5, divisó una patrulla policial. Maldijo en silencio: no esperaba encontrarse con aquel percance. Estaba segura de que su padre, bueno, en realidad, de que ningún policía aprobaría lo que estaba a punto de hacer. Metió las llaves del Mini Cabrio en el bolsillo del abrigo y se acercó a la entrada principal de la emisora sigilosamente. Mientras lo hacía, miraba por encima del hombro para cerciorarse de no ser descubierta. Sabía que no era su padre quien conducía el Volvo; él, al ser inspector en jefe, tenía un modelo más discreto y moderno. Podía ser Mikael y la idea le disgustaba aun más.

En la recepción, una mujer joven le salió al paso y le preguntó qué deseaba. Decidió inventar una excusa plausible.

—Buenos días, señorita. Mi nombre es Greta Soderberg y vengo desde Rättvik. Tenía una cita con Camilla Lindman. —El apellido se le había ocurrido sobre la marcha, si decía el suyo, de inmediato se habrían dado cuenta de quién era en realidad.

La muchacha la miró con desconfianza.

—¿No se ha enterado?

Greta negó con la cabeza.

—Camilla murió hace un par de días.

Greta abrió bien grande la boca y fingió estupor.

—¿Muerta? ¡Cielos, no lo sabía! ¡Lo lamento tanto!

—Sí. Fue asesinada en su propio hogar. Una tragedia, realmente. Camilla era muy querida en la emisora; ojalá encuentren al asesino pronto. Hace un rato llegó la policía con una orden de registro: están revisando su oficina en este preciso momento.

—¿Sí?

La recepcionista asintió.

—¿Sería posible hablar con algún allegado a Camilla? Vine desde Rättvik porque tengo información del caso que estaba investigando; información importante — subrayó con la certeza de que sus palabras despertarían el interés de la muchacha.

—Pues su compañero acaba de llegar, creo que él podrá recibirla —le dijo mientras la conducía a través del pasillo hacia el área donde estaban ubicadas las oficinas.

Greta temió toparse con alguno de los policías que habían ido a indagar en los archivos de Camilla. Quienquiera que fuese, la reconocería de inmediato, y se armaría revuelo porque ella estaba husmeando donde no debía. Dejó escapar un suspiro, ya no había marcha atrás. Además, si conseguía averiguar algo, al final, se lo agradecerían.

Al menos, eso esperaba.

* * *

Mikael había estado casi dos horas metido en los estudios de TV5 buscando entre los archivos de Camilla Lindman sin ningún resultado. La reportera era más meticulosa de lo que le habían dicho; no encontró nada que pudiera darle una razón para que fuera asesinada. Como le había mencionado su esposo, los documentos más importantes los guardaba en su *laptop*, la misma que había desaparecido al momento de su muerte. En la emisora, había conseguido hablar con algunos de los colegas de Camilla, pero no logró nada con ellos. Suponía que alguien se había guardado información; no era posible que nadie supiera en qué estaba trabajando la víctima antes de morir. Lo único que le habían soltado era que la investigación de Camilla tenía que ver con su viaje a Rättvik, y esa información por sí sola no los conducía a ninguna parte. Se rascó la cabeza y respiró con fuerza. Sentía que había ido en vano. El crimen había conmocionado a todos en Mora. La sociedad entera exigía que se atrapara pronto al asesino. Además, por el hecho de que se trataba de un personaje público, se acrecentaba esa necesidad de justicia. Mikael podía sentir la presión de los medios y de la gente. Sin embargo, él también estaba en medio de otra investigación: la muerte de Annete Nyborg tenía que ser aclarada. En ese momento, el asesinato de Camilla Lindman era una papa caliente en manos de la policía. Karl incluso había comentado que uno de los magistrados de la Corte Suprema le había pedido que le diera prioridad al caso.

Salió de la oficina, mientras dos de sus oficiales acomodaban lo mejor que podían el desorden que habían ocasionado tras el infructuoso registro. Estaban sin pistas y a foja cero. Se sentó en una de las tantas sillas ubicadas a lo largo del pasillo. Miró hacia la derecha y alcanzó a divisar a dos mujeres. Se levantó de un sopetón en dirección a ellas cuando reconoció a una de las dos.

* * *

La recepcionista se detuvo frente a una puerta donde se podía leer el nombre de Herr Gudnason. Dio unos golpecitos. En el momento exacto en que el hombre que se encontraba en el interior les dijo que pasaran, alguien llamó a Greta desde el fondo del pasillo.

No quiso darse vuelta cuando reconoció la voz.

—¿Qué haces aquí?

El teniente Stevic se acercó hasta ubicarse detrás de ella, que no tuvo más remedio que enfrentarlo. Se tomó su tiempo para hacerlo porque necesitaba inventar una excusa creíble, aunque estaba segura de que él no se tragaría fácilmente una mentira. Alzó la cabeza y lo miró. No supo distinguir si estaba sorprendido o molesto por su presencia allí.

—Hola, Mikael —lo saludó con una sonrisa en los labios, tratando de ganar tiempo.

—Señorita Soderberg, ¿va a pasar a ver al señor Gudnason o no? —preguntó la recepcionista con impaciencia.

—La señorita... Soderberg hablará primero conmigo —intervino él con el énfasis puesto en mostrar que había registrado el apellido falso.

La recepcionista decidió marcharse y dejarlos a solas, ya bastante tenía con su trabajo como para encima tener que lidiar con ellos.

—¿Vas a decirme, finalmente, qué estás haciendo aquí? —insistió cruzándose de brazos.

—Vine a ver si podía averiguar algo sobre el caso que estaba investigando Camilla.

Mikael frunció el ceño.

—¿No crees que esa es nuestra tarea? Precisamente, por eso, estamos aquí.

—¿Y han encontrado algo? —se animó a preguntar a sabiendas de que quizá él no quisiera compartir información con ella.

—No. —Había cierta desazón en su semblante—. No hay nada sobre la investigación en la que estaba trabajando Camilla. Guardaba los archivos del caso en la *laptop* que fue robada de su casa. Jakob Lindman no nos pudo ayudar tampoco, ya que ni siquiera a él le había contado en qué andaba.

—Obviamente, el asesino no quería que la investigación saliera a la luz, por eso se llevó su *laptop* —adujo Greta.

Mikael asintió.

—¿Por qué has decidido venir e indagar por tu cuenta?

Greta dejó escapar un suspiro y su flequillo voló hacia arriba. Él sonrió ante aquel gesto que la hacía ver como una niña.

—Yo fui la última persona que habló con ella antes de que la asesinaran. Papá me dijo que la hora de su muerte coincide con el momento en que me llamó por teléfono. El asesino golpeó a su puerta mientras Camilla hablaba conmigo...

—Sí, lo sé. —Percibió que aquel hecho la había dejado algo perturbada.

—Antes de colgar, me dijo que, cuando la información que tenía saliera a la luz, daría mucho que hablar. Por eso, me aventuré a venir hasta aquí, quizás alguno de sus colegas sepa algo.

Mikael estuvo de acuerdo con ella. La única opción que le quedaba, después de haber puesto patas para arriba la oficina de Camilla, era volver a hablar con algunos de sus compañeros de trabajo. No había logrado mucho la primera vez que los había interrogado, pero, de todos modos, iba a insistir.

—Yo me ocuparé de hacerlo, será mejor que regreses a la librería —le sugirió.

Greta no estaba dispuesta a obedecerlo.

—Estaba a punto de ser recibida por uno de sus colegas más allegados —protestó.

—Yo hablaré con él.

—¿Y crees que te dirá lo que sabe?

—¿Por qué no lo haría?

—Porque Camilla era bastante celosa de la información que manejaba. No han encontrado nada en su oficina y me has dicho que tampoco le contó a su esposo en qué estaba trabajando. Hay mucho hermetismo alrededor como para que alguien suelte la verdad así como así. Mucho menos a la policía —añadió mirándolo seriamente.

Mikael estaba comenzando a perder realmente la paciencia con ella.

—¿Por qué no me dejas intentarlo a mí?

—¿Qué te hace pensar que contigo sí hablará?

—Es simple. Le he dicho que vengo de Rättvik y que tengo información importante del caso que estaba investigando Camilla —le soltó por fin.

Él se quedó pasmado. No supo si reírse ante la ocurrencia o lanzarle un sermón. La estrategia no era del todo mala, aunque sería difícil conseguir algo si mentía de entrada. Se quedaría sin argumentos pronto a la hora de hablar con el reportero. Cuando el tipo descubriera que ella no era quien decía ser, dudaba de que le concediese algo de información.

—No irás a ningún lado valiéndote de una mentira, Greta. Se dará cuenta de inmediato de que no sabes nada de la investigación.

—Si eso sucede, le diré la verdad.

Mikael seguía vacilando.

—No lo sé...

—¿Qué puedes perder? Déjame intentarlo al menos —le pidió ella con una sonrisa.

No supo si fue precisamente por esa sonrisa o por su terquedad, pero terminó por aceptar la propuesta, aun a riesgo de que Karl lo regañara más tarde.

—Está bien, pero entraré contigo.

—De ninguna manera; sabrá de inmediato que eres policía.

Respiró profundamente y sonrió con ironía: no solo tenía que aceptar que Greta hablara con el sujeto por él, sino que también debía quedarse esperando afuera. ¿Cómo había logrado ella salirse con la suya tan fácilmente?

No tuvo tiempo para encontrar una respuesta al dilema, ya que Greta lo dejó de pie, en medio del pasillo y se metió en la oficina del compañero de Camilla Lindman después de golpear la puerta.

Herr Gudnason se levantó de la silla apenas vio entrar a la muchacha pelirroja que, según le había anunciado Olga, la recepcionista, venía de Rättvik. Extendió la mano y le sonrió.

—Hola, tú debes de ser Greta Soderberg.

Ella le dio la mano y le devolvió la sonrisa. De inmediato, se dio cuenta por la manera en que el periodista se le quedó viéndola de que, quizá, no le sería tan difícil conseguir que soltara la lengua.

—Sí, lamento la muerte de Camilla. Ha sido algo terrible.

—Siéntate —la exhortó señalándole un enorme sofá verde musgo ubicado frente al escritorio. Él se acomodó junto a ella—. Precisamente, antes de su asesinato, Camilla había viajado a Rättvik. ¿Pudiste hablarle entonces?

Greta no supo qué decir exactamente, pero las cartas ya estaban echadas y tenía que jugar.

—No, por eso me acerqué a Mora. No pude verla cuando estuvo en mi ciudad y concertamos una cita por teléfono —mintió—. Jamás me imaginé lo que sucedería.

Leí en la prensa que la mataron en su propio hogar. —Le había dicho a la recepcionista que acaba de enterarse, pero no creía que él lo supiera.

Herr respiró hondamente y asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Fue una conmoción total. Todos en el canal seguimos sin creerlo. Nos va a costar reponernos de esta tragedia: Camilla era muy querida, y yo, uno de sus compañeros más allegados.

—Por eso me indicaron hablar contigo.

Herr le sonrió nuevamente y le clavó la mirada, gesto que provocó que Greta se sintiera más incómoda de lo que estaba; ya no solo por haberse presentado urdiendo un engaño, sino porque era más que evidente que había causado una muy buena impresión en el periodista. Tenía la firme certeza de que, si Herr Gudnason no hubiera estado tan afectado por la muerte de su compañera, se habría tirado un lance con ella. E iba a usar ese interés a su favor.

—Camilla estaba investigando un hecho ocurrido hace más de treinta años en tu ciudad. Dio con el caso por casualidad, cuando encontró un viejo artículo en un periódico local y, desde entonces, se obsesionó con él. Incluso me dijo que no quería que fuera solo un informe periodístico; estaba recopilando datos para escribir un libro.

Greta escuchaba con atención, tenía que pensar y tenía que hacerlo rápido. El periodista le podía preguntar de un momento a otro qué sabía ella del caso en cuestión. Esperaba que su encanto fuera suficiente, para que él no la sacara a patadas de la oficina. Se aclaró la garganta y se dispuso a hablar, pero Herr le ganó de mano.

—Camilla era muy celosa de su trabajo. —Se acercó a Greta, como si quisiera decirle algo en confidencia—. No le gustaba hablar con nadie al respecto, pero conmigo hacía una excepción.

—¿De verdad?

—De verdad. —Herr bajó la mirada hasta posarla en las piernas de Greta que se asomaban por debajo de la falda—. Me contó que hubo un caso de asesinato en Rättvik en el año 1979. Según sé, una mujer había torturado y asesinado a una de sus hijas. Aunque supongo que tú ya lo sabes, ¿no? Me dijo Olga que venías a ver a Camilla, precisamente, porque tenías algo que contarle.

Greta tragó saliva. Era ahora el momento de sacar un as de debajo de la manga.

—Sí; ella quería ponerse en contacto con algún familiar de la chica asesinada; como yo trabajo en el ayuntamiento de Rättvik, me pidió que revisara los registros.

Herr extendió el brazo por encima del sillón hasta casi rozar el hombro de Greta que se dio cuenta de que la expresión del rostro del periodista ya no era la misma. Ahora había desconfianza en su mirada.

—¿Y encontraste algo? —le preguntó de repente.

Greta negó con la cabeza.

—Lamentablemente, no. Eso venía a contarle justamente a Camilla, los registros de la familia desaparecieron. —Fue lo único que se le ocurrió decir en ese momento.

—¿Y viniste hasta aquí solo para decirle eso? —El hombre frunció el ceño y la contempló fijamente.

—Creí que era mejor decírselo en persona. Además, tenía que visitar a unos parientes y aproveché el viaje para saludarlos —añadió para sonar más convincente, aunque dudó de que lo estuviera consiguiendo. Él ya no le creía, pudo percibirlo en sus ojos y en el tono de voz. De repente, se puso de pie, se acercó a su escritorio, giró y le dijo:

—Sé que estás mintiendo y me gustaría saber por qué.

—Yo...

—No trates de negarlo. No creo que Camilla te haya pedido que busques información de la familia de la víctima de Rättvik. Ella misma revisó todos los registros y siguió el rastro de uno de los involucrados en el caso hasta aquí. Se sorprendió mucho al saber que la persona que buscaba era alguien que vivía en Mora, alguien a quien ella conocía.

—¿Sabes de quién se trataba?

—No, nunca quiso decírmelo. Mejor dime tú por qué te presentaste con una mentira.

Greta se puso de pie. La había atrapado, ya no tenía caso continuar con el engaño.

—Está bien, tienes razón: te mentí y lo siento. La verdad es que he venido hasta aquí por un motivo diferente. Conocí a Camilla y estaba hablando por teléfono con ella cuando el asesino llamó a su puerta. Después de matarla, robó la *laptop* donde ella guardaba los archivos del caso. Es evidente que quien la asesinó no quería que la verdad saliera a la luz.

—¿Eres policía?

—No, no lo soy; pero en el pasillo está el teniente Stevic. ¿Te importa si lo invito a pasar?

El hombre se encogió de hombros. Greta fue hasta la puerta, la abrió y se asomó para llamar a Mikael, que se acercó y se presentó ante el periodista.

—Mikael, Herr me confirmó que Camilla estaba investigando un crimen ocurrido hace más de treinta años en Rättvik y que siguió el rastro de uno de los involucrados hasta aquí. Ella conocía a esa persona, sabía quién era —le informó Greta.

El teniente Stevic se llevó ambas manos a la cintura y observó al hombre que tenía enfrente con atención. Greta había conseguido su propósito, al menos contaban con nuevos datos para seguir adelante con la investigación. A juzgar por el modo en que

los ojos del tal Herr Gudnason se desviaban hacia el trasero de la muchacha, comprendió que no le había resultado nada complicado sacarle información sobre el caso.

—¿Qué más sabe sobre ese crimen ocurrido en Rättvik? —Mikael carraspeó para atraer su atención.

Los ojos oscuros del periodista se apartaron de mala gana de la anatomía femenina para posarse en el rostro adusto del teniente.

—Nada más. Camilla confiaba en mí, pero no me contaba demasiado del caso, solo sé lo que le he dicho a ella.

—Bien. Si descubrimos que el caso en el cual estaba trabajando tiene que ver con el homicidio, lo que usted acaba de contarle a Greta será primordial para seguir adelante con la investigación.

—Greta me dijo que el asesino se llevó su *laptop*.

—Así es.

—Eso solo ratifica que el móvil del crimen era evitar que se siguiera indagando sobre lo sucedido hace más de tres décadas —repuso Herr—. Camilla guardaba toda la información del caso allí. Su idea era escribir un libro, y alguien quería impedir que lo hiciera.

A Mikael no le gustaba que el periodista se pusiera a jugar al detective, mucho menos le caía en gracia que le sonriera a Greta cada cinco segundos y que ella le devolviera la sonrisa. Por eso, agradeció cuando Gudnason recibió una llamada telefónica y se excusó con ellos porque lo requerían en otro lado.

—Tiene sentido, ¿no crees? —dijo Greta no bien salieron del canal para dirigirse hacia el estacionamiento—. Camilla estaba investigando un crimen ocurrido en Rättvik hace treinta años; siguió el rastro de alguien que estaba involucrado en el caso hasta aquí. Conocía a esa persona y es muy probable que la contactara. Quería escribir un libro sobre el hecho. Parece que a ese alguien no le gustó mucho que revolviera en el pasado y terminó asesinándola.

—¿Tu teoría es que la mataron para evitar que hablara en su libro sobre el asesinato de Rättvik?

Asintió, aunque no veía a Mikael muy convencido.

—No lo sé. ¿Por qué asesinarla si cabía la posibilidad de demandarla en un juicio para impedir que el libro se publicase?

—Porque lo que más desea el asesino es mantener el anonimato. Si el caso hubiera llegado a la corte, todo el mundo se habría enterado de lo sucedido en 1979.

—Debía de existir algún otro motivo para querer asesinarla; algo de más peso.

—¿Algo como qué? —insistió Greta en saber.

—Lo ignoro, pero, si el motivo que provocó la muerte de Camilla se remonta a un asesinato ocurrido hace más de treinta años, debemos comenzar por el principio.

Greta se detuvo frente al sitio donde estaba estacionado su Mini Cabrio y desactivó la alarma. Luego lo miró nuevamente a los ojos.

—¿Irás a Rättvik?

—Tendré que hacerlo. Aunque el caso del asesinato de Annete también requiere mi atención.

—¿No puede ir papá o Nina en tu lugar?

—Nina está de baja, se quebró el pie hace un par de días; no pudo pasar en un peor momento. Con respecto a tu padre, está muy ocupado con lo del tráfico de armas, tiene encima a los de Delincuencia Organizada y es muy difícil para él ocuparse personalmente del caso. Para colmo, los de arriba nos han exigido que le demos prioridad al crimen de Camilla por el estado público que tomó. No sé con qué recursos. Mora no es Estocolmo, y parece que no se dan cuenta —se quejó.

Greta comprendía la situación perfectamente. Muchas veces, durante los años de adolescencia, había escuchado a su padre quejarse por asuntos similares. Sin embargo, confiaba en la capacidad de Mikael, e, incluso, ella estaba dispuesta a ayudarlo en todo lo que fuera necesario. Creía que no hacía falta que se lo dijera, pero, por las dudas, lo hizo.

—Puedes contar conmigo.

Mikael la miró. En ese momento, tuvo un deseo enorme de abrazarla. Se contuvo.

—Greta, agradezco tu ayuda, pero no eres policía y lo sabes.

—Por supuesto que lo sé, mi padre se encarga de recordarme siempre que tiene la ocasión lo buena policía que habría sido si hubiera seguido sus pasos.

—Y no se equivoca.

Greta se sonrojó.

—¿Crees que hubiera sido buena?

—De las mejores —respondió con una sonrisa. Estaba a punto de decirle algo más, pero el teléfono móvil comenzó a vibrar dentro del bolsillo de la chaqueta—. Discúlpame un momento.

Se apartó un poco de ella para responder la llamada. Greta, en vez de meterse en el auto y marcharse, lo observó con atención. Cuando él se volteó, supo que había recibido una buena noticia.

—Debo irme.

—¿Qué sucede?

—Han hallado por fin al exnovio de Annete.

CAPÍTULO 17

Esa misma tarde, Greta llamó a Selma para preguntarle si pensaba continuar asistiendo al Club de Lectura. Pensaba que la enfermera se rehusaría a volver. Se sorprendió cuando ella le dijo que estaría presente en la siguiente reunión.

«No voy a permitir que lo que sucedió cambie el curso de mi vida», le había dicho. Greta creyó percibir en esas palabras que Selma, finalmente, comenzaba a superar el mal trance por el que había pasado. Se alegraba por ella, sin embargo le inquietaba sobremanera que el crimen de Annete no se hubiera resuelto todavía y más aun temía que el asesino pudiera salirse con la suya. Era inaudito que, en una ciudad pequeña como Mora, se hubiesen cometido dos asesinatos en menos de un mes. Incluso se podría aventurar a decir que ambas muertes estaban relacionadas, pero no había nada que hiciera suponer semejante cosa. Greta sacudió la cabeza, estaba elucubrando nuevamente, viendo conexiones donde no las había. Sin embargo, había algo que le hacía ruido y no sabía exactamente qué. Por el momento, el único vínculo que unía a las víctimas era que ambas pertenecían a su Club de Lectura. Se dejó caer en la cama, contempló el cielo raso, cerró los ojos y respiró profundamente. Ella siempre se dejaba llevar por la intuición que pocas veces le había fallado. Se sentó en la cama y observó el reloj; faltaba aún media hora para que llegara Lasse y tuvieran que abrir la librería. Tenía tiempo todavía de tratar de dilucidar si su teoría estaba errada o no. Se dirigió hacia el pequeño escritorio que tenía debajo de la ventana; buscó el cuaderno colorado donde anotaba las frases que más le gustaban de las novelas de misterio. Trató de ponerse en la piel de alguno de los detectives que protagonizaban esas novelas. ¿Qué haría el excéntrico Hercule Poirot o la sagaz solterona Jane Marple? Mordisqueó la punta del lápiz mientras fijaba los ojos en la hoja en blanco que tenía frente a ella. Comenzó por anotar lo que ya sabía.

«Annete Nyborg: asesinada el 15 de enero en su casa. El asesino pretendió hacer creer que murió por una falla cardíaca; en realidad, fue envenenada con una sustancia conocida como...». Dejó el espacio en blanco, porque no recordaba el nombre de la droga, Mikael se lo había dicho, pero lo había olvidado. «Estaba embarazada de tres meses, y aún no se sabe quién es el padre de su hijo. Henrik Steinkjer: descartado. August, su exnovio: desapareció hace cinco meses, pero pudo verse de nuevo con ella y dejarla embarazada». Subrayó el nombre, porque todavía cabía la posibilidad de que fuera él el padre de ese niño. La policía lo había hallado y pronto se sabría. «Amante misterioso: Henrik pensaba que Annete se estaba viendo con alguien más. ¿El padre de su hijo, quizá?». Colocó un enorme signo de interrogación al lado. Luego, y tras pensarlo durante varios segundos, escribió el nombre de su primo y anotó: «A Lasse le gustaba Annete. Cuando le confesó sus sentimientos, ella se burló de él, lo que provocó su enojo. Creo que mi primo no le dijo a la policía sobre la pelea que tuvo con la vendedora de artesanías. Él, además, fue testigo de la discusión entre Selma y Annete de quien sabía que era la amante de Henrik Steinkjer». Seguía, en la lista, precisamente, el matrimonio Steinkjer. Empezó por la mujer. «Increpó a Annete cuando se enteró de que andaba con su marido. Tenía acceso a la droga, pero tiene una coartada para la noche del crimen. Él: estaba obsesionado con Annete y no quería perderla. Le mandó una carta amenazante. Sospechaba que se veía con alguien más. Dijo no saber sobre el embarazo. Tiene la misma coartada que su esposa. ¿Habrán mentido para protegerse mutuamente? No lo creo». Esto último lo remarcó con el lápiz.

Luego, con letras grandes, escribió: «Descartar crimen pasional. Posible motivo: castigar a la víctima por su vida licenciosa. Hechos que refuerzan mi teoría: el ataque a Mary Johansson, madre soltera, y la palabra “puta” en la pared de la librería después de ser vista con Mikael».

Leyó todo lo que había escrito. Aunque había un par de incógnitas aún, sabía que iba por buen camino. Dio vuelta la página y escribió: «Crimen de Camilla Lindman: asesinada brutalmente a golpes en su casa minutos después de que habló conmigo por teléfono. Alguien llamó a su puerta; por la hora, se trataba de su asesino. *Laptop* robada de la escena del crimen. Camilla estaba investigando un hecho ocurrido en el año 1979 en Rättvik. ¿Posible móvil? Tal vez, sí», escribió y luego añadió: «¿Relación con el homicidio de Annete?». En ese punto se detuvo; no encontraba nada que relacionara las dos muertes, excepto que ambas mujeres eran miembros del Club de Lectura. Agregó también un dato importante que no podía pasar por alto: «Camilla conocía a alguien que estuvo involucrado (todavía no sé de qué manera) en el crimen cometido en Rättvik hace más de treinta años».

Se mordió el labio inferior y caviló durante unos cuantos segundos. ¿Sería precisamente esa persona la misteriosa conexión que podía existir entre la muerte de Annete y la de Camilla? Volvió a colocar un enorme signo de interrogación junto al texto que acababa de escribir.

Unos golpes en la puerta le impidieron seguir con sus reflexiones. Miró el reloj. Debía de ser Lasse. Cerró el cuaderno para, luego, guardarlo dentro del cajón del escritorio. Salió de la habitación; le abrió a su primo. Se coló una ráfaga helada de viento que hizo que Greta temblara cuando Lasse entró en la sala.

—¿Cómo estás, prima?

—Bien, ¿quieres beber algo caliente antes de bajar a la librería? —le ofreció mientras se dirigía a la cocina.

Lasse la observó. Siempre que llegaba, lo primero que hacía ella era preguntarle si deseaba tomar algo. Agradecía la buena disposición y el hecho de que le hubiera dado trabajo, pero se estaba empezando a hartar de sus atenciones. ¿Acaso seguía viéndolo como a un niño? Aunque ella fuera cinco años mayor que él, eso no lo hacía menos hombre. No necesitaba de los cuidados de nadie, mucho menos de una prima entrometida. Bastante tenía con soportar a su madre como para encima dejar que Greta lo tratara de esa manera.

Ella se dio vuelta al no obtener una respuesta.

—¿Qué dices?

—No quiero nada. Si tuviera deseos de beber algo caliente, te lo pediría —respondió tajante.

Asintió, había tratado de sonreír, pero no pudo: Lasse se había molestado cuando ella solo había sido amable con él. La actitud del muchacho volvía a sorprenderla. Era la segunda vez que tenía aquel arranque repentino de ira, y no sabía cómo reaccionar frente a ello. Lo atribuyó al vuelco que había dado su vida últimamente. No debía de ser sencillo para él superar la muerte de Annete y el posterior alejamiento de la tienda. Estaba segura de que, con el pasar del tiempo, volvería a ser el muchacho tranquilo y amable que en las reuniones familiares prefería quedarse callado en un rincón observando todo atentamente.

Bajaron a la librería y abrieron a las cuatro en punto. Greta trató de olvidarse de lo sucedido. Le pidió a Lasse que exhibiera en el escaparate los nuevos ejemplares que habían llegado, mientras ella se dedicaba a quitarle el polvo a los libros de los estantes antes de que comenzaran a caer los clientes.

* * *

Mikael se asombró cuando entró en su despacho y se encontró con Nina.

—¿Qué haces aquí? Creí que estabas de baja.

Nina giró en la silla lentamente y le sonrió.

—No podía quedarme en casa sin hacer nada. Puedo dar batalla perfectamente aún —le dijo haciendo alusión al pie escayolado.

—No lo dudo. —Fue hacia el escritorio.

—Dos manos y un pie y medio extras no te vendrán mal —bromeó.

Él le sonrió.

—¿Karl te envió, verdad?

—No exactamente —explicó—. Me comentó que los de Delincuencia Organizada lo tendrán ocupado por un buen rato. Me recomendó —más bien, me exigió— que siguiera las indicaciones del doctor. —Obvió contarle a Mikael la parte en la que Karl le había dicho: «No cometas una tontería»—. Sé que puedo recibir una sanción, pero ¿cómo iba a dejarte solo? Mucho menos ahora que tenemos dos casos de homicidio entre manos.

Él no podía creer que Nina hubiera pasado por encima del jefe, pero le agradaba tenerla de regreso. En los dos días que llevaba ausente, la había extrañado.

—La policía de Gävle logró dar con el paradero de August Lathi —le informó—. Debe de estar por llegar de un momento a otro.

—¿Dónde se había metido?

—Después de abandonar a su novia y marcharse de Mora, consiguió trabajo en un barco mercante que zarpó de la costa de Gävle en agosto. Regresó a tierra hace unos días. No sabía nada de lo de Annete; cuando uno de los oficiales portuarios le informó que lo buscábamos para interrogarlo por el asesinato, se quedó muy impresionado.

Nina frunció el ceño.

—No vamos a sacar nada en limpio de su declaración. El sujeto no veía a Annete desde hacía por lo menos cinco meses. Si estaba en alta mar, es imposible que sea el padre del hijo que ella estaba esperando.

—De todos modos, le tomaremos una muestra de ADN para descartarlo. No estoy de acuerdo contigo en que no conseguiremos nada con él. August puede saber cosas de la vida de Annete que ignoramos y, si, efectivamente, no es el padre de su hijo, quizá conozca o sospeche quién puede ser.

Nina estuvo de acuerdo con él. No perdían nada con interrogarlo. Por el momento, era la única pista que tenían y debían aprovecharla al máximo.

—¿Y qué hay del caso de Camilla Lindman? ¿Alguna novedad?

Mikael se estiró hacia atrás y cruzó ambos brazos sobre el pecho.

—Justamente, acabo de llegar del canal donde trabajaba. No encontramos nada en

su oficina, pero, según uno de sus colegas, ella estaba investigando un homicidio ocurrido hace más treinta años en Rättvik. El caso de una madre que torturó y mató a su hija. Según dijo este mismo colega, Camilla logró dar con el paradero de uno de los involucrados; al parecer, esa persona vive o vivía aquí, en Mora. El asesino se robó la *laptop* donde guardaba todos los archivos relacionados con la investigación y será difícil averiguar de quién se trata. Greta especuló que ese podía ser el móvil del crimen: alguien que no desea que lo sucedido salga a la luz, aunque yo no estoy del todo convencido.

—¿Greta? ¿Ella estaba contigo? —preguntó Nina, curiosa.

—No, fue por su cuenta. Me la encontré de casualidad. Es más, fue ella la que consiguió hablar con el compañero de Camilla y le sonsacó información —reconoció.

—Es innegable que esa muchacha es astuta y sabe obtener lo que se propone. Es una pena que no haya seguido los pasos de su padre: habría sido una excelente policía —comentó entre risas—. Tiene el olfato y la desfachatez que se necesita para este trabajo, ¿no crees?

Mikael se pasó una mano por el pelo y se reacomodó en la silla: un gesto que le sirvió para evitar responder a la pregunta de Nina de inmediato. Después de unos segundos, por fin habló.

—Debo reconocer que tiene muy buena intuición. Fue la primera que sembró la idea de que Annete pudo morir por algo más que una simple falla cardíaca. —Vio cómo su compañera sonreía al escuchar sus palabras—. Sin embargo —se atajó—, es demasiado impulsiva y juega al detective todo el tiempo.

—Y te gusta —remató la sargento para estudiar su reacción.

Mikael no supo qué decir. Podía simplemente negarlo e incluso soltar una carcajada de asombro, pero sabía que sería inútil: ella no se lo tragaría. Lo conocía bastante bien, sabía de su debilidad por las mujeres y había sido testigo muchas veces de sus salidas clandestinas; hasta le había prestado su casa en un par de ocasiones para que llevara a una amiguita de turno. No aprobaba esa conducta, pero siempre le decía que ella no era quién para juzgarlo.

—Greta es una mujer hermosa...

—Y sabemos de sobra que tú no puedes resistirte a una mujer hermosa. El problema aquí es que, si Karl se entera, te corta los huevos. —Nina lanzó una carcajada—. Apuntaste mal esta vez, Mikael.

—Greta es inalcanzable para mí. Y no lo digo solamente por su padre: ella se encargó de dejarme bien en claro que no quiere involucrarse sentimentalmente con nadie, mucho menos con un hombre casado como yo.

—Casado y mujeriego empedernido.

—Tú lo has dicho; no tiene caso ni siquiera hacer el intento, no resultaría.

La sargento guardó silencio y lo observó. Rápidamente, notó que le fastidiaba no salirse con la suya. Greta le gustaba más de lo que quería reconocer. No debía de estar habituado a una situación semejante; cuando le gustaba una mujer, Mikael se acercaba a ella y la conquistaba con su sonrisa y su labia. Con Greta, había sido totalmente diferente.

El teléfono sonó en ese momento; uno de los oficiales le avisó que August Lathi ya había llegado.

—¿Me acompañas a interrogarlo? —le preguntó ofreciéndole el brazo para ayudarla a desplazarse hasta la sala de interrogatorios.

—Por supuesto, vamos.

* * *

Greta cenó algo liviano esa noche y le preparó un *mix* de frutas a *Miss Marple*, a pesar de que estaba algo molesta con ella por haber repetido el nombre de Mikael durante todo el santo día. La había regañado varias veces e incluso trató de hacer que la lora olvidara el nombre enseñándole otro que sonara fonéticamente parecido, pero resultó inútil. Después de limpiar la cocina, bajó a la librería. Quería buscar algunas cosas en Internet y, eventualmente, imprimirlas. Allí era el único lugar en el que tenía acceso a la red e impresora. Había estado todo el día pensando en lo que le había dicho Herr Gudnason sobre el caso de la madre que había asesinado a su hija y que había obsesionado a Camilla. Lo único que sabía era que el crimen había ocurrido en el año 1979 en Rättvik. Abrió el buscador y escribió un par de palabras claves para hallar información. Saltaron menos resultados de lo que esperaba, hizo clic sobre el primero y la llevó a una nota periodística fechada en el mes de agosto de 1979. Leyó con atención, pero, de inmediato, se dio cuenta de que el artículo no decía mucho. Su autor, al pie de página, reclamaba abiertamente que la policía local negaba información a la prensa sobre el homicidio. Solamente, se mencionaban los nombres: Elena Revenu, la víctima; y Hilda Åland, su madre y asesina. Ni siquiera se hablaba de la supuesta tortura que había sufrido la jovencita antes de morir. Buscó más información, pero, al parecer, la policía no cooperaba mucho con la prensa treinta años atrás. Media hora más tarde, apenas podía sostener los párpados. Imprimió el artículo que había leído y lo colocó dentro del cuaderno colorado donde había apuntado todo lo que sabía de los dos crímenes. Luego, lo dejó debajo del mostrador.

Se moría de sueño, ya tendría tiempo para ponerse a investigar al día siguiente. Subió a la casa. Cuando pasó junto a la jaula, la lora comenzó a parlotear.

—¡Mikael, Mikael!

Giró y la fulminó con la mirada, pero el ave ni se inmutó. Ella corrió hasta la habitación, se arrojó encima de la cama y se cubrió la cabeza con una almohada. Afortunadamente, unos minutos más tarde, *Miss Marple* se calló y pudo conciliar el sueño.

* * *

Mikael se sentó, y, a su lado, se ubicó Nina. Frente a ellos se encontraba August Lathi que los miraba con una extraña mezcla de recelo y consternación en el semblante.

—Son las once y cuarenta minutos. El teniente Stevic y la sargento Wallström se disponen a interrogar a August Lathi en relación al homicidio de Annete Nyborg —dijo Mikael tras encender la grabadora, luego miró al hombre—. ¿Le han leído sus derechos?

Asintió con la cabeza. Tenía cerca de treinta años, con una contextura física robusta, el pelo rubio casi blanco y las cejas tupidas. Los ojos eran tan claros que parecían dos trozos de hielo.

—La policía de Gävle nos informó que hace aproximadamente cinco meses se embarcó usted hacia Finlandia —expuso el teniente Stevic.

—Así es; cuando me fui de Mora, un amigo me ofreció ir con él a trabajar en un barco mercante y acepté. Ya nada me unía a esta ciudad. Después de que rompí con Annete mi único deseo era alejarme.

—¿Por qué terminó su relación con la víctima? —preguntó Nina.

August juntó ambas manos encima de la mesa y comenzó a mover los dedos nerviosamente.

—Me di cuenta de que ella no era para mí.

—¿Por qué?

August miró a Mikael, luego a Nina; tras unos cuantos segundos de silencio, se dispuso a contestar.

—Annete no me amaba, no como yo creía o deseaba que lo hiciera. Solo había una cosa por la que ella sentía verdadero amor: el dinero y el poder que este podía otorgarle. —Hizo una pausa para respirar—. Yo no podía brindarle lo que necesitaba, lo descubrí demasiado tarde. Supo conseguirlo en otro lado. Comencé a sospechar

cuando la vi luciendo joyas que nunca antes le había visto usar. Me engañaba y me decía que eran de fantasía y que se las había comprado en el centro comercial, pero no le creí. Pronto comprendí lo que estaba sucediendo. Ella tenía un amante; un hombre, que estaba casado y cumplía cada uno de sus caprichos. Supongo que el muy imbécil se sintió halagado ante el hecho de que una mujer como Annete le hiciera caso. La confronté un día y le dije que sabía lo que estaba haciendo; intentó retenerme a su lado a pesar de todo, pero yo ya no podía seguir con la relación.

—¿Sabe quién era el hombre casado con el cual lo engañaba? —preguntó Mikael.

—Sí; se llama Henrik Steinkjer. Tiene una oficina de bienes raíces en el centro. Annete me dijo que estaba loco por ella y que hacía todo lo que le pedía. Pretendía que siguiéramos juntos, mientras ella le sacaba dinero. Como podrán imaginar, no iba a entrar en su perverso juego.

Nina miró a Mikael. Pidió su consentimiento para formular la próxima pregunta. Él se lo dio.

—Annete estaba esperando un hijo; tenía un embarazo de tres meses cuando fue asesinada. Hemos comprobado genéticamente que Steinkjer no era el padre de ese niño.

—¿Embarazada? —La expresión del rostro le cambió radicalmente. Ahora había desconcierto en sus ojos—. No lo sabía. Ella siempre se cuidaba, decía que un hijo solo le traería problemas. —Los miró a los dos—. Si piensan que yo puedo ser el padre de ese niño, están equivocados. Estuve fuera del país los últimos cinco meses.

—¿No regresó en ninguna ocasión a Mora y vio a Annete?

—No, puede verificarlo con mi jefe. El barco no regresó a Gävle en todo ese tiempo.

—¿Quién cree entonces que pueda ser el padre del hijo que esperaba Annete? —insistió en saber Nina.

—No tengo la menor idea, sargento.

Y ambos policías sabían que les estaba diciendo la verdad. Dieron por terminado el interrogatorio cuando vieron que ya no podrían obtener más información. Le dijeron que ya podía marcharse y abandonaron la sala.

—¿Qué sigue ahora? —preguntó Nina sin poder simular su decepción.

—Debemos comprobar que Lathi estuvo en ese barco todo este tiempo; mandaré a uno de los chicos a Gävle a investigar. Si, efectivamente, no regresó a Mora, no será necesario hacerle un examen de ADN.

—Lo que nos deja peor que antes. Seguimos sin saber quién es el padre de ese niño.

—Revisaré los expedientes nuevamente, quizá se nos pasó algo.

Nina asintió.

—Yo me marchó; si llega Karl y me ve aquí, pondrá el grito en el cielo. —Y, lidiando con su pie escayolado, se alejó en dirección a su oficina.

Mikael miró el reloj: era muy tarde, pero no se iría a casa aún. No tenía ganas de ver a su esposa esa noche; por eso, lo mejor que podía hacer era quedarse y echarle un vistazo a lo que tenían hasta ahora sobre el homicidio de Annete Nyborg. Cualquier indicio que se les hubiera pasado por alto podía significar la resolución del caso.

* * *

Lasse entró en la librería y cerró la puerta tras él antes de que el frío se colara en el interior del local. Divisó a Greta en uno de los pasillos acomodando unos libros en uno de los estantes.

—¡Ya estoy con usted! —gritó ella desde lo alto de la escalera.

Él se acercó sigilosamente a ella por detrás y la observó con detenimiento. Greta se dio vuelta y se sorprendió al verlo.

—¡Lasse, qué sorpresa! —Dejó el último libro que le faltaba acomodar y se dispuso a bajar.

El muchacho se colocó a un costado de la escalera y le tendió la mano para ayudarla. Greta le sonrió y aceptó la ayuda.

—Vine porque mamá me pidió que te invitara a almorzar; siempre se está quejando de que no la visitas y me envió para buscarte.

Greta sabía que no tenía escapatoria. Su tía Ebba era capaz de llevársela de una oreja si no aceptaba la invitación.

—Me encantará almorzar con ustedes; faltan aún unos minutos para cerrar y luego debo darme un baño...

—Si quieres puedo atender la librería mientras tú te preparas —le sugirió interrumpiéndola.

—Está bien; ya sabes lo que tienes que hacer. Estaré lista en media hora a más tardar.

—Tómame el tiempo que necesites, mi madre no sirve el almuerzo hasta la una.

—Perfecto. —Apartó la escalera del pasillo y corrió a toda prisa hacia arriba.

Lasse se ubicó detrás del mostrador. En el sistema informático, observó las ventas de esa mañana. No habían sido muchas, pero, seguramente, se debía a la intensa nevada que se había desatado y que echó por tierra el pronóstico de buen clima para

esa semana que había anunciado el presentador de la radio. Miró hacia la calle, no se veía un alma. Se sentó en la banqueta y comenzó a jugar con un bolígrafo. De repente, un cuaderno de tapas coloradas captó su atención. Era la primera vez que lo veía allí, debajo del mostrador. Lo tomó y, al hacerlo, un papel se cayó al suelo, se agachó y lo levantó. Era un artículo fechado hacía más de treinta años y que parecía bajado de Internet. Abrió el cuaderno y descubrió que su prima anotaba allí frases o fragmentos de novelas. Le parecía absurdo que alguien se tomara el tiempo de hacer semejante tontería. Pasó las páginas rápidamente y se detuvo, de repente, cuando vio el nombre de Annete.

Leyó con atención lo que parecían ser las conjeturas de Greta acerca de los crímenes que habían ocurrido en la ciudad. Se puso tenso cuando descubrió que su nombre aparecía escrito allí.

La puerta de Némesis se abrió en ese momento. No tuvo más remedio que dejar el cuaderno en su sitio para que Greta no se diera cuenta de que lo había estado mirando.

Mientras atendía a la mujer que acababa de entrar, no podía apartar de su mente la posibilidad de que su prima estuviera acercándose a la verdad.

CAPÍTULO 18

Greta estuvo toda la tarde padeciendo unas terribles molestias en el estómago. El delicioso pero succulento almuerzo que su tía Ebba había preparado especialmente para ella —y que había disfrutado tanto— le estaba pasando factura. Se había bebido tres tazas de té digestivo, pero, aún así, continuaba descompuesta. Lasse, amablemente, se había ofrecido a atender la librería esa tarde. Por lo tanto, se quedó metida en la cama, leyendo una buena novela de misterio. No sabía si era por efecto del té o por lo débil que había quedado después de entrar y salir del baño todo el día, pero, después de leer unas pocas páginas, se quedó dormida.

Abrió los ojos, pero ya no se encontraba en su habitación, se vio a sí misma en el púlpito de la iglesia donde oficiaba el reverendo Erikssen. Cuando miró a su alrededor, descubrió que el lugar estaba lleno. Había rostros familiares y otros que nunca había visto antes. Sin embargo, todos los allí presentes tenían algo en común: la manera en que la observaban. Greta notó el reproche en aquel centenar de ojos que parecían desnudarla sin contemplaciones. Agachó la cabeza, como si un poder sobrenatural la hubiese conminado a hacerlo. Descubrió entonces una cruz invertida en el suelo, junto a sus pies. El silencio abrumador que reinaba en el interior de la iglesia se desvaneció cuando todas aquellas personas que la observaban con desprecio comenzaron a susurrar, una y otra vez, la misma palabra.

Putá.

Greta se cubrió los oídos, pero seguía escuchándolos, como si las voces se le hubiesen metido dentro de la cabeza. Se bajó del púlpito y, al pie de las escaleras, se topó con Britta Erikssen.

—¿A dónde crees que vas, Jezabel?

Intentó huir, pero Britta la asió del brazo con fuerza.

—¡Suéltame! —gritó desesperada. Logró zafarse y corrió a través del pasillo; Linda Malmgren le salió al paso.

—¡Mereces morir como Annete! ¡Eres igual a ella! ¡Una puta que se mete con hombres casados! —la increpó la esposa del alcalde antes de escupirle el rostro.

Greta se alejó, pero, al hacerlo, descubrió que había alguien más detrás de ella. Giró rápidamente y se topó con su primo Lasse.

—¡Putas, no eres más que una puta! —la insultó, mirándola con rabia para luego soltar una carcajada.

Salió corriendo y buscó entre la multitud el rostro de su padre o de Hanna, pero ellos no estaban. La habían dejado sola. Apretó los ojos con fuerza y oró para que aquel infierno acabase por fin. Una mano le tocó el hombro y alguien pronunció su nombre.

—Greta, despierta.

Ella abrió los ojos. Lo primero que vio fue el rostro de su primo. Se sentó en la cama rápidamente y se cubrió con las mantas. Estaba sudando frío; no podía dejar de temblar. Había tenido la pesadilla más horrible de su vida. Ver a Lasse, así, de repente, la atemorizó todavía más.

—¿Qué... qué sucede?

Percibió de inmediato que algo no andaba bien.

—Creo que deberías bajar.

—¿Por qué?

—Será mejor que lo veas con tus propios ojos.

Las palabras cargadas de misterio del muchacho, solo acrecentaron su angustia. Le pidió que saliera de la habitación y se vistió lo más rápido posible. Se sentía pésimamente mal, estaba segura de que tenía fiebre, pero tenía que ver qué demonios estaba sucediendo. Bajó a la librería: allí todo parecía estar en orden. Vio a Lasse de pie junto a la puerta, se acercó. Al hacerlo, descubrió la razón de tanto misterio.

Greta corrió hacia donde estaba su coche estacionado. Observó espantada el rayón que empezaba en la parte trasera del Mini Cabrio y terminaba en la portezuela del lado del conductor, donde había dos letras talladas.

Una «P» y una «U».

La palabra estaba incompleta, pero no importaba: ya conocía perfectamente el significado de aquel nuevo mensaje.

Una vez más el insulto y el misterio.

Greta cruzó los brazos sobre el pecho para controlar el temblor.

¿Cuándo acabaría toda aquella pesadilla?

* * *

Mikael observó la caja que contenía los expedientes del caso de Annete y dejó escapar un suspiro. Había leído aquellos documentos solo en un par de ocasiones y debía darles otra ojeada. Esta vez, con más detenimiento. Obvió el resultado de la primera autopsia porque la causa de muerte estaba errada. Sí leyó el segundo informe donde se mencionaba la adenosina. Quien había asesinado a Annete sabía que la sustancia se metabolizaba tan rápidamente que era casi imposible de detectar si no se la buscaba específicamente. Aquel indicio había apuntado a Selma desde el principio, pero, después, las sospechas se fueron diluyendo. La enfermera tenía una coartada, proporcionada por su esposo, quien también estaba involucrado en el caso de manera directa. No podía descartar a ninguno de los dos todavía; podían estar cubriéndose las espaldas y sería cuestión de tiempo hasta que pudieran averiguarlo. En cambio, si Greta tenía razón y los dos ataques sufridos por ella y Mary Johansson tenían relación con el crimen de Annete, ¿qué motivo podría tener Selma o su esposo para cometer tales actos? No se le ocurría ninguno. Siguió leyendo y se topó con la declaración que había dado la tarde anterior August Lathi. Mientras había estado desaparecido, el exnovio de Annete era una persona de interés dentro del caso, pero, después de haberlo interrogado, quedó más que claro que habían estado equivocados con respecto a él. La teoría de un amante misterioso cobraba cada vez más fuerza, si descubrían quién era, quizá podrían resolver una parte de la investigación. Revisó los informes de los testigos. Halló la declaración que el propio Karl le había tomado a su sobrino Lasse donde se hablaba de la discusión entre Selma y la víctima. No había hablado todavía con el muchacho, que había trabajado muy cerca de Annete hasta el momento de su muerte y que podía saber algo. Se había enterado de que ahora ayudaba a Greta en la librería. Pasaría por Némesis apenas saliera de la comisaría para hacerle un par de preguntas y, de paso, como quien no quiere la cosa, volvería a ver a Greta.

Se estiró en la silla y bostezó. Estaba exhausto, aquel día había sido un día realmente agotador. Esperaba que Pia ya estuviese durmiendo cuando llegase a su casa. Acomodó, como pudo, los expedientes dentro de las cajas y se marchó de la comisaría pasadas las siete y media.

Cuando llegó a la zona comercial y dobló por Millåkersgatan, se sorprendió al ver un pequeño grupo de gente alrededor del auto de Greta. Ella también estaba allí, parecía tratar de convencer a la gente de que regresara a sus casas. Se dio cuenta de que algo malo sucedía. Aceleró y estacionó frente a la librería. Se bajó inmediatamente. Se abrió paso entre los curiosos: pronto descubrió el motivo de aquel

revuelo. Aunque ella se esforzaba por ocultarlo, alcanzó a ver el rayón en la parte izquierda de su Mini Cabrio y las dos letras en el asiento del conductor. Se acercó y, cuando la tuvo frente a él, notó que estaba pálida y con los ojos rojos.

—Greta, ¿qué tienes?

—Mikael —ella pronunció débilmente su nombre—, por favor, que se vayan, diles que se vayan.

Él se dio media vuelta y sacó su placa. La levantó y la mostró a todos los presentes.

—¡Soy el teniente Stevic y les ordeno que se retiren ahora mismo! ¡No hay nada que ver aquí!

Bastaron solamente la placa y las palabras para que todos los curiosos se esfumaran. Lasse asió a su prima por el hombro y la instó a que entrara en la librería, pero ella se negó.

—No tiene caso que te quedes aquí afuera.

—Greta, tu primo tiene razón. Será mejor que entres, yo me encargo de todo. Llamaré a la comisaría para que vengan a buscar tu coche. Esta vez contamos con material para llevar a cabo una pericia exhaustiva. Te aseguro que atraparemos al que hizo esto —le prometió, mirándola a los ojos.

Asintió y creyó en la promesa. Lasse la acompañó hasta el interior de la librería. Greta se sentó en el sillón Chesterfield, pero, al instante, tuvo que salir corriendo en dirección al baño, las náuseas eran tan intensas que iba vomitar de un momento a otro. Permaneció tirada en el suelo junto al sanitario durante un buen rato. Parecía que se le estaba yendo la vida con cada arcada. Se puso de pie y respiró hondamente; después, se dirigió al lavabo y se mojó el rostro con abundante agua fría. Escuchó unos golpecitos en la puerta; luego, la voz de su primo.

—¿Greta, necesitas algo?

—No, Lasse, regresa a la librería y cierra por mí, por favor —le dijo. Cuando sintió los pasos del muchacho, fue hasta la puerta y la abrió—. ¿Mikael se ha ido?

—No, está esperando que vengan a buscar tu auto.

Greta sonrió; no pudo simular la tranquilidad que le daba saber que él aún continuaba allí.

—Dile que en seguida bajo.

Regresó y se miró en el espejo: estaba hecha un desastre. El cabello se le había pegoteado por culpa del sudor. Tenía que darse una ducha. Seguramente, los peritos tardarían en llegar. Así que, sin perder más tiempo, se quitó la ropa y se metió debajo del agua.

Cuando bajó a la librería, olía a agua de rosas, a pesar de que se le revolvía el

estómago. Al menos, ya no apestaba a sudor. Encontró a Lasse detrás del mostrador. No vio a Mikael por ningún lado. Se volteó y descubrió que estaba en el sector de lectura hojeando un libro. Él se levantó de inmediato cuando la vio acercarse.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias. Creo que aún tengo un poco de fiebre, pero lo peor ya pasó.

—¿Qué te sucedió?

—Una fuerte indigestión. Almorcé en casa de mi tía Ebba. No le estoy echando la culpa a ella directamente, pero su solomillo de cerdo en hojaldre con salsa de oporto es una bomba que, por desgracia, estalló en mi estómago —le contó pasándose una mano por el abdomen y poniendo cara de dolor.

Mikael sonrió.

—¿Has visto a un médico?

—No es necesario, me he tomado varios téis digestivos y, poco a poco, voy recuperando la forma. —Se dejó caer en uno de los dos sillones. Mikael la imitó.

—Los peritos van a tardar un poco en venir a recoger tu coche porque estaban trabajando en las afueras de la ciudad. ¿Por qué no me cuentas qué fue lo que sucedió?

—No puedo decirte demasiado. Estuve prácticamente toda la tarde en cama. Lasse se encargó de atender la librería. Vino a despertarme cerca de las siete y media para que bajara y viera con mis propios ojos lo que le había sucedido a mi Mini Cabrio.

—¿A qué hora regresaste de lo de tu tía?

—A eso de las dos.

—¿Lasse vino contigo?

—No; él se quedó en su casa y llegó a la hora de abrir Némesis, unos pocos minutos antes de las cuatro —le explicó.

—Es decir que el auto estuvo estacionado dos horas aproximadamente frente a la librería.

Greta asintió.

—Es evidente que la persona que lo rayó tuvo que salir huyendo o estuvo a punto de ser sorprendido *in fraganti*.

—¿Lo dices porque no alcanzó a escribir la palabra completa?

—Exacto. Hay que reconocer que tuvo la osadía de hacerlo a plena luz del día, en una calle bastante transitada, arriesgándose a que alguien lo viera.

—Sí, por eso es muy probable que alguno de los vecinos pudiese haber visto algo.

—Los interrogaré mañana mismo. A propósito; con todo lo ocurrido, me olvidé de decirte que precisamente yo venía a interrogar a tu primo.

—¿A Lasse, por qué? —preguntó Greta bajando la voz para evitar que el

muchacho la escuchara.

—El interrogatorio de August Lathi nos llevó solo a un callejón sin salida. Es imposible que sea el padre del hijo que estaba esperando Annete. Estaba subido a un barco a más de trescientas millas de distancia rumbo a Finlandia. Negó tener algo que ver, y le creo. El único amante de Annete que August conocía era Henrik Steinkjer, pero sabemos que él tampoco es quien la dejó embarazada. Nos dijo también que ella no deseaba tener un hijo, que se cuidaba, por lo que se puede inferir que quedó embarazada de manera accidental. Eso prueba nuestra teoría de que había un tercer hombre involucrado, quizá no un amante, pero alguien que sí tuvo sexo con ella.

Greta no necesitó saber más para darse cuenta del motivo que tenía Mikael para interrogar a su primo.

—¿Crees que Lasse...?

—Yo no creo nada. Por lo pronto, quiero hablar con él para ver qué sabe de los amoríos de Annete. Trabajaba a su lado y convivía con ella a diario. Es muy probable que conozca la identidad del amante misterioso.

Greta comenzaba a ver las cosas de otra manera. Tenía su propia hipótesis sobre todo aquel asunto, pero prefirió no comentarla con Mikael en ese momento. Esperaría a que él interrogase a su primo. No quería perjudicarlo basándose solamente en meras suposiciones.

—Puedes hablar con él ahora mismo si quieres; ya es hora de cerrar. Creo que lo mejor será que ambos suban a mi casa; van a estar más cómodos allí —le sugirió. Su intención no era entrometerse, simplemente consideraba que el muchacho se sentiría más tranquilo si era interrogado allí, en vez de en la comisaría.

—Gracias. —Mikael se puso de pie y se dirigió hacia el área del mostrador. Greta lo siguió de cerca.

—Lasse, ¿podría hablar contigo un momento?

El requerido entró en estado de alerta de manera tan evidente que los otros se dieron cuenta de su reacción.

—¿Conmigo? ¿Por qué? Si es por lo del auto de Greta, yo no vi nada —se apresuró a aclarar.

—No, no es por eso. Se trata de Annete Nyborg.

—Primo, tranquilo, Mikael solamente quiere hacerte algunas preguntas debido a que tú trabajabas con ella.

Lasse miró a su prima durante unos cuantos segundos; después, clavó sus ojos verdes en el rostro impávido del policía.

—Está bien, teniente Stevic; hablemos.

Mikael notó desafío en sus palabras. Ambos subieron junto a Greta y se ubicaron

en el sofá de la sala, mientras ella les preparaba un café.

—¿Cuánto tiempo hacía que trabajas con Annete?

—Dos años; entré una semana después de que abrió la tienda.

—¿Cómo era tu relación con ella? Me refiero a tu trato diario.

Lasse tardó unos segundos en contestar. La oportuna aparición de su prima con el café, le dio tiempo para urdir una respuesta.

—Cordial; nos hicimos amigos. Era unos años mayor que yo, pero congeniamos de inmediato.

—Supongo que la conocías bien entonces.

—No sé a qué se refiere exactamente con eso.

—Iré directo al grano, muchacho. ¿Sabías que Annete tenía un amante?

—Sí; ella dejaba una cinta roja en el escaparate cada vez que quería verse con él.

—¿Y sabes quién era ese hombre?

—Henrik Steinkjer.

—Según tu declaración, fuiste testigo de la discusión entre tu jefa y la esposa de Steinkjer.

Lasse asintió.

—Henrik le envió a Annete una carta amenazadora pocos días antes de su muerte. Ella quería dejarlo, ¿sabes por qué?

Lasse negó con la cabeza.

—¿Estás seguro? Pasabas mucho tiempo con ella: es muy posible que supieras el motivo por el cual ya no quería saber más nada con Steinkjer. —Podía percibir que Lasse le estaba ocultando algo, tenía años de experiencia encima y sabía cuándo alguien trataba de engañarlo.

Greta se quedó en un rincón apartado de la sala. Observó a su primo: lo notó inquieto y asustado.

—No puedo ayudarlo, teniente. No sé por qué ella deseaba dejarlo.

Mikael no quería perder la calma, pero le molestaba cuando alguien le mentía de aquella manera.

—Mira, muchacho, si sabes algo es mejor que lo digas ahora. Supongo que apreciabas a Annete y quieres que su crimen se resuelva, ¿verdad?

El aludido asintió con un ligero movimiento de cabeza.

Greta se preguntó por qué su primo no aprovechaba ese momento para contarle a Mikael sobre la discusión que había tenido con Annete días antes de su muerte. Decidió intervenir.

—Lasse, debes decirle todo lo que sabes. —Hizo énfasis en la palabra «todo».

Mikael la observó con gesto interrogante, pero ella apartó de inmediato la mirada.

Era más que evidente que entre ambos primos existía un secreto. Volvió a posar los ojos claros en el rostro pálido de Lasse.

—No debes ocultarle información a la policía, muchacho. Podría acusarte de entorpecer la investigación...

—Lasse, dile lo que sucedió —lo interrumpió ella. Sabía que Mikael no iba a desistir tan fácilmente en su postura de «policía malo».

El muchacho la fulminó con la mirada.

—Habla; te conviene hacerlo —lo presionó el teniente Stevic.

Suspiró profundamente: su prima lo había puesto en evidencia y ahora no tenía más remedio que contarle al policía lo que se había empeñado en ocultar.

—No creo que lo sucedido sea relevante para el caso —le dijo de repente.

—Deja que sea yo quien juzgue eso.

—Está bien, se lo voy a soltar. Un par de días antes de que Annete muriera, ella y yo tuvimos una discusión.

Mikael alzó las cejas en señal de asombro, no era eso precisamente lo que esperaba.

—¿Por qué discutieron?

—Fue una tontería. Le dije que me gustaba; y ella, simplemente, se rio en mi cara.

Mikael observó con atención el semblante de Lasse, pudo percibir que aún le molestaba aquel suceso.

—¿Te enojaste con ella?

—Sí; pero después comprendí que tenía razón en despreciarme. Soy un don nadie, y ella está... estaba acostumbrada a la buena vida. Obviamente, un pobre diablo como yo no podía competir con sus amantes ricos.

Mikael reparó de inmediato que el muchacho se había referido en plural a los amantes de la víctima.

—¿Amantes? Entonces Henrik no era el único...

Lasse se encogió de hombros.

—Fue solo una manera de decir. Si tenía a alguien más, yo lo ignoraba —contestó sin mostrar ningún tipo de emoción.

El teléfono de Mikael comenzó a sonar y tuvo que interrumpir el interrogatorio. Se puso de pie para hablar más cómodo. Greta ocupó su lugar.

—Has hecho bien en contarle a Mikael lo que sucedió con Annete.

Lasse la miró y no dijo absolutamente nada; no hizo falta: sus ojos verdes hablaban por él. A ella se le borró la sonrisa de la cara. Agradeció cuando el teniente se acercó nuevamente.

—Son los peritos, me avisaron que acaban de llegar. Se llevarán tu coche con la

grúa. ¿Tienes algún documento importante dentro?

Negó con la cabeza.

—¿Puedo retirarme? —preguntó, de repente, Lasse.

Mikael se pasó una mano por la cabeza. No estaba molesto, sino frustrado por no haber obtenido el nombre del supuesto amante misterioso.

—Sí; si necesito de tu testimonio nuevamente, te avisaré.

El joven saludó a su prima con un frío «hasta mañana» y se marchó sin siquiera despedirse del teniente Stevic.

Cuando se quedaron a solas, se hizo un silencio bastante incómodo.

—Creo que yo también debo irme, se ha hecho tarde —dijo él mirándola a los ojos.

—Sí, luces cansado.

—Lo estoy. —Comenzó a caminar hacia la puerta—. Greta, con respecto a lo sucedido hoy, ¿no prefieres pasar la noche en casa de tu padre? Yo puedo llevarte si lo deseas, me queda de camino.

—No, no quiero preocupar a papá. Estaré bien.

—¿Segura?

—Sí, segura.

Mikael asió el pomo de la puerta y se detuvo. Ella se dio cuenta de que él estaba retrasando el momento de irse.

—Hasta mañana —dijo Greta como forma de poner fin a la tensión que pendía en el aire entre ambos.

—Que descanses.

Cerró la puerta, se recostó sobre ella y entornó los ojos. Se tomó todo el tiempo del mundo para relajarse y respirar profundamente. Pero el parloteo de *Miss Marple* acabó con su tranquilidad.

Lánguidamente, se dirigió a la cocina para ver qué quería.

CAPÍTULO 19

A la mañana siguiente, Greta recibió la visita de su amiga. A juzgar por la cara de preocupación, Hanna se había enterado lo que había sucedido con el coche.

—¡Debió de haber sido terrible! —exclamó llevándose una mano a la cabeza—. ¿Aún no sabes quién fue?

—No, la policía se llevó el Mini Cabrio para periciarlo, espero que sirva de algo —respondió sin demasiadas esperanzas.

—Ojalá que puedan detener pronto al hijo de perra que te hizo esto. Mora se ha vuelto un nido de ratas. Primero, el crimen de Annete; después, el *graffiti* en la librería y el ataque a la casa de Mary. Por si fuera poco, Camilla también es asesinada. Ahora, vuelven a dejarte ese mensaje horrible.

Greta ordenó unos libros que le había encargado uno de sus clientes encima del mostrador y dejó escapar un suspiro.

—Toda esta situación me supera; hasta la policía está desconcertada.

—Supe también que fue Mikael quien acudió ayer después de lo sucedido con tu coche.

—Sí, pero en realidad él apareció por pura casualidad, nadie lo llamó. Venía a interrogar a Lasse y se encontró con semejante espectáculo.

—¿A Lasse, para qué?

—Quería saber si él tenía conocimiento de que Annete tuviera otro amante. No sé si sabes, pero su ex no es el padre del hijo que esperaba, y el ADN de Henrik Steinkjer dio negativo.

Hanna abrió exageradamente los ojos.

—¿Annete se veía con alguien más?

—Eso parece.

—¿Lasse? —sugirió Hanna.

Greta negó con la cabeza.

—No, mi primo me contó que ella lo rechazó cuando le confesó que le gustaba, prácticamente se burló de él.

—Entonces, ¿quién?

—Lo ignoro —respondió Greta encogiéndose de hombros. Se agachó y buscó debajo del mostrador papel para envolver los libros que el cliente vendría a buscar de un momento a otro y vio su cuaderno colorado. Se había olvidado que lo había dejado allí. Le pareció extraño que el artículo que había impreso de Internet estuviera separado: ella lo había metido dentro del cuaderno, o al menos eso creía. Volvió a meter el papel en su sitio y lo dejó a la vista para recordar llevárselo más tarde.

—¿No tienes miedo?

La pregunta no la sorprendió.

—Puedo venir a quedarme contigo por las noches si lo deseas.

—La verdad es que no quiero molestarte, amiga.

Hanna le sonrió.

—No es ninguna molestia; me encanta que podamos compartir más tiempo juntas. Además, debes ponerme al tanto de las novedades.

—No hay mucho que contar lamentablemente. El crimen de Camilla me tiene muy intrigada...

—No me refería exactamente a ese tipo de novedades —le dijo mirándola con los ojos entornados.

—No empieces, Hanna. No ha sucedido nada entre Mikael y yo. La realidad es que nunca va a haber nada entre nosotros.

—¿Es por tu padre o aún sientes algo por Stefan?

—Por ninguna de las dos cosas —respondió con la verdad. Si bien Karl no aprobaría nunca que ella se metiera con un hombre como Mikael, si ella estuviera realmente enamorada de él, no permitiría que nadie se entrometiera y viviría su amor como más le gustase. Sin embargo, esa no era la situación. Con respecto a Stefan, apenas pensaba en él y los pocos recuerdos que tenía no eran demasiado agradables —. Mikael está casado, y esa es una barrera infranqueable para mí —añadió por último, para zanjar el tema.

Una llamada telefónica ayudó a dar por terminada aquella conversación que solo la incomodaba.

—Librería Némesis.

—Greta, cariño, ¿cómo estás? Supe lo que sucedió ayer.

—Estoy bien, papá. Hanna está conmigo. Vino a quedarse desde anoche —le

mintió para tranquilizarlo.

La fotógrafa la miró de mala manera: desaprobaba esa actitud.

—Tu coche está en manos de los peritos. Por fortuna, el clima estuvo de nuestro lado, y, con certeza, podrán encontrar algún rastro para dar con el autor. —Hizo una pausa—. Lamento no poder moverme de la comisaría ahora; los de Delincuencia Organizada me tienen al mando de sus operaciones aquí en Mora, y mi oficina es un caos. No veo la hora de terminar con todo este asunto. —Greta escuchó que respiraba hondo—. Pasaré a verte en la noche, hija.

—Te voy a estar esperando, papá. Hasta luego.

—No tenías por que mentirle a tu padre diciendo que estuve contigo anoche.

—Amiga, no quería preocuparlo más de lo que ya estaba. Además, no me sucedió nada malo. Puedes quedarte esta noche si quieres —dijo en tono conciliador.

Hanna sonrió.

—De acuerdo, vendré después de que cierres Némesis. Pero, si Karl me pregunta si anoche me quedé contigo, le diré la verdad; creo que es justo que sepa que no te tomas en serio lo que está sucediendo.

—Me lo tomo en serio, Hanna. Solo que no puedo dejar que el pánico me venza.

—Annete y Camilla están muertas —adujo la fotógrafa sin dejar de preocuparse por la suerte de su amiga—. Alguien se ha ensañado contigo en dos ocasiones. Lo más normal es que tengas miedo. Yo estaría aterrada —reconoció.

Lo último que deseaba Greta era que Hanna descubriera que ella también lo estaba, pero, por fortuna, sabía disimularlo bastante bien. Prefería mantenerse con la cabeza fría para pensar bien las cosas y tratar de resolver el misterio que rodeaba a las muertes de Annete Nyborg y Camilla Lindman.

Hanna se marchó cerca de las diez, no sin antes prometerle que volvería esa noche a quedarse a dormir. El cliente que había encargado los libros los retiró, y así la mañana transcurrió sin ningún sobresalto.

Unos minutos antes de cerrar, sonó el teléfono. Apenas levantó el tubo, escuchó la voz chillona de su tía Ebba entremezclada con el llanto.

—¡Greta, se lo han llevado!

—Tía, ¿qué sucede?

—¡La policía ha arrestado a mi hijo!

Tuvo que sentarse ante el impacto de aquella terrible noticia.

—Tía; ¿qué dices?

—¡Lasse no ha hecho nada! ¡Nada! —gritó Ebba al otro lado de la línea.

—Tranquilízate. ¿Has podido hablar con papá?

—¡No, todavía no, hace apenas un par de minutos que se lo llevaron!

—¿Estás sola en casa?

—Pontus está conmigo.

—Bien, lo primero que debes hacer es tranquilizarte. —Greta recordó que su tía había tenido un episodio cardíaco un par de años antes y temía que se repitiera—. Deja todo en mis manos; iré ahora mismo a la comisaría y veré qué sucede. Seguramente, se trata de un malentendido y Lasse regresará a casa en unas horas. ¿Puedes pasarme con el tío?

Unos segundos después, Pontus tomó el teléfono.

—Greta, Ebba y yo estamos desesperados.

—Tío, ¿qué dijo la policía cuando se lo llevó? —Por fortuna él estaba un poco menos agitado y podría responder.

—Vino a buscarlo el teniente Stevic y nos mostró una orden, que, según dijo, lo autorizaba a detener a mi hijo.

—¿Te explicó de qué lo acusaban? —Mientras hablaba, Greta no podía dejar de pensar en el hecho de que hubiera sido precisamente Mikael quien arrestara a su primo. Él mismo lo había interrogado la tarde anterior, y no había habido motivo alguno para arrestarlo.

—Daño a la propiedad y vandalismo —respondió Pontus al borde del colapso.

Greta se quedó estupefacta. ¿Lasse? ¿Acaso su primo era el autor de los mensajes en su contra? No podía ser verdad...

—Tío, no te preocupes. Iré a la comisaría y veré qué está sucediendo. Prometo que llamaré apenas tenga noticias.

Colgó y se quedó sentada en la banqueta porque todavía le temblaban las piernas. Cuando por fin pudo levantarse, colgó el cartel de «Cerrado» en la puerta de la librería y subió a la casa para buscar un abrigo. Caminó hacia la avenida principal bajo una intensa cortina de nieve. Alzó la cabeza con la intención de encontrar un taxi. Afortunadamente, una pareja se bajó de uno a poca distancia de donde estaba ella que corrió para alcanzarlo. Se metió dentro y se sacudió la nieve del pelo.

—¿A dónde, señorita?

—A la comisaría, por favor.

* * *

Lo primero que hizo apenas puso un pie dentro de la comisaría fue preguntar por su padre, pero le dijeron que estaba en una reunión importante y no podía ser

interrumpido. Angustiada y nerviosa, se dirigió a la oficina de Mikael. Antes de llegar, sin embargo, se topó con Nina.

—¿Dónde está mi primo?

—Greta, Mikael lo está interrogando en este momento.

Se acomodó el cabello para atrás en un acto reflejo, necesitaba saber qué demonios estaba sucediendo. Respiró hondamente y trató de calmarse; no ganaba nada exaltándose.

—Mi tío me dijo que lo trajeron acusado de daño a la propiedad y vandalismo.

Nina asintió.

—Ven, será mejor que hablemos en otro lado. —Hizo pie con la muleta y la guio a través del pasillo en dirección a su oficina.

Se acomodaron en el sillón. Lo primero que hizo Nina fue llamar a una de las agentes más jóvenes y pedirle un vaso de agua con azúcar para Greta.

—No entiendo absolutamente nada. Ayer, Mikael interrogó a mi primo delante de mí. Hoy, me entero que está detenido.

—No sé cómo te lo vas a tomar, pero Lasse es el autor del rayón en el Mini Cabrio —le informó la sargento Wallström.

Movió la cabeza hacia un lado y hacia el otro mientras repetía que no podía ser.

—Las pruebas lo incriminan. Hemos encontrado una huella digital junto a una de las letras grabadas en la portezuela del Mini Cabrio. La impresión era fresca; por lo tanto, descartamos que Lasse la hubiera dejado en cualquier otro momento. Además, estaba a tan solo unos metros del coche a la hora que creemos que sucedió el hecho.

—Pero ¿por qué haría una cosa así?

—Es lo que Mikael está tratando de averiguar —respondió Nina.

Una agente jovencísima le trajo el vaso de agua con azúcar a Greta que se lo bebió de un sorbo.

—¿Más tranquila?

Apretó el vaso con ambas manos, seguía sin poder creer que su primo fuera el autor de un hecho tan vil y cobarde. Abruptamente, un recuerdo vino a su memoria: Lasse insultando a la hermana de la chica que andaba loquita por él, llamándola «puta». Aquella escena, al comienzo absurda e incomprensible para ella, ahora tenía otro trasfondo. Lo que no le entraba en la cabeza era la razón por la cual él la había atacado de esa manera.

—Creí que todo había sido un error. Le prometí a mis tíos que lo llevaría de regreso, pero ahora... ¡Dios! ¡No es posible! —Se puso de pie y caminó hacia la ventana. La nieve caía con menos fuerza, aunque ya se había acumulado en las calles y en los tejados.

—Sé que no lo esperabas, pero las pruebas son contundentes —aseveró Nina mientras observaba a la hija del hombre que admiraba y amaba en secreto. Le habría gustado acercarse y darle un abrazo en señal de apoyo, pero no sabía cómo reaccionaría ella. Percibía cierta animosidad de su parte. Estaba segura de que se debía, precisamente, a que había descubierto lo que sentía por Karl.

—Una nunca termina de conocer a las personas —Greta dejó escapar un resuello—. «Siempre nos hemos sentido inclinados a confiar en las personas y a creer que son realmente lo que dicen ser» —dijo, evocando una de las frases más célebres de Miss Marple.

—*Muerte en la vicaría* —agregó Nina.

—¿Conoces la novela?

—Es mi novela predilecta de Agatha Christie —le informó con una sonrisa en los labios.

Greta también le sonrió, pero no dijo nada.

—¿Te gustaría presenciar el interrogatorio?

—¿Podría?

—Sí, observaremos desde la habitación contigua; ni Mikael, ni tu primo se darán cuenta de que estamos allí.

—Me gustaría, sí.

Abandonaron la oficina y atravesaron el largo pasillo hasta llegar a la última puerta. La sargento la abrió y la invitó a entrar. Allí, ambas se acercaron al enorme cristal que cubría uno de los muros y observaron con atención lo que sucedía en la habitación contigua.

* * *

—Muy bien, Lasse; no tiene sentido que guardes silencio ahora, no te conviene, sigue mi consejo y suelta todo lo que sabes. —Mikael subió ambos brazos encima de la mesa y entrecruzó las manos. Frente a él, el muchacho seguía imperturbable, como si aquella situación le importase muy poco.

—Quiero un abogado —dijo de pronto.

—Estás en todo tu derecho de tener uno. ¿Conoces a alguien?

—Lars Magnusson, amigo de mi tío.

Mikael, para evitar perder tiempo, sacó su teléfono móvil del bolsillo de la camisa y se lo ofreció.

—Llámallo.

Lasse no tomó el aparato.

—No sé su número; supongo que debe de estar en el directorio.

Mikael separó las manos y comenzó a tamborilear los dedos en la mesa: estaba empezando a perder la paciencia.

—Yo tengo el número de Lars entre mi lista de contactos —dijo Greta al otro lado del cristal, mientras buscaba el dato en el móvil—. Aquí está; puedo llamarlo si quieres.

—Hazlo.

Un par de minutos después, puso a Lars Magnusson al tanto de la situación y consiguió que aceptara representar al sobrino de su amigo.

—Ya está; viene para acá.

—Perfecto, le voy a avisar a Mikael. —La sargento fue hasta un rincón de la habitación en donde había un interfono y, desde allí, le comunicó a Mikael que el abogado venía en camino. Mikael elogió su celeridad y volvió a la carga.

—Tu abogado ya fue avisado, no tardará en llegar.

—Responderé las preguntas cuando él esté presente.

El teniente Stevic deseó, en ese momento, poder cagarse en las reglas y obligar a Lasse a responderle. El muchacho era culpable, no había dudas de ello, solo necesitaba que le dijera por qué lo había hecho.

—Regreso en seguida.

El policía se levantó bruscamente de la silla, salió de la sala de interrogatorios echando humo por la nariz, entró a la oficina contigua y se quedó de una pieza cuando descubrió que Greta estaba allí. Ahora sabía cómo había hecho su compañera para obtener el número de Magnusson tan rápidamente.

—No esperaba verte aquí.

Ella apenas lo miró. Estaba demasiado abrumada por todo lo que estaba viviendo. Se le erizaba la piel tan solo de pensar que su propio primo era el autor de los dos ataques que había sufrido.

Había tenido al enemigo metido en su propia casa.

Ella, que se jactaba siempre de su capacidad de observación, había pasado por alto un par de detalles, que, a simple vista, parecían intrascendentes. Ahora, analizándolos minuciosamente, cobraban un nuevo significado. El comentario que había hecho Lasse sobre la muchacha en la librería; su frustrada relación con Annete. Ya no quería seguir pensando, temía sacar conclusiones desagradables.

—Greta está devastada con esta situación —terció Nina justificando el silencio de la muchacha.

Mikael se acercó y se paró delante de ella.

—Créeme que habría querido que todo esto no hubiese sucedido. Yo mismo me sorprendí cuando supe de quién era la huella que encontramos en tu auto.

Greta finalmente lo miró a los ojos y supo que le estaba diciendo la verdad. Asintió y le agradeció en silencio. El caso ahora tomaba un giro inesperado. Las sospechas caían, nada más y nada menos, sobre la cabeza de su primo. Si Greta seguía con su teoría, el muchacho podía tener algo que ver con la muerte de la vendedora de artesanías. Ni siquiera quería imaginarse semejante posibilidad.

—Lasse no puede ser un asesino... —negó en su afán por convencerse de que todo aquello no era más que una pesadilla.

Mikael y Nina se miraron. Ninguno de los dos se animó a decir nada, pero ambos comenzaban a barajar la posibilidad de que habían hallado al homicida de Annete Nyborg. No querían adelantarse a los hechos; como policías necesitaban pruebas y no suposiciones. Por ahora, solo contaban con la huella de Lasse en el rayón del Mini Cabrio y la certeza de que había discutido con la víctima. De ahí a poder probar que él era el asesino, había un gran abismo.

—Sabremos más cuando podamos interrogarlo —dijo Mikael desviando la mirada hacia la habitación contigua donde el implicado esperaba.

Greta giró y descansó el cuerpo contra la ventana de cristal. Desde allí, contempló a su primo. Lo notó inquieto y ausente; movía los pies en forma compulsiva hacia arriba y hacia abajo. Siempre le había parecido un poco diferente a los muchachos de su edad, demasiado callado y retraído, pero jamás se le había pasado por la cabeza que pudiera hacer algo en su contra o hacerle daño a alguien. Aún guardaba la esperanza de que todo aquello no fuese más que un terrible error.

Unos minutos después, Lars Magnusson llegó a la comisaría y, después de hablar a solas con su cliente, se procedió a continuar con el interrogatorio.

—Bien, Lasse, ya está tu abogado presente, por lo tanto responde a mis preguntas y acabemos con esto de una buena vez. —Mikael volvió a ocupar la silla y encendió la grabadora—. Son las once y cuarenta, es el teniente Stevic interrogando a Lasse Hansson; se encuentra también su abogado, el doctor Lars Magnusson. Te hemos detenido bajo el cargo de daño contra la propiedad y vandalismo, tu huella apareció junto a una de las letras que grabaste en el auto de Greta. ¿Qué tienes para decir al respecto?

Lasse no respondió, Lars se acercó a él y le cuchicheó algo al oído. Luego, tomó la palabra en lugar de su defendido.

—¿Cómo pueden probar que esa huella no fue dejada allí antes?

—La huella era fresca; esa mañana había nevado y si hubiera estado de antes, la

nieve la habría borrado.

—Tengo entendido que mi cliente y su prima viajaron juntos en el Mini Cabrio ese mismo día. La huella la pudo dejar al bajarse del auto.

—Abogado, le recuerdo que la huella fue hallada del lado del conductor. Además, Lasse se encontraba en la librería en el momento del hecho, a tan solo unos metros del vehículo.

—Son solamente hechos circunstanciales, no tienen ninguna prueba para acusarlo.

Mikael miró nuevamente al muchacho: esperaba que se dignara a contestar sus preguntas.

—Supongo que estarás al tanto de que, hace unos días, alguien escribió en la pared de la librería la misma palabra que tú intentaste escribir ayer en el auto de Greta.

El aludido miró a su abogado antes de responder. Cuando obtuvo el visto bueno, habló.

—No lo sabía.

—¿Me quieres hacer creer que no estabas enterado, cuando hemos comprobado que fuiste tú el autor del segundo mensaje? Greta borró el primer *graffiti* para echar por tierra tu plan de avergonzarla frente a toda la ciudad. Eso evitó que obtuviéramos evidencias, pero no tenemos duda de que ambos mensajes fueron escritos por la misma persona; o sea, tú.

Lasse hizo una mueca con los labios. Se removió en la silla. Miró al abogado. Mikael pudo percibir que tenía miedo. Ya no era solo inquietud o indiferencia lo que transmitía, el muchacho comenzaba a tambalearse.

—¡Quiero saber por qué razón insultaste a tu prima de esa manera! ¿Pensabas lo mismo de Annete? ¿Que era una puta? —Mikael sabía que estaba tomando el camino justo para doblegarlo.

Lasse movió la cabeza enérgicamente hacia ambos lados.

—¡No, eso no es verdad! —dijo alzando la voz. Miró a Mikael con los ojos prácticamente desencajados—. ¡Yo amaba a Annete! ¡La amaba!

Lars Magnusson asió a su cliente del hombro y lo obligó a mirarlo, pero fue ignorado.

—¿Estás seguro de que no la veías como una puta? —Insistió el teniente en usar aquel término peyorativo, porque sabía que el muchacho estaba a punto de quebrarse—. Andaba con un tipo casado y se rio en tu cara cuando le dijiste que le gustabas. Ambos sabemos que ella buscaba a los hombres por un solo motivo: exprimirlos hasta quitarles el último centavo. Dime, ¿cómo se le llama a una mujer así?

Lasse se mordió los labios y apretó los puños con fuerza; era evidente que, dentro

de él, bullía la rabia.

—¿Por eso la mataste? ¿Por qué era una puta?

—¡Maldito desgraciado!

Lasse se levantó de golpe y se abalanzó sobre Mikael por encima de la mesa. Lars lo sostuvo con fuerza de los hombros y lo tironeó hacia atrás para evitar que cometiera una locura.

—Teniente Stevic, le recuerdo que mi cliente está aquí para responder por los cargos de daño contra la propiedad y vandalismo —terció el abogado, mientras se aflojaba el nudo de la corbata. Todavía estaba bastante agitado por el esfuerzo que había que tenido que hacer para controlar al sobrino de su amigo.

Mikael respiró hondamente para tratar de controlar el acelerado ritmo de su corazón. De lo único que podía arrepentirse era de ensuciar el nombre de la víctima para conseguir que el muchacho hablara.

Tras un par de minutos de absoluto silencio, Lasse, un poco más calmado, abrió la boca.

—Está bien. Confieso que fui yo quien rayó el Mini Cabrio, pero no tengo nada que ver con el *graffiti* en la librería y mucho menos con la muerte de Annete.

—No quiero mentiras. Ya no —lo amonestó Mikael—. Te acabo de decir que los dos mensajes fueron hechos por la misma persona. No podrías haber tenido la intención de escribir la palabra «puta» en el auto de Greta si no estabas enterado de lo sucedido. Tu prima borró el *graffiti* de su librería. Por lo tanto, es imposible que pudieras verlo, al menos que tú mismo lo hayas escrito.

—Lo supe por otro medio. —Bajó las manos de la mesa y se sobó los muslos—. Encontré por casualidad un cuaderno donde mi prima tenía unas anotaciones sobre los crímenes del último tiempo. Allí mencionaba el mensaje ofensivo que le habían dejado en la pared de Némesis. Entre sus conjeturas, apareció mi nombre. No quería que ella se enterara de la verdad, por eso decidí hacer lo que hice. Solo quería asustarla; nada más.

—¿Qué es aquello de lo que no podía enterarse Greta?

Lasse miró un segundo a su abogado que lo instó a que continúe hablando.

—Que yo soy el padre del hijo que estaba esperando Annete.

CAPÍTULO 20

El interrogatorio duró más de lo previsto, pero había valido la pena. Lasse terminó revelando que él y Annete se habían acostado solamente una vez, ocasión que bastó para que la vendedora de artesanías quedase embarazada. También contó la verdadera razón por la cual habían discutido: ella no quería tener al niño y estaba decidida a abortar. Él, en cambio, le había ofrecido matrimonio y reconocer a su hijo. Sin embargo, la joven asesinada tenía otros objetivos en la vida. Él había sido también una víctima en toda aquella pesadilla: había perdido no solo a la mujer amaba, sino, también, a su hijo. Ahora que la verdad había salido a la luz, lo único que deseaba era librarse de cualquier sospecha. Le dijo a la policía que la noche del crimen había estado en un bar de la zona y que allí se había encontrado con un amigo de la escuela al que no veía desde hacía tiempo. Les proporcionó el nombre que confirmó la coartada de Lasse. Además, contaba a su favor el hecho de que no tenía acceso a la droga que había sido utilizada para asesinar a la vendedora de artesanías. Por eso, las sospechas en su contra se dispararon por completo. No había sido el autor del primer mensaje ofensivo que había recibido Greta; mucho menos, había tenido que ver con el asesinato, lo que volvía a abrir una gran brecha en la investigación. Igualmente, se ordenó un análisis de ADN para confirmar la paternidad.

Después de que le tomaran una muestra de sangre, Lasse abandonó la comisaría en compañía de Lars Magnusson, ya que, cuando le preguntaron a Greta si deseaba levantar cargos en su contra, ella se negó rotundamente. A ella le habría encantado ir con él y darle un abrazo a su tía Ebba, pero prefirió dejar las cosas como estaban. Luego verían si él podía seguir trabajando en Némesis. Por su parte, era capaz de perdonarlo. Pero ya no quería ejercer presión sobre el muchacho, no había resultado bien cuando lo había forzado a hablar con Mikael.

Karl finalizó la reunión cerca de las nueve y se sorprendió al enterarse de lo sucedido, pero no pudo menos que alegrarse de que todo se hubiese aclarado con su sobrino. Se despidió de Nina y de Mikael, y se llevó a Greta a casa para cenar con ella. Quería compartir tiempo con su hija. Desde que se había hecho cargo de la investigación de tráfico de armas por expreso pedido de uno de sus superiores, no podía darse un respiro.

Pasaron por *Miss Marple* y, en el camino, Greta decidió que esa noche se quedaría a dormir en casa de su padre. No bien llegaron, llamó por teléfono a Hanna para anunciarle el cambio de planes.

—Amiga, no es necesario que duermas conmigo esta noche, me quedo en lo de papá.

Hanna suspiró profundamente desde el otro lado de la línea.

—Qué pena, tenía ganas de pasar un rato contigo.

—No faltará ocasión —respondió con una sonrisa en los labios. Era la primera vez que sonreía después de todo lo vivido—. Tengo muchas cosas que contarte.

—¿De quién yo me imagino?

—No, no exactamente —le aclaró mientras miraba por encima de su hombro para ver si su padre andaba cerca.

—¿No me puedes adelantar nada de nada?

—No, es un tema delicado; no puedo tratarlo por teléfono, además... ¡estoy exhausta!

—Está bien, tú ganas. Nos vemos pasado mañana en el club.

—Hasta entonces, Hanna.

Colgó el teléfono y se dirigió a la cocina.

—Papá, no tengo mucho apetito; aún tengo el estómago revuelto —le advirtió cuando vio que Karl sacaba una cacerola de la alacena.

—Un poco de sopa de pollo te caerá bien —le dijo él volteándose para verla.

Greta no iba a rechazar la invitación. La sopa que preparaba su padre era deliciosa y, además, le traía muchos recuerdos de la infancia. En las frías noches de invierno, cuando podía salir de la comisaría temprano, llegaba a su casa y se ponía a cocinar la famosa sopa de pollo para ella y su madre.

Greta regresó a la sala para poner un cuenco con semillas en la jaula de *Miss Marple*.

—¿Cómo estás después de lo sucedido, hija? —le preguntó no bien se sentaron a la mesa.

—Es una mezcla rara de sensaciones. Por un lado, siento alivio de que Lasse dijera la verdad y disipara las sospechas más graves que pesaban sobre él. Puedo

comprenderlo y no me enoja lo que hizo. Sin embargo, al mismo tiempo, la muerte de Annete sigue sin esclarecerse, y tampoco sabemos quién escribió el *graffiti* en Némesis.

—Ya no te preocupes por eso; nosotros nos encargaremos de resolver el caso, no solo el de Annete sino también el de Camilla Lindman —afirmó Karl, confiado.

Greta quería tener la misma confianza que su padre, pero no era secreto para nadie, mucho menos para ella, que la policía se encontraba frente a un callejón sin salida. Ya no había un amante misterioso que buscar en el caso de la muerte de Annete. La única pista que podría haber aportado nuevos elementos a la investigación se había esfumado en el mismo momento en que Lasse había confesado ser el padre del niño que esperaba la vendedora de artesanías. Ya no había una línea investigativa firme, solo una pobre hipótesis que no iba a ninguna parte. En cambio, el crimen de Camilla Lindman parecía tener mejores expectativas. Greta presentía que la clave de su muerte estaba en la investigación que la reportera estaba llevando a cabo y que tenía su punto de origen en la vecina localidad de Rättvik. Mientras terminaba de saborear la sopa de pollo decidió que debía ir hasta allí. Eso, por supuesto, si conseguía que la policía le devolviese el coche.

* * *

A la tarde siguiente, Lasse se presentó de improvviso en la librería antes del horario acostumbrado y le preguntó a Greta si podía seguir trabajando con ella. Prometió costear de su salario el arreglo del Mini Cabrio. Por supuesto que ella lo quería a su lado. Sería normal que ambos se sintieran un poco incómodos al principio, pero lo superarían. Eran familia, y el cariño que se tenían estaba por encima de cualquier animosidad. Greta aprovechó la aparición de su primo para ir hasta la comisaría y preguntar si podía recuperar el coche. Salió de la casa y le dejó encargado a Lasse que abriera Némesis si ella no llegaba a tiempo. Se dirigió raudamente hacia la avenida; por suerte, las temperaturas habían ascendido un poco después de la intensa nevada que había asolado a Mora por más de dos días, y el frío se hacía más soportable. Aguardó algunos minutos, pero no apareció ningún taxi; decidió hacer las pocas calles que la separaban de la comisaría a pie. Anhelaba que la policía ya hubiese liberado el auto; no podía retrasar más su viaje a Rättvik. Alguien en aquella ciudad tenía que saber algo sobre el homicidio ocurrido tres décadas atrás y que había obsesionado a Camilla Lindman. Ingresó en la comisaría, le preguntó a la nueva recepcionista por su

coche. La joven no supo qué decirle, lo que la puso ansiosa.

—¿Mi padre se encuentra?

—No, señorita Lindberg. Salió aproximadamente hace una hora con la sargento Wallström y aún no ha regresado.

Greta se quedó de una pieza después de escuchar a la recepcionista. ¿Nina y su padre habían salido juntos? ¿Y a la hora del almuerzo? Intentó aparentar que aquella noticia no la inquietaba, pero fue imposible. ¿La habría llevado al mismo restaurante donde las llevaba a ella y a su madre?

—Necesito recuperar mi coche, señorita. ¿Podría hablar con el encargado, por favor?

La muchacha la miró durante unos cuantos segundos con fastidio, parecía que le importaba muy poco el hecho de que fuera, nada más y nada menos, la hija del inspector Lindberg. Luego tomó el teléfono e hizo una llamada. Greta comenzó a caminar de un lado a otro mientras esperaba una respuesta.

—Señorita Lindberg, me acaban de informar que la orden de liberación no fue aún expedida.

—¿Y eso qué demonios significa? —No quería agarrársela con la pobre recepcionista, pero la inquietud se había convertido en tensión.

—Que no podrá llevarse el coche hoy —le dijo la muchacha mientras regresaba a sus tareas.

Se alejó del área de recepción a través del pasillo. Debía de haber alguien que pudiese hacer algo por ella. Buscaría a Frederic que, como jefe del departamento forense, podría tener la facultad de regresarle su coche. Se dirigió al laboratorio y preguntó por él. La secretaria, una mujer de unos cincuenta años llamada Alice que trabajaba en la comisaría hacía años, la llevó hasta su despacho.

Como siempre, el forense la recibió con un abrazo efusivo.

—¡Greta, qué sorpresa tenerte por aquí! —le dijo mientras la apartaba para observarla detenidamente—. Cada vez que te veo estás más bonita.

Ella se sonrojó y las mejillas se pusieron a tono con el color de su cabello.

—Eso no es verdad, y lo sabes.

El anciano solo le sonrió y la invitó a sentarse.

—¿Qué deseas?

—Vine porque necesito que me ayudes. Mi auto fue traído para hacerle unas pericias, y lo necesito de regreso.

Él acomodó sus gafas sobre el puente de la nariz y la miró.

—¿Cuándo lo trajeron?

—El martes por la tarde.

—Pues me temo que no será posible que te lo lleves hoy. El protocolo señala que cualquier elemento que se somete a prueba en nuestro laboratorio debe permanecer en la comisaría por cuarenta y ocho horas. Por lo tanto, asumo que podrás disponer de él recién mañana. Además, hasta que no llegue la orden de liberación, es imposible entregártelo.

—¿No puedes firmar esa orden ahora y adelantar los trámites?

—Es el juez quien la firma, no yo —le aclaró.

Greta se hundió en el sillón y dejó escapar un suspiro. Pensaba que todo sería más sencillo, que una charla con el viejo y querido Frederic bastaría para lograr su objetivo.

—Lamento no poder ayudarte. ¿Necesitabas el auto con urgencia?

¿Qué podía decirle? ¿Qué necesitaba el Mini Cabrio para ir hasta Rättvik y meter las narices donde no debía?

—No; es solo que estoy demasiado acostumbrada a moverme en mi coche —mintió.

—Tienes que esperar por lo menos hasta mañana. Si quieres, yo te aviso para que vengas a buscarlo.

—Muchas gracias, Frederic. —Ella se puso de pie y el forense la imitó.

—No hay de qué. Me gusta recibir la visita de muchachas bonitas de vez en cuando —le guiñó el ojo.

—Si Emma se entera, se va a poner celosa —le advirtió Greta haciendo alusión a su esposa.

—Emma sabe que mi gran debilidad son las pelirrojas —alegó con fingida seriedad.

Ella le sonrió. Se acercó para despedirse de él con un abrazo. Tras abandonar el despacho, divisó a Mikael conversando con un oficial en el pasillo. Se detuvo en seco, pero, cuando él la vio, no tuvo más remedio que seguir caminando.

—Greta, ¿cómo te sientes? —fue lo primero que él le preguntó cuando la tuvo enfrente.

—Mejor, gracias.

—Me alegra mucho que lo de tu primo se haya solucionado. ¿Lo has visto?

—Hace un rato estuve con él. Vino a preguntarme si podía seguir trabajando en Némesis.

—¿Qué le dijiste?

—Que sí, por supuesto. Es mi primo. Lo quiero. Ha pasado por momentos difíciles, y el trabajo en la librería lo ayuda a distraerse.

Mikael asintió. Había estado toda la mañana encerrado en su oficina. La presencia

de la muchacha era como un cálido rayo de sol colándose en su ventana.

—¿Viniste a ver a tu padre?

—Sí, pero me dijeron que salió desde hace rato con Nina.

El teniente percibió de inmediato, por el tono de voz y el rictus en el rostro, que aquel acontecimiento no le agradaba para nada.

—Sí, creo que Karl la invitó a almorzar.

Ella no dijo nada, aunque el silencio se volvió demasiado elocuente.

—¿A qué has venido entonces? —insistió Mikael.

—A buscar mi coche, pero ya hablé con Frederic y me informó que debo esperar la orden del juez para poder llevármelo.

—Así es. ¿Lo necesitabas para ir a algún lado?

Greta dudó si decirle la verdad. Si bien podía ir a Rättvik, cuando le devolvieran su auto, la idea de esperar no la seducía en lo más mínimo. No quería dejar pasar más tiempo. Necesitaba hacer ese viaje y ver en qué andaba Camilla Lindman para quitarse una duda que rondaba en su cabeza: la posibilidad de que el crimen de la reportera y el de Annete estuviesen relacionados.

—Sé que te vas a enojar, pero no me importa. Quería ir a Rättvik para buscar información sobre el caso que estaba investigando Camilla. —Listo, se lo había soltado, ahora él podía ir a contárselo a Karl.

Mikael permaneció en silencio durante unos segundos, los suficientes para que ella se inquietara.

—Precisamente, yo pensaba hacer lo mismo. He estado toda la mañana revisando los testimonios de los vecinos del edificio donde vivía Camilla. Nadie vio a nadie sospechoso la noche en que fue asesinada.

—Según lo que dijo Herr Gudnason, la persona que pudo estar involucrada en el asesinato del año 1979 vive en Mora. Debe de ser alguien que todos conocen; quizá sí vieron a alguien, pero no le prestaron atención.

—Es posible —concordó Mikael. Una vez más, se lamentó de que Greta no hubiese seguido los pasos de su padre.

—Sé que la clave de su muerte está en Rättvik, por eso quiero ir allí. Encontré un artículo en Internet; no decía mucho, pero, al menos, tengo el nombre de la víctima y el de su madre, la asesina.

—No será sencillo conseguir información; ha pasado mucho tiempo desde el crimen.

—Camilla pudo lograrlo; al punto de recopilar datos para escribir un libro.

—Ella se habrá valido de su profesión para obtener los detalles del caso. —Hizo una pausa, porque se dio cuenta de que nada de lo que dijera convencería a Greta de

no ir a Rättvik—. ¿Tú irías en calidad de qué? —le preguntó finalmente.

—No sé, ya se me ocurrirá algo —contestó dispuesta a no desistir del plan.

—¿Aceptarías una sugerencia de mi parte?

Asintió: no tenía nada que perder.

—Vayamos juntos. Dudo de que alguien se niegue a responderle a un policía —sugirió mientras le sonreía.

¿Ir con Mikael hasta Rättvik? Ni siquiera se le había cruzado por la cabeza semejante posibilidad. Había algo cierto en lo que él había dicho: sería más sencillo conseguir información si un policía la solicitaba. La propuesta la había metido en un brete. Le inquietaba hacer ese viaje con él, pero, al mismo tiempo, era la única pata policial con la que contaba para llevar a cabo el plan. Sin estar totalmente convencida, le respondió que sí.

—Estupendo, podemos ir ahora mismo si te parece bien. —Mikael esperó ansioso una respuesta.

—Cuanto antes, mejor.

Ambos salieron al estacionamiento. Fueron hacia el coche. Él abrió la puerta del lado del acompañante para ella que se subiera. Después, miró el reloj: faltaban poco más de veinte minutos para las tres. El viaje a Rättvik no era largo. Sin embargo, la preocupaba poder regresar a Mora antes de que su padre notara su ausencia.

—¿Cómo está *Miss Marple*? —preguntó Mikael, mientras metía la llave en el encendido—. ¿Consiguió aprenderse mi nombre?

—Deberías oírla; no se cansa de repetirlo —le contestó entre risas.

—¿Es eso una invitación a visitar tu casa?

Ella se recostó en el asiento, sonrió nerviosamente mientras se quitaba los guantes de lana y la bufanda. Lo que le había dicho no tenía doble sentido, pero, al parecer, él quería pensar lo contrario.

—Creí... creí que te gustaría escucharla —fue lo único que se le ocurrió decir para salir del paso. Se tocó las mejillas: estaban ardiendo, y no precisamente por la calefacción del auto.

—Por supuesto que me gustaría. —Le sonrió y echó a andar el automóvil. La había atrapado con la guardia baja: su comentario la había perturbado. No le sería nada fácil hacer ese viaje con ella tan cerca. Por fortuna o por desgracia, según por donde se lo mirase, no les llevaría más de cuarenta minutos llegar a Rättvik. Viró hacia el este en Vasagatan y enfiló hacia la rotonda.

—¿Te gustaría escuchar un poco de música? —sugirió ante el abrumador silencio que reinaba dentro del vehículo.

—Claro. Veamos qué tienes por aquí. —Greta se inclinó hacia delante y revolvió

entre unos cuantos CD que había en la guantera. Se sorprendió al encontrar un disco de In Flames.

—¿Te gustan? —le preguntó.

—Es mi grupo favorito. La primera vez que fui a verlos tenía dieciséis años. Fue también la primera vez que le di un disgusto grande a mi padre.

—¿Por qué dices eso?

—Porque regresé a casa con un sujeto melenudo y lleno de tatuajes.

Mikael se echó a reír: podía imaginarse perfectamente la escena y la cara del pobre de Karl lidiando con su hija adolescente.

—¿Eras rebelde?

—Un poco —reconoció ella, contagiada de su risa. Hizo a un lado la tensión que se había creado desde que se habían subido al auto.

—También tengo algo de Evergrey. ¿Los conoces?

—Sí, me gustan algunas de sus canciones, pero no soy fanática —le aclaró mientras buscaba el disco del grupo liderado por Tom Englund. Lo colocó en el reproductor de cd y sintonizó su canción preferida, *Torn*. Cuando la música comenzó a sonar, ambos tararearon la letra y disfrutaron del momento. Rieron y cantaron, olvidándose de todo lo demás. Greta se dio cuenta, una vez más, de que lo pasaba bien con él, y esa sensación de bienestar la asustaba. No tenía deseos de enredarse con ningún hombre, mucho menos con uno casado. Siguieron escuchando a Evergrey, pero en silencio. Nuevamente, se había instalado la tensión entre ambos y lo único que ansiaba ella era llegar cuanto antes a destino.

Mikael se enlazó a la autopista 70. Tras atravesar dos rotondas, salió en dirección a Centralgatan. Miró el reloj: llegarían a Rättvik cerca de las cuatro. Si todo salía bien, estarían de regreso en Mora antes de que anocheciera.

—¿A dónde iremos primero? —preguntó Greta apartando la vista de la carretera.

—A la estación de policía. Allí podrán proporcionarnos información del crimen.

—¿Crees que podrán ayudarnos después de todos estos años?

—Supongo que sí. Deben de tener los archivos del caso juntando polvo en algún sitio —contestó esperanzado.

Ella asintió y volvió a prestarle atención al paisaje. Unos minutos más tarde, llegaron a Rättvik. Mikael tomó por Torggatan y siguió derecho hacia el centro de la ciudad. Había nieve acumulada a ambos lados de las calles. El asfalto estaba mojado porque había comenzado a nevar otra vez.

—Esperemos que no se desate una tormenta. —Él observó los copos de nieve que caían ligeramente sobre el parabrisas.

—El pronóstico no anunció ninguna —le informó ella mientras se ponía los

guantes y enrollaba la bufanda alrededor del cuello.

—No me fío de los pronosticadores.

Estacionó frente a la estación de policía y apagó el motor.

—Ni yo.

Greta se bajó del coche antes de que lo hiciera Mikael.

Caminaron presurosamente bajo la nieve y entraron al edificio. Allí, fue el teniente Stevic quien tomó el mando de la situación. El *hall*, enorme y luminoso, estaba completamente desierto. Se dirigieron hacia el mostrador de recepción y encontraron a un oficial sentado cómodamente en una silla leyendo una revista de deportes.

Mikael carraspeó para atraer su atención. El hombre dio un salto, y la revista que sostenía en sus manos fue a parar al suelo. Otra revista más pequeña se asomó por debajo. Tanto Greta como Mikael pudieron ver la fotografía de una exuberante rubia en una pose sensual, completamente desnuda.

—Bue-buenas noches, ¿en qué puedo servirles? —El oficial Grimås era un hombre de unos cuarenta años, bastante excedido de peso y con una enorme papada que hacía pensar a quien lo mirase que no tenía cuello. En el rostro, completamente rojo por haber sido sorprendido *in fraganti*, destacaban unos ojos saltones y un bigote prominente. Todo en él parecía exageradamente grande.

Mikael sacó su placa y se la mostró.

—Soy el teniente Stevic. Estoy investigando un homicidio en Mora y las pistas me trajeron hasta aquí.

El oficial apenas miró la placa. Sus ojos se desviaron rápidamente hacia la pelirroja que venía con él. Supuso que la mujer también era policía y pensó que a él nunca le había tocado una compañera tan bonita como ella.

—¿Mora? Hace un tiempo vino una mujer que era de allí.

—¿Recuerda el nombre?

—No, pero era reportera y buscaba información sobre el asesinato de Elena Reveneue.

Mikael miró a Greta, y ambos sonrieron.

—¿Habló con alguien sobre el caso?

—Sí, el sargento Kaplan la recibió. Fue él quien investigó el crimen de la joven a fines de los 70.

—¿Podría hablar con él?

—Están de suerte. Kaplan siempre es el último en irse.

El oficial les indicó dónde se encontraba su oficina. Hacia allí se dirigieron.

CAPÍTULO 21

El sargento Per Kaplan se sorprendió de saber que un par de policías de la vecina localidad de Mora querían verlo. Rápidamente, escondió la botella de licor en el último cajón del escritorio y, como pudo, se arregló la camisa dentro del pantalón. Luego se puso de pie y abrió la puerta antes de que alguien llamase.

—Adelante. —Extendió el brazo izquierdo y les indicó a los visitantes que se sentaran. Rodeó el escritorio y dijo—: Me informan que son ustedes policías y que vienen de Mora, ¿qué los trae por aquí?

Mikael corrió una de las sillas para Greta, y luego se sentó junto a ella.

—Soy el teniente Stevic, y ella es la señorita Lindberg.

Per Kaplan miró a la muchacha pelirroja. Le pareció extraño que no la presentara como su colega, pero, en ese momento, era lo que menos le importaba.

—Un placer, teniente, señorita...

Ella apenas le sonrió. Desde donde estaba, le llegaba el tufo del alcohol. Trató de adivinar cuántos años tendría el sargento Kaplan: no debía de ser mucho mayor que su padre, quizás un par de años. No le pasaba desapercibido que había estado bebiendo y, por su aspecto desaliñado, lo debía de hacer regularmente.

—Tengo entendido que Camilla Lindman habló con usted sobre un caso de asesinato ocurrido hace más de treinta años —dijo Mikael poniéndolo al tanto de la razón de su visita.

—Así es, el caso Revene. Una verdadera tragedia que aún hoy se recuerda en Rättvik. ¿Ella les contó que vino a verme?

—No, Camilla Lindman fue asesinada hace unos días y creemos que su muerte está relacionada con esa investigación.

Per Kaplan se echó hacia atrás en la silla y se pasó una mano por el cabello.

—¿Muerta? ¡Dios; no lo sabía! —exclamó sin poder dar crédito a lo que acababa de oír—. ¿Por qué dicen que su muerte tiene que ver con el asesinato de Elena Reveneu?

—El asesino se llevó la *laptop* de Camilla que guardaba allí todo lo referido a la investigación. Uno de sus colegas nos dijo que pensaba escribir un libro sobre el caso. Por eso, hemos venido hasta aquí, para ver los archivos originales del homicidio.

—Han venido al lugar correcto. —Per Kaplan se puso de pie tambaleante y su estado de incipiente embriaguez se hizo más evidente aún. Se estiró todo lo que pudo, bajó una caja que estaba guardada sobre un armario, regresó al escritorio y la colocó encima—. Todo está aquí, yo mismo llevé adelante la investigación.

—¿Podría llevarme los archivos a Mora?

El sargento Kaplan dudó al principio. Sin embargo, terminó accediendo y se los entregó, siempre y cuando el teniente Stevic se comprometiera a devolverlos luego. El asesinato de Elena Reveneu era el primer caso que Kaplan había resuelto. Ver aquella vieja caja de cartón encima del armario cada vez que entraba en la oficina le recordaba que había habido una época en la que realmente había sido un buen policía. Días en los que conseguía mantenerse sobrio y en los que aún tenía el respeto de sus pares. Le faltaba más de un año para retirarse, lo que le parecía demasiado tiempo.

—No entiendo qué relación puede existir entre los dos asesinatos —dijo, de repente, cuando Mikael y Greta ya se estaban por marchar—. Hilda Åland torturó salvajemente a su hija Elena. Luego la asesinó. Lleva pudriéndose en su celda treinta años, los mismos años que tiene el caso de cerrado.

—Camilla descubrió algo que tiene que ver con el crimen de Elena. Esa información la llevó a la muerte, estoy seguro de ello.

Per Kaplan no hizo ningún comentario; simplemente, se despidió con sequedad de ambos. Cuando se quedó solo, volvió a aflojarse el nudo de la corbata y abrió el último cajón del escritorio en donde lo esperaba media botella de licor.

—Qué sujeto más desagradable —dijo Greta apenas abandonaron la estación de policía de Rättvik—. Toda la oficina hedía a alcohol.

—Sí, yo también lo noté —respondió Mikael. Hizo un esfuerzo por proteger con su chaqueta de la nieve, que ahora caía con más intensidad que antes, la caja del caso.

—¿Por qué no le preguntaste más sobre el asesinato de Elena Reveneu? —lo interpeló ella, mientras abría la puerta del lado del acompañante para meterse dentro del auto.

—No creo que nos hubiera dicho mucho más en su estado. No te preocupes, encontraremos todo lo que necesitamos saber en estos archivos.

Reparó de inmediato en que él había usado el plural y sonrió. Le encantaba

cuando la incluía en sus planes.

—Estoy famélico, ¿y tú?

—No he comido nada sólido desde anoche. Creo que mi estómago necesita ponerse al día lo antes posible —repuso ella, incapaz de simular que tenía un hambre feroz.

—Nos detendremos en el camino y comeremos algo.

—Suenas estupendo —le respondió con una sonrisa.

Llegaron al McDonald's cuando la tormenta, que el pronosticador no había anunciado, aumentó su intensidad y obligó a varios viajeros a detenerse hasta que amainara un poco. Greta se devoró su orden: unas alitas de pollo y patatas fritas. Por si fuera poco, pidió de postre un *runebergstårta*, un pastelillo de almendras y pan rallado, empapado en ron con azúcar y dulce de frambuesa.

—La nieve parece que no quiere dar tregua —comentó Mikael con la vista puesta en el exterior del local de comidas rápidas a través de la ventana—. No tienes prisa en llegar a Mora, ¿verdad?

Greta dejó el vaso de gaseosa sobre la mesa y emitió un sonoro suspiro.

—Supongo que no —respondió encogiéndose de hombros. Pensó entonces en *Miss Marple*, pero no había nada por lo que preocuparse: la lora tenía el cuenco lleno de semillas y agua fresca. Estaría bien hasta que ella llegara. Con respecto a la librería, había dejado encargado a Lasse de todo. Miró a su acompañante al otro lado de la mesa: no podía decir lo mismo de él. ¿Qué diría su esposa si él llegaba a casa más tarde de lo habitual? Luego, recordó las noches en vela que había pasado su propia madre esperando a Karl. Supuso que la mujer de Mikael estaría también acostumbrada a los horarios inciertos y a las largas esperas. Le dio pena ella, pero también se sentía culpable por estar con el marido de aquella mujer en ese momento.

Él notó su cambio de ánimo.

—¿Sucede algo?

—¿No deberías avisarle a tu esposa que no llegarás temprano a casa? —Greta ni siquiera supo por qué demonios le había hecho semejante pregunta, pero era tarde para lamentarse. Ya había abierto su floja e insensata boca.

Mikael respiró hondamente y puso ambos brazos encima de la mesa. Le había sorprendido la pregunta de Greta, ¿o había sido más un planteo? Lo que era indudable era que la tensión se había vuelto a instalar entre ellos y que había echado por tierra el clima distendido que habían compartido hasta ese momento.

—Pia está acostumbrada a mis horarios. Como hija de policía, tú deberías saberlo mejor que nadie —replicó mirándola directamente a los ojos.

—Tienes razón, lo sé muy bien —lo increpó Greta, molesta a esas alturas, no tanto

por el tono que había usado él para responderle, sino por toda aquella incómoda situación que ella misma había propiciado.

En ese instante, el teléfono móvil de Mikael comenzó a sonar. Él miró la pantalla iluminada y reconoció el número de su casa. No tenía ganas de hablar con su mujer ni de soportar su mar de preguntas. Por lo tanto, apagó el aparato y lo metió en el bolsillo de la chaqueta.

Cerca de las siete, la tormenta comenzó a perder intensidad. Lentamente, las personas que se habían refugiado en el local de comidas rápidas se fueron marchando.

—Será mejor que nosotros hagamos lo mismo —anunció él.

Regresaron al auto. La tensión entre ambos solo se acrecentó. Recorrieron las millas que faltaban para llegar a Mora en absoluto silencio. Greta apartó la vista del paisaje. Miró el reloj cuando el vehículo se adentró en la zona comercial y dobló por Millåkersgatan. A esa hora, Lasse ya había cerrado Némesis.

—Hemos llegado. —Mikael estacionó frente a la librería y luego la observó. Ella se estaba colocando los guantes, parecía tener prisa. Cuando alzó la cabeza y sus ojos se encontraron, a Mikael le fue muy difícil controlar las ganas locas que tenía de besarla.

—Es tarde. *Miss Marple* debe de estar intranquila —dijo Greta al tiempo que asía la manija de la puerta. Necesitaba salir de allí lo antes posible.

—Espera. —La tomó del brazo cuando vio que ella se estaba por bajar—. No quiero que te vayas enojada conmigo.

Greta se volteó hacia él, pero no soltó la manija.

—No estoy enojada contigo.

—¿Segura? —insistió. Su mano aún le rozaba el brazo.

—Sí; agradezco que me hayas permitido ir a Rättvik contigo.

—Habrías ido de todos modos —adujo con una sonrisa en los labios.

Greta asintió, pero no supo qué más decirle. Notó que a él le pasaba lo mismo. Lo mejor era marcharse. Si se quedaba un segundo más allí, ambos terminarían por cometer el peor error de sus vidas.

—Buenas noches, Mikael. —Abrió la puerta y se apeó del coche.

—Que descanses —alcanzó a decirle él, antes de que ella desapareciera tras la cortina de nieve.

Subió corriendo los escalones y miró debajo del tapete: había acordado con Lasse que le dejara la llave en aquel sitio cuando ella no se encontraba. La puso en el llavero junto a las demás y abrió la puerta. El instinto hizo que fuera hasta la ventana; se asomó: vio que el auto de Mikael aún continuaba allí. De sus labios, brotó un suspiro. Sabía que había actuado como una tonta frente a él, reclamándole el hecho de que no

avisara a su esposa que llegaría tarde a su casa. No tenía derecho a hacerlo, sobre todo porque ella era, en parte, la culpable del retraso. Se apartó de la ventana después de que él se fuera para dirigirse a la cocina con la intención de verificar que *Miss Marple* estuviera bien. La lora comenzó a bailar dentro de la jaula apenas la vio. Greta le abrió la puertita y dejó que *Miss Marple* saliera a dar su paseo diario por el apartamento. Fue hasta la sala y vio que tenía dos mensajes en la contestadora. Escuchó el primero; era de Linda:

«Hola Greta, soy Linda Malmgren. Perdona por molestarte. Te llamo para decirte que es imposible que la reunión del Club de Lectura se celebre en mi casa. Ha habido un malentendido. Yo creí que la reunión sería un lunes, como siempre. Ahora caigo en la cuenta de que es este jueves. Lamento no haberte avisado antes, pero ya tenía pautado un compromiso para ese día por el que debo salir de la ciudad mañana temprano. De nuevo, te pido disculpas por la confusión».

Greta resopló con fastidio. No creía demasiado en la excusa que le había dado Linda; seguramente, seguía teniendo un mal concepto de ella después de haberla visto con Mikael en el Lilla Krogen. Por eso, se había arrepentido de ofrecer su casa para la reunión. No tenía más remedio que llamar a las demás integrantes del club y avisarles. Buscó la agenda y le comunicó a todas que la reunión se haría en Némesis y no en la casa de Linda. No pudo hablar con Hanna, porque su amiga tenía el móvil apagado, la llamaría más tarde.

Luego escuchó el segundo mensaje; era de su padre.

«Greta, cariño. ¿Cómo te sientes? ¿Ha pasado ya el malestar? Supe que estuviste en la comisaría hoy. Lamento que no nos pudiéramos ver, pero tuve que salir a resolver un asunto. Llámame cuando escuches este mensaje. Un beso, y cuídate mucho».

¿Resolver un asunto? ¿Por qué no le decía lisa y llanamente que había salido a almorzar con Nina Wallström?

Le había mentido y le angustiaba saber la razón que se escondía detrás de esa mentira. No lo llamó; no podía hablar con él en ese momento.

* * *

Lo primero que hizo Mikael antes de bajarse del auto fue revisar las llamadas perdidas. Había tres de su esposa. Ni siquiera se molestó en escucharlas; estaba seguro de que Pia se encargaría de hacerle los mismos reproches apenas pusiera un

pie dentro del hogar. Ella sabía que su trabajo como policía le demandaba horas extras. Había períodos, sin embargo, en los cuales dejaba de lado aquel detalle y lo atosigaba con preguntas y llamadas al teléfono. Aquel parecía ser uno de esos períodos, exagerado, además, por su acuciante necesidad de convertirse en madre.

Recogió la caja con los archivos del caso Reveneue del asiento trasero. Al hacerlo, el viento que se coló en el interior del auto le trajo el perfume de Greta que aún permanecía en el aire. Cerró la puerta de un golpe y exhaló con fuerza; debía sacar a Greta de su cabeza con rapidez. Decirlo era mucho más sencillo que hacerlo. Habían pasado muchas mujeres por su vida, pero las olvidaba después de un buen revolcón. Lo que fuera que le sucediese con Greta era completamente diferente y estaba más allá de su comprensión. Solo había una cosa de la que tenía absoluta certeza: él no era el hombre adecuado para ella, que se merecía a alguien mejor. Sobre todo, después de haber pasado por una relación conflictiva con su exnovio. Además, Karl le había dejado bien claro que no iba a permitir que se acercase a su hija. Esa tenía que ser una razón más que poderosa para dejar de pensar en ella. No obstante, cualquier lógica se desvanecía cuando recordaba esos ojos azules y esa melena roja.

Entró al edificio y saludó al portero. Subió hasta el apartamento. Descubrió, para su buena suerte, que Pia no estaba esperándolo despierta. Dejó la caja encima de una mesita, echaría un vistazo a los archivos por la mañana en la comisaría, porque estaba agotado. Greta acudió a su pensamiento una vez más. Con certeza, ella estaría deseosa de saber qué decían aquellos papeles; tanto o más que él. Se quitó la chaqueta. Enfiló rumbo a la habitación. Abrió la puerta sigilosamente para no despertar a Pia quien se hallaba acostada en su lado de la cama. Se desnudó en absoluto silencio, se puso el pijama. Cuando se sentó en la cama, escuchó la voz de su esposa.

—¿Dónde estabas? Traté de hablar contigo, pero me saltaba siempre el contestador.

Él se metió debajo de las sábanas.

—Tuve que ir a Rättvik para conseguir los expedientes de un caso de homicidio ocurrido hace varios años —respondió dándole la espalda. De pronto, sintió que ella se movía.

Pia se acercó por detrás y lo abrazó. Luego apoyó el rostro sobre el hombro de su marido y se quedó allí, sin decir absolutamente nada hasta volverse a dormir. Él, en cambio, tardó mucho más en conciliar el sueño.

* * *

El sonido del despertador se mezcló escandalosamente con el parloteo de *Miss Marple* esa mañana.

—¡Greta! ¡Arriba! ¡Arriba!

Abrió con lentitud los ojos y apagó la alarma del reloj de un manotazo.

—¡Greta! ¡Arriba!

Ella escondió la cabeza debajo de la almohada y maldijo entre dientes para que *Miss Marple* no la oyera. La noche anterior se había olvidado de encerrarla en la jaula. Ahora, el ave venía a despertarla y a reclamar atención.

Se sentó en la cama, se llevó el cabello hacia atrás. Faltaba todavía media hora para abrir la librería: tenía tiempo de sobra para darse un baño y desayunar junto a la lora.

—Ve a la cocina, sinvergüenza —le dijo cuando pasó por el tocador en dirección al cuarto de baño.

—¡Sinvergüenza! ¡Sinvergüenza! —repitió *Miss Marple*, mientras se miraba en el espejo.

Greta soltó una carcajada: debía tener cuidado con las palabras que utilizaba delante de ella; de lo contrario, podrían, luego, ser usadas en su contra.

Desayunaron juntas, como casi todas las mañanas. Luego llegó la hora de abrir Némesis: a las nueve en punto. Hubo poco movimiento. El teléfono sonó por cuarta vez desde que había abierto, y Greta corrió a atender. Era su padre, que lo primero que hizo fue reclamarle que no le hubiese devuelto la llamada el día anterior.

—Papá, perdóname, se me olvidó —mintió. Después de que él le ocultara que había salido a almorzar con Nina Wallström, le habían quedado muy pocas ganas de hablarle.

—Me tenías preocupada, cariño, eso es todo —respondió, quizás adivinaba, por el tono de voz, que estaba molesta—. ¿Cómo te sientes?

—Bien, ya no me duele el estómago. Tu sopa de pollo es milagrosa.

Él rio desde el otro lado de la línea.

—No sé si es milagrosa, hija. Lo que sí te puedo decir es que estaba hecha con mucho amor.

A Greta se le hizo un nudo en la garganta. No podía estar enojada con él por mucho tiempo. Se despidió y le prometió ir a cenar al día siguiente. Después de colgar, se quedó mirando el teléfono un buen rato, esperando que Mikael la llamara para contarle si había descubierto alguna conexión entre los crímenes de Elena Revenu y Camilla Lindman. Sentía que tenía derecho de saber, pero era consciente de que tampoco podía hacerse muchas ilusiones al respecto. Dejó escapar un suspiro. Luego, puso una sonrisa en su rostro cuando la campanilla de la puerta sonó para

anunciar la llegada de un nuevo cliente.

* * *

—Leo y vuelvo a leer. Cada vez me parece más espantoso todo esto —manifestó Nina indignada—. En los quince años que llevo en este trabajo, nunca me topé con un caso de estas características. Es horrible lo que esa mujer le hizo a su hija.

Mikael tenía que concordar con su compañera. La muerte de Elena Revenu, a manos de su propia madre, había sido horrible. No era solo por el lazo que unía a la víctima con su victimario. Hilda Äland se había ensañado en contra de su hija de una manera irracional. Sin embargo, la justicia no la había considerado enajenada mental —ni en el juicio, ni en sus revisiones— y, por eso, había sido condenada a cadena perpetua.

—¿Qué puede llevar a una madre a cometer semejante barbaridad?

—Lee esto. —Nina le entregó a su compañero el informe que la policía había elaborado con los pormenores del caso. Él lo leyó en voz alta.

—«Hilda Äland nació en 1931 en una granja en las afueras de Rättvik. Su padre murió cuando ella tenía diez años y dejó a su madre con cinco niños para criar. Seis años más tarde, cuando Hilda tenía dieciséis, abandonó el colegio para casarse con su primer esposo, un granjero cuatro años mayor que ella. Tuvieron dos hijos, pero ambos murieron antes de cumplir los tres años». —Mikael detuvo la lectura—. No dice de qué murieron sus hijos, pero es muy extraño que ambos murieran tan pequeños.

—¿Crees que ella los asesinó?

—No lo sé. —Continuó leyendo—: «Se divorció de su esposo seis años más tarde y se volvió a casar. Su segundo matrimonio solo duró cinco meses. Su marido la dejó para irse con otra. Luego, se casó por tercera vez con Kurt Revenu. Con él tuvo tres hijas: Elena y dos niñas menores que ella».

—Iba de un fracaso matrimonial a otro, parece que no le gustaba estar mucho tiempo sola —adujo Nina.

—Así es. Aquí dice que su aspecto era deplorable, que se veía como una mujer de cincuenta, cuando en realidad no tenía más de treinta y siete años. Fumaba sin parar, bebía constantemente y, además, sufría de asma. Escucha esto: «Cuando Elena cumplió quince años, empezó a salir de su casa con más frecuencia. Una noche en la que llegó tarde, su madre la encerró en el sótano de la casa y la azotó en las nalgas

con un cinturón».

—¡Cielos, esa mujer era un monstruo!

—Al parecer, la pobre chica recibía todo tipo de castigos —dijo Mikael antes de continuar con la lectura del informe—. «A la hora de la cena, Elena generalmente no recibía comida y se la obligaba a mirar cómo comían los demás. Dormía en un colchón lleno de chinches en un rincón húmedo del sótano. Hilda obligaba a una de sus hermanas a vigilar a la mayor para que no intentara escapar. Una noche de verano, después de sufrir vejaciones en manos de su madre durante más de dos meses, Elena trató de huir, pero no lo logró. Su madre la castigó en frente de sus hermanas, quemándole los brazos con cigarrillos». Aquí hay algo interesante —comentó Mikael.

—¿Qué es?

—«En una ocasión, la señora Åland le dijo a una de sus vecinas que su hija mayor era una prostituta y estaba corrompiendo a sus dos hermanas. A partir de ese momento, ya no se le permitió a Elena subir a la casa y fue confinada a pasar el resto de sus días en el sótano. La alimentaban con galletas saladas y agua, lo que provocaba la desnutrición y deshidratación de la muchacha». —Se tomó un respiro antes de seguir leyendo—: «Otro método de tortura fue meter a Elena en una tina de agua hirviendo: su piel estaba toda escamada y tenía laceraciones por todo el cuerpo. Le echaba sal en las heridas para acrecentar su sufrimiento».

—Yo encontré un informe donde decía que, entre las evidencias que se habían recogido de la escena del crimen, había un par de cartas escritas de puño y letra de Elena en donde confesaba que era una puta y alegaba que merecía el castigo al que estaba siendo sometida —intervino Nina.

—Sin dudas, su madre la obligó a escribirlas.

Nina asintió.

—No fue lo único que le obligó a hacer —dijo Mikael con cara de espanto—. Escucha esto: «En una ocasión, Åland obligó a su hija a introducirse una botella de Coca-Cola en la vagina. La botella se rompió, y los cristales la desgarraron internamente».

Un escalofrío helado bajó por la columna vertebral de Nina.

—¿Cómo nadie pudo hacer nada para ayudar a Elena? ¿Qué dice de sus hermanas?

—No se mencionan los nombres en ningún momento, solo dice que eran menores que Elena. Lo más probable es que temieran que les sucediera lo mismo que a la mayor si intervenían. —Mikael posó los ojos nuevamente en el texto para seguir leyendo—. «Poco antes del asesinato, Hilda tomó un alambre al rojo vivo y grabó en el pecho de Elena la palabra “puta”». —En este punto, Mikael volvió a detenerse.

Miró a Nina y dijo—: ¿No te resulta familiar?

—Claro, el *graffiti* en el muro de Némesis.

—Greta tenía razón, Nina. El asesinato de Elena Reveneue no solo tiene una conexión directa con el crimen de Camilla Lindman. También está relacionado con el de Annete Nyborg.

CAPÍTULO 22

Después de cerrar la librería, Greta subió a su casa y almorzó algo ligero. Esa tarde, se llevaba a cabo una nueva reunión del Club de Lectura en Némesis. Aún tenía que armar el cuestionario para comentar el libro que estaban leyendo desde hacía dos semanas. Tras limpiar la cocina y asegurarse de que *Miss Marple* estaba tranquila en la jaula, se sentó en un sillón de la sala con un ejemplar de la novela de Lynda La Plante con el que tomar apuntes para el encuentro.

De vez en cuando, sus ojos se desviaban hacia el teléfono. Guardaba la esperanza de que Mikael la llamara para contarle que, por fin, había encontrado la clave del caso entre los archivos que había traído desde Rättvik. Pero el teléfono no sonaba y, a medida que pasaban los minutos, Greta se ponía más y más ansiosa.

Respiró hondamente y trató de concentrarse en su tarea. Lo logró solo por un rato, ya que cerca de las dos escuchó un auto estacionarse frente a la librería. Podía tratarse simplemente de uno de sus vecinos o de, incluso, alguna de las mujeres del club que llegaba temprano. De todos modos, la curiosidad pudo con ella. Se levantó de un salto del sillón y corrió hacia la ventana. El corazón le dio un vuelco en el pecho, cuando vio a Mikael bajar del coche. Se dirigió a la habitación y contempló su aspecto en el espejo. Tenía el cabello atado en una cola de caballo. Se lo soltó. Estaba todavía un poco pálida y ojerosa por culpa del malestar que la había aquejado un par de días atrás.

«¡Dios, parezco un cadáver!», pensó mientras hurgaba en su neceser. Se puso un poco de color en las mejillas, delineó sus ojos para disimular los surcos de las ojeras, se acomodó la camisa dentro del pantalón y se echó un poco de perfume. En ese preciso instante, él llamó a la puerta. Conforme con su aspecto, Greta corrió a la sala y le abrió.

—Mikael, no avisaste que vendrías —le dijo en un esfuerzo enorme por ocultar que había estado esperando noticias de él casi con desesperación.

—Sí, lo sé. Necesitaba hablar contigo. ¿Puedo pasar?

—Pasa, pasa.

Fueron a la sala, Greta recogió de la mesita el libro y los apuntes en los que había estado trabajando antes de que él apareciera, y lo invitó a sentarse.

—Tú dirás. —No quería parecer ansiosa, pero no podía evitarlo.

Se sentó junto a ella, demasiado cerca para el gusto de la muchacha, lo que la sorprendió. Él se inclinó hacia atrás y la miró atentamente.

—Nina y yo hemos revisado los archivos del caso Reveneue. Hemos hallado una conexión con el crimen de Annete.

Greta subió una pierna encima del sillón y se movió hacia la izquierda hasta quedar frente a él.

—¿De verdad? —Sus ojos azules se iluminaron.

—Sí.

—¡Cuéntame todo, por favor! —le pidió, incapaz de esperar.

Mikael sonrió. Ella seguía mostrándole facetas de su personalidad que solo conseguían atraerlo más.

Le contó lo que había leído sobre el asesinato de Elena Reveneue.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que los crímenes de Annete y Camilla estaban relacionados de alguna manera!

—Sí, todo está conectado; desde los asesinatos hasta el *graffiti* en la pared de la librería —mencionó Mikael sin poder apartar los ojos de Greta—. Camilla investigó el crimen de Elena Reveneue y, según nos dijo su colega, consiguió dar con el paradero de uno de los involucrados en el caso. Esa persona vive aquí, en Mora. La conducta inmoral de Annete fue lo que actuó como disparador. Hilda Äland castigaba a su hija porque creía que era una puta; ahora, más de treinta años después, alguien repite la historia.

—Sí, pero ¿no te parece raro que Annete no haya sufrido ningún tipo de tortura antes de ser asesinada?

—La adenosina causa una muerte lenta —le recordó él.

—Aun así. Si el asesino buscaba punirla por su conducta inmoral, ¿por qué no se ensañó con ella de la misma manera que lo hizo Hilda Äland con su hija? Creo que su verdadera intención no era castigarla físicamente. Más bien, lo que buscaba era redimir su alma —teorizó Greta.

—Tiene sentido —concordó. Pensó en el giro que comenzaría a tomar la investigación si esa hipótesis resultaba cierta.

—Camilla estaba acercándose demasiado a la verdad, por lo que el asesino acabó con ella antes de que hablara. No tuvo piedad, porque el móvil del crimen era muy diferente al de Annete: quería evitar que contara lo que había investigado.

—¿Crees que descubrió algo más?

—¿Te refieres a la conexión entre los dos crímenes? —preguntó ella.

—Sí.

—Si yo hubiera estado en su lugar y sospechaba quién era el asesino de Annete, habría hablado con la policía de inmediato. No creo que la obsesión de Camilla por el caso llegara al extremo de no decirle nada a la policía.

—Eso nunca lo sabremos.

Greta asintió.

—Una cosa sí es indiscutible: si hallamos a la persona que estuvo involucrada en el caso de Rättvik, tendremos a nuestro asesino —aseveró Mikael.

—¿Hilda aún vive?

—Sí. Nina llamó a la prisión de Rättvik, y le informaron que sigue allí.

—¿Y si hablan con ella?

Él negó con la cabeza.

—Imposible. Sufrió una hemiplejía hace unos años que le afectó el habla.

Ella torció la boca en un gesto de desilusión.

—La única salida que tenemos es encontrar a las dos hermanas de Elena. Sus nombres no figuran en los expedientes, porque eran menores de edad en esa época —le informó Mikael.

—Alguien debe de saber dónde están. Rättvik es una ciudad pequeña como Mora, donde todos se conocen. Incluso podemos buscar en el directorio telefónico para ver si aparece el apellido Reveneue —sugirió Greta.

—Ya lo he hecho, no hay nadie con ese apellido en Rättvik, por eso creo que solo nos queda una cosa por hacer. —Sacó el teléfono móvil y llamó a su compañera—. Nina, necesito que me hagas un favor, consígueme el número de la estación de policía de Rättvik. Envíamelo por mensaje de texto apenas lo tengas.

—¿Crees que el sargento Kaplan te suelte el nombre de las hermanas de Elena?

—Ya son dos mujeres adultas. Hace más de treinta años, la ley protegía su identidad porque eran menores de edad, pero ya no tiene caso hacerlo. Pediré hablar con el oficial Grimås. Creo que, cuando fuimos a Rättvik, le caíste en gracia. Por eso, no seré yo quien hable con él —añadió con aire misterioso.

Greta abrió los ojos como platos cuando adivinó las intenciones que tenía.

—¿Quieres que yo hable con él?

—Sí; no hay nada que no puedas conseguir con tu simpatía.

Ella tragó saliva. Estaba a punto de decir algo. El teléfono móvil de Mikael hizo un pitido que la interrumpió.

—Ya tengo el número. Me comunico, y tú pides hablar con él —le explicó el teniente sin darle tiempo a reaccionar.

Ella lo miró con gesto interrogante, cuando él le entregó el teléfono.

—Lo harás bien, no te preocupes.

Greta respiró hondo y se sentó de lado porque le daba vergüenza que Mikael la viera a la cara mientras ella coqueteaba con el hombre al otro lado de la línea.

—Buenas tardes, ¿podría comunicarme con el oficial Grimås?

—Yo soy el oficial Grimås. ¿Qué puedo hacer por usted?

Señaló el teléfono con el dedo índice y gesticuló con la boca «es él».

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Carraspeó y puso la mejor de las sonrisas, como si tuviera al dichoso oficial frente a ella.

—Oficial Grimås, no sé si me recuerda. Mi nombre es Greta Lindberg y ayer por la tarde estuve en Rättvik.

—Por supuesto que te recuerdo, eres la pelirroja bonita de Mora.

—Sí, esa soy yo. Me alegra que me tenga presente —le dijo con voz seductora.

—Es imposible no hacerlo...

—Te llamaba porque necesito pedirte un favor —lo tuteó para entrar más en confianza.

Mikael observaba atentamente la escena; podía imaginarse perfectamente la cara de imbécil que tendría el tipo en ese momento.

—No me has dicho tu nombre aún. —Hizo una pausa—. «Oficial Grimås» me suena demasiado formal, ¿no crees?

—Harald; me llamo Harald.

—Bien, Harald, ahora que ya nos conocemos un poquito mejor, ¿puedo hacerte una pregunta?

—La que quieras, Greta —respondió el oficial, completamente embobado con ella.

—¿Conoces los nombres de las dos hermanas de Elena Reveneuv? Es que no aparecieron en los archivos del caso, y la policía de Mora quiere hablar con ellas.

—¿Tú no eres policía?

Se quedó callada durante unos segundos. No supo qué decir en ese momento, pero, rápidamente, tuvo una idea.

—No, no lo soy. Verás, yo tengo un interés personal en el caso, Camilla Lindman era mi amiga y quiero saber por qué la mataron. La policía sospecha que su muerte

tiene que ver con el asesinato de Elena Reveneue. Por eso necesito el nombre de las hermanas para ir a verlas.

—No estoy autorizado a dar ese tipo de información, Greta.

Greta apartó el teléfono y lo tapó para evitar la oyeran del otro lado.

—Me dice que no está autorizado a decirme sus nombres.

—Insiste, lo tienes comiendo de tu mano —le dijo Mikael confiando plenamente en su poder de persuasión.

Reanudó la conversación.

—Harald, ¿no podías hacer una excepción conmigo?

—Me pones en un aprieto...

—Te lo agradecería infinitamente —insistió.

—¿De verdad?

En ese momento, sintió que él estaba por ceder.

—Sí.

—¿Qué obtendría a cambio? —retrucó Harald.

Greta se pasó nerviosamente una mano por el pelo. Jamás había pensado que la conversación llegaría a semejante punto, pero ya no había marcha atrás. Debía seguir con su actuación.

—Podría hacerte una visita cuando vaya a Rättvik a ver a las hermanas de Elena —dijo finalmente en su último intento por conseguir lo que buscaba.

Después de unos cuantos segundos, eternos para Greta, el oficial Grimås dijo:

—Está bien, espera que busco los datos.

Greta miró a Mikael.

—Lo logramos —le dijo en voz baja.

Él le sonrió, por supuesto que lo lograrían. ¿Quién iba a resistírsele a ella?

—¿Tienes para anotar? —preguntó Harald.

Greta tomó el cuaderno donde había estado tomando apuntes para la reunión de esa tarde del Club de Lectura y escribió el nombre de las hermanas de Elena.

—Kathrine y Stina Forssell —repitió los nombres en voz alta para constatar que los hubiese escrito bien.

—Así es, Forssell es su apellido adoptivo. Las niñas fueron entregadas a unos tíos después de lo sucedido. Kathrine se casó y vive en la ciudad.

—¿Y qué sabes de Stina?

—No sé sabe nada de ella desde hace años. Posiblemente, Kathrine pueda decirte qué fue de su vida.

—Le preguntaré a ella, entonces.

—¿Cuándo vienes a Rättvik?

—Supongo que en unos días.

—No olvides que prometiste venir a verme.

—No lo olvidaré, Harald.

—Te voy a estar esperando, Greta.

Ella lo imaginó mirándola con sus ojos enormes y saltones, cargados de lascivia, lo que le revolvió el estómago. ¿Qué pensamientos obscenos pasarían por su mente mientras hablaba con ella? Prefirió no averiguarlo, mucho menos después de conocer, de manera accidental, el gusto del oficial Grimås por la lectura para caballeros.

Cortó y le entregó el teléfono a Mikael.

—Lo has hecho mucho bien —la felicitó.

Ella le lanzó una mirada aniquiladora.

—¡Espero no tener que volver a hacer algo así nunca más!

—Lo importante es que has conseguido la información que necesitábamos. Ahora que sabemos el apellido de las hermanas de Elena será más sencillo dar con ellas.

—Harald, el oficial Grimås —se corrigió— me dijo que una de las hermanas, Stina, desapareció hace años.

El teniente se quedó pensativo; después de unos cuantos segundos, habló:

—Ha pasado mucho tiempo, pero nadie desaparece de la faz de la Tierra así como así. Debemos hallarla, lo más probable es que viva bajo otro nombre.

—¿Crees que es ella la persona que Camilla encontró? —lo interrumpió Greta.

—No lo sé. Lo primero que hay que hacer es hablar con su hermana Kathrine. Ella puede aclarar muchas dudas.

—¿Cuándo irás a verla?

—Dentro de un rato. Pasaré antes por la comisaría para obtener su dirección y partiré de inmediato hacia Rättvik.

Ella se lamentó porque no iba a poder acompañarlo. La reunión del Club de Lectura comenzaba en menos de veinte minutos, y no podía suspenderla.

Mikael se quedó sentado en el sillón, esperando quizá que ella le dijera algo.

—El oficial Grimås se quedará con las ganas de verme —comentó con una sonrisa mientras se levantaba del sillón—. Hoy toca Club de Lectura. —Miró el reloj—. Es más, las chicas deben de estar al caer de un momento a otro.

Mikael también lamentó que ella no pudiera acompañarlo. Lánguidamente, se puso de pie y dejó que ella lo acompañase hasta la puerta.

Greta se asomó antes de que él saliera. De repente, la vio cerrar la puerta a toda prisa y supo que algo andaba mal.

—¿Qué sucede?

—Es Britta Erikssen que viene hacia aquí. No quiero que te vea.

Mikael no sabía si reír o preocuparse como ella.

—¿Qué importa si me ve?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Después de que ella y Linda Malmgren nos vieron juntos en el Lilla Krogen, he tenido que soportar sus miradas desaprobatorias todo el tiempo. Que te vean saliendo de mi casa, no va a ayudar demasiado —alegó.

—Comprendo, pero... mi auto está allí fuera —le recordó Mikael.

Greta se pasó la mano nerviosamente por el cabello. Él tenía razón: cuando Britta viera el Volvo estacionado a un costado de la librería, de nada serviría que Mikael se ocultase.

—Está bien, que sea lo que Dios quiera. —Abrió la puerta y dejó que él saliera.

—No le hagas caso a esa vieja arpía; no estábamos haciendo nada malo.

Ella asintió.

—Me marchó. —Se detuvo, giró y la miró—. ¿Puedo llamarte esta noche para contarte cómo me fue?

—Sí, por supuesto, esperaré tu llamado —le respondió con una sonrisa en los labios.

Lo observó hasta que se subió al coche y se alejó por Millåkersgatan. Luego buscó a Britta, pero ya no la vio. Entró, tomó el libro y el cuaderno con los pocos apuntes que había alcanzado a escribir y bajó a la librería. Allí estaba la mujer del reverendo, parada en la puerta, esperando a que le abriera. Greta respiró hondamente y se preparó para recibirla. Había llegado temprano, como casi siempre, lo que significaba que tendría que soportarla hasta que llegaran las demás.

Abrió la puerta y puso su mejor sonrisa.

—Hola, Britta; pasa. —Se hizo a un lado para que entrara—. Eres la primera en llegar.

La mujer apenas le sonrió. Eso sí, no perdió la oportunidad de lanzarle un comentario incisivo.

—Lamento si he llegado antes de lo previsto. Espero no haber interrumpido nada.

Greta tragó saliva. Sabía que no se la iba a dejar pasar tan fácilmente.

—En lo absoluto. ¿Por qué lo preguntas?

Antes de responder, la señora Erikssen se quitó el abrigo y luego el sombrero. Los dejó en el perchero y se tomó todo el tiempo del mundo.

—Vi un auto de la policía; estaba estacionado frente a la librería.

Greta no tenía más remedio que decirle la verdad: cualquier otra cosa la habría dejado en evidencia. Sospechaba, por otro lado, que, si Britta la atrapaba mintiéndole, era muy capaz de arrastrarla de una oreja a misa el siguiente domingo.

—Sí, era el auto del teniente Stevic —le dijo solamente.

La mujer no hizo ningún comentario, pero no hacía falta: era claro lo que pasaba por su cabeza en ese momento.

Respiró aliviada cuando llegó Mary Johansson. Se puso a conversar con ella mientras esperaban a las demás. Desde un rincón apartado, la mujer del reverendo las observaba atentamente.

CAPÍTULO 23

Kathrine Forssell vivía en una cabaña en las afueras de Rättvik en compañía de su esposo y de un perro de raza golden retriever llamado *Pook*. Mikael supo, desde el preciso instante en que le abrió la puerta, que no sería fácil hablar con ella. Kathrine se lo hizo saber, cuando él mencionó su verdadero apellido.

—Ya no soy Reveneue —le aclaró tajantemente.

—Lo sé, señora Forssell. La policía local me informó que adoptó el apellido de sus tíos después de lo sucedido.

—Ahora uso el de mi esposo, prefiero que me diga señora Bäck.

El teniente asintió y aceptó la taza de café que ella le había ofrecido. El esposo de Kathrine, sentado junto a la ventana, los observaba en silencio. *Pook* se había echado frente a Mikael; jadeaba y la baba le caía encima de las botas.

—Ha pasado mucho tiempo, no entiendo por qué la policía de Mora está interesada en la muerte de mi hermana —dijo la mujer mientras se sentaba a su lado en el sofá.

—El asesinato de Elena tiene estrecha relación con un crimen cometido en Mora hacía unos días. La víctima era Camilla Lindman.

Ella se puso pálida de repente.

—¿Camilla? Me enteré por la televisión de su muerte, pero nunca supuse que tendría que ver con algo de mi historia familiar.

—¿La conoció en persona?

—La primera vez que vino a verme fue hace un par de meses más o menos. Me dijo que estaba investigando el caso de mi hermana y que su intención era escribir un libro. Luego dejó de venir, y ya no supe más de ella.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Hace tres semanas.

—¿Le dijo alguna cosa sobre la investigación que estaba llevando a cabo?

La mujer negó con la cabeza.

—Me dijo que se había topado por casualidad con la noticia del crimen de Elena hace unos meses y que, desde entonces, se había obsesionado con el caso. Tenía particular interés en mi otra hermana, Stina. Me hizo muchas preguntas sobre ella, pero no pude ayudarla.

Mikael aprovechó que el tema salía a la luz para hacerle sus propias preguntas acerca de la hermana que estaba desaparecida.

—¿Sabe dónde está Stina?

—No. Cuando cumplió la mayoría de edad, se largó de Rättvik y nunca más supimos de ella.

—¿Es posible que Camilla haya dado con su paradero?

—No lo sé. Siempre que venía a verme, me preguntaba por ella. Sin embargo, nunca mencionó que la hubiese encontrado. Un día, incluso, me pidió una fotografía suya para intentar encontrarla. Stina, seguramente, se cambió el apellido después de marcharse. No deseaba que nadie la relacionara con lo sucedido. Aquí en Rättvik, Reveneue es sinónimo de tragedia. Dudo también que haya conservado el apellido de nuestros tíos.

—Kathrine, sé que es difícil para usted, pero ¿podría contarme lo que recuerda sobre el asesinato de su hermana?

Ella agachó la cabeza y no dijo nada durante unos cuantos segundos. Cuando miró al teniente, él vio la angustia en sus ojos. No quería hacerle pasar por ese mal trago, pero ella podía saber algo que no se mencionara en los archivos del caso.

—No recuerdo mucho, yo tenía nueve años cuando Elena murió. —Metió las manos dentro del puño del abrigo de lana y las dejó sobre el regazo—. Mi madre... Ella nunca fue cariñosa con ninguna de nosotras, pero a Elena la odiaba. Cuando mi hermana cumplió quince años y empezó a salir con uno de los chicos del barrio, su vida y la nuestra se convirtieron en un infierno. Mamá encerraba a Elena en el sótano. Yo no podía ver qué le hacía allí abajo, pero podía escuchar los gritos. —Hizo una pausa y cerró los ojos—. Nadie la ayudó. Yo lo intenté una vez, pero solo empeoré las cosas: mi madre castigó a Elena quemándole los brazos delante de mí y de mi hermana...

—¿Nunca las maltrató a usted o a Stina? —quiso saber Mikael.

—No, todo su resentimiento y su maldad eran para Elena. —Se cubrió el rostro con ambas manos y se echó a llorar—. ¡Mi pobre hermana!

El esposo de Kathrine se acercó y la abrazó.

—Calma, cariño, todo eso ya pasó —le susurró al oído mientras le acariciaba la espalda. Luego miró al teniente con mala cara—. Creí que la policía conocía los detalles del caso, ¿por qué tienen que venir después de tantos años a remover heridas tan dolorosas?

—Señor Bäck, lamento toda esta situación, pero, como le dije a su esposa, el asesinato de Elena está relacionado con dos crímenes que estoy investigando en Mora.

Kathrine se apartó un poco de su esposo y miró a Mikael con gesto interrogante.

—¿Dos crímenes? ¿Ha muerto alguien más aparte de Camilla Lindman?

—Así es. La primera víctima se llamaba Annete Nyborg, y creemos que su asesino estuvo involucrado en la muerte de Elena.

—¡Pero eso es imposible! ¡La única culpable de su muerte es mi madre, y ella está presa!

—Por eso quiero encontrar a Stina —le explicó.

—¿Me está queriendo decir que pudo haber tenido que ver con la muerte de esa mujer?

—No quiero decir nada, solamente quiero hablarle. ¿Cuántos años tenía Stina cuando murió Elena?

—Trece.

—Es muy probable que recuerde más detalles que usted.

—Lo dudo. Mi madre nos enviaba a la habitación que compartíamos las tres hermanas cuando no quería que viéramos lo que le hacía a Elena. Stina se quedaba conmigo hasta que lograba dormirme.

—Aun así, necesito encontrarla y hacerle algunas preguntas —insistió Mikael. Tenía la esperanza de que la mujer supiera dónde podía estar Stina.

—Lamento no poder ayudarlo, teniente Stevic, pero no he visto a mi hermana desde que se marchó de Rättvik —le aseguró.

—¿Nunca se puso en contacto con usted a través de una carta o una llamada telefónica?

Kathrine negó con la cabeza.

—¿Tiene una fotografía de ella?

—Lo siento, la única que tenía se la llevó Camilla Lindman.

Mikael se dio cuenta, entonces, de que aquella mujer frágil y con la mirada llena de dolor, le estaba diciendo la verdad.

Se marchó verdaderamente decepcionado. Había pensado que obtendría información vital de parte de la hija menor de Hilda Äland, pero se equivocó. Debería haber tenido en cuenta que Kathrine era demasiado pequeña cuando había sucedido el crimen. En cambio, Stina, con sus trece años, seguramente guardaría en su memoria

detalles del infierno que había padecido su hermana Elena antes de morir en manos de su propia madre. Un infierno que la había acompañado a través de los años.

Era vital hallar a Stina Revene; lo sabía. Solo lamentaba que la única fotografía que la señora Bäck había conservado de su hermana se la hubiese llevado Camilla.

* * *

Karl observó a su hija con atención. Hacía un buen rato que ella no apartaba los ojos de su teléfono móvil.

—¿Esperas una llamada?

Greta alzó la vista y miró a su padre.

—Sí.

Él no dijo nada. Creía saber el motivo de su ansiedad. Nina le había comunicado que Mikael iría esa tarde a ver a una de las personas involucradas en el caso Lindman. Conociendo a su hija, no era descabellado pensar que estaba esperando precisamente una llamada de él.

—¿Y no vas a decirme de quién?

Ella se levantó de la silla y se dirigió hacia la chimenea para atizar el fuego.

—Hanna quedó en llamarme, porque íbamos a salir a dar un paseo mañana —respondió sin voltearse.

—No creo que una llamada de tu amiga te tenga así de inquieta. ¿Por qué no me dices la verdad?

Greta miró la fotografía de su madre que estaba encima de la chimenea.

—Está bien, te voy a decir la verdad. —Regresó a la mesa y se sentó. Bebió un poco de vino y miró a su padre a los ojos—. Mikael fue a Rättvik a hablar con la hermana de Elena Revene y quedó en llamarme para contarme las novedades. —Notó que Karl ni siquiera se había inmutado.

—¿Hay algo más que quieras decirme?

—¿Sobre qué? —preguntó nerviosa, porque presentía que su padre sabía más de lo que le mostraba.

—Es evidente que has estado viendo a Mikael a mis espaldas. Ya te he dicho que no quiero que te involucres con él...

—Papá, yo no me he involucrado con él. No de la manera que tú piensas —le aclaró.

—Explícame eso.

—Ayer a la tarde fui a la comisaría, porque quería recuperar mi coche. Cuando llegué pregunté por ti, y la recepcionista me dijo que habías salido con Nina.

Ahora era Karl el que se había puesto nervioso.

—Nadie me avisó que habías ido —respondió—. Con respecto a mi salida con Nina, pues... la invité a almorzar. En los cinco años que llevamos trabajando juntos, es la primera vez que lo hago —se apresuró a aclararle—. Había estado toda la mañana en una reunión y tenía ganas de salir de la comisaría por un rato.

Greta no sabía si le decía la verdad, pero no tenía más remedio que confiar en su palabra.

—Hablé con Frederic y me dijo que no podían entregarme el Mini Cabrio hasta que el juez lo autorizara.

—Así es, ¿tenías prisa por recuperarlo?

—Sí. Quería ir a Rättvik y averiguar sobre el asesinato de Elena Reveneue.

—Hija, te he dicho cientos de veces...

—Ya sé lo que siempre me dices, papá. Así que ahórrate el sermón.

—¿Y fuiste a Rättvik con Mikael?

Greta asintió.

—Me conoces mejor que nadie, papá. Cuando me propongo algo, no me detengo hasta conseguirlo —le recordó con una sonrisa conciliatoria.

Karl quería enfadarse con ella y soltarle de todos modos un buen sermón, pero era imposible cuando Greta le sonreía de aquella manera. Quizás, lo que tenía que hacer era hablar con Stevic. Después de todo, era él quien terminaba secundando sus locuras.

El teléfono de Greta sonó en ese momento, y ella atendió de inmediato.

Karl se dio cuenta de que era la llamada que había estado esperando con tanto anhelo. No le gustó para nada el brillo que vio en los ojos de su hija mientras hablaba con Mikael. Presentía que tenía muy poco que ver con lo que fuera que él le estuviera contando.

Cuando cortó, ella regresó a la mesa con su padre.

—¿Qué te dijo?

—Pudo hablar con Kathrine Reveneue, pero no supo informarle dónde está su hermana Stina.

—¿Realmente, creen que ese viejo caso tenga relación con los de Nyborg y Lindman? —preguntó un poco escéptico. Desde que trabajaba en lo de la banda de traficantes de armas, apenas tenía tiempo para enterarse de los pormenores de la investigación por asesinato.

—Sí, papá. Todo cuadra: Annete fue asesinada porque llevaba una vida, para

muchos, considerada inmoral. Alguien escribió la palabra «puta» en el muro de Némesis después de que me vieran en compañía de un hombre casado. Esa misma persona rompió la ventana de la casa de Mary Johansson, quien como sabes, es madre soltera y trabaja de camarera en un bar de mala muerte junto a la carretera. Hace más de treinta años, Hilda Åland acusó a su hija de puta y la castigó de manera atroz hasta provocar su muerte. Camilla es quien une definitivamente ambos casos. Ella investigó el asesinato de Elena Reveneue y, seguramente descubrió alguna cosa importante. No olvides que uno de sus colegas dijo que la reportera había encontrado aquí, en Mora, a alguien que estuvo involucrado en la muerte de Elena. Alguien que había dejado atrás su vida en Rättvik con la intención de olvidarse de todo. Hilda Åland está presa, y Kathrine nunca salió de la ciudad. Solo queda la otra hermana de Elena. La mujer desapareció hace años y nadie conoce su paradero actual. Salvo, tal vez, Camilla. Mikael dijo que la reportera había conseguido una foto que, de seguro, desapareció junto con la *laptop*.

—¿Estás diciendo que Stina Reveneue es nuestra asesina?

—Ya no se llama así, papá. Después del caso, unos tíos la adoptaron a ella y a Kathrine. Si su intención fue romper con todo lo que la vinculaba a su pasado, sospecho que ya no usa el apellido adoptivo tampoco.

Después de escuchar atentamente la teoría de su hija, Karl tuvo que aceptar —a regañadientes, eso sí— que Greta podía tener razón.

—¿Cuántos años tenía Stina al momento del asesinato de su hermana?

Greta se encogió de hombros.

—Mikael no me lo dijo.

—Bien. Voy a convocar una reunión mañana para comentar los avances de la investigación y ver lo que tenemos. Los nuevos datos son bastante reveladores, y nuestra prioridad será descubrir bajo qué identidad se esconde Stina Reveneue ahora.

Greta dejó escapar un suspiro y bebió un poco más de vino.

Por una vez en su vida, deseó haber emulado los pasos de su padre y convertirse en policía. Si lo hubiese hecho, nadie le impediría asistir a esa reunión.

* * *

A la mañana siguiente, cerca del mediodía, Greta recibió una llamada de Frederic Grahn.

—Querida, ya puedes venir a retirar tu auto. Ayer tarde en la noche llegó la orden

del juez. Discúlpame por no avisarte antes.

El rostro de Greta se iluminó.

—¡Qué buena noticia! Pasaré en un rato, después de cerrar la librería.

—Bien, deberás hablar con uno de mis muchachos, porque yo estoy saliendo para una reunión importante en la oficina de tu papá —le avisó.

—Está bien, no te preocupes. ¿A qué hora es la reunión? —preguntó como quien no quiere la cosa.

—En quince minutos, ¿por qué tanto interés?

—Por nada, es que quería aprovechar para saludar a mi padre cuando pase por allí —mintió y descubrió que, últimamente, no le costaba nada hacerlo; además, le salía muy bien.

—Pasa y saludame a mí también —le pidió.

—Sí, Frederic. Lo haré. Hasta más tarde.

Después de que colgó, comenzó a mirar con impaciencia el reloj. Faltaba media hora para cerrar Némesis. Quería pasar por la comisaría y enterarse lo que se iba a hablar en la reunión. Frederic, sin saberlo, le había dado la excusa perfecta. Dado el poco movimiento de esa mañana, decidió cerrar un rato antes de lo habitual. Subió a su casa para cambiarse de ropa. Mientras se estaba terminando de arreglar, sonó el teléfono. Miró la pantalla luminosa que indicaba que era Hanna: no tenía tiempo para hablar con su amiga, así que no le contestó. Saludó a *Miss Marple* y salió a la calle. Buscó afanosamente un taxi, pero se dio cuenta de que no sería sencillo encontrar uno en pleno mediodía cuando todos salían del trabajo hacia sus hogares para almorzar. No tuvo más remedio que irse caminando.

Tardó veinte minutos en llegar a la comisaría. Entró al edificio, pasó de largo por la recepción, atravesó el pasillo y se dirigió directamente a la oficina de su padre. Notó que la persiana americana estaba entornada, señal de que la reunión ya había comenzado. Miró por encima del hombro: por suerte, no había nadie que pudiera ser testigo de lo que estaba a punto de hacer.

Se acercó a la puerta y pegó la oreja para escuchar.

* * *

La oficina de Karl se había convertido en un centro de comandos, el escritorio estaba cubierto de papeles, y Mikael había colgado una de las pizarras de la entrada en uno de los muros. Justamente, se encontraba allí, de pie, después de escribir algunos de los

datos más relevantes de la investigación. Karl, Nina y Frederic lo observaban con atención.

—Debemos enfocarnos en encontrar a Stina Revene. Todos los indicios apuntan a que es ella la persona a la que Camilla rastreó hasta aquí. Cuando su hermana Elena fue asesinada, tenía trece años; debe de tener unos cuarenta y cinco ahora. —Dibujó un círculo alrededor del nombre de Stina y anotó su edad actual.

—Si tomamos en cuenta el primer crimen, es evidente que Annete conocía a su asesino. Ella le abrió la puerta de su casa; no había signos de entrada forzada —intervino Nina.

—Además, el asesino contaba con la confianza de la víctima. La suficiente como para permitirle que se acercara y le inyectara la adenosina —explicó Frederic.

Todos concordaron con él.

Karl fue quien tomó la palabra a continuación.

—Sí; usó un *modus operandi* similar en el asesinato de Camilla Lindman. Ella le dijo a mi hija por teléfono que estaba esperando a alguien, por lo que también conocía a su agresor.

—Hablemos, ahora, de los incidentes relacionados con el caso. —Mikael escribió el nombre de Greta y de Mary Johansson—. Ambos fueron cometidos la misma noche con una diferencia de pocos minutos entre uno y otro. En el caso del muro de Némesis, escribió la palabra «puta»; la misma palabra que Hilda Äland grabó en el pecho de su hija antes de matarla. A Mary Johansson, en cambio, le rompió el cristal de la ventana con una piedra. Fue un acto espontáneo y lleno de rabia: por eso, utilizó lo que tenía a mano para dejarle su mensaje de repudio a Mary. Lo de la librería fue premeditado: esperó a que cerrara para escribir en la pared, quería que todo el mundo viera a la mañana siguiente su mensaje. Hemos cotejado los horarios, con lo que dedujimos que el *graffiti* en Némesis fue realizado antes que el ataque a la casa de Mary.

—Porque hacía apenas unas horas que había visto a Greta en compañía de un hombre casado —alegó Nina sin dar nombres.

Mikael asintió.

—Ese fue el disparador, sin dudas. El ataque a Mary Johansson solo fue un blanco fácil donde descargar su rabia. Con seguridad, su casa queda de camino de la del homicida. Esto refuerza la teoría de que el asesino o asesina es alguien a quien no solo conocían las víctimas de homicidio; Greta y Mary también lo conocen.

Karl se removió inquieto en la silla y se pasó una mano por el cabello. El *graffiti* en la librería podía convertirse en algo más serio y le hacía temer por la integridad física de su hija. Observó, con más preocupación aun, lo que el teniente Stevic estaba

anotando en ese momento en la pizarra.

—Annete, Camilla, Mary y Greta; las cuatro tienen algo en común —dijo en voz alta Mikael. Luego encerró los cuatro nombres en un círculo y se corrió para que todos vieran lo que había escrito debajo: «Club de Lectura».

Se hizo un silencio abrumador y esperanzador al mismo tiempo. Lo que acababan de descubrir podía ser primordial para resolver el caso. Si las víctimas pertenecían al Club de Lectura, era probable que Stina Reveneue fuera una de integrantes.

—Mi hija podría estar en peligro —manifestó el inspector Lindberg, angustiado.

Mikael lo miró. Luego, volvió a posar sus ojos claros en la pizarra.

Karl tenía razón: el círculo estaba cerrándose, y Greta podía quedar atrapada dentro.

En ese preciso momento, la puerta se abrió.

CAPÍTULO 24

Greta irrumpió en la oficina de su padre cuando oyó que su propio nombre se mencionaba en la investigación. Todas las miradas se posaron sobre ella. Entonces, se dio cuenta de que la situación era más complicada de lo que parecía.

—Hija, ¿qué haces aquí? —Karl se levantó rápidamente de su silla y se acercó a ella para darle un abrazo.

—Vine a buscar mi coche. Frederic me dijo que ya estaba listo —le respondió mirando al forense. Saludó a los demás. Cuando sus ojos se posaron en la pizarra que Mikael había improvisado en una de las paredes, se quedó de una pieza. Ahora comprendía por qué había oído su nombre—. El Club de Lectura es lo que conecta todo —balbuceó.

—Así es. Ahora solo debemos hallar a Stina Reveneue —dijo el teniente sin apartar la mirada del rostro estupefacto de la muchacha.

Ella se volteó y asintió con un ligero movimiento de cabeza, pero sus pensamientos parecían estar en otro lugar. Volvió a concentrarse en los datos que aparecían en la pizarra. Guardó silencio durante unos cuantos segundos. De repente, giró y les dijo:

—Solo hay dos mujeres en el club que coinciden con la edad que tendría Stina Reveneue en la actualidad: Britta Erikssen y Linda Malmgren.

Mikael y ella cruzaron miradas. El nombre de las dos mujeres no supuso una sorpresa para ninguno de los dos. Precisamente, Britta y Linda habían sido dos de las personas que los habían visto juntos en el Lilla Krogen.

—Muy bien, enfoquémonos en ellas entonces —ordenó Karl—. Quiero saber todo de esas dos mujeres.

Greta se acercó a él y le tocó el brazo.

—Papá, déjame colaborar con la investigación. Linda y Britta son integrantes del Club de Lectura. Yo puedo acercarme a ellas y obtener información.

—¡De ninguna manera! —saltó Karl.

—¡Pero, papá!

—No voy a permitir que intervengas en una investigación policial. Ya has sobrepasado varios límites y esta vez vas a obedecerme —le dijo Karl, tajante.

Se quedó callada. No le molestaba que su padre la regañara delante de los demás. Lo que realmente le crispaba los nervios era su terquedad. Ella podía ser de utilidad para ayudar a resolver el caso, pero, al parecer, él no estaba de acuerdo con eso.

—Karl, creo que tu hija tiene razón —terció Nina—. Ella es nuestra mejor opción. No sabemos aún quién es Stina, si Linda o Britta. Por la edad, podría ser cualquiera de las dos. La cercanía que tiene Greta con ambas puede ser beneficiosa para nosotros.

La aludida miró a Nina sorprendida de que abogara en su favor.

—No lo sé, no quiero que se meta en esto.

—Fui involucrada desde el momento en que escribieron la palabra «puta» en la librería —le respondió, dispuesta a no ceder en su posición.

Karl miró a su hija, luego a la sargento Wallström; parecía que ambas se habían confabulado en su contra. Después de varios segundos, por fin dio su parecer.

—Está bien, tú ganas. Espero no arrepentirme de lo que acabo de hacer. —El inspector Lindberg la estrechó con fuerza. No podía dejar de preocuparse por ella: si algo le sucedía, no se lo perdonaría jamás.

Greta se alejó de su padre y fue hasta donde estaba Nina, quien todavía continuaba lidiando con su pie.

—Supongo que debo darte las gracias. Si papá aceptó que colaborase en la investigación, es porque tú lo convenciste —le dijo sonriéndole.

—No fue nada. Lo hice porque realmente necesitamos a alguien que se acerque a Britta y a Linda sin levantar sospechas. Por lo pronto, nosotros investigaremos discretamente su vida y su pasado para ver si podemos dilucidar cuál de ellas es en realidad Stina Reveneue.

Greta asintió. Le debía una a Nina y jamás lo olvidaría. En ese momento, la bronca que había tenido al saber que la mujer había almorzado con su padre le pareció inapropiada e irracional. Tenía que reconocer que la sargento Wallström comenzaba a caerle bien.

Un teléfono comenzó a sonar con insistencia. Era el de Mikael.

—Disculpen —dijo y salió de la oficina. Una vez en el pasillo miró la pantalla del móvil y reconoció el número de su casa. Pensó en no responder, pero se arrepintió a último momento—. Pia, ¿qué quieres? Estoy en medio de una reunión importante...

—Mik, acabo de hacerme una prueba de embarazo. —Hizo una extensa pausa—. ¡Vamos a tener un hijo!

La noticia le cayó como una bomba. Tuvo que recostarse en la pared debido al impacto.

—¿Mik, me oyes?

Cerró los ojos y los abrió después de unos cuantos segundos. Un hijo. Realmente no lo esperaba.

—Sí, Pia, te oigo.

Durante los siguientes cinco minutos, escuchó a su esposa, entre lágrimas y risas, decirle lo feliz que estaba ante la posibilidad de convertirse en madre después de desearlo por tanto tiempo. Se sintió mal por no compartir su dicha con ella. La noticia lo había impactado, al punto que ni siquiera sabía cómo reaccionar o qué decir. Debía de ser la sorpresa o la impresión del momento. Quizá, cuando pasase el tiempo y se hiciera a la idea de que iba a ser padre, podría llegar a experimentar el mismo sentimiento de felicidad del cual le hablaba Pia.

Eso esperaba.

* * *

Lo primero que hizo Greta al llegar a su casa fue revisar la información que tenía tanto de Britta como de Linda en las fichas de inscripción al club. En realidad, no esperaba encontrar nada importante, pero, ahora que las dos mujeres se habían convertido en sospechosas de asesinato, tenía que ver todo desde otra perspectiva. Buscó la carpeta donde guardaba los datos de las integrantes del club y apartó los de ambas mujeres. Con sus fichas, se dirigió a la cocina y se sentó en el taburete para revisarlas con calma.

Le prestó atención a sus edades: se sorprendió cuando descubrió que las dos tenían cuarenta y cinco años. Igual que los que debía de tener Stina en el presente. No figuraba la fecha de sus nacimientos, porque era un dato que Greta no había solicitado. Se arrepentía de no haberlo hecho. Quizá ese pequeño detalle era la clave para saber cuál de las dos podía ser la hermana desaparecida de Elena Reveneue. Leyó la ficha de Britta; no encontró nada que ya no supiera. Estaba casada, trabajaba junto a su esposo y dedicaba su tiempo libre a ayudar a los demás en diversas obras benéficas. Luego leyó la ficha de Linda Malmgren, pero tampoco halló nada relevante o que ya no supiera. La mujer estaba casada con el alcalde y se dedicaba a las tareas

del hogar.

Frustrada por no haber podido obtener nada por su propia cuenta, se preparó un bocadillo para comer y le dio algunas almendras a *Miss Marple* después de que la lora comenzó a chillar el estribillo de *Gimme, gimme, gimme*. Luego limpió la jaula y se recostó un rato. No bien puso la cabeza en la almohada, recordó lo sucedido con Mikael ese mediodía después de que salió al pasillo para hablar por teléfono. La expresión consternada de su rostro había sido bastante elocuente cuando regresó a la oficina, y no solo ella se había dado cuenta de que algo sucedía. Nadie le preguntó nada, mucho menos Greta, pero se moría de ganas por saber qué le habían dicho para que se pusiera de esa manera.

Apartó a Mikael de su mente y trató de concentrarse en lo que realmente importaba: descubrir bajo qué identidad se escondía Stina. De tanto pensar sin obtener ningún resultado, se quedó profundamente dormida.

La despertó el teléfono móvil una hora más tarde. Aturdida, estiró el brazo en dirección a la mesita de noche y lo tomó.

—¿Sí?

—Greta, soy yo.

Ella terminó de abrir los ojos recién cuando escuchó la voz de Mikael al otro lado de la línea.

—Hola.

—¿Te he despertado? —le preguntó él al notarle la voz somnolienta.

—No —le mintió—. ¿Ha habido alguna novedad?

—Por eso te llamaba, quería ponerte al tanto de la investigación. Hemos estado indagando en el pasado de Britta y Linda. Descubrimos que Britta llegó muy joven a Mora y que, a los pocos meses, se casó con el reverendo Erikssen. Dónde estuvo antes de eso, es un completo misterio, es como si no hubiese existido antes de su boda.

—¿Y qué hay de Linda?

—Greta, Linda Malmgren nació en Rättvik.

Greta se quedó boquiabierta. ¿Linda? Ni siquiera se le pasaba por la cabeza la posibilidad de que la mujer fuera una asesina. En realidad, tampoco podía creer que Britta lo fuera, pero los indicios apuntaban a una de las dos.

—¿Crees que sea ella?

—No lo sé. Sin embargo, el hecho de que haya nacido en la misma ciudad donde asesinaron a Elena Revenu es un dato importante. El ayuntamiento nos informó que hubo un incendio hace algunos meses y varios de los registros se quemaron. Lamentablemente, entre ellos estaba el de Linda, por lo tanto su pasado es tan secreto como el de Britta —le informó—. No dudo de que el fuego haya sido provocado por

la misma Stina Reveneue para borrar cualquier rastro. Karl me ha pedido que vuelva a Rättvik para interrogar a Kathrine una vez más. No sé si sirva de algo que lo haga, pero nunca se sabe. Quizá, conoce a Linda Malmgren o pueda decirme dónde encontrar a algún familiar suyo.

Greta notó la falta de optimismo en su voz y se preguntó si su estado de ánimo tenía que ver con la llamada que había recibido ese mediodía.

—Mikael, ¿estás bien? —Estaba preocupada, no podía evitarlo.

—Sí; un poco cansado, nada más.

La respuesta no la convenció en lo más mínimo. Algo le sucedía y estaba visto que no quería que ella lo supiera.

—¿Cuándo vas a ir a Rättvik? —le preguntó para volver al tema de la investigación.

—Supongo que en un par de horas.

Greta ni siquiera se ofreció a acompañarlo, sintió que él necesitaba estar solo.

—Avísame si descubres algo —le pidió.

—Por supuesto, ahora eres parte de nuestro equipo.

Sonrió satisfecha, sobre todo después de lo que había costado convencer a su padre para que aceptara que ella colaborara en la investigación.

—Gracias a Nina; fue ella quien logró hacer cambiar de idea a papá.

—Sí, le debes una.

—Lo sé. —Hizo una pausa—. Tengo que reconocer que, al principio, no me caía bien. Sé que te vas a reír por lo que voy a decirte, pero estaba celosa de ella.

—No me estoy riendo —le dijo Mikael—. Sabía que no te simpatizaba porque está muy cerca de tu padre. Pero créeme que Nina es una mujer estupenda y, además, una policía muy eficiente.

—No lo dudo. Papá sufrió mucho después de la muerte de mi madre. Sé que voy a parecer egoísta o irracional, pero me duele pensar que pueda conocer a otra mujer que ocupe algún día el lugar que dejó vacío mi madre. Fue muy difícil para mí cuando me di cuenta de que Nina lo amaba.

—Te comprendo. Yo también perdí a mi madre cuando era un niño y sigo extrañándola, pero la vida sigue y Karl aún es un hombre joven que tiene derecho a buscar su felicidad.

—¿Tú sabes algo que yo no sé?

—Lo único que sé es que Nina ha vivido enamorada de tu padre desde que vino a trabajar a esta ciudad.

—Eso también yo lo sé —replicó Greta con impaciencia—. ¿Acaso papá y ella...?

—No lo creo —se apresuró a responder Mikael—. Convivo con Nina y con tu

padre muchas horas al día. Te puedo asegurar que no hay un romance entre ellos. No es porque Nina no lo desee, es Karl quien no se atreve a dar el paso definitivo. — Mikael creía saber la razón, pero prefirió guardársela.

—Quizá papá solo sienta por ella un cariño de amigos; después de todo, llevan muchos años trabajando juntos —dijo Greta para convencerse a sí misma más que para convencerlo a él.

—Tal vez sea así.

Greta miró el reloj, se le estaba haciendo tarde para abrir la librería.

—Tengo que colgar, Mikael; no tarda en llegar Lasse.

—Está bien, te aviso cualquier novedad.

—Sí. —Iba a colgar, pero antes de hacerlo le dijo—: Gracias por escucharme...

—Siempre es un placer hacerlo —le respondió él antes de dar por finalizada la conversación.

* * *

Cuando Mikael llegó a la propiedad de los Bäck, fue recibido por el esposo de Kathrine. De inmediato se dio cuenta de que su presencia no era grata.

—¿Podría hablar con Kathrine?

Jan Bäck lo miró desdeñosamente.

—Mi esposa no tiene nada más que decirle. Creí que le había quedado claro la última vez que estuvo aquí.

—Lamento tener que molestarla de nuevo, pero es importante que hable con ella.

—Kathrine no se encuentra en condiciones de ver a nadie, teniente. —Hizo una pausa y miró por encima del hombro en dirección a las escaleras. Seguramente, para evitar que su esposa lo oyera—. Esta mañana le han avisado desde la prisión que su madre ha muerto.

Mikael se quedó helado.

—¿Hilda Äland murió?

—Sí, morirse fue lo único bueno que hizo es mujer en toda su vida —dijo sin ningún remordimiento—. ¿De qué quería hablar con ella?

—Sobre su hermana Stina.

—¿No le ha dicho Kathrine que no sabe nada de ella desde que desapareció? — Jan Bäck, molesto, alzó la voz y ni cuenta se dio de que su esposa lo había oído.

—Jan, ¿qué sucede?

Él se acercó a ella.

—Cariño, será mejor que vuelvas a la cama. —Intentó llevarla de regreso a la habitación, pero ella se negó.

—Teniente Stevic, ¿usted, de nuevo aquí?

Él le sonrió.

—Le estaba diciendo a su esposo que lamento importunarla, pero quería hacerle algunas preguntas más sobre Stina.

—Ya le he dicho todo lo que sé.

—Tenemos fuertes sospechas de que su hermana vive ahora bajo una nueva identidad en Mora —le explicó.

—Camilla Lindman vivía allí —repuso Kathrine sentándose en el sofá. Jan y Mikael la imitaron.

—Sí, creemos que ella encontró a su hermana y que, cuando la confrontó, terminó asesinandola.

La mujer se llevó una mano a la boca; se puso blanca como un papel.

—¡Oh, por Dios! ¡No puede ser! ¡Mi hermana no puede ser una asesina!

—Cálmate, cariño. —Jan la abrazó y ella se apoyó sobre su hombro.

—Las sospechas apuntan hacia ella, por eso nuestra urgencia en dar con su paradero —alegó el teniente Stevic, que aún guardaba la esperanza de que su segundo viaje a Rättvik no fuese en vano.

—Yo ya le dije que no volví a verla. En todos estos años, nunca se comunicó conmigo; nuestra madre murió hoy y ni siquiera sé cómo haré para avisarle.

Mikael decidió comenzar por algo. Sacó las fotos de las dos sospechosas que tenían, las dispuso sobre la pequeña mesita ratona y se las mostró a la mujer.

—Dígame, ¿alguna de las dos puede ser su hermana?

Ella las examinó a conciencia. Luego, con un delicado movimiento, empujó ambas fotografías sobre la mesa hacia donde estaba el teniente Stevic.

—No, no lo sé. No puedo decirlo. Ambas mujeres se parecen entre sí, ambas tienen un aire a Stina. No sé si Camilla pudo reconocerla a partir de la foto que le di aquella vez. Supongo que verlas en persona no es lo mismo que esto.

Mikael suspiró. Ella tenía razón. Lamentablemente, aún no podían citarla para que reconociera oficialmente a una sospechosa. Guardó las fotos y resolvió probar otra estrategia.

—Kathrine, ¿le dice algo el nombre de Britta Erikssen?

—No, no sé quién es —le respondió sin pensarlo demasiado. Era evidente que era la primera vez que escuchaba aquel nombre.

—¿Y Linda Malmgren?

—¿Linda Malmgren?

—Sí. ¿La conoce? —El teniente percibió que Kathrine reaccionó de inmediato cuando le mencionó a la esposa del alcalde de Mora.

—Sé que su familia vivía a unas cuantas calles de mi casa, pero nunca tuve trato con ella. Es la segunda vez que escucho su nombre el día de hoy. —Hizo una pausa que solo aumentó la ansiedad de su interlocutor—. Esta mañana, cuando me avisaron de la penitenciaría que mi madre había muerto, me informaron que cada semana recibía la visita de una mujer. Querían que yo me comunicara con ella para darle la noticia porque no sabían dónde ubicarla. Se trataba de Linda Malmgren. La verdad es que me parece increíble que visitara a mi madre en prisión.

Mikael sonrió y exhaló con fuerza.

Después de todo, no se iría de Rättvik con las manos vacías.

CAPÍTULO 25

Después de que Kathrine Reveneue, en la actualidad Bäck, le dijera a Mikael que una mujer llamada Linda Malmgren visitaba a su madre en la cárcel, la esposa del alcalde pasó a convertirse en la principal sospechosa. A la mañana siguiente, Nina fue la encargada de llamar a la penitenciaría de mujeres para tratar de obtener información que confirmara lo que ya sospechaban. El nombre efectivamente aparecía en la lista de visitas, pero no les alcanzaba con eso. Entonces, les pidió a las autoridades de la prisión que le enviaran las cintas de video que registraban las visitas de los días jueves, que era cuando Hilda Åland recibía a Linda Malmgren. Unas horas después, un mensajero llegó con un paquete certificado de parte de la penitenciaría estatal de Rättvik.

Nina llevó las grabaciones a la oficina de Karl, y allí se les unió Mikael.

—El oficial que habló conmigo me informó que las visitas de Linda eran por la tarde, nos centraremos entonces en ese momento del día —manifestó la sargento, mientras avanzaba el video.

Los tres observaron con detenimiento. De pronto, una mujer con la cabeza cubierta apareció delante de las cámaras.

—¡Detenla ahí! —le pidió Mikael.

La imagen era un tanto borrosa y de mala calidad, pero se podía distinguir bastante bien que la que entraba en ese momento hacía lo posible para pasar desapercibida. Llevaba una pañoleta en la cabeza con la cual también se cubría el rostro.

—Tiene que ser ella —dijo Nina—. Agrandaré la imagen, aunque no creo que sirva de mucho.

—Es imposible establecer si se trata de Linda o no —aseveró Karl, decepcionado.

—¿Qué hay de la identificación que debe presentar para poder entrar a la prisión?

—Al parecer estaba todo en regla; el oficial confirmó que la persona que visitaba a Hilda Äland era Linda Malmgren.

—Si es así, ¿por qué pone tanto empeño en ocultarse? —preguntó Karl.

Mikael creía tener la respuesta a aquel interrogante.

—Porque, como esposa del alcalde, no querría que se supiera que visitaba a una asesina en prisión. Si a eso le sumamos la posibilidad de que Linda sea Stina Reveneue, tenía un motivo mucho más poderoso para esconderse.

—Un examen de ADN lo confirmaría —alegó Nina—. Pero ningún juez nos dará la orden basándose solamente en nuestras sospechas. ¿Cómo haremos para conseguir una muestra de ADN?

Los tres miraron la fotografía que yacía sobre el escritorio del inspector.

Greta era quien iba a ayudarlos a demostrarlo.

Esa misma mañana, Karl pasó a verla por la librería y le contó lo que habían descubierto. Greta se extrañó de que Mikael no la hubiera llamado para ponerla al tanto de las novedades, pero, de seguro, tenía otras preocupaciones en mente como para ocuparse de ella. Interrumpió la conversación con su padre para atender a uno de sus clientes y apenas se marchó dijo:

—Solo hay una manera de comprobar si Linda es Stina Reveneue.

—Un análisis de ADN, pero no podemos presentarnos con ella y pedirle que colabore así como así. Además, el juez no otorgará la orden si no hay alguna prueba concreta en su contra, solo tenemos indicios y fuertes sospechas. Nada más. Sabemos que vive cerca de la casa de Mary Johansson, que pudo haber roto el cristal de la ventana y haber escrito en la pared de Némesis, pero no podemos probarlo. Tampoco podemos comprobar que haya tenido acceso a la adenosina.

—Yo puedo conseguir una muestra de su ADN, papá.

Karl asintió tranquilamente, y la sorprendió con su reacción. Pensaba que iba a poner el grito en el cielo ante su ofrecimiento, pero no fue así.

—¿No vas a enojarte?

—No. Hemos estado evaluando nuestras posibilidades y llegamos a la conclusión de que tú eres la única persona que puede conseguir una muestra de ADN de Linda. Tienes acceso a ella, y no va a sospechar nada.

—Así es, puedo presentarme en su casa con la excusa de hacerle una visita o de llevarle los apuntes de la última reunión, ya que ella no se presentó. Me dejó un mensaje en la contestadora diciéndome que se había confundido el día de la reunión y que tenía un compromiso. —Greta hizo una pausa para pensar, luego comentó—. ¿Qué día visitaba Linda a Hilda Äland?

—Los jueves —respondió Karl.

—La reunión en su casa iba a celebrarse el jueves, por eso la canceló.

—Seguramente, fue a ver a su madre a la cárcel.

—¿Cuándo quieres que vaya a su casa?

—De eso precisamente quería hablarte, de ninguna manera vas a ir sola. Me gustaría que Hanna te acompañase. También integra el Club de Lectura y no creo que Linda sospeche algo si te presentas en su casa con ella. Mikael cree que puedes ir mañana. Cuanto antes, mejor, hija.

Greta estuvo de acuerdo, pero no estaba tan segura que involucrar a Hanna fuese lo más prudente. Al hacerlo tendría que contarle lo que estaba sucediendo. No quería condicionarla, ni que tuviera miedo. Además, su fama de boca floja podía echar a perder el plan.

—Espero que no cometas ninguna tontería. Si Linda es la asesina, se trata de una mujer peligrosa que puede lastimarte.

—Sé cómo cuidarme, papá; tú, tranquilo.

Karl se despidió de su hija con un intenso abrazo y, mientras le acariciaba el pelo, volvió a recomendarle por enésima vez que se cuidara y que actuara con prudencia.

* * *

—¿Que tú quieres qué? —Hanna abrió los ojos desmesuradamente mientras observaba el rostro impasible de su amiga.

Greta respiró hondamente y trató de no perder la paciencia con ella.

—Ya te lo he dicho. —Miró por encima del hombro. Había ido a ver a su amiga al estudio de fotografía, porque lo que tenía que proponerle tenía que decírselo en persona—. Quiero que me acompañes a la casa de Linda; la policía necesita una muestra de su ADN y me han pedido ayuda a mí debido a que es miembro del club.

Hanna frunció el ceño.

—¿Para qué necesita la policía el ADN de Linda Malmgren? —preguntó sin entender lo que pasaba.

Greta sospechaba que involucrar a la fotógrafa en aquel asunto no sería una buena idea. Ahora no tendría más remedio que ponerla al tanto de la investigación. Así que la llevó a la parte trasera del estudio y le contó todo lo que sabía. Respondió a cada una de las preguntas que le hizo y, cuando, por fin, su amiga estuvo al tanto de todo, le dijo:

—La verdad es que no quería meterte en todo esto, pero papá insistió en que fueras conmigo; fue la condición que puso para dejarme hacerlo. No puedo obligarte. Si no quieres acompañarme, está todo bien.

—De ningún modo, tu padre cuenta conmigo. No voy a dejarte sola —afirmó tomando la mano de su mejor amiga.

Greta la percibió nerviosa y asustada. Le sonrió para tranquilizarla.

—Haremos un buen equipo, ya lo verás.

Hanna asintió.

—¿Cuándo iremos?

—Hoy mismo. Nos presentaremos en su casa con la excusa de llevarle los apuntes de la reunión del jueves —le explicó—. Antes, pasaremos por la comisaría para que nos asesoren sobre qué elemento buscar con rastros de ADN. —Ella no necesitaba que se lo dijeran. Después de más de quince años leyendo novelas de misterio, sabía exactamente lo que debía hacer.

—¿Mikael no irá con nosotras? —preguntó Hanna, de repente.

—No, por supuesto que no. Precisamente, la idea de que seamos nosotras las que vayamos es para evitar que Linda sospeche que algo sucede. Debemos ser discretas, no lo olvides.

—Qué pena, me habría gustado que el teniente Stevic fuese con nosotras, para protegernos en caso de que algo malo nos suceda. —Sonrió pícaramente; sabía el efecto que causaría en su amiga lo que acababa de decir.

—Nada malo va a sucedernos. —Se puso de pie y se acercó a la ventana. Sus ojos azules seguían el recorrido de la gran cantidad de coches que a esa hora de la tarde pasaban por la avenida. Trató de ignorar el comentario de la fotógrafa, pero no pudo. Había visto a Mikael por última vez el día anterior en la comisaría y algo había sucedido con él después de recibir una llamada. Se había carcomido el cerebro desde entonces pensando qué podría ser lo que le preocupaba tanto. Le hubiese gustado preguntarle algo, cuando él la llamó por teléfono, pero no se había animado.

—Mikael tiene sus propios problemas, amiga.

—¿Por qué no me cuentas qué sucede realmente con él?

—No hay nada que contar —le respondió, encogiéndose de hombros.

—Siempre hay algo que contar —replicó Hanna poniendo énfasis en la palabra «siempre».

Greta dejó escapar un suspiro, quizá ella tenía razón y lo que necesitaba era desahogarse con alguien. Así que, sin detenerse a pensarlo demasiado, comenzó a hablar.

* * *

Ese mismo día, las amigas se presentaron en la comisaría cerca de las tres de la tarde. Ambas estaban nerviosas, aunque se la notaba peor a Hanna.

Mikael vio que Greta se apartó de los demás y aprovechó para acercarse.

—¿Crees que tu amiga resista la presión?

Ella se dio vuelta de sopetón cuando escuchó esa voz.

—Espero que sí, la verdad es que habría preferido no involucrarla, pero mi padre no quiere que vaya sola.

—Se preocupa por ti, es normal —le dijo él con la vista puesta en Karl, que conversaba con la fotógrafa.

—Linda no va a atreverse a hacernos nada; es imposible que sospeche nuestras verdaderas intenciones.

—Sí, pero de todos modos debes tener mucho cuidado, sobre todo cuando tengas que hacer lo tuyo —le advirtió.

—Tendré cuidado; ya le he dicho a papá que sé cuidarme bien. —Sin siquiera darse cuenta, le estaba sonriendo. Cuando Mikael le devolvió la sonrisa y la tensión entre ellos se hizo abrumadora, ella se alejó de él con cualquier excusa.

Frederic le entregó un par de guantes de látex y una pequeña bolsa para recolectar evidencias, que Greta ocultó bien dentro de su bolso. También llevaba el cuaderno donde apuntaba las tareas del Club de Lectura para cumplir su papel a la perfección.

Se marcharon a las tres y media de la tarde. El inspector Lindberg le pidió a su hija que se comunicara con él apenas saliera de la casa de Linda, y ella le prometió que lo haría. Tomó la mano de su amiga con fuerza; ambas abandonaron la comisaría bajo la atenta mirada de todos.

El trayecto duró un poco más de quince minutos. Greta detuvo su Mini Cabrio frente a la propiedad de los Malmgren. Se preguntó qué diría Linda cuando las viera presentarse sin previo aviso. No tenía caso pensar demasiado en el asunto. Tomó la iniciativa, se bajó primero, rodeó la parte delantera del coche y golpeó la ventanilla del lado del acompañante.

—¿No piensas salir?

La fotógrafa se persignó antes de abrir la puerta y poner un pie fuera del auto. Atravesaron el sendero cubierto de nieve a toda prisa: Greta iba adelante y Hanna la seguía de cerca.

Se detuvieron en el porche. Cuando estaban a punto de llamar, la puerta se abrió, y apareció Linda Malmgren.

—¡Chicas! ¡Qué sorpresa! —La mujer se quedó mirándolas durante un largo rato, parecía no poder salir de su asombro.

—Linda, perdón por no avisar que veníamos, pero estábamos cerca y decidimos venir a visitarte, ¿verdad, Hanna? —Miró a su amiga, pidiendo que confirmara su historia.

—Sí, estábamos cerca y nos dijimos: ¿por qué no pasamos a ver a Linda? —dijo con una sonrisa.

—Pasen, que está haciendo demasiado frío. —Las condujo hasta el salón y las invitó a sentarse—. Estaba por tomar una taza de té, ¿quieren?

Ambas asintieron con la cabeza.

Greta observó el lugar apenas Linda se perdió detrás de la puerta de la cocina. La casa tenía dos plantas, por lo tanto no tenía más remedio que esperar la ocasión para subir y meterse en la habitación o en el cuarto de baño.

—Tranquilízate —le dijo a Hanna—. Todo va a salir bien.

En ese momento, la dueña de casa regresó de la cocina con una bandeja con tres tazas de té humeante y un plato con bollos de canela y magdalenas.

—Un poco de calorías extra no nos vendrán nada mal —les sonrió y colocó la bandeja encima de la mesita.

Greta tomó su taza de té. Su amiga la imitó. Ninguna de las dos probó ni los bollos ni las magdalenas. Estaban demasiado tensas y con el estómago cerrado.

—Te he traído los apuntes de la última reunión —le dijo Greta, mientras dejaba la taza de té sobre la mesa y sacaba un cuaderno del interior del bolso. Cortó un par de páginas y se las entregó.

—Muchas gracias. —Los leyó muy por encima y luego miró a la muchacha—. Lamento que no pudiera hacerse aquí en casa, pero me confundí de día. Como no solíamos hacer las reuniones los jueves, creí que tendría libre la casa, pero resulta que ya había pactado un compromiso.

—No te preocupes, comprendo la situación. —Cuanto más hablaba con ella, más le costaba creer que fuese una asesina. Solo había una forma de probarlo. Por eso, sin perder más tiempo, puso en marcha su plan—. ¿Podría usar el tocador? —Esa misma excusa le había servido cuando se había metido a hurtadillas en el despacho de Henrik Steinkjer, por lo que tendría que funcionar nuevamente.

—Por supuesto, sube la escalera. Es la primera puerta a la derecha —le explicó.

Greta se puso de pie, tomó el bolso y miró a su amiga antes de abandonar el salón.

Cuando llegó a la planta alta, lo primero que hizo fue cerciorarse de que no hubiese nadie. Luego, entró al cuarto de baño en donde se puso los guantes de látex. Revolvió en el cesto de la basura, pero no encontró nada útil. Después miró dentro del

botiquín: solo había unos cuantos frascos de pastillas y potes de cremas faciales. Ignoraba si alguna de las cremas podía servir. No quiso arriesgarse, así que siguió buscando. Fue inútil, no había nada allí dentro que sirviera, por lo que no tuvo más opción que meterse en la habitación de Linda. Cruzó el pasillo y trató de adivinar detrás de qué puerta estaba. Por fortuna, la encontró en seguida. Corrió hasta la cómoda y allí encontró lo que buscaba: tomó un lápiz labial y se fijó primero que estuviese usado. Luego lo metió cuidadosamente dentro de la bolsa de evidencias que le había dado Frederic y salió de la habitación antes de que alguien la descubriera.

Regresó al salón en donde Linda y Hanna charlaban animadamente sobre dulces y pastelillos. Se unió a la conversación y probó una de las magdalenas ante la insistencia de la dueña de casa. La fotógrafa la miró de reojo, esperando que le hiciera alguna seña que indicara que su cometido había tenido éxito. Greta tocó disimuladamente el bolso y con aquel gesto le dio a entender que todo estaba bien.

* * *

Karl había decidido quedarse en la comisaría a esperar noticias. Estaba en su oficina, caminando de un lado a otro como una fiera enjaulada. De vez en cuando, miraba el reloj y se preguntaba cuánto tiempo más tardaría su hija en comunicarse con él.

Los ojos se le desviaron a la pizarra en la que Mikael había anotado los detalles de la investigación y se puso mucho más nervioso. Greta estaba en medio de todo. En realidad, lo había estado desde el principio cuando fue la primera que puso en duda que Annete Nyborg hubiese muerto por causas naturales. El hecho de que sospecharan que la posible asesina podía ser una de las integrantes del Club de Lectura hacía que el peligro que se cernía sobre ella fuera más real. Trató de no pensar demasiado en el asunto, pero sabía que hasta que Greta no estuviera de regreso no se iba a quedar tranquilo.

Se acercó al escritorio y se dejó caer en la silla. Nunca había sido un hombre paciente. Por otro lado, su hija, con su carácter impulsivo y su falta de prudencia, muchas veces lograba sacarlo de las casillas. Desde niña, había sabido siempre cómo salirse con la suya. Bastaba que sonriera o le diera un beso para que él terminara cediendo. Conforme fue creciendo, las cosas no cambiaron. Ella era su debilidad, pero también su fortaleza. Miró la fotografía. Jamás se perdonaría si algo le sucedía. Se masajeó el área alrededor de los ojos para aplacar un poco la jaqueca. Siempre le dolía la cabeza cuando estaba nervioso.

Alguien llamó a la puerta y el corazón saltó dentro del pecho.

—Adelante.

Wallström y Stevic entraron a la oficina.

—¿No hay novedades aún? —preguntó el teniente tan inquieto como el inspector Lindberg.

—No, no ha llamado, y me preocupa.

—Tranquilo —dijo Nina que apoyó una mano sobre el hombro de Karl.

—Greta sabe apañárselas muy bien —dijo Mikael.

—El día que tengan un hijo, podrán comprender por lo que estoy pasando.

Los otros dos se quedaron callados. El comentario de Karl había provocado en ellos reacciones completamente diversas. Nina, que, a sus cuarenta y ocho años, aún permanecía soltera, veía muy lejana la posibilidad de convertirse en madre algún día. Miró por lo bajo a Karl, y, de sus labios, escapó un suspiro. Por su parte, Mikael acababa de recibir la noticia de que su esposa estaba embarazada. Sin embargo, todavía no conseguía acostumbrarse a la idea de ser padre.

Wallström percibió que algo andaba mal con su compañero: era más que evidente que lo que el inspector acababa de decirles, no solo había calado hondo en ella. Estuvo a punto de preguntarle qué sucedía con él, pero el teléfono móvil de Karl sonó y alteró sus planes.

—¿Sí?

—Papá, ya está. Todo salió bien.

Pudo sentir cómo le temblaban las piernas. Dejó escapar el aire contenido en los pulmones y sonrió aliviado.

—Perfecto, hija. Ven directamente a la comisaría, te estamos esperando.

Cuando terminó de hablar con Greta, bajó la expectante mirada de sus compañeros momentáneos de cuarto.

—Lo consiguió. Mi hija lo hizo —manifestó henchido de orgullo.

—¡Lo sabía! —Mikael se apartó del armario y se abrazó con Nina. Habría deseado que fuese la propia Greta quien estuviera entre sus brazos en ese momento. No importaba, ya tendría la oportunidad de felicitarla por su exitosa misión cuando llegase.

—No canten victoria aún. El ADN solo servirá para comprobar si Linda es Stina Reveneue o no. Sabemos que no servirá como prueba en un tribunal porque se obtuvo de manera ilegal —les recordó Wallström.

—Lo sé. Por eso, debemos profundizar la investigación y buscar por otro lado las pruebas que ratifiquen nuestras sospechas —aseveró Karl—. Mikael, ¿no habías dicho que Kathrine Reveneue había mencionado que Linda vivía a unas cuadras de su casa?

Mikael asintió.

—Supongo que habrá alguien de su familia que pueda confirmar su identidad. Regresa a Rättvik y lleva otra vez la foto de Linda.

—¿Quieres que vaya ahora?

—¿Tienes otra cosa mejor que hacer?

No iba a decirle que quería quedarse a esperar a Greta, así que no tuvo más remedio que acatar la orden.

Nina salió con él y se sorprendió cuando lo vio sentado en una de las banquetas del pasillo.

—¿No ibas a ir a Rättvik ahora?

—Prefiero estar aquí cuando regrese Greta —le respondió tranquilamente—. Lo otro puede esperar.

La mujer se sentó a su lado.

—¿Vas a decirme que te sucede o tendré que adivinarlo? —ella fue directo al grano.

Mikael se pasó una mano por el cabello y respiró hondo; luego, miró a su compañera a los ojos. La conocía desde hacía más de dos años, confiaba en ella ciegamente y sabía que, si le había hecho aquella pregunta, era simplemente porque se preocupaba por él.

—¡Vamos, siempre nos hemos contado todo!

Él inclinó la cabeza hacia abajo y, de sus labios, brotó un suspiro lastimero.

Nina entonces se preocupó en serio; nunca antes lo había visto tan apesadumbrado. Se ubicó a su lado y le tocó la mano.

—¿Qué es? Sabes de sobra que puedes confiar en mí.

Alzó la vista y la miró directamente a los ojos.

—Pia está embarazada.

Ella guardó silencio. Realmente, no esperaba una noticia semejante, tampoco comprendía por qué la llegada de un hijo había puesto a Mikael de aquella manera.

—¡Te felicito! —Lo abrazó. Cuando se separó, se sorprendió de no ver una sonrisa en el rostro de su compañero—. ¿No te alegra saber que vas a tener un hijo?

Él se encogió de hombros.

—En realidad, no sé qué demonios me sucede. Debería estar feliz y no lo estoy. La noticia me tomó desprevenido. Creo que me asusta la idea de convertirme en padre. Pia llevaba intentando quedar embarazada más de un año. Ha hecho una docena de tratamientos y no daban resultado. Quizá yo también me había hecho a la idea de que la paternidad no era para nosotros.

—Supongo que es normal que estés asustado. Nadie sabe cómo ser padre y es

todo un desafío. ¡Ahí tienes a Karl, que aún sigue batallando con su hija!

Mikael tuvo que reírse por su comentario.

—La vida te está dando, quizá, la oportunidad de enmendar la situación con tu esposa. Un hijo es un milagro.

Él asintió; tal vez, su compañera tenía razón.

El ruido de pasos y el murmullo de voces, atrajo su atención. Se levantó de un salto cuando divisó a Greta acercándose a través del pasillo.

Nina fue testigo de su reacción. Entonces comprendió por fin el dilema en el cual se encontraba Mikael.

CAPÍTULO 26

Después de saludar a su padre, que le dio un abrazo interminable, Greta recibió las felicitaciones de parte de Nina y de Mikael. Incluso Hanna, quien había insistido en acompañarla hasta la comisaría, se ganó unos cuantos elogios. La barra de lápiz labial que Greta había sustraído de la habitación de Linda Malmgren fue enviada de inmediato al laboratorio forense para que le hicieran un análisis de ADN. Frederic avisó con uno de sus asistentes que deberían esperar al menos una semana para conocer los resultados.

Era demasiado tiempo, sobre todo cuando las sospechas apuntaban a una sola persona y solo necesitaban de una prueba de ADN para confirmar la hipótesis.

En un momento en que Greta y Hanna se enfrascaron en una conversación con Karl; Mikael aprovechó y se acercó a Nina para hablarle.

—Lo que te conté hoy...

—No tienes que pedírmelo. —Se llevó los dedos a la boca e hizo el gesto de sellar los labios—. Tranquilo, no diré nada.

Él asintió. Rápidamente, sus ojos claros buscaron a Greta. Ella lo miró y le sonrió. Cuando se dio cuenta de que Karl los había sorprendido, volvió a prestarle atención a su compañera. Aún no le había reclamado el hecho de que hubiese pospuesto su viaje a Rättvik, pero estaba seguro de que no tardaría en hacerlo. Por eso, decidió cumplir cuanto antes con el encargo. Salió sin que nadie se diera cuenta. Solo Greta notó su ausencia cuando lo buscó entre las personas que se habían apiñado a su alrededor para felicitarla y no lo halló.

Esa noche, el inspector Lindberg llevó a su hija hasta su apartamento y aceptó la invitación a cenar que le hizo. Ambos saludaron a *Miss Marple*. Ella abrió, luego, la puerta del refrigerador. No había mucho para elegir.

—¿Hamburguesas de pollo o albóndigas?

Él revolvió en la alacena por iniciativa propia y sacó un paquete de pasta.

—Papá, no es necesario que te pongas a cocinar ahora —le dijo mientras observaba cómo ponía una olla con agua en la estufa.

—Nada de eso, es un placer cocinar para ti. Hoy, te lo mereces más que nunca.

A ella se le hizo un nudo en la garganta. Sabía que aquella era su manera de decirle cuán orgulloso estaba. Fue a su cuarto a cambiarse de ropa y regresó a la cocina para ayudarlo a preparar la cena.

Estaban disfrutando de unos deliciosos *spaghetti* cuando sonó el teléfono. Sin muchas ganas, Greta se levantó de la silla y fue hasta la sala.

—Hola.

Nadie contestó.

—Hola —insistió. Desde el otro lado de la línea, solo le llegó el suave sonido de una respiración. Su corazón se agitó. Miró por encima del hombro para cerciorarse de que su padre no la estuviera escuchando—. ¿Mikael, eres tú? —preguntó en voz baja. Entonces le cortaron.

Se quedó mirando el teléfono durante un buen rato; tratando de comprender lo que acababa de suceder. ¿Si había sido Mikael, por qué se había quedado callado?

—Greta, cariño, ¿quién era? —le preguntó. Se había levantado de la mesa y se hallaba parado en el quicio de la puerta.

—Número equivocado, papá —contestó ella y regresó a la cocina.

* * *

Mikael soltó el teléfono como si le quemase en las manos. Hacía apenas un rato que había regresado de Rättvik. En un arrebato, había marcado el número de Greta, pero no supo qué le sucedió que, finalmente, no se había animado a hablar con ella. Se dijo a sí mismo que su única intención había sido contarle lo que había averiguado en el viaje, pero tuvo que aceptar que esa no era la razón por la cual la había llamado. La verdad era que necesitaba escuchar su voz. Miró a su alrededor: la soledad de su casa le pareció más abrumadora que nunca. Pia tenía guardia esa noche en el hospital y no llegaría hasta la mañana siguiente. En ocasiones como aquellas, solía escabullirse con alguna de sus amiguitas para divertirse un rato. Sin embargo, hacía ya un tiempo que no le apetecía hacerlo.

Su vida estaba cambiando; y los cambios lo inquietaban.

Miró el plato lleno. Apenas había tocado la cena que Pia le había dejado en el microondas. No tenía apetito, y hasta aquel hecho era inusual en él. Se levantó del sofá pesadamente. Se dirigió a la cocina para beberse una cerveza.

Debía centrar toda la energía en resolver los asesinatos de Annete Nyborg y Camilla Lindman. La charla que había tenido con la prima de Linda Malmgren en Rättvik había sido sustancial: la muchacha le había confirmado que la mujer de la foto era efectivamente su prima Linda a quien no veía desde hacía mucho tiempo. Aquel dato revelador iba a confirmarse seguramente cuando tuviesen el resultado del examen de ADN, que confirmaría fehacientemente que la señora Malmgren y Stina Reveneue no eran la misma mujer. Sin embargo, todavía existía un hueco muy grande en la investigación: el motivo por el cual ella visitaba en prisión a Hilda Åland. De entre la lista de sospechosos, solo quedaba una opción: Britta Erikssen, quien también parecía tener un pasado que ocultar.

Decidió no pensar más en el asunto, al menos por esa noche. Estaba agotado física y mentalmente. Irremediablemente, Greta se coló en sus pensamientos. Todo en ella le agradaba: desde su coraje y su capacidad de intuición hasta su carácter rebelde e impulsivo. A pesar de ser perfectamente consciente de que no podía haber nada entre los dos, no podía dejar de imaginarse cómo sería estar entre sus brazos, besar sus labios o acariciar su cabello del color del fuego.

Terminó de beber la cerveza deseando que el alcohol embotara su mente lo suficiente como para no pensar más.

Subió a la habitación y se tiró sobre la cama. No tenía sueño. Entonces, encendió la televisión. Estuvo haciendo *zapping* durante un buen rato hasta que se detuvo en el canal local. Como todas las noches, el reverendo Ville Erikssen brindaba su mensaje de buenas noches a sus feligreses. Mikael nunca había sido devoto, pero, de todos modos, subió el volumen para escucharlo.

«El pecado está en todas partes, hijos míos. Convive con nosotros a diario, a nuestro alrededor y dentro de nuestros corazones. Debemos mantener viva la fe para evitar caer en la tentación».

Sonrió con ironía. Parecía que el reverendo le estaba hablando directamente a él.

«Si hay pecado, también habrá castigo y nadie querrá quemarse en las llamas del infierno. La redención es el único camino de salvación para un alma pecadora».

Se incorporó de golpe al escuchar aquellas palabras. Las repitió en su mente una y otra vez.

«La redención es el único camino de salvación para un alma pecadora».

¡Eso era! Greta le había dicho algo al respecto, y podía tener razón. Quien había asesinado a Annete Nyborg no buscaba castigarla, sino, más bien, redimirla por sus

pecados.

Buscó afanosamente el teléfono dentro del bolsillo de sus pantalones vaqueros y marcó el número de Greta. Se detuvo de inmediato cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Arrojó el móvil sobre la cama y volvió a recostarse. Ya era tarde para intentar hablar con ella.

* * *

Miró con impaciencia a la mujer que hacía más de veinte minutos había entrado en Némesis y no se decidía qué libro llevar. Tenía encima del mostrador un abanico de siete novelas, todas de diferentes autores y no sabía cuál elegir. Greta se dio cuenta en seguida de que la mujer, de unos treinta años aproximadamente, jamás había leído un libro del género antes.

—Si es tu primera lectura, te recomendaría este —le dijo señalándole una de las novelas de Agatha Christie—. No es porque sea mi autora favorita, sino porque su estilo narrativo es ameno y fácil de digerir.

La mujer la miró y sonrió.

—Perdona por mi indecisión. Resulta que me han recomendado mucho tu librería y, por una cosa o por otra, no había podido venir antes. No estoy familiarizada con el género, como habrás podido comprobar, aunque quiero darle una oportunidad. Solo he leído novela romántica, lo confieso, y deseo probar con algo diferente.

Greta la observó con más detenimiento; era bonita, pero en su rostro se reflejaba el cansancio. Parecía que llevaba horas sin dormir. Ella abrió un poco el abrigo y descubrió que llevaba un uniforme con el logo del hospital Lassarets.

—¿Eres doctora? —le preguntó.

—Sí, obstetra.

—Debe de ser una profesión muy gratificante.

—Mucho —respondió la mujer con una sonrisa en los labios—. No te imaginas qué buena compañía han sido los libros en las largas y tediosas noches de guardia.

—Yo soy una apasionada de la lectura. Mi madre me enseñó a amar los libros desde pequeña. Soy profesora de literatura, pero no ejerzo en este momento.

—Es extraño que no seas policía, como tu padre.

Greta no se sorprendió por el comentario: todos en Mora sabían que ella era la hija del inspector Karl Lindberg.

—Sé que rompí las ilusiones de papá al no seguir sus pasos, pero convertirme en

policía no era mi verdadera vocación.

—Y supongo que Karl lo sigue lamentando.

Ahora sí se sorprendió con la familiaridad con la que aquella mujer hablaba de su padre.

—¿Lo conoces?

—Por supuesto, mi esposo trabaja con él. Seguramente, lo conozcas. Se llama Mikael Stevic. Mi nombre es Pia Halden.

Greta deseó en ese momento que el suelo se abriera a sus pies y se la tragara por completo. Su mente se puso en blanco y, por unos cuantos segundos, no supo qué decir.

—Claro... claro que lo conozco —balbuceó cuando pudo por fin abrir la boca.

—Mik siempre quiso ser policía, y eso que no hay precedentes en su familia. La verdad es que yo hubiese preferido que se dedicara a otro trabajo menos demandante y más seguro, pero él ama su profesión y no hay nada que pueda hacer al respecto —le explicó.

Greta asintió y puso una sonrisa en su rostro para disimular el impacto que significaba para ella estar frente a la esposa de Mikael.

—Nunca me atreví a pedirle que lo dejara. Llevamos tres años casados, por lo que creo que ya me he acostumbrado. —Hizo una pausa y se acarició el vientre—. Nos esperan grandes cambios, por eso deseo que pueda pasar más tiempo en casa: ya no seré solamente yo quien reclame su presencia.

Los ojos de Greta se desviaron hacia la parte de la anatomía en la que Pia tenía la mano apoyada.

—¿Estás... estás embarazada?

—Sí, llevo más de un año intentándolo, y Dios finalmente hizo el milagro —manifestó con los ojos humedecidos por la emoción.

—Felicitaciones —dijo mientras buscaba a tientas con la mano la banqueta para sentarse. Cuando logró salir del estado de estupor, se dio cuenta de que la mujer se había referido en singular cuando mencionó el hecho que llevaba tiempo tratando de quedarse encinta. ¿Acaso Mikael no compartía sus mismas ganas de tener un hijo? ¿Sería precisamente la inminente llegada de ese hijo la razón por la que lo había visto tan extraño?

—Gracias. —Pia tomó uno de los libros esparcidos sobre el mostrador y dijo—: Creo que me llevaré este.

Greta apenas le prestó atención.

—¿Me has oído?

—Sí, perdón. —Miró el libro que había escogido, se trataba de *Misterio en Pale-*

Horse—. Una muy buena elección. En esta novela, aparece un personaje muy interesante: Ariadne Oliver. Muchos dicen que es algo así como el *alter ego* de Agatha Christie ya que Ariadne es escritora de novelas de misterio —le explicó poniendo en evidencia su amplio conocimiento de las obras de la autora británica.

—Estoy segura de que será una lectura amena. —Le preguntó el precio y le pagó en efectivo—. Me voy a casa porque estoy exhausta. Fue un placer conocerte por fin, Greta.

—Lo mismo digo —respondió con la certeza de que no estaba siendo del todo sincera.

Cuando se quedó sola, pensó en lo que acababa de suceder. La mujer de Mikael se había dado a conocer. Estaba segura de que no había sido una casualidad. Podía intuirlo. Como si fuera poco, le había informado del embarazo.

Se rio porque ni en sus peores sueños se habría imaginado que algo así podía sucederle. Recogió los libros que había sobre el mostrador y los regresó a los estantes.

Fue en ese momento que comprendió realmente la magnitud de aquel encuentro inesperado. Sintió que el abismo que la separaba de Mikael crecía a pasos agigantados.

Ya no necesitaba más nada para entrar en razón.

Él no era el hombre para ella. Nunca lo había sido.

* * *

Seis días más tarde, llegaron los resultados del análisis de ADN que no sorprendieron a nadie en la comisaría.

Linda Malmgren no era Stina Reveneu.

Todas las hipótesis y sospechas que habían apuntado hacia ella se desplomaron en cuestión de segundos.

—¿Qué sigue ahora? —preguntó Mikael, abatido moralmente por lo adverso de la situación.

—Lo que debimos haber hecho desde un principio —repuso Karl—. Traeremos a Linda y la interrogaremos. Tiene que explicar por qué visitaba cada semana a Hilda Åland en prisión.

—Bien, le pediré a uno de los muchachos que vaya por ella.

Nina observó a Karl; lo vio agotado. Había llegado temprano por la mañana y todavía se mantenía en pie. Casi siempre era uno de los últimos en irse. Se preguntó

qué haría cuando le llegase la hora de retirarse.

—Esperemos que el interrogatorio de Linda nos lleve a alguna conclusión. Ella era la sospechosa perfecta...

—Pues nos equivocamos —alegó Karl.

—Eso significaría que hemos estado perdiendo el tiempo investigándola.

—Así es, Nina, pero al menos contamos con otra opción.

Ella sonrió con optimismo.

—Britta Erikssen.

—Exacto. Greta nos dijo que tanto ella como Linda tienen la edad para ser Stina. No sabemos nada de su vida antes de mudarse a Mora; su pasado es un completo misterio. Quizás, estuvimos poniendo demasiada atención en la señora Malmgren, relegamos a la mujer del reverendo a un segundo plano.

—Todo se aclarará cuando hablemos con la esposa del alcalde, ya verás.

—Con respecto a eso, me gustaría ser yo quien la interroge.

—Me parece bien. No creo que Mikael se oponga.

—¿A qué no debo oponerme? —preguntó el aludido que entraba nuevamente a la oficina del jefe.

—Karl me estaba diciendo que quiere interrogar a Linda Malmgren.

El teniente Stevic lo miró.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—Sí, ¿no pensarás que he perdido la práctica?

—No, claro que no, es que últimamente has estado ocupado con los de Delincuencia Organizada y se te puede escapar algún detalle de la investigación.

—Sé todo lo que necesito saber, muchacho —le aseguró.

—No lo dudo, Karl —respondió con una sonrisa.

—Además, conozco a su esposo y es un hombre bastante quisquilloso. Lo más probable es que venga con ella.

Un par de horas más tarde, efectivamente, Linda Malmgren se presentó en la comisaría acompañada por su esposo y un abogado. Era evidente que la mujer no comprendía por qué estaba allí, lucía alterada y no dejaba de fumar. El alcalde se encargó de inmediato de imponer su condición de figura pública poderosa para estar presente durante el interrogatorio. El inspector Lindberg no tuvo más remedio que acceder, solo le recomendó que permaneciera callado. Linda se puso más nerviosa de lo que estaba cuando descubrió que sería el mismísimo jefe de la policía quien llevaría adelante el interrogatorio.

—Son las seis y cuarenta, es el inspector Karl Lindberg interrogando a Linda Malmgren. —Karl colocó la grabadora en el centro de la mesa y miró a la mujer que

tenía enfrente—. Se encuentran presentes el alcalde de Mora, Thomas Malmgren y el doctor Christer Moss, representante legal de Linda Malmgren.

Ella se sacó el cigarrillo de la boca, y Karl le acercó el cenicero.

—¿Estoy detenida o algo parecido?

—No, por supuesto que no; solo queremos hacerle algunas preguntas.

—¿Se trata de los asesinatos de Annete Nyborg y Camilla Lindman? Si es así, están perdiendo el tiempo. Yo no sé nada del asunto, apenas las conocía. Solo asistía con ellas al Club de Lectura de su hija.

—Lo sé. En realidad, quería preguntarle otra cosa. Sabemos que usted nació en Rättvik.

Linda asintió.

—No es secreto para nadie; me mudé a Mora hace muchos años.

—¿Oyó alguna vez hablar del caso Reveneue?

—Sí, por supuesto. Yo tenía trece años cuando ocurrió; todos en la ciudad hablaban de ello.

—¿Tuvo contacto con la familia mientras vivió en Rättvik?

—No, solo los conocía de nombre.

—¿No conoció a Hilda Åland tampoco?

Linda puso cara de espanto.

—No; y me alegro de no haberlo hecho. Esa mujer era un monstruo. Las atrocidades que le hizo a su propia hija. La prensa no contaba demasiado sobre el caso, pero los vecinos nos enteramos del calvario que había padecido Elena antes de morir.

Karl se echó hacia atrás en la silla.

—Dígame, ¿alguna vez visitó a Hilda Åland en prisión?

Linda empalideció de golpe.

—No, por supuesto que no. ¿Cómo se le ocurre semejante barbaridad? Ya le he dicho que no tenía trato con la familia.

Karl tomó la carpeta que estaba encima de la mesa y sacó un documento.

—Este es un listado de las visitas semanales que recibía Hilda Åland en prisión. —Le entregó el papel y esperó su reacción.

Linda leyó el único nombre que aparecía escrito: era el suyo.

—¡Es imposible! ¡Jamás he puesto un pie en ese lugar! —Buscó a su esposo con la mirada—. Thomas, dile que yo nunca he estado en ese lugar.

El alcalde apretó con fuerza la mano de su esposa.

—Inspector Lindberg, le está diciendo la verdad. ¿Por qué iría a ver a esa mujer a la prisión si no la conocía? No tiene sentido.

—Es lo que quiero saber, señor alcalde. —Volvió a mirar a la interrogada—. Entonces, si no es usted la mujer que visitaba a Hilda Åland, ¿quién se presentaba cada jueves por la tarde en la prisión y se hacía pasar por usted?

Ella movió enérgicamente la cabeza hacia ambos lados. No podía comprender cómo su nombre aparecía envuelto en un asunto tan delicado como aquel.

—No lo sé, pero le juro que no era yo.

—¿Puede probarlo?

—Sí; puedo hacerlo. —Por primera vez afloró una sonrisa en sus labios—. Los jueves mi esposo y yo asistimos a terapia de pareja.

Karl miró a Thomas Malmgren.

—¿Usted lo confirma?

—Por supuesto. Si duda de nuestra palabra puede preguntarle al doctor Hoag, de Leksand. Él le confirmará lo que Linda le acaba de decir.

El inspector no tenía elementos para dudar de la coartada. Linda Malmgren nada tenía que ver con los asesinatos. Como le había dicho a Nina más temprano, habían estado perdiendo el tiempo con ella. Decidió hacer un último intento. Sacó una de las fotografías de los videos de las cámaras de seguridad de la prisión y se la mostró.

—¿Reconoce a esta mujer?

La mujer observó la fotografía cuidadosamente.

—Es difícil decirlo, no se le ve el rostro.

—¿Qué hay de la ropa? ¿La ha visto antes?

Negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no sé quién puede ser.

Karl no volvió a insistir. Quería que ella reconociera a la mujer sin ningún tipo de presión. De nada serviría que él la indujera a responder, aunque estaba convencido de que se trataba de Britta Erikssen.

—Tengo entendido que para poder entrar a la prisión hay que presentar una identificación. ¿Cómo es posible que alguien se haya hecho pasar por mi esposa tan fácilmente? —intervino el alcalde, evidentemente indignado ante toda aquella situación.

El inspector no tenía una respuesta para esa pregunta.

—Ahora que lo recuerdo, hace tiempo perdí mi cédula de identidad —dijo Linda de repente—. ¿Lo recuerdas, Thomas? Fue hace como dos años y medio. Nunca la encontré y no tuve más remedio que hacer una nueva —explicó.

—¿No recuerda dónde la perdió?

—Fue de la manera más tonta, suelo ser un tanto despistada. Recuerdo que acababa de regresar de la iglesia. Cuando fui a buscar las llaves de mi coche, descubrí

que ya no estaba allí.

No podía ser casualidad que su identificación hubiese desaparecido precisamente en la iglesia. Era hora de cambiar el rumbo de la investigación y apuntar en otra dirección.

CAPÍTULO 27

Greta decidió posponer la reunión del Club de Lectura una semana. Llamó a cada una de las integrantes y se justificó diciendo que tenía mucho trabajo atrasado en la librería y que las vería el siguiente lunes. Había sido una decisión difícil de tomar, pero no tenía ánimos para reunirse con nadie, mucho menos con una decena de mujeres que parloteaban sin cesar. Además, los asesinatos estaban a punto de resolverse y prefería esperar a ver qué sucedía con la investigación. Su padre le había contado simplemente que Linda había conseguido probar que no era ella la mujer que visitaba a Hilda Åland en la prisión, ya que su esposo y el psicólogo que los atendía cada semana habían confirmado su coartada. No logró sacarle nada más, y Greta decidió no insistir. Se sirvió un poco de chocolate caliente en una taza y se metió en la cama. Tomó la novela que estaba leyendo, aunque no pudo concentrarse en la historia. Su mente estaba muy lejos de allí.

Desde la visita de Pia, no había vuelto a hablar con Mikael. Hacía hasta lo imposible para evitarlo y, cuando sonaba el teléfono y reconocía su número en la pantalla, simplemente no contestaba. Sabía que aquello no podía durar para siempre; sin embargo, no tenía ganas de verlo.

Bebió el chocolate; hundió la cabeza en la almohada. Era temprano aún. No tenía sueño, por lo que dejó la taza sobre la mesita para poder buscar el cuaderno de tapas coloradas dentro del cajón. Lo abrió en donde lo había dejado y decidió comenzar a escribir en una nueva página.

«Britta Erikssen: se desconoce su pasado. Vive en Mora desde hace más de veinticinco años, se casó con el reverendo Ville Erikssen unos meses después de llegar a la ciudad. Trabaja junto a su esposo en la iglesia y, además, participa de varios eventos benéficos al año». Greta se llevó el bolígrafo a la boca y jugueteó con él un

rato mientras releía lo que acababa de escribir. De repente, una idea surgió en su mente. «Britta y Linda tienen una relación de amistad» anotó. Luego añadió: «Es posible que la esposa del reverendo esté enterada de que, cada jueves, Linda asiste a terapia».

El rostro de Greta se iluminó.

No podía ser mera casualidad que Hilda Åland recibiera visitas en la cárcel precisamente ese mismo día. Britta debía de saber que la mujer del alcalde salía de la ciudad cada jueves, y había usado ese hecho a su favor. No podía presentarse en la cárcel con su verdadero nombre. Como esposa del reverendo de Mora, seguramente era conocida en la región y, lo que para nada querría, sería que la relacionaran con los terribles sucesos ocurridos hacía más de tres décadas.

Dibujó un círculo alrededor del nombre de la mujer. Parecía probable que la policía la tuviese en la mira. Incluso, tal vez, podían tener información que ella ignoraba. Britta era una mujer astuta, había sabido camuflarse bien durante muchos años. Si no se actuaba con cautela, podía desaparecer nuevamente.

Una vez más, se valdría de su posición como coordinadora del Club de Lectura y trataría de confirmar sus sospechas. Después, su padre podía echarle todas las reprimendas que quisiera.

Dejó el cuaderno encima de la mesita de noche, tomó su teléfono móvil y llamó a su primo.

—Lasse, ¿podrías hacerme un favor?

* * *

Greta pisó el suelo de la iglesia por segunda ocasión en menos de un mes. Todo un récord para ella. Había algunos feligreses rezando en silencio. El eco de sus zapatos era el único sonido que perturbaba la paz de aquel lugar.

Sonrió cuando vio a una mujer cargando una cubeta de agua y un estropajo para el piso. Se acercó a ella y llamó su atención.

—Disculpe, ¿podría hablar con el reverendo Erikssen?

La mujer alzó la cabeza y la miró de arriba abajo. De inmediato, se dio cuenta de que aquella muchacha de cabello rojo no concurría asiduamente a la iglesia. No la había visto antes, aunque sabía que era la dueña de la librería que estaba a dos calles de allí.

—El reverendo se encuentra en su despacho preparando el sermón para esta tarde

—le informé.

—¿Cree que podrá recibirme?

La mujer metió el estropajo dentro de la cubeta y, luego, mojó el piso con él, salpicando a Greta de manera intencional, pero ella apenas se movió. No se iba a marchar de aquella iglesia sin lograr su cometido.

—Es importante que hable con él —insistió.

—Está bien, déjeme ver si puede recibirla.

—Gracias.

Un gesto de indiferencia fue lo único que recibió. Unos minutos después, regresó y le anunció que el reverendo la recibiría.

Greta atravesó el extenso pasillo que estaba ubicado detrás del presbiterio y se plantó frente a la puerta del despacho. Dio unos golpecitos y esperó a que la invitasen a pasar.

—Buenos días, espero no molestarlo —dijo apenas puso un pie dentro del recinto.

Ville Erikssen se levantó de la silla y se le acercó con una sonrisa afable en el rostro.

—Por supuesto que no molestas, hija. Me dijeron que querías hablar conmigo, ¿de qué se trata?

Ella aceptó la invitación de sentarse, apoyó el bolso sobre la falda. No sabía exactamente qué decirle. Se había presentado en la iglesia con la única intención de conseguir información sobre Britta. Debía hacerlo de modo que su esposo no sospechara qué quería de él.

—Verá; estoy organizando un evento especial para el Club de Lectura. No sé si sabrá, pero la última reunión se llevará a cabo dentro de cinco semanas —le dijo; al menos, eso no era una mentira, ya que el club se tomaría un receso durante la primavera—. Quiero darles una sorpresa a las muchachas y, por ello, me he atrevido a venir a verlo. Sé que Britta participa en varias obras de beneficencia y me gustaría destacar su labor altruista en la última reunión como un homenaje.

El reverendo sonrió satisfecho.

—Me parece estupendo, mi mujer lleva años ayudando y preocupándose por el prójimo de manera desinteresada. No me malinterprete, jovencita, la vanidad es un pecado —se apresuró a aclarar—. Sin embargo, creo que Dios no se opondrá a que ella reciba el reconocimiento que se merece.

—Por supuesto que no —dijo Greta sonriendo—. Por eso, quisiera que me contara algo de ella. ¿Qué puede decirme acerca de sus actividades?

El hombre se acomodó las gafas sobre su prominente nariz y lanzó un soplo.

—Pues Britta lleva adelante varias obras de caridad. Cada semana asiste a un

orfanato fuera de la ciudad. Les lleva juguetes y ropa a los niños.

—¿Fuera de la ciudad? —le preguntó ante aquel nuevo dato.

—Así es. Todos los jueves por la tarde se marcha temprano a Rättvik y visita el hospicio. Los niños la adoran, también el personal del lugar.

—¿Jueves ha dicho?

—Sí, no falta nunca. Bueno, o casi nunca. La semana pasada no fue, y puedo afirmar que la extrañaron mucho.

—Claro, Britta asistió a la reunión del club el jueves pasado —manifestó ella, mientras, en su mente, iba ordenando la información que acababa de recibir.

—Podrías hablar de su dedicación a los niños huérfanos y de su devoción por el prójimo —sugirió el reverendo.

Greta asintió con la cabeza.

—Por supuesto, ¿tiene el nombre del hospicio?

El reverendo se inclinó hacia delante y hurgó dentro de una carpeta llena de documentos que tenía encima del escritorio.

—Debe de estar por alguna parte. Aquí está. —Le entregó una tarjeta a la muchacha.

Ella la leyó: «Hospicio Saint Patrick». No lo conocía, pero sería sencillo averiguar si era allí donde Britta iba todas las semanas.

—Le agradezco mucho su colaboración, reverendo. Espero que el homenaje que le hagamos a su mujer en la última reunión del club esté a su altura —le dijo mientras se ponía de pie.

El hombre también se levantó y la acompañó hasta la puerta.

—Seguro que sí.

—Hasta pronto.

—Adiós, hija; ve con Dios.

Ella cruzó el pasillo y se topó con la mujer que hacía la limpieza que nuevamente volvió a mirarla con mala cara. Salió de la iglesia y enfiló hacia la librería. Se subió el cuello del *sweater*. Se metió el cabello dentro para evitar que la fuerte brisa que se había levantado se lo enredara. Avanzó a través de la acera. De repente, escuchó que alguien gritaba su nombre. Se paró en seco cuando reconoció la voz de Mikael. Siguió caminando, sin mirar atrás. Apresuró el paso para tratar de evitar que él la alcanzara, pero no contó con que no venía a pie, sino en automóvil y le fue sencillo ponerse a la par de ella.

—¡Greta, detente! —le pidió asomándose por la ventana del lado del pasajero.

Pero ella ni siquiera lo miró. Mantenía la cabeza derecha, con la vista hacia el frente. Apretó el bolso contra el cuerpo; aceleró la marcha. No le sirvió de nada. Lo

supo cuando Mikael se bajó del auto y corrió hasta alcanzarla.

—¿No me has oído? —le preguntó él asiéndola del brazo.

—¡Déjame, Mikael! —Trató de soltarse, pero no pudo.

—No, hasta que me digas por qué demonios me has evitado todos estos días —la increpó sin preocuparse en simular lo molesto que estaba.

Ella lanzó un bufido, pero ya no trató de escaparse.

—Yo no te he estado evitando —le dijo mientras trataba de serenarse. Pero no pudo, tenerlo tan cerca de nuevo aceleraba vertiginosamente los latidos de su corazón.

—Sí lo has hecho. No respondes a mis llamadas y no has vuelto a aparecer por la comisaría.

—He estado muy ocupada con mi trabajo —le mintió.

—No te creo —le espetó él que ya había perdido la paciencia hacía rato.

—Ese es tu problema, no el mío —respondió ella altanera.

—Escucha, solo quiero que me digas qué sucede. La última vez que hablamos estábamos bien, ¿o me equivoco?

«Eso fue antes de que conociera a tu esposa y me enterara de que vas a tener un hijo», pensó Greta mientras desviaba la mirada. No tenía caso decírselo. Si Pia no lo había hecho, ella no tenía por qué abrir la boca.

—Mikael, no tengo tiempo para hablar contigo ahora. He dejado a Lasse solo en la librería y uno de mis proveedores debe de estar al caer.

—Son excusas, y lo sabes. —Se cruzó de brazos y la observó desde su posición—. A propósito. Te vi salir de la iglesia, ¿qué estabas haciendo allí? —le preguntó cambiando radicalmente de tema.

Ella se metió ambas manos en los bolsillos de la chaqueta. Se balanceó sobre los pies. Luego alzó la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

—He estado hablando con el reverendo Erikssen acerca de Britta.

—¿Has logrado averiguar algo?

—Sí. Me dijo que todos los jueves viaja a Rättvik. Al parecer, visita un orfanato o, al menos, eso es lo que le hace creer a su esposo. —Sacó la tarjeta que le había entregado el reverendo y se la dio—. Es la dirección.

—Bien, investigaremos si en verdad es allí donde concurre todas las semanas, pero lo dudo. Creemos que le robó su identificación a Linda Malmgren y que la usó para hacerse pasar por ella.

—Papá no me dijo eso. —Como había supuesto, Karl se había callado muchos detalles.

—¿Su esposo no sospecha nada raro?

—No lo creo. Ha sabido engañarlo a él también. El muy inocente me ha dicho que

su esposa se dedica a ayudar al prójimo. Ni siquiera se imagina lo que es capaz de hacer.

Mikael se quedó pensativo.

—Ahora que mencionas lo de las obras de caridad. Britta es la jefa de voluntarias en el mismo hospital donde trabaja mi... donde trabaja Pia —se corrigió—. Pudo tener acceso a la adenosina. No será sencillo probarlo, sobre todo porque estoy seguro de que la muy zorra ha sabido cubrirse muy bien las espaldas, pero es una muy buena pista.

—Sí lo es. Ha sabido engatusar a las personas que la rodean. Le ha estado mintiendo a su marido sobre sus viajes a Rättvik. Además, se ha valido de la amistad con Linda Malmgren para usurpar su nombre y presentarse en la prisión a visitar a su madre —aseveró Greta, absolutamente convencida de lo que decía.

—Yo también pienso lo mismo. De nuevo, lamentablemente, no tenemos pruebas. No hay ningún documento que certifique que Britta Erikssen sea Stina Revene. Podemos incluso ir hasta el orfanato y verificar si realmente era allí a donde iba. Sin embargo, solo lograríamos probar que le ha estado mintiendo a su esposo, y eso no es ningún delito.

Greta concordó con él. Era verdad, no había nada fehaciente en su contra.

—¿Y si me meto en su casa para obtener una muestra de ADN, como hice con Linda? —sugirió ella.

—Dudo de que Karl esté de acuerdo. Me dijo que no va a volver a permitir que te involucres directamente en el caso —le contó—. Además, una prueba obtenida de manera ilegal sería anulada en un juicio.

—¡Pero debemos hacer algo para atraparla! —exclamó Greta levantando la voz, cuando se dio cuenta, habló más bajo—. Ella es la asesina, Mikael; no tengo ninguna duda.

—Deja que nosotros hagamos nuestro trabajo. Lograremos probar que ella es Stina Revene. Solo es cuestión de tiempo.

—Si sigo con tu línea de razonamiento, eso solo probaría la identidad falsa, no los asesinatos. Necesitamos algo más contundente. Tenemos que hacer algo. Y sabes que no puedo quedarme con los brazos cruzados.

—Sí, te conozco. Por eso, te pido que seas prudente. Esa mujer puede ser peligrosa, y no quiero que te suceda nada.

—No tienes por qué preocuparte por mí —le recriminó al no saber qué decir.

Él guardó silencio. Se dio cuenta de que había vuelto la hostilidad entre ellos.

—Mantente al margen de todo. Si no lo quieres hacer por mí, hazlo por Karl.

Ella dejó escapar un suspiro. No quería que la dejaran fuera de la investigación.

—No es justo que me hagas a un lado ahora, y lo sabes.

Él la asió de los hombros. Ella retrocedió de inmediato.

—No quiero que nada malo te suceda, ¿puedes entender eso?

Tragó saliva: sus ojos se posaron en las manos de Mikael que aún la sujetaban por los hombros.

—Lo entiendo. No lo acepto.

Él esbozó una sonrisa. Sabía que cualquier cosa que le dijera caería en saco roto. La conocía demasiado bien como para no darse cuenta de que no iba a tardar ni un segundo en mandar sus consejos al demonio.

—¿Quieres que te acerque hasta la librería?

—No hace falta, gracias —le respondió tajante. Estaba enfadada y se lo iba a demostrar.

—No quiero que sigas enojada conmigo —le pidió con la intención de apaciguar los ánimos—. Me gustaría conocer, al menos, por qué me evitaste estos últimos días...

—Mi padre me comentaba cómo iba la investigación; a su manera, por supuesto. No veía la necesidad de hablar contigo. Seguramente, te prohibió que me soltaras información que él no me dio. —Le lanzó una mirada desafiante—. ¿O acaso hay algún otro tema del que podríamos hablar tú y yo?

Él comprendió que había algo más, algo que ella le mantenía oculto y que había detonado el silencio, primero, y el enojo, después.

—Veo que es inútil; no vas decirme la razón de tu enfado.

Ella se cruzó de brazos y no dijo nada.

Él se rindió.

—¿Qué puedo hacer para compensarte?

Ella permaneció en silencio. Hizo un esfuerzo por no reírse. Sabía que estaba a punto de lograr su objetivo: solo tenía que seguir en su postura un poco más.

—Mejor me voy. —Giró y comenzó a caminar. Contó mentalmente hasta cinco antes de que Mikael la alcanzara.

—¡Espera!

Greta se volteó y exhaló con fuerza. Sabía que bastaba que solamente moviera un dedo para que él, finalmente, terminara cediendo.

—Tengo un plan... Y necesito de tu ayuda —le dijo con una sonrisa seductora.

Y Mikael supo en ese instante que estaba perdido.

CAPÍTULO 28

Prácticamente, lo arrastró hasta la librería y le contó en detalle lo que pensaba hacer si él accedía a darle una mano.

—¡Es una locura y no voy a secundarte en algo así! —le espetó levantándose del sillón Chesterfield después de escuchar el plan de Greta.

—No es una locura. Es la única manera de desenmascarar a Britta. Tú mismo has dicho que no hay pruebas firmes en su contra. Si logro que ella confiese, cerraremos el caso.

—Karl no lo aprobaría jamás.

—Déjalo fuera de este asunto. Es más, la policía no debe intervenir para nada. Por eso te necesito a ti: como amigo, no como policía. No puedo hacerlo sola. Eres mi única opción.

—Greta, ni siquiera debería haberte escuchado. Sabía que estabas tramando algo.

—No quiero tus sermones ahora, Mikael. Solo quiero saber si vas a ayudarme o no.

Respiró profundamente. Sabía de sobra que llevaba las de perder: si se negaba, estaba seguro de que ella llevaría a cabo el plan de todos modos; con o sin su apoyo. A regañadientes, le dijo que sí. En ese momento, no pensó en las consecuencias de lo que estaban a punto de hacer, mucho menos en la sanción que podía caerle encima. Lo único que le importaba era protegerla y evitar que saliera lastimada.

—¿Cuándo quieres hacerlo? —le preguntó, completamente vencido.

—Lo antes posible. Tiene que ser cuando Lasse no esté en la librería. ¿Te parece bien mañana después del mediodía? —Bajó la voz para evitar que su primo, que se encontraba detrás del mostrador, pudiera escucharla.

—Me parece bien. Tendré que inventar una buena excusa para salir de la

comisaría sin levantar sospechas.

Greta asintió.

—No puedes decir nada, ni siquiera a Nina; ¿de acuerdo?

—No me parece lo más prudente, pero, bueno, nada de lo que vamos a hacer lo es —respondió él, que ya había perdido las esperanzas de convencerla de desistir de su propósito.

Se marchó. Ella quedó en llamarlo por teléfono a la mañana siguiente, luego de que echara a rodar la primera parte del plan.

Esa noche, cuando Karl la visitó, Greta se puso nerviosa. Hablaron poco de la investigación, ya que ella no quiso preguntarle. De todos modos, fue su padre quien sacó a colación el tema.

—Mikael planteó la posibilidad de que Britta Erikssen pudo obtener la adenosina cuando visitaba a los enfermos en el Lassarets. Mañana, enviaré a Nina a interrogar al personal del hospital y llevará a los peritos con ella para ver si pueden encontrar algún rastro que la implique.

Ella no dijo nada.

—Hija, ¿me escuchas?

—Sí, perdona, es que estaba distraída con *Miss Marple* —se justificó—. ¿Mikael no te dijo nada más?

—No, ¿por qué? ¿Debería?

Las manos le comenzaron a sudar.

—No, solo preguntaba...

—Necesitamos hallar pruebas que la incriminen —afirmó Karl—. Sabemos que es culpable, pero no nos alcanza.

—Las hallaremos, papá. Más pronto de lo que imaginas.

Después de acompañarlo a la puerta, jugó un rato con su lora para aliviar la tensión. La aguardaba una jornada difícil y esperaba que todo saliera bien.

* * *

Se levantó más temprano de lo habitual y apenas probó el desayuno. Estaba demasiado nerviosa como para que algo le entrara en el estómago. Faltaba casi una hora para abrir las puertas de Némesis, así que tenía tiempo de sobra para llevar a cabo la primera parte del plan.

Se entretuvo unos cuantos minutos jugando con *Miss Marple*. Su compañía logró

relaxarla un poco. Después fue a la sala, se sentó en el sofá y abrió la agenda en la letra «E». Tenía que calmarse; cualquier error, y todo se podía ir por la borda. Debía interpretar muy bien su papel si quería conseguir su objetivo.

Marcó el número de Britta. Esperó hasta que, por fin, la atendieron.

—¿Sí?

Escuchó la solemne voz de la mujer del reverendo y se intranquilizó todavía más. Respiró profundamente antes de hablar.

—¿Britta? Soy Greta, espero no molestarte.

Durante unos segundos no se oyó nada, y ella pensó que le habían cortado.

—Hola, Greta. No te preocupes, Ville y yo también nos levantamos temprano.

—Eso supuse; por eso me atreví a llamarte.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Entró de inmediato en su papel. De su buena actuación, dependía el éxito del plan.

—Britta, necesito contar lo que me pasa. ¡Siento que si no me desahogo con alguien voy a explotar! —le soltó poniéndole el dramatismo necesario a sus palabras.

—Cálmate, no ganas nada con angustiarte de esa manera.

—No lo puedo evitar; estoy muy mal. No puedo hablar con mi padre, porque él jamás entendería por lo que estoy pasando. Es más, si se enterara, estoy segura de que me mataría.

—¿Es tan terrible?

—Sí, Britta; lo es. —Hizo una pausa—. Sé que nunca ha habido mucha confianza entre las dos y que, incluso, hemos tenido un par de roces. Sin embargo, en este momento, me hace falta un buen consejo... El consejo de una madre. ¿Podríamos vernos para hablar?

—Greta, no sé si pueda ayudarte. Lo único que yo puedo hacer es prestarte una oreja.

—No necesito más.

—¿Quieres que pase a verte a la librería?

Ella esbozó una sonrisa triunfal.

—Sí. Puedes venir después de la hora de cerrar, así podremos hablar más tranquilas.

—Estaré ahí a las dos, si te parece.

—Estupendo, te espero. Muchas gracias, Britta, de verdad.

—No tienes nada que agradecerme, querida. Ayudar al prójimo en un momento de debilidad es el deber de todo cristiano —le dijo antes de colgar.

Respiró aliviada. Había conseguido lo más difícil, convencer a la mujer del reverendo de que acudiese a la librería a hablar con ella.

Volvió a tomar el teléfono y marcó el número del teniente Stevic. Le saltó el contestador, así que no tuvo más remedio que dejarle un mensaje.

«Mikael, soy yo. Acabo de hablar con Britta y estará en la librería cerca de las dos. Te espero un poco más temprano, como habíamos acordado. No me falles».

Le abrió la jaula a *Miss Marple* y bajó para abrir la librería a horario.

* * *

—¿Has conseguido relacionar a Britta Erikssen con la adenosina? —preguntó Karl a Nina no bien ella puso un pie en la oficina.

—Como temíamos, supo borrar bien sus huellas. Hablé con una de las encargadas de la farmacia del hospital. Me explicó que las drogas peligrosas, entre las que se encuentra la adenosina, se guardan en un armario, bajo llave. Sin embargo, no hay vigilancia. Por lo tanto, cualquiera puede meterse y robar sin que nadie se dé cuenta. Mucho más, alguien como Britta, que se desempeñaba en el Lassarets como jefa de voluntarias. No era inusual verla por los pasillos o cerca de la enfermería. De todos modos, me comentó que, hace unos días, se realizó un inventario y el resultado arrojó que había un faltante de adenosina. No podemos relacionar a la señora Erikssen con el faltante, pero tenemos más elementos para suponer que la droga para el crimen de Annete provino del Lassarets.

—¡Cielos, el caso se nos vuelve a ir de las manos! —refunfuñó Karl arrojando un bolígrafo encima del escritorio.

—No estaría tan segura. Hemos estado investigando los sitios a los que la sospechosa asiste, para, según ella, «llevar la palabra de Dios a las almas descarriadas» —dijo la sargento Wallström en son de burla, haciendo el gesto de las comillas con las manos—. Descubrimos que hace años visita un suburbio en las afueras de Orsa. El lugar tiene fama de ser cuna de varios delincuentes: desde traficantes hasta estafadores. Es muy probable que sea allí donde haya encontrado a alguien que trucara la cédula de identidad de Linda Malmgren para reemplazar la foto original por una de ella. Es más, surgió el nombre de un importante falsificador que tiene contactos en ese lugar. Incluso, lo hemos localizado.

—Eso es prometedor.

—Debemos interrogarlo. Si tiene que ver con Britta y logramos que declare en su contra, podremos acusarla por lo menos de asociación ilícita y suplantación de identidad.

—Así es, cuanto antes, mejor. Dile a Mikael que se encargue.

Ella frunció los labios.

—Mikael no está. Me avisó que tenía un asunto personal que atender —le comentó sin entrar en demasiados detalles. En realidad, sospechaba que su compañero había vuelto a las andadas.

Karl la miró y frunció el ceño.

—¿Un asunto personal? ¿Y tú le has creído?

—No es lo que imaginas.

—¿No?

—Supongo que no —respondió Nina, mostrando que tenía las mismas dudas que su jefe.

—Bien. Iré yo mismo a hablar con ese sujeto. Cuando llegue ese desvergonzado de Mikael, le dices que me urge hablar con él. —Tomó su abrigo del perchero y abandonó la oficina raudamente.

* * *

Greta estaba a punto de perder la paciencia. Era más de la una y media, y Mikael aún no había llegado. Intentó comunicarse nuevamente con él, pero fue inútil. Se sentó en el sillón Chesterfield. Tomó la novela de Lynda La Plante que estaba leyendo, pero no pudo ni siquiera concentrarse en el primer párrafo. Se levantó y caminó hacia la ventana. La jornada había amanecido fría. Por lo menos, hacía unas cuantas horas que había dejado de nevar. Volvió a mirar el reloj. Habían pasado apenas cinco minutos desde la última vez que había constatado la hora, pero parecía que el tiempo pasaba más lento de lo habitual. Estaba a punto de regresar al área de lectura, cuando divisó a alguien que venía caminando por la calle de enfrente.

Era Mikael. Lo vio cruzar la calle corriendo. Se apuró para abrirle la puerta.

—Perdón, pero no me quedó más remedio que venir caminando. Si Britta ve mi coche, todo se puede echar a perder.

—Pensé que no vendrías. He intentado comunicarme contigo desde hace un buen rato —lo reprendió.

Él sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta y se lo mostró.

—Si voy a ocultarme en el depósito mientras tú hablas con Britta, lo más prudente es que lo tenga apagado. ¿No crees?

Asintió: él tenía razón y había pensado en detalles importantes que a ella misma se

le habían escapado.

—Cuéntame, ¿cómo lograste convencerla para que viniera a verte?

Le contó por encima lo que le había dicho a Britta, y Mikael no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Eres una caja de sorpresas! Dime, ¿qué harás cuando la tengas enfrente? —le preguntó mientras se quitaba la chaqueta.

—Jugaré con ella y usaré lo que sé a mi favor. A propósito, te advierto que cualquier cosa que diga es puro fruto de mi imaginación.

Las palabras de Greta solo acrecentaron su curiosidad. Confiaba en su ingenio. No dudaba de que el plan que había urdido diera resultado. Habían acordado que él se escondería en el depósito y grabaría todo sin intervenir. Cuando Greta lograra que Britta confesara, él saldría y haría su trabajo.

—Prométeme que no cometerás ninguna tontería.

Greta sonrió. Por un segundo, Mikael le recordó a su padre.

—Te lo prometo.

Cerca de las dos, él se ocultó en el depósito. Ella dejó la puerta abierta para que no se perdiera nada del *show* que estaba a punto de dar.

La mujer del reverendo llegó a las dos en punto. Greta la invitó a sentarse en uno de los sillones para que estuvieran más cómodas.

—Antes que nada, agradezco que hayas accedido a venir, Britta —le dijo con una tibia sonrisa.

La mujer la miró con sus ojos saltones.

—Te noté muy angustiada por teléfono.

—Lo estoy. —Respiró profundamente y agachó la cabeza—. Sé que soy la única culpable de la situación por la que estoy atravesando. Puse mis ojos en el hombre equivocado y ahora estoy pagando las consecuencias.

—Se trata del teniente Stevic, ¿verdad?

Greta asintió, alzó la mirada y dijo:

—Nunca debí enamorarme de un hombre como él. —Comenzó a llorar. Apretó con fuerza los párpados para que las lágrimas cayeran más fácilmente y reforzaran la actuación.

—Si sabías que se trataba de un hombre casado, debiste alejarte de él desde un primer momento, en vez de incitarlo a que te buscara —le dijo con un gesto severo.

—Quisiera alejarme de él y olvidarlo, pero no puedo. Soy una mujer débil, Britta. Lo amo y no me importa que esté unido a otra mujer por el sagrado sacramento del matrimonio. No puedo dejarlo, es como una adicción para mí. —Sabía exactamente qué cuerdas tocar para llevarla a donde quería.

—Eso que dices es un sacrilegio. El matrimonio es un vínculo inquebrantable, y nadie puede atentar contra él. El adulterio es un pecado muy grave que merece ser castigado. Aun así, el hombre se empeña en caer en la tentación. —Miró a la muchacha de arriba abajo despectivamente—. Tú te atravesaste en el camino, y el diablo obró a través de ti, Greta.

—¿Qué puedo hacer para acabar con este tormento?

Britta le tomó la mano, y se la apretó con fuerza. La expresión en el rostro le había ido cambiando a medida que hablaba. A Greta no le gustó en absoluto el brillo que percibió en su mirada.

—Debes purificar tu alma, dejar que el Señor entre en ella. Cuando él ilumine tu vida con la luz de su misericordia, el demonio que llevas en tu interior será finalmente destruido.

Asintió, siguiéndole el juego.

—Lo primero que harás será expiar tus pecados. Iremos a la iglesia y oraremos por tu alma impura. —Britta se puso de pie sin soltarla—. Yo te guiaré a la salvación.

No tuvo más remedio que ponerse de pie y dejar que la llevase de la mano. Cuando pasaron por delante del depósito, Greta miró hacia la puerta que permanecía abierta. Mikael se asomó y le hizo señas de que se detuviera: no entraba en el plan que se fuera con Britta, pero ella, para variar, no le hizo caso. Salió de la librería en compañía de la esposa del reverendo, dispuesta a llevar adelante el plan hasta las últimas instancias.

«¡Maldición!», farfulló él mientras la observaba alejarse en dirección a la iglesia.

Buscó el teléfono móvil y lo encendió, descubrió que tenía tres mensajes de Pia. Los ignoró: tenía algo más importante que hacer. Marcó el número de Karl y rogó para que lo atendiera rápido.

* * *

Ambas mujeres entraron a la iglesia. Estaba completamente desierta y parecía más inmensa que nunca. Greta dio un respingo cuando escuchó que la puerta se cerró detrás de sí. Se volteó y miró a la mujer del religioso. Trató de no perder la calma. Ya no contaba con Mikael para protegerla. Sabía que dejar la librería había sido una acción imprudente, pero ya no podía dar marcha atrás. Necesitaba hacerla confesar sus crímenes.

—¿El reverendo no está? —preguntó mientras seguía a la otra a través del pasillo.

—No.

—Es una pena, me habría gustado hablar con él. Estoy segura de que su palabra me habría reconfortado mucho.

Britta se dio vuelta de repente y la miró directamente a los ojos.

—No hace falta. Yo le daré a tu alma el consuelo que ella necesita. —Volvió a tomarla de la mano y la guio hacia el altar. Luego se detuvo frente a la primera hilera de bancos y le ordenó—: arrodíllate allí. Regreso en un momento.

La obedeció, solamente para seguirle el juego. Observó cómo salía por el pasillo que llevaba a la sacristía y tuvo la oportunidad de llamar a Mikael. Se sentó en el banco y sacó el teléfono móvil que tenía oculto entre las ropas. Debía darse prisa. Marcó el número de él, pero atendió el buzón de voz.

—Demonios; responde —musitó mientras sostenía el aparato entre sus manos temblorosas.

Escuchó una puerta abrirse y se sobresaltó. El teléfono se le cayó y fue a parar al suelo. Greta alcanzó a patearlo antes de que Britta lo viera.

—Creí que estarías orando por tu alma —le dijo al ver que ya no estaba hincada de rodillas.

—Preferí esperarte. Me dijiste que orarías conmigo.

—A veces, la oración no es suficiente y se necesitan tomar medidas más drásticas —le aseguró con una sonrisa que le dio escalofríos.

—Yo quiero limpiar mi alma. Ser penitente para que Dios me perdone —le dijo, esperando estar usando las palabras adecuadas para continuar con la farsa—. Debo sacar a Mikael de mi mente.

—El pecado de la carne puede ser expiado de una sola manera. —Intentó tomar nuevamente la mano de la muchacha que se rehusó—. Debes pagar por lo que has hecho, Greta; y lo sabes.

Comprendió, entonces, que la mujer del reverendo era quien le había tendido una trampa a ella. La había llevado a la iglesia, a su territorio, para redimir su alma a través de la muerte. Retrocedió unos pasos, en dirección al altar. Tenía que ganar tiempo. Se dio cuenta de que la única manera de hacerlo, era confrontar a Britta con lo que sabía de ella.

Miró hacia la enorme puerta de madera que permanecía cerrada. No podía escapar. Así que usaría la única arma que tenía para defenderse: la verdad.

CAPÍTULO 29

Greta se aclaró la garganta y aprovechó aquel instante de absoluto silencio para tratar de tranquilizarse. No podía cometer el más mínimo error porque sabía que su vida estaba en juego. Estaba junto a una mujer peligrosa para la que, en ese momento, era su víctima perfecta: un alma atormentada por el pecado que buscaba la redención.

—¿Quién más ha pagado por sus pecados, Britta?

—Si el diablo se mete en tu cuerpo y te obliga a hacer cosas impuras, alguien debe intervenir.

—Dime, ¿el diablo también se metió en el cuerpo de Annete y la obligó a pecar?

La mujer asintió ligeramente con la cabeza.

—Annete era una pecadora; vendía su cuerpo por unos míseros billetes.

Los ojos de Britta estaban mirándola fijamente, pero Greta se dio cuenta de que no era a ella a quien veía.

—Alguien tenía que redimir su alma, ¿no es así?

—El pecado debe ser extirpado de raíz para lograr la verdadera salvación. La única salida es el arrepentimiento. Ella no quería arrepentirse por sus acciones inmorales. —Una sonrisa maléfica se dibujó en sus labios—. Yo fui quien la liberó de su alma impura.

—¿Matándola?

—La muerte es la mayor de las liberaciones. —Llevó su mano al bolsillo del abrigo y, entonces, sacó un arma.

A Greta se le heló la sangre.

—Si pecas, debes pagar por tus errores. —Levantó el brazo y le apuntó.

El corazón de la muchacha comenzó a latir más ligeramente. Respiró varias veces

para aplacarlo. Perder la calma en ese momento sería firmar su sentencia de muerte.

—Stina... no lo hagas.

Imprevistamente, la mujer bajó el arma al escuchar su verdadero nombre.

—Lo sabes.

Greta asintió.

—Sé también lo de tu hermana y del calvario que le hizo vivir tu madre. Elena no merecía ser tratada así.

—¿Qué sabes tú? —le reclamó empuñando nuevamente la pistola hacia ella—. Elena era una perdida, y mamá solo la castigó por sus pecados.

—Tu hermana era solo una niña que estaba empezando a vivir.

—Estaba comenzando a transitar por el camino de la impureza. Mi madre solo quería encauzar su alma. —Britta fijó los ojos en un punto imaginario, y Greta se dio cuenta de que su mente estaba muy lejos de allí, en tiempo y en espacio—. Los castigos que le infligía eran solo para sacar al demonio de su cuerpo.

—Elena murió a manos de su propia madre de una manera atroz. ¿Cómo puedes justificar semejante crueldad? —la increpó tratando de traerla de nuevo al presente.

—Mientes cuando dices que sabes lo que sucedió. —Acarició peligrosamente el gatillo de la pistola—. No fue mi madre quien acabó con la vida de Elena: fui yo.

—¿Tú la asesinaste?

Britta sacudió la cabeza.

—¡No la asesiné! Lo único que hice fue ponerle fin a su tormento. Una noche bajé al sótano mientras todos dormían. Mi madre nos encerraba en la habitación a mi hermana pequeña y a mí: no quería que estuviéramos cerca de Elena porque temía que siguiéramos su ejemplo y nos convirtiéramos en una puta como ella. La noche en que murió, logré escapar por la ventana y entré de regreso a la casa por la puerta de la cocina que siempre estaba sin llave. Fui hasta el salón y tomé uno de los cojines. Luego bajé hasta el sótano. Encontré a mi hermana durmiendo en un colchón lleno de chinches; yacía sobre su propia orina. El olor allí abajo era espantoso. Todo en ese lugar lo era. —Hizo una pausa antes de continuar con el relato—. Me acerqué lentamente y me arrodillé a su lado. Su cabello parecía un nido de pájaros. Tenía la piel pegada a los huesos. La contemplé durante un instante hasta que ella se volteó y me vio. —Comenzó a llorar—. Lo que vi en sus ojos no lo había visto nunca antes: estaban vacíos y oscuros. Supe que aún existía en ella la sombra del mal. Le pregunté si se arrepentía de sus pecados, pero no me respondió. Entonces, tomé el cojín con mis manos y lo acerqué a su rostro. Elena cerró los ojos y comprendió que, por fin, iba a ser redimida. Ni siquiera pataleó o luchó: simplemente se entregó a su destino.

Greta escuchó horrorizada el relato. En su mente, la mujer se veía a sí misma

como una redentora de almas. Creía vencer al pecado dándoles muerte a sus víctimas. Primero, su hermana; después, Annete Nyborg.

—Dejaste que todo el mundo creyera que tu madre había provocado la muerte de Elena.

—Ella fue culpada y condenada. Nadie puso en duda que mi hermana había muerto por su causa.

—¿Fue eso lo que descubrió Camilla, verdad?

—Camilla murió por entrometerse donde no debía. Estuvo en Rättvik y habló con mi hermana Kathrine. Hurgó en el pasado. Consiguió una fotografía mía de cuando era niña. No podía permitir que se acercara a la verdad. Luego me enteré de que había ido a visitar a mi madre. —Hizo una pausa—. Creí que el hecho de que mi madre no pudiese hablar jugaría a mi favor. —Apretó los labios, en un gesto de rabia: ya no había lágrima alguna en sus ojos—. Pero una de las enfermeras de la cárcel me dijo que se alteró mucho después de recibir la visita de una reportera. Camilla le había mostrado la fotografía de la respetada y querida esposa del reverendo Erikssen. La muy zorra había descubierto quién era yo en realidad. No podía dejar que hablara.

—Por eso la mataste: para silenciarla. —Greta se movió un poco hacia la izquierda, aprovechando un momento de distracción de Britta. Desde donde estaba alcanzaba a ver su teléfono móvil tirado debajo de uno de los bancos; esperaba que estuviera grabando la confesión de Britta.

* * *

—¡Maldición, Mikael, debería estrangularte con mis propias manos! —Karl se levantó de la silla de un salto, después de escuchar el relato sobre el descabellado y arriesgado plan de su hija.

—Puedes hacerlo después, Karl. Ahora lo único que importa es poner a salvo a Greta. Britta se la llevó a la iglesia. Yo estoy a pie ya que dejé mi coche en la comisaría. Me voy a acercar para ver qué sucede. Envía refuerzos lo antes posible.

—Salimos para allá de inmediato.

Metió el móvil en el bolsillo de la chaqueta y echó a andar. Cuando divisó el auto del reverendo Erikssen doblar en la esquina, apresuró la marcha, pero las dos calles que separaban la librería de la iglesia le parecieron más largas que nunca. Trató de atraer su atención. Sin embargo, el hombre ni siquiera lo vio. Mikael echó una maldición al aire, cuando el reverendo entró a la iglesia.

* * *

Britta hizo dos pasos hacia delante y colocó el arma muy cerca del pecho de la muchacha.

—Buscaste mi ayuda, y voy a liberarte de tu pena —le dijo sonriéndole con conmisericordia—. Pero primero debes arrepentirte de tus pecados.

Greta agachó la cabeza para observar cómo su pecho subía y bajaba al ritmo de su agitada respiración y rozaba la punta de la pistola.

—No tengo nada de qué arrepentirme —la desafió a sabiendas de que al hacerlo ponía en riesgo su vida—. Todo fue una mentira que urdí para conseguir que confesaras tus crímenes.

—Eso no es verdad y lo sabes. Te has estado revolcando con ese policía como si fueras una puta, igual que Annete, igual que Elena.

Britta levantó la pistola y puso el cañón en el cuello de Greta que tiró la cabeza hacia atrás. Al hacerlo, vio al reverendo Erikssen oculto a un costado del púlpito. Él le hizo señas de que se tranquilizara y comenzó a avanzar hacia donde estaban ellas.

—Stina, baja el arma —le pidió mencionando su verdadero nombre para distraerla.

—¡Arrepiéntete de tus pecados, Jezabel! —le gritó.

—¡Britta, no lo hagas!

El reverendo Erikssen se abalanzó sobre su esposa. Ambos comenzaron a forcejear. Greta logró apartarse: le temblaban tanto las piernas que perdió el equilibrio. Cuando intentó ponerse de pie, el estruendo del disparo la empujó hacia atrás. Un segundo después, el reverendo Erikssen cayó al piso con una herida de bala en el abdomen.

* * *

Karl se precipitó fuera del automóvil cuando escuchó la detonación. En esa milésima de segundo, el corazón se le detuvo. Les hizo señas a sus hombres para que rodearan la iglesia. Avanzó hacia el edificio. Mikael le salió al paso.

—Déjame que entre —le pidió mientras se aseguraba de que su arma estuviera cargada.

—Ya has metido demasiado la pata, no voy a permitir ahora que cometas un error

que le cueste la vida a mi hija —lo increpó.

—Por favor, no hay tiempo para discutir. Entraré y veré cómo está la situación. No arriesgaré la vida de tu hija. En todo caso, pondré en riesgo la mía para sacar a Greta de allí sana y salva.

Karl vio en los ojos de Mikael la misma angustia que lo embargaba a él.

—No hagas nada que arriesgue su vida —le ordenó.

El teniente asintió con un leve movimiento de cabeza. Se acercó al pórtico de la iglesia. Entró y, de inmediato, se pegó al muro para evitar que alguien lo viera. Le quitó el seguro al arma. La sostuvo con fuerza en su mano derecha.

Lo primero que advirtieron sus ojos fue el cuerpo ensangrentado del reverendo Erikssen frente al altar. Cuando se asomó un poco más, vio a Greta de cuclillas en el suelo, a unos pocos metros del religioso; frente a ella, Britta sostenía una pistola que le apuntaba directamente a la cabeza.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. Debía moverse con cautela. Avanzó sigilosamente a través del pasillo. Cuando notó que Greta lo había visto, se detuvo de repente. Se llevó una mano a la boca y le hizo señas para que hablara para distraer a Britta.

—Stina, debemos llamar a una ambulancia. ¡Tu esposo aún está vivo! —clamó. Buscó acercarse al reverendo para comprobar su estado.

—¡No vas a engañarme, puta! ¡Una mujerzuela como tú no sabe lo que es la caridad cristiana!

—¡Por favor, Stina! ¡Tú sí eres un alma caritativa! ¡No puedes dejarlo morir! —le rogó Greta mientras observaba de soslayo a Mikael, que cada vez estaba más cerca.

—¡No me llames así! Mi nombre es Britta. Stina quedó enterrada en el pasado para siempre —le gritó al borde del colapso.

Miró a su esposo, que seguía sangrando en el suelo, con una sonrisa malévola. Parecía que iba a dispararle nuevamente. Fue precisamente en ese momento de distracción, cuando Mikael aprovechó para sorprenderla por detrás y desarmarla. Arrojó la pistola lejos de su alcance e inmovilizó a Stina poniéndole los brazos en la espalda. Luego miró a Greta, que continuaba petrificada en su sitio.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella, entonces, alzó sus ojos azules hacia él que creyó que el corazón le estallaría de un momento a otro. Un tropel de policías irrumpió en la iglesia, seguidos por un equipo de paramédicos. Mikael le pidió a uno de los hombres que se hiciera cargo de Britta. Se acercó por fin a Greta, la tomó por la barbilla y la miró. Le temblaban los labios. No se dijeron absolutamente nada; no hizo falta. Él la estrechó con fuerza entre sus brazos, y ella se echó a llorar en su hombro.

—¡Hija! —Karl corrió desesperado por el pasillo, esquivando a los oficiales que custodiaban a Stina Reveneue y a los paramédicos que auxiliaban al reverendo Erikssen.

Ella se apartó de Mikael cuando escuchó que su padre gritaba su nombre.

—¡Papá! —Se arrojó a sus brazos y se quedó allí durante un buen rato, mientras todo a su alrededor, poco a poco, volvía a la normalidad.

El teniente Stevic se acercó a Stina y vio complacido que la mujer ya estaba debidamente esposada.

—Vas a pagar por todos tus crímenes.

Ella alzó la cabeza y le lanzó un escupitajo.

—¡Tú eres tan pecador como la puta Lindberg!

Se limpió la cara.

—Llévensela —les ordenó a los dos policías que la custodiaban. Luego, se interesó por el estado del reverendo Erikssen.

—Ha perdido mucha sangre, pero la herida no es mortal. Se recuperará —le dijo uno de los paramédicos.

—Mejor así.

Echó un vistazo a Greta y a Karl. Se habían sentado en uno de los bancos y aprovechó para acercarse a ellos.

—Mandaré a allanar la casa del religioso para ver si hallamos la *laptop* de Camilla —le anunció a su jefe—. Sería una prueba contundente en contra de Stina.

Karl asintió. Tenía la mano de su hija entre las suyas.

—Yo logré hablar con el sujeto que falsificó la identificación de Linda Malmgren. Está dispuesto a declarar en su contra a cambio de que se revea su situación procesal.

—Con estos cargos, la señora Erikssen pasará el resto de su vida en prisión —adujo Mikael sin apartar los ojos de la muchacha.

Ella también lo miró. Se secó las lágrimas con el pañuelo de su padre.

—Britta..., Stina me confesó que fue ella quien mató a Elena.

Ya más tranquila, les relató los escabrosos detalles que habían conducido a la muerte de Elena Reveneue.

—No debiste arriesgarte de esta manera al venir hasta aquí con ella —la reprendió Karl. Luego miró al teniente con el ceño fruncido y dijo—: lo tuyo es mucho más grave. Te pedí que te mantuvieras lejos de mi hija, y lo único que has hecho es desobedecerme para solapar todas sus locuras.

—Papá —lo interrumpió al ver que estaba poniendo en un aprieto a Mikael con su sermón—, lo importante aquí es que logramos resolver el caso y aprehender a Stina. No lo regañes, porque él no tiene la culpa de nada. En todo caso, culpame a mí.

Karl la miró: el enojo no le duraba demasiado cuando se trataba de su hija. No pudo evitar sonreír. Una vez más, ella había logrado salirse con la suya.

El teniente Stevic los dejó a solas y abandonó la iglesia. Miró el cielo encapotado, unas cuantas nubes oscuras presagiaban mal tiempo. Inspiró profundamente hasta que el aire helado llenó sus pulmones. Ahora ya podía respirar tranquilo. Greta estaba a salvo y el caso se había resuelto, por fin. Buscó la caja de cigarrillos. No fumaba a menudo, pero la ocasión lo ameritaba. Entonces, vio el teléfono móvil y descubrió que tenía cinco llamadas perdidas de su esposa y algunos correos de voz. Escuchó el último.

La voz de Pia en medio del llanto, lo alarmó.

«Mik, ¿dónde estás? Te necesito. Algo no está bien con el bebé. ¡Creo que voy a perderlo!».

Mikael arrojó el cigarrillo al suelo y corrió desesperado para buscar su auto.

* * *

Pernilla se levantó de un salto y arrojó su tejido de punto encima del sofá cuando escuchó frenar un vehículo frente a su propiedad. Caminó toda presurosa hacia la ventana para correr discretamente las cortinas. Se acomodó las gafas sobre el puente de la nariz; observó con atención la llegada de su vecino. Karl se bajó del coche, avanzó un par de metros; de pronto, giró y la saludó secamente con un ligero movimiento de cabeza.

La mujer no tuvo más remedio que devolverle el saludo al quedar en evidencia frente a él.

—¿Qué es lo que ves allá afuera? —le preguntó Oscar que entraba en la sala.

Ella volvió a colocar la cortina en su sitio y miró a su esposo con mala cara.

—Era Karl Lindberg, acaba de llegar —le informó mientras se sentaba en el sofá para continuar con su labor de punto.

—Debe de haber pasado un mal momento con lo de su hija. —Él tomó el periódico y se sentó junto a ella.

—¿Mal momento? —inquirió—. ¡Esa loca estuvo a punto de matar a su hija y, como si fuera poco, hirió al pobre del reverendo Erikssen!

Él apenas le prestó atención al comentario. Si bien su esposa estaba en lo correcto, solía exagerar siempre todo.

—Por fortuna, todo acabó bien —dijo simplemente él, antes de volver a

enfrascarse en la lectura del periódico que siempre dejaba para última hora del día, ya que, si había algo importante que saber, su esposa se encargaba de ponerlo al tanto con las novedades.

—No se lo debemos precisamente a la policía. Si fuera por ellos, la mujer aún estaría ayudando a su esposo en misa los domingos —afirmó un tanto indignada.

Se había enterado de lo sucedido con todos los pelos y señales debido a que su amiga Agnetta, la esposa del pescadero, se lo había contado apenas un par de horas después de que había visto a Britta salir de la iglesia esposada y escoltada por dos agentes.

—Eso no es tan así, Pernilla. Fue, precisamente, por la oportuna aparición de la policía que todo ese desagradable asunto no acabó en tragedia —objetó el hombre.

—Podrás decir lo que quieras, pero no podrás negar que el caso se resolvió gracias a Greta.

Él asintió, debía reconocer que su mujer tenía razón. Había sido la hija del inspector Lindberg quien había descubierto la verdadera identidad de Britta Erikssen. Como si eso no hubiera sido suficiente, también se había atrevido a enfrentar a la mujer para conseguir una confesión de sus asesinatos.

—Siempre supe que esa muchacha tenía un don —dijo la señora Apelgren con una sonrisa en los labios—. Es una pena que pierda su tiempo metida todo el día en esa librería cuando es evidente que está para algo más grande.

—Le gustará lo que hace...

—Supongo que heredó de su mamá la pasión por los libros y la literatura. —Pernilla dejó la labor dentro de la canasta, se puso de pie, caminó hacia la biblioteca y tomó uno de los libros—. Sue Ellen me lo regaló unos meses antes de morir —dijo, embargada por la nostalgia, mientras sostenía en sus manos el último libro de poemas que la madre de Greta había publicado—. Es una pena que la muchacha no haya heredado también el interés por la escritura. Con todo lo que ocurrió, tendría material de sobra para escribir un buen libro. ¿Te imaginas? Dos asesinatos, una impostora y un horrendo crimen que se remonta a treinta años atrás.

Oscar apartó la vista del periódico y miró a su esposa. De inmediato, percibió su entusiasmo por aquella macabra historia.

—¿Por qué no escribes tú el libro? —sugirió en son de broma—. Apuesto a que conoces todos los detalles del caso como para escribir una novela de misterio.

Pernilla dejó el poemario en el estante y se quedó pensativa durante unos cuantos segundos. Luego se volteó y, mirando a su esposo, dijo:

—¿Sabes, querido? No es una mala idea.

Oscar se hundió en el sillón. Levantó el periódico hasta cubrirse por completo el

rostro. La próxima vez, lo pensaría dos veces antes de hacerle una sugerencia a su esposa.

* * *

Unos días después.

Greta abrió un poco el cuello del abrigo y dejó escapar un suspiro. Se hallaba en el cementerio frente a la tumba de Camilla Lindman. Observó la fotografía en donde la reportera sonreía feliz. Se agachó para dejar unas flores. Rezó una oración en su memoria. Se incorporó cuando escuchó los pasos de alguien que se acercaba. No necesitó voltearse para saber quién era.

—Lasse me dijo que te encontraría aquí. —Mikael se paró junto a ella y metió sus manos en los bolsillos del saco.

—Necesitaba venir a verlas —le dijo mirándolo a los ojos.

—Tanto Camilla como Annete pueden descansar en paz ahora.

Ella asintió.

—Me dijo papá que, en un mes, comienza el juicio.

—Así es. Hemos logrado probar fehacientemente que Stina asesinó a Camilla Lindman. Encontramos su *laptop* escondida en su casa. La policía de Rättvik decidió reabrir el caso de Elena y, gracias a tu testimonio, el del reverendo Erikssen y la grabación que quedó registrada en mi móvil podrán presentar cargos en su contra. Esa mujer pasará mucho tiempo en prisión, te lo puedo asegurar.

—Me alegra poder decir que todo terminó por fin —dijo con una sonrisa—. ¿Sabes quién vino a verme ayer? Selma. Me contó que decidió darle una oportunidad a su esposo. Espero que puedan ser felices. No será fácil después de todo lo que pasaron, pero, si hay amor, todo se puede resolver.

Él guardó silencio y se quedó mirando la nada durante unos cuantos segundos. Greta supo de inmediato que algo lo preocupaba, había tristeza en sus ojos.

—¿Qué sucede?

—Es Pia. Estaba embarazada y perdió al bebé.

Greta puso una mano sobre su hombro.

—Lo siento mucho, de verdad.

Mikael se dio cuenta de que la noticia del embarazo no la había sorprendido.

—Lo sabías...

—Sí.

—¿Cómo?

Le contó de la visita de Pia a la librería, y, ahora, el sorprendido fue Mikael.

—Tengo que reconocer que es un encanto de mujer —dijo Greta de repente.

—Ni siquiera sé por qué sigue conmigo. No estuve a su lado cuando más me necesitaba —se reprochó a sí mismo.

—No te culpes; fue solo una fatalidad. Ella es joven y puede volver a quedar embarazada —le dijo para animarlo.

Él respiró profundamente.

—No sé si es eso lo que quiero realmente —le confesó—. No creo que pueda ser un buen padre algún día.

Greta comprendía sus dudas y sus miedos. Ella se sentiría del mismo modo ante la posible llegada de un hijo.

—No hay un manual que te enseñe cómo ser padre, ¡creo que mi papá se quedó en la primera página conmigo! —bromeó.

—¡Eres increíble, Greta Lindberg!

Ella le sonrió.

—Lo sé, pero no se lo digas a nadie.

Él le ofreció su brazo, y ella se prendió de él. Abandonaron el cementerio bajo una ligera ventisca. Llegaron hasta el auto de Greta y, antes de que ella se metiera dentro, Mikael le preguntó:

—¿Te gustaría ir a tomar un café?

Ella lo pensó durante unos cuantos segundos, luego se volteó y lo miró.

—¿Lo dejamos para otra ocasión?

—Como quieras —respondió resignado.

Ella subió al coche, le sonrió a través de la ventanilla, agitó la mano para saludarlo y se marchó.

Mikael se quedó en la acera y no se movió de allí hasta que el Mini Cabrio desapareció.

AGRADECIMIENTOS

Gracias infinitas a Laura y a Christer por su paciencia a la hora de responder a mis dudas y preguntas.



LENA SVENSSON. Nacida en Argentina (1974), es uno de los seudónimos que se esconde detrás de la autora Andrea Milano, quien también escribe usando los seudónimos de Breeze Baker y Sienna Anderson.

Lena es una apasionada de la lectura, del cine, la fotografía y el diseño. Ama escribir y su mayor sueño ha sido siempre ver publicadas sus obras, sueño que se realizó hace ya unos años cuando se publicó su primera novela en el sello La Educación Sentimental de Editorial Vestales.

La redención y la muerte es su primera novela publicada con el seudónimo de Lena Svensson, además de ser una novela que se sale de todos los géneros que la autora ya ha transitado. Con esta historia, Lena nos trae una novela negra ambientada en la fría y enigmática Suecia con una protagonista diferente, Greta Lindberg que seguramente no pasará desapercibida a sus lectores.

Un año más tarde, llega el segundo caso de Greta Lindberg; *El cazador y la presa*, donde la autora dialoga con otros autores de la novela negra para construir en Mora la mejor tradición policial escandinava: inteligente, cruel, lleno de acción y hasta con una ligera candidez.

El ángel y el infierno nos trae otra trama perfecta para el tercer caso de Greta Lindberg: sagaz, irreverente, llena de guiños a otros autores de misterio. Una trama que transita el sutil borde entre la serenidad de un ángel y la eclosión del infierno.